

¿A QUÉ LE TIENES MIEDO?

VENCE TUS TEMORES CON LA FE

AUTOR DE ÉXITO DEL *NEW YORK TIMES*

DR. DAVID JEREMIAH

¿A QUÉ LE TIENES MIEDO?

VENCE TUS TEMORES CON LA FE

DR. DAVID JEREMIAH



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC.
CAROL STREAM, ILLINOIS, EE.UU.

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

¿A qué le tienes miedo?: Vence tus temores con la fe

© 2014 por David Jeremiah. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2013 como *What Are You Afraid Of?: Facing Down Your Fears with Faith* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-8046-9.

Fotografía de la portada y del interior © por franckreporter/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © 2013 por Alan Weissman. Todos los derechos reservados.

Diseño: Alberto C. Navata, Jr.

Edición del inglés: Stephanie Rische

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Edición del español: Mafalda E. Novella

Publicado en asociación con la agencia literaria Yates & Yates (www.yates2.com).

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con RVR60 ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con NVI ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional,® NVI.® © 1999 por Biblica, Inc.™ Usado con permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados mundialmente. www.zondervan.com.

El texto bíblico indicado con LBLA ha sido tomado de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

ISBN 978-1-4143-8055-1

ISBN 978-1-4143-9056-7 (ePub); ISBN 978-1-4143-9055-0 (Kindle); ISBN 978-1-4143-9057-4 (Apple)

Build: 2014-03-06 11:24:34

*El doctor Ken Nichols es un consejero bíblico y comunicador
cuya amistad y colaboración en el ministerio se remontan a más
de treinta y cinco años. Donde sea que él haya estado
encontrarás gente cuya vida ha sanado por su ministerio.
Durante los últimos años, hemos hablado frecuentemente sobre el
tema del miedo, y él fue el primero en sugerirme que escribiera
un libro sobre este asunto. Aquí lo tienes, Ken. Está dedicado a ti.
¡Gracias por tu estímulo!*

Contenido

Introducción

Capítulo 1: DESASTRES: *Miedo a una calamidad natural*

Capítulo 2: PADECIMIENTOS: *Miedo a la enfermedad grave*

Capítulo 3: DEUDAS: *Miedo a la pérdida financiera*

Capítulo 4: DERROTAS: *Miedo al fracaso*

Capítulo 5: DESCONEXIÓN: *Miedo a estar solo*

Capítulo 6: DESAPROBACIÓN: *Miedo al rechazo*

Capítulo 7: PELIGRO: *Miedo a los problemas repentinos*

Capítulo 8: DEPRESIÓN: *Miedo a un colapso mental*

Capítulo 9: MUERTE: *Miedo a morir*

Capítulo 10: DEIDAD: *Temor a Dios*

Epílogo

Reconocimientos

Notas

Introducción

Estás dormido en tu cama cuando tu despertador te despierta de golpe y a todo volumen inicia el día con las noticias de las congestiones del tráfico, de las tormentas que se avecinan, de los asesinatos de la noche, de los incendios, del desplome de la bolsa, de los escándalos del gobierno y de los accidentes automovilísticos. En lugar de levantarte de un salto, te cubres la cabeza con las colchas. Sabes en qué mundo tan aterrador vivimos y temes enfrentarte a todos los desafíos del día.

Sin embargo, tus temores de la mañana quizás no estén en las noticias; se tratan de tu trabajo. Vives con un miedo constante de quedar atrapado en la tendencia de reducción de personal. O te preocupas por una transacción comercial que tiene tu carrera en peligro.

Tal vez tu temor más profundo está en casa. ¿Puedes hacer el pago de la hipoteca de este mes? ¿Parece inestable tu matrimonio? ¿Te preocupan tus hijos? Después de un servicio reciente en la iglesia que pastoreo en el sur de California, un soldado joven que acababa de regresar de Afganistán lloraba mientras me pedía que orara por él. Temía que podría estar perdiendo a su familia.

Podría. Esa es la palabra que lo atormenta. Nuestro mayor temor es el «podría» condicional: la amenaza de lo que *podría* ocurrir. El temor circula en el campo de la posibilidad. O incluso de la imposibilidad, porque el temor es el tirano de la imaginación. Se impone en nosotros desde las tinieblas, desde su espejo borroso del quizás.

Mi amigo Don Wyrzten lo ha experimentado:

El monstruo engañoso del temor acecha en las tinieblas y espera abalanzarse sobre mi alma hasta destruirla. Como alguien propenso a la melancolía, a menudo veo su feo rostro: cuando batallo con el estrés

emocional de una relación problemática, cuando temo que el fracaso esté a las puertas, cuando parece que me cuesta demasiado manejar el éxito y en días en que la ansiedad que flota libremente puede más que yo^[1].

Esa última frase lo plasma para mí: «la ansiedad que flota libremente». Eso es lo peor: el temor nefasto de que algo está mal, pero no sabes qué. Te envuelve como una nube.

Si has batallado con el temor, no estás solo. El temor no respeta gente ni edad. Golpea al débil y al poderoso. Atormenta al joven y al viejo, al rico y al pobre. Hasta los que parecen tenerlo todo, incluso las celebridades, los héroes y los líderes «intrépidos», confiesan tener una amplia variedad de fobias.

Jennifer Aniston, Cher y Whoopi Goldberg tienen aerofobia. Tienen miedo de volar. Barbra Streisand es xenofóbica: se siente incómoda cuando está con desconocidos. A Michael Jackson le atormentaba el temor a la contaminación, y a las infecciones y enfermedades. Tenía misofobia. No obstante, la celebridad con más fobias es Woody Allen. Le tiene miedo a los insectos, a la luz del sol, a los perros, a los venados, a los colores brillantes, a los niños, a las alturas, a las habitaciones pequeñas, a las multitudes y al cáncer.

La gente famosa del pasado no era distinta. A George Washington le aterraba que lo enterraran vivo. Richard Nixon le temía a los hospitales, y Napoleón Bonaparte, el genio militar y político, le temía a los gatos.

Fobias: una exhibición circense de esclavitud mental.

Algunos temores nos atacan solo momentáneamente, pero otros pueden permanecer con nosotros toda la vida. Una persona con temor a las alturas puede sentir que su pulso se acelera cuando entra a un ascensor con paredes de vidrio y sube veinte pisos en el vestíbulo de un hotel, pero su temor termina cuando sale del ascensor hacia el pasillo del hotel.

Por otro lado, nuestros temores al fracaso, a la soledad, al rechazo, al desastre inminente o a contraer una enfermedad grave parece que nunca desaparecen. Son temores constantes enclaustrados en la mente. Son temores que atacan la vida misma. Esos son los temores a los que me refiero en este libro.

Esos temores se pueden describir con lo que los lingüistas llaman «rango semántico» de palabras: *miedo, preocupación, ansiedad, intimidación, perturbación, temor, intranquilidad, angustia, aprensión* y otros. A veces es

difícil saber exactamente cuáles de estas palabras describen mejor lo que sentimos, y realmente no importa. Cualquier término que usemos, todos estos sentimientos pueden suscitar respuestas tóxicas: inmovilización, parálisis, retraimiento, pasividad, depresión y trastornos psicosomáticos: enfermedades mentales sin causa física discernible.

Cuando pregunto: «¿A qué le tienes miedo?», estoy preguntando: «¿Qué es lo que te inmoviliza? ¿Qué es lo que te roba el gozo y destruye tu esperanza? ¿Qué es lo que te quita el sueño noche tras noche? ¿Qué evita que vivas por fe y que tomes riesgos? ¿Qué te impide darle toda tu vida a un Dios amoroso que quiere solo lo mejor para ti?».

Creo que sé las respuestas a esas preguntas, por lo menos en parte, porque he vivido hombro con hombro con muchos cristianos maduros toda mi vida. Además, he sido pastor de miles de personas por casi cinco décadas. He descubierto que todos —incluso yo— le tenemos miedo a algo. Nuestro desafío es descubrir y analizar nuestros temores y encontrar una respuesta piadosa (bíblica) para ellos.

Cuando el apóstol Pablo aconsejó a Timoteo, su joven protegido, sabía que Timoteo le temía a algo, probablemente a su tarea de guiar a la gran iglesia de Éfeso. Timoteo fue criado en un pequeño pueblo de Asia Menor, y Éfeso era la gran ciudad. El mismo Pablo había pasado tres años en Éfeso mientras edificaba la iglesia allí. Un fuerte grupo de ancianos la lideraba; sin embargo, algunos falsos maestros estaban ocasionando problemas. Timoteo tenía que ir y ser el líder de todo el asunto. ¿Qué pastor joven no le tendría temor a una expectativa así?

Entonces ¿qué le dijo Pablo a Timoteo? «Tu temor no es de Dios. Lo que sí es de Dios es el poder, el amor y una actitud mental estable» (2 Timoteo 1:7, paráfrasis mía).

Pablo sabía que cuando obtenemos el punto de vista de Dios en cuanto a la fuente de nuestro temor, podemos hacer a un lado lo que no es de él y acoger lo que sí es. En todos mis años de seguir a Cristo, de estudiar la Biblia y de pastorear a cristianos con buenas intenciones, todavía no he encontrado un temor para el cual Dios no tenga una respuesta. La razón es simple: el mismo Dios es la respuesta a todos nuestros temores.

Piénsalo: el miedo casi siempre se basa en el futuro. A veces tenemos miedo porque sabemos lo que viene en el futuro, pero es más común que le temamos a lo que no sabemos del futuro. Tenemos miedo a lo que podría pasar. Por ejemplo, la organización Gallup le preguntó a personas de trece a diecisiete años a qué le temían más. En orden descendiente, los diez temores más comunes de estos adolescentes eran: ataques terroristas, arañas, muerte/ser asesinado, no tener éxito en la vida/ser un fracaso, guerra, alturas, crimen/violencia, estar solo, el futuro y la guerra nuclear[2].

Observa que todos esos temores se basan en el futuro y son simplemente posibilidades. Es posible que esos adolescentes nunca se enfrenten a ninguno de ellos. Ya sea que el futuro sea dentro de un minuto (estás a la espera del diagnóstico del médico) o dentro de cinco años (te preocupas por tener suficiente dinero para tu jubilación), la sede del temor es el futuro.

Sin embargo, ¿qué es el futuro para Dios? ¡Para él, el futuro es ahora! Vivimos dentro del tiempo, mientras que Dios, quien lo hizo, vive fuera de él. Sabemos relativamente poco acerca del futuro, mientras que Dios lo sabe todo. Todos los acontecimientos de nuestra vida ocurren en dos marcos del tiempo: pasado y futuro. (El presente es una fuga continua, un momento infinitesimal que se convierte en pasado antes de que podamos definirlo). Dios, por otro lado, tiene solo un marco de referencia: el ahora eterno, en el que ve y sabe todo, incluso el futuro.

Por eso es que Dios es la respuesta a todos nuestros temores. Si Dios es bueno y amoroso (y lo es), y si Dios es todopoderoso (y lo es), y si Dios tiene un propósito y un plan que incluyen a sus hijos (y los tiene), y si somos sus hijos (como espero que tú lo seas), entonces no hay razón para temer nada, porque Dios está en control de todo.

Lo sé, esa es una buena teología y probablemente tú crees en ella, pero todavía tienes temores, aprensiones y un nudo en la boca del estómago, ya sea a veces o todo el tiempo. La gran autora Edith Wharton dijo una vez que no creía en fantasmas, pero que les tenía miedo. Una cosa es saber algo con la mente y otra es creerlo con el corazón.

¿Cómo ayudas a un niño a enfrentar el miedo a la oscuridad? Primero, apelas a la mente. Enciendes la luz y le muestras que no hay nada atemorizante en la habitación. Después lo ayudas a poner en sintonía su corazón con lo que su

mente ha aceptado. Ese es el proceso de la fe para todos nosotros. Aceptamos que Dios está en control y, con esa base, transferimos nuestra carga a sus hombros perfectos.

¿Y qué de nuestro futuro incierto? El pesimismo no funciona porque es otra forma de esclavitud mental. El optimismo quizás no tenga base en la realidad. La única manera de caminar valiente y confiadamente hacia un futuro desconocido es apostararlo todo en el poder, la bondad y la fidelidad de Dios.

Para entender por qué Dios es la respuesta a todos nuestros temores, debemos entender lo que la Biblia dice acerca del temor. Y dice mucho. Nos dice más de trescientas veces que no temamos. «No temas» es su mandamiento que se repite con más frecuencia. La palabra *miedo* aparece más de doscientas veces, y *temor* y *terror* más de cien cada una. Y para que no creas que nuestros héroes de la Biblia no tuvieron miedo, en las Escrituras dice que más de doscientos individuos tuvieron miedo. No todos ellos eran «los malos»; muchos fueron los personajes principales, como David, Pablo, Timoteo y otros.

Los héroes bíblicos fueron personas comunes que tuvieron que aprender las mismas cosas que tú y yo tenemos que aprender: a expulsar el temor incrementando el conocimiento de Dios, a cambiar el enfoque del temor presente al Dios eterno, a reemplazar lo que no se sabe del futuro con lo que sí se sabe de Dios. Tuvieron que dejar atrás las cosas de niño (tenerle miedo a todo), y crecer en su fe y entendimiento.

Escribí este libro porque considero que el temor es un peligro real y presente en el cuerpo de Cristo. Muchos cristianos no tienen vidas libres de temor, y puede haber consecuencias serias cuando el temor no se retira. El autor y educador Neil T. Anderson escribe:

El temor es un ladrón. Erosiona nuestra fe, saquea nuestra esperanza, se roba nuestra libertad y se lleva nuestra alegría de vivir la vida abundante en Cristo. Las fobias son como los anillos de una serpiente: mientras más cedemos a ellas, más fuerte aprietan. Cansados de luchar, sucumbimos a la tentación de rendirnos a nuestros temores, pero lo que parecía una salida fácil se convierte, realmente, en una cárcel de incredulidad: una fortaleza de temor que nos mantiene cautivos[3].

Jesús vino a «proclamar que los cautivos serán liberados», y creo que eso incluye a los que son prisioneros del temor (Lucas 4:18). Él también dice que la verdad es la clave de la libertad (Juan 8:32). Y aquí está la verdad: Dios es bueno (Salmo 119:68), Dios es amor (1 Juan 4:8, 16) y Dios tiene un futuro lleno de esperanza para sus hijos (Jeremías 29:11; Romanos 8:28-29). Dios es refugio y fortaleza, escudo y defensor de los que confían en él (Salmo 91:2-4). Por esas razones, y más...

No tengas miedo de los terrores de la noche
ni de la flecha que se lanza en el día.
No temas a la enfermedad que acecha en la oscuridad,
ni a la catástrofe que estalla al mediodía.
Aunque caigan mil a tu lado,
aunque mueran diez mil a tu alrededor,
esos males no te tocarán.

SALMO 91:5-7

A medida que leas este libro, mi oración es que crezcas en tu convicción de que Dios es la respuesta a todos tus temores, que a medida que mires hacia el futuro no veas nada más que su poder y amor que te protegen a cada paso, y que encuentres la verdad que te liberará para vivir sin miedo la vida que Dios creó para que la disfrutes.

Dr. David Jeremiah

JUNIO 2013

CAPÍTULO 1

DESASTRES: *Miedo a una calamidad natural*

*No temeremos cuando vengan terremotos y las montañas se
derrumben en el mar.*

SALMO 46:2

Por lo menos los Trowbridge tenían un lugar para esconderse: el sótano de un vecino. Kelcy, su esposo y sus tres hijos entraron a su oscuridad fría, se acurrucaron debajo de una colcha y oyeron las sirenas de advertencia que sonaron un lunes por la tarde en mayo de 2013. Los Trowbridge vivían en los suburbios de la Ciudad de Oklahoma y un tornado mortal se avecinaba.

La familia solo se pudo sentar; se tomaron de las manos y oyeron cómo las sirenas dejaron de oírse por los ruidos que eran más fuertes y mucho más terribles. El alarido del viento se aproximó a la casa y se escucharon violentos golpes contra la puerta del sótano. Los niños comenzaron a llorar. «Shhh, solo son los escombros —dijo Kelcy—. Las cosas sueltas que vuelan por todas partes y golpean las paredes».

Luego, después de unos cuarenta minutos, hubo un silencio estremecedor. Los Trowbridge salieron a la luz de un mundo que no reconocieron. Su vecindario estaba en ruinas. ¿Dónde estaba su casa? Yacía plana en la tierra, como las filas de otras casas en su calle. ¿Dónde estaba el automóvil de la familia? Finalmente descubrieron que se había elevado en el aire, se había desplazado por la calle y después había caído sobre su techo.

Uno por uno, los vecinos salieron, todos sin palabras. Donde habría habido pájaros trinando, solo había el sonido de sollozos acallados. Allí estaban los restos de sus vidas y la pérdida de ilusiones agradables: ilusiones de estabilidad y de seguridad en un mundo racional.

El señor Trowbridge no era de los que se quedaban parados. Se puso a trabajar recuperando y clasificando cosas, pero después de un rato se detuvo abruptamente.

«Llamen a la policía», dijo en un tono monótono.

Allí, en medio de ladrillos, tubos y escombros, había una niña no mayor de dos o tres años. Estaba muerta. El señor Trowbridge permaneció estoico hasta que llegó la policía; luego se descontroló y lloró por la niña, por su familia y por la violencia de la tierra.

Mientras tanto, cerca de la escuela primaria Plaza Towers, Stuart Earnest Jr. vio y oyó cosas que sabía que lo atormentarían por el resto de su vida. El tornado había atacado directamente a la escuela. Siete niños habían perdido la vida y Earnest no podía alejar los ruidos de la tragedia. Oía las voces de los que gritaban pidiendo ayuda y los gritos, igual de desgarradores, de los que trataban de llegar para ayudarlos.

Un niño de cuarto grado llamado Damian Britton estaba entre los sobrevivientes de Plaza Towers, gracias a una maestra valiente que le había salvado la vida. A Damian le parecía que todos los horrores habían ocurrido en un período de cinco minutos, antes de que los estudiantes salieran de sus escondites. En todas partes era básicamente lo mismo: cinco minutos cortos para los pequeños, o para cualquier otro, para aprender esas lecciones tan profundas de vida y de pérdida.

Tengo que decirte que es difícil narrar esas historias. Sería mucho más fácil mantener el tono placentero y cómodo, incluso en un libro acerca del miedo. Por supuesto que el problema es que las historias son verdaderas y lo sabemos. Ellas pueden volver a ocurrir en otros cinco minutos, o mañana, o el día siguiente. Cada año, las noticias nos dan otro recuerdo más de que las fuerzas naturales que gobiernan este planeta son turbulentas e inestables.

Vivimos en una clase de negación necesaria. Continuamos con nuestra vida diaria como si tuviéramos garantías de seguridad que simplemente no son posibles en esta vida. Nos felicitamos por nuestros avances impresionantes en tecnología y pretendemos haber conquistado cada desafío para la vida y para la salud. Sin embargo, no es así. La naturaleza es maravillosa e inspiradora, pero es también monstruosa e inhumana.

En el 2004, la gran tragedia fue el *tsunami* del Océano Índico, que mató a doscientos treinta mil personas. Me cuesta asimilar esa cantidad. En el 2005 tuvimos el huracán Katrina. ¿Y quién puede olvidar el 2010 y el 2011? El terremoto en Haití le costó la vida a otras doscientas veinte mil personas; el *tsunami* de Japón, por lo menos a quince mil.

No obstante, esos solamente son los acontecimientos climatológicos de primera plana. Hay demasiados terremotos, incendios, inundaciones, huracanes, tornados, hambrunas, tormentas y *tsunamis* como para que siquiera llevemos la cuenta. Los desastres naturales se propagan en nuestro mundo y nos cuestan incontables millones de dólares y, más significativamente, cientos de miles de vidas.

Los desastres naturales hacen que surjan muchas preguntas en cuanto a la naturaleza de nuestra seguridad, de nuestro miedo a lo incontrolable y, especialmente, acerca del carácter de Dios. Esas preguntas necesitan respuestas. Sin embargo, me gustaría abrir la discusión hablando de un personaje bíblico que experimentó dos desastres naturales en el período de veinticuatro horas. Su nombre, por supuesto, era Job.

LOS DESASTRES NATURALES EN LA VIDA DE JOB

Job se ha convertido en el modelo por excelencia para soportar los desastres, y si alguna vez hubo alguien que pensáramos que no lo merecía, ese era Job. Los primeros versículos de su libro dan testimonio en cuanto a Job en cuatro áreas. En primer lugar, aprendemos acerca de su *fe*, que «era un hombre intachable, de absoluta integridad, que tenía temor de Dios y se mantenía apartado del mal» (Job 1:1). Job no era alguien sin pecado, pero era maduro de carácter y era un hombre honrado.

Job se distingue también por su *fortuna*: «Poseía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas burras; también tenía muchos sirvientes. En realidad, era la persona más rica de toda aquella región» (Job 1:3).

En los días de Job, la riqueza se calculaba en relación con la tierra, animales y sirvientes, y Job tenía esas tres cosas en abundancia. Era el hombre más rico de su época.

No era solamente un hombre de fortuna sino de *familia*. El primer capítulo nos dice que había criado hijos e hijas que eran muy unidos. Hacían grandes fiestas de cumpleaños unos para otros, después de las cuales su padre hacía sacrificios a Dios por ellos. Él decía: «Quizás mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en el corazón» (Job 1:5). La fe y la familia estaban entrelazadas para él.

Por último, él tenía muchos *amigos*. Algunos son famosos por su papel en el libro de Job, pero sin duda había muchos más que no fueron mencionados. Job 2:11 relata cómo un grupo de sus amigos más cercanos llegaron a acongojarse con él después de las grandes pérdidas que sufrió. Si sabes algo del relato de Job, recuerdas que esos amigos terminaron defraudándolo. Aun así, eran sus amigos y llegaron de lugares lejanos a ministrarlo en su tiempo de necesidad.

Estaban en lo correcto al sentarse con él para ayudarlo a llevar la carga de su duelo. Donde se equivocaron fue en que intentaron darle explicaciones y soluciones trilladas para una situación que era todo menos simple. Al final, provocaron lo peor y no lo mejor de Job. Aun así, se nos dice que él los perdonó y que hubo reconciliación (Job 42:9-11).

Lo que esos amigos no podían saber, ni tampoco el mismo Job, era que las fuerzas espirituales estaban funcionando mucho más allá de lo que ellos se daban cuenta. Los detalles se relatan en Job 1:8-12:

Entonces el SEÑOR preguntó a Satanás:

—¿Te has fijado en mi siervo Job? Es el mejor hombre en toda la tierra; es un hombre intachable y de absoluta integridad. Tiene temor de Dios y se mantiene apartado del mal.

Satanás le respondió al SEÑOR:

—Sí, pero Job tiene una buena razón para temer a Dios: siempre has puesto un muro de protección alrededor de él, de su casa y de sus propiedades. Has hecho prosperar todo lo que hace. ¡Mira lo rico que es! Así que extiende tu mano y quítale todo lo que tiene, ¡ten por seguro que te maldecirá en tu propia cara!

—Muy bien, puedes probarlo —dijo el SEÑOR a Satanás—. Haz lo que quieras con todo lo que posee, pero no le hagas ningún daño físico.

Entonces Satanás salió de la presencia del SEÑOR.

Armado con el permiso de Dios, Satanás se puso a trabajar, y la ruina de Job llegó rápidamente con cuatro calamidades que ocurrieron en un solo día. Estas eran las condiciones: Satanás podía atentar contra las posesiones de Job, pero no contra su persona. Por lo que se inició el gran experimento, pero lo que ya vemos es que está claro quién está a cargo de este mundo. El diablo puede probar a Job, pero no sin el permiso de Dios. Nuestro Dios reina y no podemos darnos el lujo de olvidarlo durante una discusión de desastres, ni en ninguna otra ocasión.

¿Qué le das al hombre que lo tiene todo? Desastres, algo que Job todavía no había experimentado. Comienza en uno de esos banquetes, con los hijos e hijas reunidos, riéndose y disfrutando de la compañía mutua.

Un mensajero se acerca a Job con noticias perturbadoras. Unos invasores sabeos descendieron a su propiedad, se robaron el ganado de Job y mataron a sus sirvientes. Solo ese mensajero había sobrevivido para llevar la noticia (Job 1:13-15).

No obstante, aun antes de que el sirviente terminara con su relato, antes de que Job lo asimilara todo, la puerta se abre y otro mensajero se para allí. Está pálido, con los ojos bien abiertos mientras susurra: «Cayó del cielo el fuego de Dios y calcinó a las ovejas y a todos los pastores» (Job 1:16).

En ese momento parece que el día de Job no puede ponerse peor, pero un tercer mensajero está justo atrás. La frase: «Mientras este mensajero todavía hablaba» se usa tres veces en este pasaje. Por lo menos para Job, el antiguo adagio es cierto: las desgracias nunca llegan solas.

El tercer mensajero trae noticias de que ha habido una invasión de los caldeos. Se han robado los camellos, han matado a los sirvientes y sí, han dejado un solo mensajero afligido (Job 1:17).

Mucho le ha salido mal a Job, calamidad tras calamidad, pero antes de que pueda encontrarle sentido a todo esto, o de formular cualquier clase de plan de recuperación, cae el tiro de gracia:

No había terminado de hablar el tercer mensajero cuando llegó otro con esta noticia: «Sus hijos e hijas estaban festejando en casa del hermano mayor y, de pronto, un fuerte viento del desierto llegó y azotó la casa por los cuatro

costados. La casa se vino abajo y todos ellos murieron; yo soy el único que escapó para contárselo».

JOB 1:18-19

Junto con todo lo demás, Job debe haber sido bendecido con un corazón fuerte. ¿Puedes imaginar recibir semejantes noticias? Él estaba dedicado a sus hijos; constantemente los llevaba ante Dios. A pesar de toda su intercesión, habían muerto de un golpe. Él enfrenta diez tumbas recién cavadas y un silencio doloroso desde el cielo. *¿Por qué, Dios?*

El libro de Job siempre ha sido el libro apropiado para ayudar a la gente a sobrellevar la existencia y los efectos del mal. Al principio, el libro nos muestra tres fuentes principales del mal. Primero, hay personas malas, como los sabeos y los caldeos que mataron a los siervos de Job y se robaron sus bueyes, burros y camellos. Luego, muestra el mal destructor de los desastres naturales en el incendio que destruyó a las ovejas y a los pastores de Job, y la tormenta de viento que mató a los hijos de Job. Y detrás de todo, vemos el mal a un nivel cósmico en manos de Satanás que, con el permiso de Dios, orquestó todo el desastre.

Ya que los eruditos consideran que Job es el libro más antiguo de la Biblia, sabemos que el problema de los desastres naturales ha estado con nosotros durante todo el tiempo que los humanos han caminado en la tierra. La Biblia no pasa por alto las preguntas más difíciles de la vida; no trata de hacernos esquivar la mirada. Se nos invita a pararnos con Job en el cementerio, a que veamos las cenizas de sus sueños y le preguntemos a Dios: *¿Por qué?* La primera pregunta que evoca esta historia en particular y los desastres naturales en general es esta: ¿Qué dicen de Dios estos desastres recurrentes?

LOS DESASTRES NATURALES Y LA REALIDAD DE DIOS

A Dios no se le puede divorciar de los desastres

Algunos dicen que a Dios ni siquiera debería incluirse en la discusión de los desastres, ya que él no tendría nada que ver con semejante mal. La explicación es algo así: Dios creó el mundo, pero no participa en su funcionamiento. Esta filosofía se llama deísmo. Acepta la existencia y la bondad de Dios, pero lo aleja de cualquier cosa que ocurra en el mundo que creó.

Creo que muchos cristianos frecuentemente adoptan cierta clase de deísmo en un intento de disculpar a Dios. Nos permite afirmar la bondad de Dios en vista de los males terribles simplemente al decir que no son su culpa. Él creó un mundo bueno y no debería culpársele si todo sale mal. No obstante, las Escrituras son claras en que Dios está obrando activamente en el universo (Job 37).

Otra manera en la que liberamos a Dios de responsabilidad por los desastres es echándole la culpa a Satanás por ellos, pero sabemos por nuestro estudio de Job que Satanás no puede hacer nada sin el permiso de Dios (Job 1:8-12). Si Satanás tiene que obtener permiso de Dios para hacer lo que hace, entonces Dios todavía está en control y reina en los asuntos humanos. La gente percibe su control, sobre todo cuando llama a los desastres naturales «actos de Dios».

Así que el hecho de que digamos que Dios no está involucrado en esos acontecimientos cataclísmicos es demasiado simplista para explicar todos los hechos. Ya sea que nos resulte cómodo o no, debemos discutir este asunto con integridad teológica. La Biblia nos enseña que Dios es soberano; él reina tanto en los momentos agradables como en los que no son tan agradables. Veamos algunas de las razones por las que existen los desastres en un mundo que Dios controla.

Dios emplea los elementos de la naturaleza para el funcionamiento del mundo

La Biblia contiene muchos pasajes que refutan la idea de que Dios puso en marcha la naturaleza y ahora deja que funcione a su antojo. Los siguientes pasajes bíblicos presentan a un Dios activo que está involucrado íntimamente en el control y sustento de todos los acontecimientos del mundo natural. Aquí tienes una pequeña muestra:

El SEÑOR hace lo que le place

por todo el cielo y toda la tierra,
y en los océanos y sus profundidades.
Hace que las nubes se eleven sobre toda la tierra.
Envía relámpagos junto con la lluvia
y suelta el viento desde sus depósitos.

SALMO 135:6-7

Él da la luz de su sol tanto a los malos como a los buenos y envía la lluvia sobre los justos y los injustos por igual.

MATEO 5:45

Él ordena que caiga la nieve en la tierra
y le dice a la lluvia que sea torrencial. [...]
El aliento de Dios envía el hielo
y congela grandes extensiones de agua.
Él carga las nubes de humedad
y después salen relámpagos brillantes.
Las nubes se agitan bajo su mando
y hacen por toda la tierra lo que él ordena.

JOB 37:6, 10-12

Dios emplea los elementos de la naturaleza en su oposición al mal

Dios no solo usa los elementos de la naturaleza para mantener al mundo funcionando, sino que también los usa como castigo o para llevar a su pueblo hacia la rectitud.

Al principio de la Biblia vemos que Dios envía un diluvio para destruir un mundo oscurecido por el pecado, y salva solo al piadoso Noé y a su familia (Génesis 6–8). Más adelante, cuando los israelitas vagaban en el desierto, Dios envió juicio a Datán, Abiram y Coré, que lo habían rechazado: «La tierra abrió la boca y se tragó a los hombres, junto con [...] todo lo que poseían» (Números 16:32).

Dios envió fuego para destruir a Sodoma y a Gomorra por su perversidad (Génesis 19:24); envió plagas para castigar a Egipto (Éxodo 7–12); creó una plaga que mató a setenta mil hombres debido al pecado de David al contar a la gente (2 Samuel 24:15); y envió una tormenta feroz para atraer la atención de Jonás y llevarlo al arrepentimiento (Jonás 1:4-17).

En Amós 4 hay un pasaje extenso que describe cómo trata Dios con la desobediencia de su pueblo. Si alguna vez nos vemos tentados a separar a Dios de los desastres naturales, este pasaje debería pararnos en seco. Aquí tienes una vívida descripción de La Biblia de las Américas:

Yo también os he dado dientes limpios en todas vuestras ciudades,
y falta de pan en todos vuestros lugares;
pero os no habéis vuelto a mí —declara el SEÑOR.

Y además os retuve la lluvia
cuando aún faltaban tres meses para la siega;
hice llover sobre una ciudad y sobre otra ciudad no hice llover;
sobre una parte llovía,
y la parte donde no llovía, se secó.

Así que de dos o tres ciudades iban tambaleándose a otra ciudad para beber
agua,
y no se saciaban;
pero no os habéis vuelto a mí —declara el SEÑOR.

Os herí con viento abrasador y con añublo;
y la oruga ha devorado
vuestros muchos huertos y viñedos,
vuestras higueras y vuestros olivos;
pero no os habéis vuelto a mí —declara el SEÑOR.

Envié contra vosotros una plaga, como la plaga de Egipto,
maté a espada a vuestros jóvenes, junto con vuestros caballos capturados,
e hice subir hasta vuestras narices el hedor de vuestro campamento;
pero no os habéis vuelto a mí —declara el SEÑOR.

Os destruí como Dios destruyó a Sodoma y a Gomorra,
y fuisteis como tizón arrebatado de la hoguera;
pero no os habéis vuelto a mí —declara el SEÑOR.

AMÓS 4:6-11, LBLA

Cuando alejamos a Dios de la responsabilidad de los desastres del mundo, aseguramos más de lo que nos damos cuenta. Porque si Dios no está en control de los desastres del mundo, ¿cómo podemos depender de él, de que está en control de nuestra vida y del futuro? O está involucrado en todas las funciones del mundo, o no está involucrado en ninguna de ellas.

Antes de seguir adelante, es crítico que haga una distinción entre el juicio general de Dios por el pecado de la humanidad y su supuesto juicio por el pecado de hombres y mujeres en particular. Es cierto decir que todo el juicio de Dios se debe al pecado y que él usa los desastres para administrar juicio, pero no es cierto decir que cada desastre en particular es juicio por algún pecado en particular, cometido por alguna persona o país en particular.

Después del 11 de septiembre, algunas personas se apresuraron a señalar que el desastre había sido juicio de Dios sobre Estados Unidos por nuestra rebelión en su contra. Aunque eso podría haber sido cierto, ¿cómo podría alguien en la tierra saberlo con seguridad?

Casi todos los desastres y tragedias que han ocurrido en Estados Unidos en los últimos años han incitado a algunos expertos a declarar que la tragedia es un juicio particular, por un pecado en particular, que se había cometido en el contexto inmediato del desastre. La verdad es que no conocemos los misterios del corazón y de la voluntad de Dios. En el Evangelio de Lucas, Jesús advierte en contra de hacer el papel de profetas de salón. Pilato había asesinado a unos galileos y otros habían muerto cuando una torre se derrumbó en Siloé. Cuando le preguntaron sobre eso, Jesús dijo:

¿Piensan que esos galileos eran peores pecadores que todas las demás personas de Galilea? [...] ¿Por eso sufrieron? ¡De ninguna manera! Y ustedes también perecerán a menos que se arrepientan de sus pecados y vuelvan a Dios. ¿Y qué piensan de los dieciocho que murieron cuando la torre de Siloé les cayó encima? ¿Acaso eran los peores pecadores de Jerusalén? No, y les digo de nuevo, a menos que se arrepientan, ustedes también perecerán.

LUCAS 13:2-5

Jesús nos hizo recordar que en nuestro mundo caído ocurren desastres, y le ocurren tanto a la gente mala como a la buena, sin distinción ni explicación. No nos toca clasificar esto como una desgracia o aquello como juicio de Dios sino simplemente, como Jesús señaló, reflexionar en el pecado de nuestro propio corazón.

A Dios no se le puede desacreditar por los desastres

Por supuesto que algunas personas quitan totalmente a Dios de la ecuación; simplemente no existe, según ellos, y no necesitamos más pruebas de esto que los desastres. El apologista Dinesh D'Souza resume esta línea de razonamiento en su libro *Lo grandioso del cristianismo*:

Si Dios existe, él es todopoderoso. Si él es todopoderoso, está en la posición de detener el mal y el sufrimiento. Pero sabemos por la experiencia que el mal y el sufrimiento continúan, escandalosamente, inmisericordemente, sin siquiera un indicio de proporción o justicia. De esta manera, no puede haber un ser omnipotente que sea capaz de prevenir todo esto, porque si lo hubiera, de seguro lo haría. Por lo tanto, Dios no existe[4].

El ateo George Smith habla por aquellos que intentarían plantear esto con una lógica razonable: «El problema del mal es este. [...] Si Dios sabe que hay mal y no puede prevenirlo, no es omnipotente. Si Dios sabe que hay mal y puede prevenirlo, pero no desea hacerlo, no es omnibenevolente»[5].

A veces, es pura emoción y no razonamiento lógico lo que provoca una conclusión como esa. Después del *tsunami* de 2010, un comentarista del periódico *The Herald* de Escocia escribió:

Dios, si es que hay un Dios, debería sentirse avergonzado. La magnitud del desastre del *tsunami* asiático, la muerte, la destrucción y el caos que ha causado, la escala de miseria que ha ocasionado, seguramente deben poner a prueba la fe hasta del creyente más firme. [...] Espero estar en lo

correcto [...] que no hay Dios. Porque si lo hubiera, entonces tendría que asumir la culpa. En mi opinión, él sería totalmente culpable, y yo no querría tener nada que ver con él[6].

Sin embargo, espera un minuto. C. S. Lewis, que alguna vez fue ateo, veía los desastres no como una prueba en contra de la existencia de Dios, sino, al razonar como lo hizo cuando llegó a la fe en Cristo, como una prueba real de la existencia de Dios:

Mi argumento en contra de Dios era que el universo parecía muy cruel e injusto, pero ¿cómo llegué a esa idea de *justo* e *injusto*? Un hombre no dice que una línea está torcida si no tiene la idea de una línea recta. ¿Con qué estaba comparando este universo cuando lo llamé injusto? Si todo el espectáculo era tan malo y sin sentido de cabo a rabo, por decirlo así, ¿por qué yo, quien se suponía que era parte del espectáculo, me encontraba en una reacción violenta en su contra? [...] De esa manera, en el mismo acto de tratar de demostrar que Dios no existía —en otras palabras, que toda la realidad no tenía sentido— descubrí que estaba obligado a asumir que una parte de la realidad —específicamente mi idea de la justicia— tenía mucho sentido. En consecuencia, el ateísmo resulta ser demasiado simple. Si todo el universo no tiene significado, nunca habríamos averiguado que no tiene sentido: de la misma manera, si no hubiera luz en el universo y por lo tanto no hubiera criaturas con ojos, nunca sabríamos que estaba oscuro. *Oscuro* no tendría sentido[7].

El hecho de que tengamos una idea clara de justicia y de perfección en un mundo contaminado con injusticia e imperfección ofrece evidencia sólida de que sí existe un Dios bueno.

Una verdad que frecuentemente pasamos por alto es que las muertes masivas ocasionadas por los desastres no pueden desacreditar a Dios más de lo que lo pueda hacer una sola muerte. Sabemos quién trajo la muerte al mundo y no fue Dios. Debemos recordar que cada una de las personas que murió en el terremoto de Haití de todas formas habría muerto al final. El hecho de que murieran

simultáneamente en realidad no es más trágico que si sus muertes se hubieran esparcido durante las siguientes décadas. El hecho es que las repentinas e inesperadas muertes simultáneas nos impactan más.

Los desastres no pueden definir a Dios

Después de cada desastre, frecuentemente oímos algo como esto: «Nunca podría creer en un Dios que permitiría que a sus criaturas les ocurrieran cosas tan terribles».

El Dios en que esa gente quiere creer es el Dios tipo «padre helicóptero», que sobrevuela justo arriba de nosotros todo el tiempo, aislándonos de toda situación desagradable, como un padre sobreprotector. Quieren un Dios que garantice protección, seguridad y felicidad, y que nos libre de toda tragedia y dolor, incluso el dolor disciplinario. Dios es mejor que eso. Él no complace cada deseo nuestro, más bien, aplica disciplina para ayudarnos a llegar a ser la clase de criatura que pueda habitar en una eternidad maravillosa.

Los que definen a Dios solo por el mal que él permite pasan por alto el otro lado de su queja. Sí, hay mal en el mundo, pero también hay una enorme cantidad de bien. Si Dios no es bueno, como ellos afirman, ¿cómo justifican todo el bien que experimentamos? ¿Es justo juzgarlo por el mal y no atribuirle el bien?

En su libro *¿Dónde estaba Dios?* Erwin Lutzer escribe:

A menudo la misma gente que pregunta dónde estaba Dios después de un desastre se rehúsa ingratamente a adorarlo y honrarlo por los años de paz y calma. Ellos dejan de lado a Dios en los buenos tiempos, pero piensan que Él está obligado a ayudarlos cuando vienen los tiempos malos. Creen que el Dios al que deshonran cuando están bien debería sanarlos cuando están enfermos; que el Dios al que ignoran cuando son ricos debería rescatarlos de la inminente pobreza; y que el Dios al que se rehúsan a adorar cuando la tierra permanece firme debería rescatarlos cuando comienza a temblar.

Debemos admitir que Dios no nos debe nada. Antes de que acusemos a Dios por su despreocupación, debemos agradecerle por aquellos tiempos en que su cuidado es muy evidente. Siempre estamos rodeados

por bendiciones inmerecidas. Nos bendice hasta con su silencio[8].

En un mundo que contiene tragedias, debemos darnos cuenta de que las bendiciones las superan enormemente en cantidad. Un poco de reflexión resalta el hecho de que no podemos permitir que otros nos definan a Dios. La Biblia y el buen sentido común borran mucha confusión.

No se puede negar que vivimos en un mundo donde pasan muchas cosas malas, y mucho de eso parece que no se merece. Dinesh D'Souza pregunta: «¿Por qué ocurren cosas malas a la gente buena? La respuesta cristiana es que no hay gente buena. Ninguno de nosotros merece la vida que tenemos, que es un regalo gratuito de Dios»[9].

Dios es amoroso y sus dones abundan en nuestro mundo. También su disciplina. Por eso es que debemos rehusar dejar que solo un lado de la ecuación nos defina a Dios.

Los desastres no pueden derrotar a Dios

Cuando los desastres ocurren, a veces nos vemos tentados a creer que los propósitos de Dios se han frustrado. Dejemos que Dios hable por sí mismo sobre este tema:

¡Solo yo soy Dios!
Yo soy Dios, y no hay otro como yo.
Solo yo puedo predecir el futuro
antes que suceda.
Todos mis planes se cumplirán
porque yo hago todo lo que deseo. [...]
He dicho lo que haría,
y lo cumpliré.

ISAÍAS 46:9-11

Una razón por la que tememos a los desastres es porque su aparición hace parecer que Dios no está en control, que de alguna manera las cosas se le han escapado de las manos. En esos momentos debemos recordar que un solo hilo en

el gran tejido no puede abarcar todo el lienzo. Nuestra visión es demasiado limitada para percibir cualquier significado final en una calamidad: la manera en que nuestro sufrimiento actual encaja en el propósito final de Dios. Aun así, como nos dice Pablo: «Sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos» (Romanos 8:28).

Como cualquier otra pieza de este tema complicado, es fácil confundir el significado de este versículo. Como nos dice James Montgomery Boice, Pablo no quiere decir que las cosas malas sean buenas:

El texto no enseña que las enfermedades, el sufrimiento, la persecución, el dolor o cualquier otra cosa de esas sea buena en sí. Al contrario, esas cosas son malas. El odio no es amor. La muerte no es vida. El sufrimiento no es alegría. El mundo está lleno de mal, pero lo que el texto enseña [...] es que Dios usa esas cosas para efectuar sus buenos propósitos en la gente. Dios saca bien del mal^[10].

Dios sacó bien de la obra con la que Satanás quería destruir la fe de Job. Él usó la realidad horrible de la crucifixión de un Cristo perfecto para fines maravillosos. En las manos sabias y poderosas de Dios, los acontecimientos malos se usan como herramientas que obran para fines buenos.

La clave está en el orden de las palabras en el idioma original: «Sabemos que para los que aman a Dios —dice el texto griego—, él está obrando». En otras palabras, Dios está activo incesante, enérgica y decididamente a su favor. Él está involucrado; está ocupado creando un destino glorioso para los que lo aman.

La frase que Pablo usa para describir cómo obra Dios a nuestro favor es interesante. Él dice que «todas las cosas cooperan». Esa expresión se traduce de la palabra griega *sunergeo*, de la que obtenemos nuestra palabra *sinergia*. La sinergia es el funcionamiento conjunto de varios elementos para producir un efecto mayor que, y frecuentemente completamente distinto a, la suma de cada elemento actuando de manera separada.

Así que las cosas no simplemente nos salen bien de alguna manera si dejamos que la naturaleza siga su curso. Dios hace que ocurra esta sinergia. ¡Él es el que revuelve la mezcla! Por eso es que los desastres no pueden derrotar a

Dios ni desviar sus planes y propósitos. Toda la naturaleza está bajo su control: *todas las cosas* cooperan. El que controla la naturaleza nos sostiene en sus manos.

Donald Grey Barnhouse explica que la parte de «sabemos» de Romanos 8:28 es un antídoto excelente para el miedo a los desastres:

Es posible que aquí y ahora sepamos que todas las cosas cooperan para nuestro bien. Aferrarnos a ese hecho es tranquilizar la turbulencia de la vida para llevar tranquilidad y confianza a toda la vida. Nada puede tocarme a menos que pase por la voluntad de Dios. Dios tiene un plan para mi vida. Dios está obrando de acuerdo a un propósito firme y eterno^[11].

En el siguiente poema, Annie Johnson Flint usa el funcionamiento complicado de la maquinaria industrial para darnos un cuadro creativo del control completo de Dios de «todas las cosas».

*En el edificio de una fábrica, hay ruedas y engranajes,
Hay cigüeñales y poleas, correas ajustadas o flojas...
Algunas giran velozmente, algunas rotan lentamente,
Algunas se impulsan hacia delante, algunas hacia atrás;
Algunas son suaves y silenciosas, otras son ásperas y ruidosas,
Golpean, rechinan, suenan, se mueven de un tirón;*

*En una confusión bárbara de aparente caos,
Se elevan, impulsan, accionan; pero hacen su trabajo.
Desde la palanca más poderosa hasta el piñón o engranaje más pequeño,
Todas las cosas se mueven juntas con el propósito planeado;
Y detrás del funcionamiento hay una mente que controla,
Una fuerza que dirige y una mano que guía.*

*Así funcionan todas las cosas para los amados de Dios;
Algunas cosas podrían ser dolorosas si estuvieran solas;*

*Parecería que algunas obstaculizan; y algunas podrían hacernos retroceder;
Pero obran juntas, y obran para bien,
Todos los anhelos frustrados, todas las negaciones severas,
Todas las contradicciones, difíciles de entender.
Y la fuerza que las sostiene, las apresura y las retarda,
Las detiene, las pone en marcha y las guía, es la mano de nuestro Padre*[\[12\]](#).

Hace varios años, mi esposa y yo recordamos el ejemplo inspirador de una pareja que confiaba en el control de Dios sobre todas las cosas. Mientras visitábamos Jerusalén, algunos amigos nos llevaron a almorzar al hotel American Colony. Cuando nos sentamos para comer, nos entregaron un pequeño folleto que relataba la historia del hotel y de su restaurante.

Me impactó descubrir que el hotel le pertenecía a la familia de Horatio Spafford, el hombre que escribió las palabras de mi himno evangélico favorito: «Alcancé salvación». Frecuentemente he relatado las circunstancias trágicas que rodearon la composición de esta canción, pero el folleto incluía hechos que yo no conocía. Aquí tienes la historia:

En 1871, Horatio Spafford vivía en el suburbio Lake View de Chicago. Era un abogado joven con su esposa, Anna, y cuatro niñas. En octubre de ese año, un incendio devastó todo el centro de la ciudad. Nadie está seguro de cómo comenzó el incendio, pero mató a cientos de personas y destruyó secciones completas de la ciudad.

La gente vagaba sin hogar y con hambre por toda la ciudad. Los Spafford estuvieron muy involucrados haciendo todo lo que podían para ayudar a las familias desoladas, pero no fue un ministerio de corto plazo. Dos años después, cansados de su trabajo, planificaron un viaje a Europa para descansar. Sin embargo, a última hora, los negocios hicieron que Horatio se quedara en la ciudad. Anna y las cuatro niñas abordaron un barco y salieron del puerto.

Ya tarde una noche durante el viaje, otro barco embistió al barco de vapor, el cual se hundió en veinte minutos. A Anna, una de las cuarenta y siete personas que fueron rescatadas, la sacaron del agua inconsciente y flotando sobre restos del naufragio, pero las cuatro niñas Spafford fallecieron. Anna le envió un

telegrama desde París a su esposo: «Salvada sola. ¿Qué debo hacer?». Ella le comentó a otro pasajero que Dios le había dado cuatro hijas y se las había llevado, y que quizás algún día ella entendería por qué.

Horatio abordó un barco para buscar a su esposa y llevarla de regreso a casa. Cuando el curso del barco atravesó el mismo lugar donde sus hijas habían desaparecido, el capitán lo llamó a su cabina y se lo dijo. Horatio, profundamente conmovido, buscó un pedazo de papel del hotel en el que había estado antes del viaje. Anotó las palabras de «Alcancé salvación», que ahora es uno de los himnos favoritos en el mundo.

De regreso en Chicago, la pareja trató de comenzar de nuevo. Les nació un hijo y luego otra hija. Tal vez lo peor había pasado. Entonces, otra tragedia: el niño murió de escarlatina a los cuatro años de edad.

De manera inexplicable, la iglesia de la familia adoptó la opinión de que seguramente esas tragedias eran el castigo de un Dios iracundo por algún pecado no específico por parte de los Spafford. A Horatio, que era anciano de una iglesia que había ayudado a construir, le pidieron que se fuera, en lugar de que su comunidad lo acogiera y lo consolara.

En 1881, la pequeña familia se fue de Estados Unidos para iniciar una vida nueva en Jerusalén. Alquilieron una casa en la sección de la Ciudad Vieja, con la meta de imitar la vida de los cristianos del primer siglo tanto como les fuera posible. Pronto la familia llegó a ser conocida ampliamente por su amor y servicio a los necesitados, así como por su devoción a las Escrituras. Incluso hoy en día, el centro infantil Spafford funciona en Jerusalén y en Cisjordania y provee servicios de salud y apoyo educativo a unos treinta mil niños anualmente, bajo el liderazgo de los descendientes de los Spafford[\[13\]](#).

Anna y Horatio Spafford sufrieron pruebas severas de su fe, pero no culparon a Dios por su sufrimiento. Sabían que él estaba en control de las cosas y porque él no pudo ser derrotado, ellos tampoco. Su fe les permitió aprender a través de sus pruebas y usar su dolor para bendecir a otros, y avanzar el evangelio.

Espero que esta sección haya ayudado a quitar la neblina que oscurece nuestro entendimiento de la conexión que hay entre Dios y los desastres. Cuando nuestro dolor nos lleva a ver a Dios como que él no está involucrado en la calamidad, que es impotente para controlarla o que ha sido derrotado por ella,

cortamos la rama que nos sostiene, y caemos en el temor. Esto nos deja sin esperanza, porque un Dios todopoderoso es nuestro único solaz en los tiempos trágicos.

Ahora veremos formas en las que la experiencia de desastres puede bendecirnos en realidad.

LOS DESASTRES NATURALES Y LAS RESPONSABILIDADES DEL HOMBRE

En medio del dolor y del sufrimiento, es difícil darse cuenta de que los desastres pueden ofrecer beneficios vitales. Así como los destructores incendios forestales limpian la maleza que con el tiempo ahoga los árboles, los desastres en nuestra vida pueden hacernos ver nuestros puntos ciegos para enfrentarlos con una visión más clara.

Los desastres nos enseñan a arrepentirnos de nuestro pecado

Anteriormente en este capítulo discutimos una ocasión de Lucas 13 en la que Jesús se refiere a dos tragedias contemporáneas. ¿Murieron las víctimas porque eran más pecadoras que los sobrevivientes? No, responde él; todos perecemos si no nos arrepentimos. En otras palabras, el mayor desastre natural de todos ocurrió en el jardín de Edén; el resto es daño colateral. La Caída nos hace a todos víctimas si no permitimos que Jesucristo se encargue del problema de nuestro pecado.

Cuando lees de gente que pierde la vida en incendios, inundaciones, huracanes, tornados y *tsunamis*, ¿te preguntas alguna vez cuántos estaban preparados para encontrarse con su Dios? ¿Te hace la pregunta examinar tu propia preparación (2 Corintios 13:5)? Nuestra preparación para reunirnos con Dios reduce en gran medida nuestro miedo a los desastres.

Muchos factores están en juego en el ámbito de un desastre, pero uno de ellos seguramente es obra de Dios que llama nuestra atención a sí mismo. A decir verdad, estamos rodeados de tragedias y desastres desconocidos: una cultura oscura, obsesionada con el sexo y la violencia; la rápida decadencia de la moral; el deterioro de la influencia cristiana en nuestro mundo. ¿Cuántos más son víctimas de estos venenos hechos por el hombre que de las fuerzas del viento

y del clima? A veces se requiere del poder dramático de un huracán o de alguna otra fuerza de la naturaleza para llamar nuestra atención y girar nuestra mente hacia los asuntos de la eternidad.

Dios usa los desastres y las tragedias para cumplir su voluntad perfecta en nosotros, a través de nosotros y, a veces, para llevarnos a sí mismo en primer lugar. En la iglesia que pastoreo, casi todos los que dan testimonio de su fe en su bautismo tienen algo en común: han llegado a Cristo a través de alguna experiencia difícil. Frecuentemente es la pérdida de algún ser amado, o un divorcio, o la pérdida de trabajo. Dios usa la dificultad y los desastres para obtener la atención de las personas a las que busca.

¿Cómo funciona esto? Erwin Lutzer nos dice:

Los desastres naturales podrían alejar de Dios a alguna gente, pero en otros tiene el efecto contrario, los lleva a los brazos de Jesús. La destrucción de la naturaleza ha ayudado a diferenciar lo temporal de lo permanente. Los desastres les recuerdan a los vivos que el mañana es incierto, de manera que debemos prepararnos hoy para la eternidad. Hoy es el tiempo aceptable; hoy es el día de la salvación.

Cuando vienen los desastres, Dios no es puesto a prueba, *nosotros lo somos*[\[14\]](#).

Los desastres nos enseñan a reflexionar en la bondad de Dios

Cuando veo reportes de desastres naturales, a medida que los medios de comunicación nos los transmiten instantáneamente, mis primeros pensamientos van hacia las vidas perdidas y a las familias destrozadas. También experimento una sensación de gratitud porque estos acontecimientos no afectaron a mi familia ni a gente que conozco.

Solía sentirme culpable por eso, de la misma manera que me sentía culpable por la gente que tuvo cáncer al mismo tiempo que yo, pero que no sobrevivió. No obstante, desde entonces he llegado a entender que es apropiado estar agradecido porque he sido salvado, aunque me lamento por los que se han perdido.

Mark Mittelberg escribe:

Es común en medio de la sequía [...] olvidar que lo normal es que llueva. O en medio de una inundación olvidar que los torrentes no son frecuentes. O cuando el médico nos da malas noticias olvidar que, para la mayoría de nosotros, llegan luego de muchos años de relativa buena salud[15].

Las bendiciones de Dios abundan; son la norma, y es apropiado estar agradecidos por ellas todo el tiempo, a pesar de las circunstancias que nos rodean.

Los desastres nos enseñan a ser sensibles con los que sufren

Los incendios del sur de California del 2003 y el 2007 destruyeron los hogares de varias familias de nuestra iglesia y diezmaron una comunidad de las montañas, arriba de nuestro lugar de adoración. Nunca había experimentado algo que afectara a nuestra iglesia tan directamente.

Hasta el día de hoy, la gente todavía habla de las formas en que fue transformada para bien con un acontecimiento que no podía parecer peor. Cuando el diablo envía un incendio forestal, Dios envía el fuego santo de seguidores de Cristo llenos del Espíritu. Cuando el diablo envía una inundación, Dios envía el refrigerio de agua viva.

Durante esos acontecimientos trágicos, mucha de nuestra gente hizo exactamente lo que hicieron al principio los amigos de Job: se sentaron con la gente que sufría. A veces la presencia en silencio es el ministerio más poderoso. Cuando la gente sufre, por ejemplo, los razonamientos espirituales y la cita indiscriminada de pasajes bíblicos pueden no tener el efecto esperado. La gente no necesita nuestras respuestas; simplemente necesita nuestros hombros para llorar, nuestra compañía en la oscuridad. Estos son los momentos en los que la iglesia de Jesucristo está en su apogeo. Y cuando alguien finalmente se voltea a nosotros y pregunta por qué, podemos decir: «Me gustaría sentarme contigo frente a una taza de café y que pronto trabajemos juntos en esas preguntas, pero ahora, estoy aquí para servirte. ¿Qué puedo hacer?».

En 1940, C. S. Lewis publicó su primer libro popular sobre la doctrina cristiana, *The Problem of Pain (El problema del dolor)*. Fue un ataque intelectual a la opinión de que el sufrimiento y el mal excluyen la existencia de Dios. Fue

un libro para la mente, y uno muy bueno. Pero en realidad no tocó el corazón; eso llegó veintiún años después, cuando Lewis se encontró escribiendo una clase muy distinta de libro.

En *A Grief Observed* (*Una pena en observación*), la tristeza dolorosa de Lewis, e incluso su ira, se propagaba en cada página. Había perdido a su amada esposa por cáncer en los huesos y estaba abrumado por la pena. Ya no le interesaba debatir puntos; ahora su corazón estaba destrozado. Este nuevo libro tenía más preguntas que respuestas. Se leía como un viaje de lamento que de alguna manera llegó a un puerto seguro para la fe.

Cuando terminó de escribir, Lewis entendió que el mundo nunca lo había visto así de franco y emotivo. Decidió publicar *Una pena en observación* bajo su nombre de pluma, N. W. Clerk. Sin embargo, un ejército de amigos amorosos pronto le llevaron el libro de «Clerk» y le dijeron: «Toma, tal vez este pequeño volumen te ayude». Lewis tuvo que revelar su pseudónimo y admitir que él era el autor del libro y el dueño del dolor del relato. Fue el libro que nació del dolor, más que el libro de respuestas intelectuales, el que ministró a otros que sufrían[16].

Los desastres realizan una cirugía dolorosa en nuestras partes más íntimas, pero la mano del Médico es tierna y segura. Él quiere hacernos mejores, más fuertes y más capaces para ministrar en un mundo de corazones quebrantados. Mientras ministramos nuestro propio dolor y el de otros, asumimos una semblanza creciente del Salvador que sanó el sufrimiento donde lo encontró.

Los desastres nos enseñan a recordar la promesa de Dios

Dios nos ha dado una promesa espectacular e integral que provee la cura definitiva para nuestro miedo a los desastres. Apocalipsis 21:3-4 dice: «Oí una fuerte voz que salía del trono y decía: “¡Miren, el hogar de Dios ahora está entre su pueblo! Él vivirá con ellos, y ellos serán su pueblo. Dios mismo estará con ellos. Él les secará toda lágrima de los ojos, y no habrá más muerte ni tristeza ni llanto ni dolor. Todas esas cosas ya no existirán más”».

Los desastres nos recuerdan que Dios no pretende que esta tierra caída, llena de muerte, desastres y corrupción, sea nuestro hogar permanente. Como dice el antiguo espiritual: «Este mundo no es mi hogar; yo de pasada voy». Las

calamidades que experimentamos aquí solo son fenómenos temporales. Cada desastre nos recuerda que nos espera una eternidad sin desastres, e inspira a nuestro corazón para que la anhelemos.

Pablo afirma este anhelo: «Toda la creación espera con anhelo el día futuro en que Dios revelará quiénes son verdaderamente sus hijos. [...] Pues sabemos que, hasta el día de hoy, toda la creación gime de angustia como si tuviera dolores de parto» (Romanos 8:19, 22).

Dinesh D'Souza resume cómo esta promesa de Dios asegura nuestra victoria final a través de los desastres:

La única manera en que realmente podemos triunfar sobre el mal y el sufrimiento es vivir para siempre en un lugar donde esas cosas no existan. El cristianismo afirma que ese lugar existe y que está disponible para todos los que lo busquen. Nadie puede negar que, si esta afirmación es cierta, entonces el mal y el sufrimiento están expuestos como dificultades e injusticias temporales. Son tan pasajeros como nuestras breves vidas mortales. En ese caso, Dios nos ha mostrado una manera de imponernos ante el mal y el sufrimiento, que finalmente son superados en la vida futura[\[17\]](#).

Los desastres nos enseñan a confiar en la presencia de Dios y en su poder

Comenzamos este capítulo examinando la terrible experiencia de un hombre llamado Job. Es apropiado que volvamos a su vida otra vez para descubrir cómo se desarrollaron los acontecimientos trágicos de su vida.

Job experimenta depresión severa mientras batalla para hacerle frente a sus pérdidas, pero pronto encuentra dentro de sí un poderoso y confiable compromiso con Dios. Dice: «Dios podría matarme, pero es mi única esperanza» (Job 13:15).

Por la gracia de Dios, Job logra mantener firmes su fe y su confianza en Dios, seguro de que algo mejor está preparado para él:

En cuanto a mí, sé que mi Redentor vive,
y un día por fin estará sobre la tierra.

Y después que mi cuerpo se haya descompuesto,
¡todavía en mi cuerpo veré a Dios!
Yo mismo lo veré;
así es, lo veré con mis propios ojos.
¡Este pensamiento me llena de asombro!

JOB 19:25-27

Finalmente, Dios habla con Job y sus amigos, pero en lugar de ofrecer explicaciones, proclama su omnipotente autoridad y avergüenza sus intentos insensatos de explicar el sufrimiento. Al escuchar la voz de Dios, Job se humilla y se arrepiente de interrogar a Dios:

Hasta ahora solo había oído de ti,
pero ahora te he visto con mis propios ojos.
Me retracto de todo lo que dije,
y me siento en polvo y ceniza en señal de arrepentimiento.

JOB 42:5-6

Sin embargo, ese no fue el final de la historia de Job. En el último capítulo de su libro se nos dice que «el SEÑOR bendijo a Job en la segunda mitad de su vida aún más que al principio», y le dio superabundancia de ganado y otros diez hijos (Job 42:12-15). De esa manera, Job fue ampliamente recompensado por su paciencia, su fe y su completa confianza en el poder de Dios.

No debemos deducir que esto significa que a todos los que sufren desastres se les restaurará todo en esta vida. La promesa es que no importa qué sufran aquí los que aman a Dios, vendrá un tiempo en el que las bendiciones de Dios harán que olvidemos todo el dolor que alguna vez soportamos.

La famosa autora de devocionarios Hannah Whitall Smith fue asediada con dolores terribles y preguntas sin respuesta. A ella le parecía, como te parece a ti y a mí, que nadie podía entender lo que experimentaba. No sabía a quién acudir en busca de ayuda, hasta que le hablaron de una cristiana profundamente espiritual que vivía en los alrededores:

Por lo tanto, una tarde me armé de valor, fui a verla y compartí con ella todos mis problemas; con la esperanza de que ella, por supuesto, se interesara profundamente en mí y se esforzara en hacer todo lo posible por ayudarme. [...] Cuando terminé mi historia e hice una pausa, esperando simpatía y consideración, simplemente dijo:

—Sí, todo lo que dices puede ser muy cierto, pero a pesar de todo eso, está Dios.

Esperé unos minutos por algo más, pero no hubo nada, y mi amiga y maestra daba la impresión de que había dicho todo lo que tenía que decir.

—Pero —continué— seguramente no entendiste lo graves y desconcertantes que son mis dificultades.

—Ah, sí —respondió mi amiga—, pero entonces, como te dije, está Dios.

Y no pude persuadirla para que me diera otra respuesta. Me pareció muy decepcionante e insatisfactorio. Sentí que mis experiencias peculiares y verdaderamente angustiantes no podían atenderse con algo tan simple como la afirmación: «Sí, pero está Dios». [...]

Por fin [...] poco a poco llegué a creer que, al ser mi Creador y Redentor, él tiene que ser suficiente; y finalmente en mí surgió una convicción de que él era en realidad suficiente, y mis ojos se abrieron al hecho de la total suficiencia absoluta y completa de Dios[\[18\]](#).

Dios es suficiente. ¿Te parecen estas palabras de guía como le parecieron a Hannah al principio, una trivial simplificación excesiva? Podrían verse de esa manera hasta que, al igual que Hannah, pensamos un poco más profundamente. El hecho es que Dios *debe* ser suficiente, porque si no lo es, ¿a dónde vamos por el plan B? Si el Dios del cielo y de la tierra —que es más poderoso que todos los ejércitos del mundo, que puede hacer que la tierra se derrita en el mar— no es el Señor de tu crisis, estás en un gran problema. Y yo también.

Dios es suficiente. Él está en control. Él sostiene el destino de las galaxias en sus manos, a la vez que sabe el número exacto de los cabellos de tu cabeza. Por encima de todo lo demás, él te ama y decidió derramar ese amor, no con palabras sino con sangre.

Entonces, deja que el viento sople. Deja que la tierra se abra debajo de nosotros. Encontramos nuestra fortaleza solo en Dios... y él es suficiente:

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza;
siempre está dispuesto a ayudar en tiempos de dificultad.
Por lo tanto, no temeremos cuando vengan terremotos
y las montañas se derrumben en el mar.
¡Que rujan los océanos y hagan espuma!
¡Que tiemblen las montañas mientras suben las aguas!

SALMO 46:1-3

CAPÍTULO 2

PADECIMIENTOS: *Miedo a la enfermedad grave*

Yo te sostengo de tu mano derecha; yo, el SEÑOR tu Dios. Y te digo: «No tengas miedo, aquí estoy para ayudarte».

ISAÍAS 41:13

Mientras escribo este capítulo, acabo de completar mi tomografía computarizada semestral. Por casi veinte años he estado haciendo este viaje de ida y vuelta a la clínica Scripps en La Jolla, California. Todo comenzó en 1994, cuando me diagnosticaron con un linfoma no-Hodgkin en la clínica Mayo de Rochester, Minnesota. Hice arreglos para recibir quimioterapia en Scripps, que está más cerca de mi casa. Con cada año que pasa, los miembros de su personal han aumentado en mi lista de héroes.

En mi primer día en Scripps, conocí al doctor Alan Saven, el oncólogo. Después de dos décadas, él todavía me examina dos veces al año. Él y el doctor Charles Mason, quien dirigió mi trasplante de células madres, me salvaron la vida.

Que quede claro, a *Dios* sea la gloria —él y solo él tiene mi vida en sus manos—, pero también sé que él prepara gente compasiva y dotada, que usa sus habilidades como agente de Dios para impartir su don de salud. Estoy muy agradecido por estos especialistas tan talentosos, y se los hago saber de cualquier manera que puedo.

No relataré todos los detalles de mi lucha contra el cáncer. Puedes encontrarlos en mi libro *When Your World Falls Apart (Una curva en el camino)*. Sin embargo, en este libro acerca del temor, no puedo evitar revivir esos recuerdos. La gente sabe que soy pastor y conoce mis pensamientos en cuanto a

los asuntos espirituales. Por lo tanto, quieren saber si tenía miedo cuando batallé contra el cáncer. Con mucho gusto respondo a esa pregunta, pero debo advertirte que puede ser difícil para ti comprender verdaderamente lo que digo.

El cáncer es uno de esos temas que no puede comprenderse de segunda mano. Desborda la realidad; tiene implicaciones tan poderosas que cambia a una persona para siempre. Cada vez que abro la puerta de Scripps, los sentimientos vuelven a fluir, aunque he tenido constantemente buenos reportes durante dos décadas. Las buenas noticias nunca se llevan el recuerdo y las emociones de esa época incierta.

Así que ¿tenía miedo? ¿Es un miedo que incluso ahora retorna sigilosamente? Aquí tienes lo que escribí en ese libro anterior:

¡Definitivamente! *Desesperadamente* tenía miedo. No se puede discutir. ¿Tenía miedo de morir? No. No tengo miedo de dejar esta vida, aunque tampoco estoy ansioso por hacerlo. Una buena parte de mi miedo se enfocaba en perder años preciosos con la gente que amo. Algo de eso simplemente tenía que ver con el dolor. Algo de eso tenía que ver con lo desconocido. ¿Cómo responderías a la noticia de que sufres de una enfermedad posiblemente fatal? Imagina los pensamientos y sentimientos que podrían fluir en tu corazón en ese momento y sabrás qué es lo que yo experimenté[\[19\]](#).

La misionera Isobel Kuhn escribió un libro titulado *In the Arena* (En la palestra), en el que explica una verdad maravillosa: una vida llena de problemas y de adversidades puede llegar a ser una vida llena de herramientas únicas para compartir el evangelio. Cada problema que ella enfrentó le dio otra oportunidad para glorificar a Dios por medio de la sabiduría que obtuvo.

En su capítulo final, Isobel dijo cómo sobrellevó el cáncer de mama. La salud se convirtió en su gran preocupación, y al saber cómo se podía expandir el cáncer, su impulso natural fue entrar en pánico, anticipar lo peor. Si tosía, debía ser cáncer de pulmón. Un dolor de diente significaba cáncer en la boca. Cada dolor menor o punzada era un presagio de consecuencias espantosas de salud. Ella aprendió que la enfermedad es un albergue para el temor[\[20\]](#).

Sin embargo, Isobel descubrió finalmente que Cristo vence todo temor. Ese mensaje puede cambiar el mundo y puede cambiar tu vida.

EL PREDOMINIO DE LA ENFERMEDAD

Para nosotros es difícil imaginar a alguien que viva en salud perfecta, pero Adán y Eva sí lo hicieron. Sus cuerpos eran absolutamente impecables. El mismo concepto de enfermedad habría sido extraño para ellos. Su pecado, por supuesto, destruyó esa realidad. Les costó el don de Dios de perfección y corrompió todo el orden creado. Como nos dice Pablo, la creación de Dios, ahora aquejada de enfermedad y de corrupción, gime de angustia (Romanos 8:20-22). Debido a la rebelión de Adán y Eva, la enfermedad ahora es un factor predominante de nuestra existencia. Cada uno de nosotros pasará cierta porción de su vida enfermo, herido o moribundo.

Pensamos en la enfermedad con aversión y temor, y en alguna parte de nuestro espíritu percibimos que las cosas no tenían que haber sido de esa manera. Dios ha puesto eternidad en nuestro corazón y, por eso, las amenazas a la vida llegan como intrusiones odiosas. Anhelamos el día en que la maldición del pecado será cancelada: «deseamos con una esperanza ferviente que llegue el día en que Dios nos dé todos nuestros derechos como sus hijos adoptivos, incluido el nuevo cuerpo que nos prometió» (Romanos 8:23). Hasta entonces, debemos sobrellevar la inevitabilidad de la corrupción corporal.

A medida que perdemos la sensación ingenua de la invulnerabilidad juvenil, nos preocupamos por los dolores y achaques, y por lo que podrían predecir. Nos sentimos ansiosos por la llamada del doctor con el resultado de un análisis o por la mirada en su rostro mientras entra a la habitación. Nos da pánico la sensación extraña en el pecho o el bulto que está donde no debería estar. Esos son temores básicos y primordiales. La muerte hace su trabajo en fases: la erosión de los dientes, la creciente inflexibilidad de las extremidades, el entorpecimiento de los sentidos. Solamente hay unas cuantas maneras de hacer el trabajo de mantenimiento para el cuerpo humano. Corremos, hacemos ejercicio, comemos bien y luego, como lo expresa el comediante Redd Foxx, algún día yacemos en un hospital y «morimos de nada».

La diversidad del cuerpo humano deja muchos puntos de entrada para el ángel de la muerte. Según los Centros Federales para el Control de Enfermedades, las causas principales de muerte por enfermedad en Estados Unidos son (en orden descendente): cardiopatía, cáncer, enfermedades respiratorias, derrame cerebral, enfermedad de Alzheimer, diabetes, nefropatía y neumonía[21].

Las enfermedades no solo hacen mella física y emocionalmente, sino también financieramente. Estados Unidos es el país más caro en lo que se refiere a tratar enfermedades[22]. En el 2010, el costo total por atención médica fue de más de 2,5 billones de dólares[23]. Debido a estos costos astronómicos, un incidente médico grave puede exterminar a una familia que vive en el borde económico. Cuando nuestra salud corporal se deteriora, también se perjudica la salud de nuestro bolsillo.

La enfermedad es una alteración más o menos grave de la salud. Nuestra experiencia confirma ese concepto. La enfermedad interrumpe los patrones de vida, nos quita el control y crea barreras con otra gente. Nos envía a instalaciones médicas costosas donde colocamos nuestro destino en manos de extraños. Desarrolla nuestra dependencia en medicinas misteriosas. Las propagandas de estas medicinas muestran a gente feliz y saludable que no parece tener problemas en absoluto, pero al final del aviso comercial, el anunciante enumera los efectos secundarios nefastos, con una voz apagada y a la velocidad de un subastador que usa esteroides.

Los hospitales no son lugares divertidos. Son una conglomeración de agujas, tubos, monitores, píldoras, termómetros, botones de alarma y cuñas, sin mencionar la ausencia total de modestia y de privacidad. Durante una de mis estadías en el hospital, un amigo me envió el poema perfecto que lo describe todo:

*Estaba sentado aquí, dedicado a lo mío,
Como dejando que mi mente estuviera despreocupada,
Cuando entra una enfermera con una sonrisa resplandeciente
Y una bata con una abertura en la parte de atrás.
«Tome una ducha —dijo ella—.
Y prepárese. Después, métase en este bolso».*

*A lo que ella en realidad se refería
Era la bata con la abertura en la parte de atrás.
«Van a hacerle unos análisis», dijo ella.
Me van a extender en un estante
Con nada entre mí y el mundo frío y cruel,
¡Más que una bata que está abierta en la parte de atrás!
Solo llega a las rodillas en el frente.
No hay escasez a los lados.
Pero hasta aquí, la mayor limitación,
Es esa abertura en la parte de atrás.
Quien haya diseñado esta prenda
Tenía gran talento para el humor,
Pero yo no logro ver nada divertido
En una bata que está abierta por detrás.
Oigo que ya vienen por mí,
El traqueteo de las ruedas.
Iré por los pasillos en una tabla
Con una bata abierta en la parte de atrás.
Cuando llegue al cielo, me dará lo mismo
Si mi bata es blanca, roja o negra,
¡Todo lo que pido, por favor!
Es que me den una que no esté abierta por detrás.*

Todos tememos a las enfermedades, pero al final una nos alcanzará a cada uno. Tal vez estés batallando con alguna enfermedad ahora mismo. Tal vez está a la vuelta de la esquina, o quizás alguien querido está luchando desesperadamente por su salud. Las enfermedades son frecuentes e inevitables, pero la manera en que las entendamos marca una gran diferencia. No es una sorpresa que la Biblia tenga mucho que decir en cuanto a las enfermedades y la forma en que la gente las sobrellevó.

PROMINENTES EJEMPLOS BÍBLICOS DE ENFERMEDADES

Nunca he predicado una serie de sermones acerca de los «Personajes enfermos de la Biblia»; tampoco lo ha hecho ningún otro pastor que conozca. No obstante, habría una riqueza de material para desarrollar. Por ejemplo:

- Pablo y su «espinas en mi carne», que podría haber sido una enfermedad física (2 Corintios 12:7).
- Job sentado en su montón de cenizas, cubierto de llagas (Job 2:7-8).
- Lázaro, un joven con una enfermedad terminal (Juan 11:1-4).
- La mujer con el problema de hemorragia (Marcos 5:25-29).
- Naamán y su lepra (2 Reyes 5:1).
- El rey David y la «enfermedad fatal» que se apoderó de él (Salmo 41:8).
- El rey Asa y la enfermedad de sus pies (1 Reyes 15:23).
- El rey Yoram y su enfermedad abdominal (2 Crónicas 21:15).
- Los amigos galileos de Cristo con «toda clase de enfermedades y dolencias» (Mateo 4:23).
- Epafras, que estaba «enfermo e incluso a punto de morir» (Filipenses 2:26-27).
- Dorcas, que se enfermó, murió y fue resucitada por Pedro (Hechos 9:36-41).

Al leer en las Escrituras de gente que sufrió de varias enfermedades, reconocemos las mismas emociones que sentimos ahora. Un ejemplo convincente es Ezequías, un rey de Judá. Veamos primero su vida y después exploraremos cómo abordó la enfermedad. Su batalla con la enfermedad se relata tres veces: en 2 Reyes 20, 2 Crónicas 32 e Isaías 38.

Ezequías fue uno de los reyes más grandes de Judá. «Ezequías confiaba en el SEÑOR, Dios de Israel. No hubo nadie como él entre todos los reyes de Judá, ni antes ni después de él» (2 Reyes 18:5).

Ezequías ascendió al trono a la edad de veinticinco años e inspiró un período de avivamiento religioso en el que recibió el estímulo de Isaías, quizás el profeta hebreo más noble y más elocuente. Ezequías abrió las puertas del templo de Jerusalén, que habían estado cerradas por mucho tiempo, y comenzó su renovación, encomendando esa tarea a los sacerdotes y levitas: «¡Levitas,

escúchenme! Purifíquense ustedes y purifiquen el templo del SEÑOR, Dios de sus antepasados. Quiten del santuario todos los objetos contaminados» (2 Crónicas 29:5).

Los versículos finales de ese gran capítulo describen los espléndidos servicios de consagración del templo y la alegría del rey y de su pueblo, que sentían que Dios estaba haciendo algo grande entre ellos. (Leer este relato nos hace anhelar un avivamiento similar hoy en día). En el capítulo 30, nos enteramos de que la mano de Dios estaba en esa nación, al reunir a su pueblo en unidad y obediencia a Dios. Encontramos un resumen entusiasta del reinado de Ezequías en 2 Crónicas 31:20-21:

El rey Ezequías [...] [hizo] lo agradable y bueno a los ojos del SEÑOR su Dios. En todo lo que hizo para el servicio del templo de Dios y en sus esfuerzos por seguir las leyes y los mandatos de Dios, Ezequías buscó a su Dios de todo corazón; y como resultado, tuvo mucho éxito.

Fue una época de oro, de fe y de prosperidad en Judá, y todas las cosas caminaron bien de diez a quince años. Entonces, cuando Ezequías cumplió treinta y nueve años, se enfermó. El profeta Isaías llegó a verlo y le dijo: «Esto dice el SEÑOR: “Pon tus asuntos en orden porque vas a morir. No te recuperarás de esta enfermedad”» (Isaías 38:1).

EMOCIONES DOLOROSAS EN LA ENFERMEDAD

¿Cómo reaccionarías si supieras que tu muerte es inminente? Si un hombre piadoso como Ezequías «se echó a llorar amargamente» (Isaías 38:3), entonces podemos entender que no es pecado expresar dolor cuando nos llegan las terribles noticias médicas. Ezequías no solo era un rey piadoso; era un rey *humano* piadoso, y los humanos naturalmente expresamos dolor en vista de malas noticias. A medida que sigamos con el desarrollo de la enfermedad de Ezequías, reuniremos perspectivas útiles para el arte de tratar con la mala salud.

La oración

Cuando Ezequías oyó el mensaje, volvió su rostro hacia la pared y oró al SEÑOR: «Acuérdete, oh SEÑOR, que siempre te he sido fiel y te he servido con singular determinación, haciendo siempre lo que te agrada»; y el rey se echó a llorar amargamente.

ISAÍAS 38:2-3

Ezequías, horrorizado y verdaderamente apesadumbrado, empapó su lecho de enfermo con sudor y lágrimas. Posteriormente escribió las memorias de su enfermedad, que encontramos en Isaías 38:10-20. Los primeros versículos de ese pasaje ofrecen un cuadro vívido y angustioso del corazón atribulado de Ezequías. Aquí tienes las reflexiones de este rey al oír las noticias de su muerte inminente:

Yo dije: «¿En la flor de mi vida
tengo que entrar en el lugar de los muertos?
¿Acaso seré privado del resto de mis años?».
Dije: «Nunca más veré al SEÑOR DIOS
en la tierra de los vivos.
Nunca más veré a mis amigos
ni estaré con los que viven en este mundo.
Se me voló la vida
como la carpa de un pastor en medio de una tormenta.
Fue cortada,
como cuando el tejedor corta la tela del telar.
De repente, mi vida se había acabado.
Esperé con paciencia toda la noche,
pero me sentía como si unos leones me estuvieran despedazando.
De repente, mi vida se había acabado.
En mi delirio, gorjeaba como una golondrina o una grulla,
y después gemía como una paloma torcaza.
Se me cansaban los ojos de mirar al cielo en busca de ayuda.
Estoy en apuros, Señor. ¡Ayúdame!».
Pero ¿qué podía decir?

Pues él mismo envió esta enfermedad.
Ahora caminaré con humildad durante el resto de mis años
a causa de esta angustia que he sentido.

ISAÍAS 38:10-15

En las memorias de mi propia enfermedad expresé que tardé tres días en poder darle a mi esposa la noticia del médico. El día después de mi diagnóstico, ella tenía programado salir de la ciudad para visitar a su madre, y yo decidí no agobiarla. Sabía que ella cancelaría inmediatamente su viaje, ¿y para qué? No tenía sentido inquietarla hasta que se hicieran más análisis.

Así que mantuve mi silencio. La llevé al aeropuerto al día siguiente, miré mientras su avión desapareció entre las nubes y, de repente, sentí las punzadas de la soledad; era hora de confrontar la jungla oscura de mis pensamientos. Anhelaba su consuelo, pero sería una espera de solo tres días. Nos reunimos en otra ciudad donde yo tenía programada una conferencia y fue allí donde tranquilamente le dije lo que los médicos habían dicho.

Lloramos, pero no amargamente. Incluso en ese momento tan difícil, sabíamos que teníamos nuestra fe y que nos teníamos el uno al otro. Nos abrazamos por horas mientras la penumbra gris de una nueva mañana se acumulaba afuera.

Durante mis tres días previos de meditación solitaria, caminé en las sandalias de Ezequías. Oré: *Estoy en apuros, Señor. ¡Ayúdame!*, así como Jesús oró para que le quitaran la copa, pero así como él puso sus propios deseos dentro de la voluntad del Padre (Lucas 22:42), sabía lo que todos los cristianos maduros saben: mis oraciones circularían por un proceso que terminaría en el mismo destino: *Tu voluntad, no la mía, Señor.*

No comparo mi situación con la del Hijo de Dios, por supuesto. Solo seguí su ejemplo de la resolución que sabía que era inevitable. Sabía que su voluntad es infinitamente más sabia que mi débil comprensión. El ciclo de cada oración angustiosa debe desplazarse de nuestros deseos humanos frenéticos a la obediencia amorosa y confiada.

Las lágrimas y la oración son reacciones comprensibles a la enfermedad, ya sea que seamos el afligido o que nos lamentemos por un ser amado. Aunque no podemos predecir cómo responderá el Señor, sabemos que las lágrimas y las

oraciones de su pueblo que sufre siempre lo conmueven (Salmo 56:8).

La promesa

Luego Isaías recibió este mensaje de parte del SEÑOR: «Regresa y dile a Ezequías: “Esto dice el SEÑOR, Dios de tu antepasado David: ‘He oído tu oración y he visto tus lágrimas. Te añadiré quince años más de vida’”».

ISAÍAS 38:4-5

Aquí, Ezequías recibió la alegre noticia que anhelaba oír: Dios lo sanaría. ¿Por qué lo hizo Dios? ¿Por qué sanó al rey y le dio quince años más de vida? En parte, fue porque vio las lágrimas de Ezequías y tuvo compasión.

Recuerda la base de la oración de Ezequías por sanidad: «Acuérdate, oh SEÑOR, que siempre te he sido fiel y te he servido con singular determinación, haciendo siempre lo que te agrada» (Isaías 38:3). Ezequías presentó su caso ante Dios: «Te he sido fiel. He limpiado la tierra de ídolos y restaurado la adoración en el templo. Por favor ten misericordia y sáname».

Sin embargo, debemos recordar que sin importar qué gran rey fuera Ezequías, Dios no tenía la obligación de sanarlo. No podemos ganarnos su favor con nuestras propias obras. La sanidad de Dios depende de su fidelidad, no de la nuestra. La sanidad llega de la misma manera que la salvación, por gracia: «Por su llaga [la del Mesías] fuimos nosotros curados» (Isaías 53:5, RVR60). La sanidad es parte de la misma naturaleza de Dios, y en su gracia, él la ofrece a los que le temen: «Para ustedes que temen mi nombre, se levantará el Sol de Justicia con sanidad en sus alas» (Malaquías 4:2).

Encontramos otra razón para la sanidad de Ezequías en Isaías 38:5: «Esto dice el SEÑOR, Dios de tu antepasado David». Dios había hecho un pacto con David de que el trono de Judá siempre le pertenecería a alguno de los descendientes de David. La referencia a David en este pasaje es el recordatorio de Dios de que él es fiel a sus promesas. Esa fidelidad se demostró cuando, tres años después de la sanidad de Ezequías, nació su hijo Manasés, quien sería el próximo rey (2 Crónicas 33:1).

Después de que Ezequías fue sanado, Dios le volvió a recordar su fidelidad a su promesa a David. Defendería a Jerusalén en contra de los asirios invasores «por mi propia honra y por amor a mi siervo David» (2 Reyes 19:34).

Los acuerdos de Dios con Ezequías y su nación fueron parte de una historia mucho más grande de lo que Ezequías podía ver. Se trataba también de la gloria de Dios, como siempre, y de una promesa que le había hecho a David hacía mucho tiempo. Dios siempre es bueno, misericordioso y compasivo.

¿Por qué nos sana Dios? Esencialmente por las mismas razones que sanó a Ezequías: primero, por su gracia y compasión, y segundo, por el amor de Jesucristo, hijo de David. Al igual que la historia de Ezequías, la nuestra también es parte de una mucho más grande que todavía no podemos ver.

La receta

Isaías les había dicho a los siervos de Ezequías: «Preparen un ungüento de higos y úntenlo sobre la llaga, y Ezequías se recuperará».

ISAÍAS 38:21

La enfermedad fatal de Ezequías se originó de una llaga en alguna parte de su cuerpo. Probablemente, podemos suponer que se había infectado y que estaba filtrando veneno en su sistema. Dios le dio instrucciones a Isaías para que sanara, las cuales había que transmitir a los médicos de la corte que atendían al rey.

La receta era un ungüento (o pasta) hecho de higos machacados para aplicarlo en la llaga. No es probable que los médicos de ahora consideren usar higos farmacéuticos, lo cual sería visto como una medicina alternativa o de hierbas. Es más probable que abrieran y drenaran la llaga y que después administraran un antibiótico.

Podrías preguntarte por qué Dios se molestó en usar a los médicos de la corte en todo caso. ¿Por qué no sanar a Ezequías por medio de un simple milagro? Dios tiene la costumbre de usar a la gente, sus dones y sus recursos para llevar a cabo sus planes. De hecho, fuimos creados para ser asistentes de Dios y para hacer su obra en la tierra (Génesis 1:28). Como dijo C. S. Lewis de Dios:

«parece que él mismo no hace nada de lo que pueda delegar a sus criaturas»[24]. Claramente, Dios usó a los médicos y las recetas del tiempo de Ezequías tal como lo hace ahora.

En 1994, los médicos trataron mi linfoma con quimioterapia. Cuando el linfoma volvió en 1998, recibí un trasplante de células madres. Esa es la parte científica de la historia, pero detrás de la escena, mucha gente estaba orando por mi recuperación. Esa es la parte de fe de la historia.

Esto hace surgir una pregunta. ¿Cuánto de mi sanidad debería atribuírsele a la medicina y cuánto a la oración? No podemos saberlo, pero en realidad hace poca diferencia: de cualquier manera, la sanidad llega de arriba. Somos nosotros los que hacemos distinciones entre lo natural y lo sobrenatural. Todo es del reino de Dios. Simplemente me siento bendecido de tener ambas cosas a mi disposición: amigos que oran de rodillas así como médicos con manos hábiles.

Un aspecto positivo de las soluciones médicas es que nos involucran. El ser agentes activos de Dios en nuestro propio proceso de sanidad permite que nuestra fe se desarrolle al darnos esperanza. Seguir las recomendaciones de mis amables y comprometidos médicos fue un estímulo poderoso para mí. Tengo fe total de que Dios me llevó a esos médicos específicos, y le agradezco a Dios por ellos todos los días.

Cuando enfrentamos una enfermedad grave, lo primero que debemos hacer es hablar con Dios. Pídele su guía y después aprovecha la mejor ayuda médica disponible, tal como lo hizo Ezequías. A fin de cuentas, nuestro Dios es *Jehová-Rofe* —«el SEÑOR, quien los sana» (Éxodo 15:26)—, ya sea que nos sane con un milagro, con medicinas o en el mundo por venir.

La alabanza

Los recuerdos de Ezequías de su experiencia con la enfermedad continúan en Isaías 38:16-20, donde él registra un testimonio de alabanza al Dios que lo sanó:

Sí, esta angustia ha sido buena para mí,
porque me has rescatado de la muerte
y has perdonado todos mis pecados. [...]
El SEÑOR está dispuesto a sanarme.
Cantaré sus alabanzas con instrumentos

todos los días de mi vida
en el templo del SEÑOR.

ISAÍAS 38:17, 20

Ezequías le dio todo el crédito a Dios por el milagro de sanidad. No puedo leer sus memorias sin que me hagan recordar este salmo:

Que todo lo que soy alabe al SEÑOR;
con todo el corazón alabaré su santo nombre.
Que todo lo que soy alabe al SEÑOR;
que nunca olvide todas las cosas buenas que hace por mí.
Él perdona todos mis pecados
y sana todas mis enfermedades.

SALMO 103:1-3

Estos pasajes nos recuerdan que al recuperarnos de la enfermedad, el primer asunto que debemos atender es alabar a Dios. Algunas personas nunca piensan en algo así; oran en tiempo de peligro y rápidamente se olvidan de Dios cuando sanan. ¿Ves la falta de coherencia allí, o peor aún, la falta de gratitud? Si oramos por sanidad, ¿por qué no hemos de agradecer a Dios cuando llega la sanidad?

¿Son tan pequeñas e insignificantes algunas enfermedades que no deberíamos molestar a Dios con ellas? ¡Claro que no! Es común que la gente le agradezca a Dios cuando ha tenido un encuentro cercano con la muerte, como en una colisión de tráfico que apenas se evadió, pero muy pocos de nosotros lo alabamos después de aliviarnos de la gripe o de una migraña. Si podemos orar por enfermedades graves, ¿por qué no orar por *todas* las enfermedades? Nada que nos duela es demasiado pequeño para el cuidado de Dios.

De hecho, las Escrituras nos enseñan a orar no solo por nuestra salud, sino por *todo* (1 Tesalonicenses 5:17; Filipenses 4:6-7). Si oramos por todo, ¿no deberíamos también alabar a Dios en todo (1 Tesalonicenses 5:18)? Es bastante simple. ¿Cuándo podemos orar? Todo el tiempo. ¿Cuándo debemos alabar a Dios? Cada vez que oremos.

El problema

Ezequías no respondió de manera adecuada a la bondad que le había sido mostrada y se volvió orgulloso. Por eso el enojo del SEÑOR vino contra él y contra Judá y Jerusalén.

2 CRÓNICAS 32:25

Desafortunadamente, la aventura médica de Ezequías tiene un epílogo trágico. Después de todo lo que Dios había hecho por él, después del regalo de quince preciosos años que se agregaron a su tiempo de vida, Ezequías perdió el favor de Dios. ¿Cómo ocurrió eso? Su recuperación milagrosa le hizo perder la humildad de haber estado cerca de la muerte.

A medida que sus problemas disminuyeron, su pasión por Dios también. En lugar de vivir humildemente ante su Señor, su corazón comenzó a hincharse de orgullo. Llegó a obsesionarse con las riquezas y ya no acudía a Dios sino a los bienes.

El orgullo de Ezequías por su riqueza lo llevó a cometer el error político de alardear de sus tesoros y armamento con los enviados de Babilonia, el imperio que después derrotaría a su nación (Isaías 39). El rey de Babilonia había enviado a sus representantes ante Ezequías, supuestamente para presentarle sus respetos durante su convalecencia. Sin embargo, su verdadero motivo era tratar de congraciarse con Ezequías para formar una alianza en contra de un enemigo en común: Asiria. Eso no estaba en los planes de Dios.

En su vitalidad soberbia y en su exceso de confianza, Ezequías falló en no consultar con el Señor sobre estos acontecimientos y confió secretos de estado a sus visitantes: «No hubo nada, ni en el palacio ni en el reino, que Ezequías no les mostrara» (Isaías 39:2). Sus nuevos «aliados» tomaron nota cuidadosamente.

El corazón de Isaías se dolió al enterarse de los actos irreflexivos del rey. El profeta predijo el juicio de Dios a la nación (Isaías 39:3-7), que ocurrió posteriormente cuando los babilonios destruyeron Jerusalén y escoltaron al pueblo de Judá hacia setenta años de cautiverio. Sin dificultad saquearon el tesoro y el templo porque sabían dónde estaba almacenada toda la riqueza. Ezequías, que había bendecido a su pueblo al hacer girar su corazón hacia Dios, finalmente le falló profundamente.

Cuando Ezequías murió, su hijo Manasés se convirtió en rey a los doce años, y revirtió totalmente todo el bien que su padre había hecho. Por medio siglo, Manasés dejó una huella de sangre, violencia, idolatría e incluso de hechicería en su reino. Su padre había limpiado amorosamente el templo; el hijo lo profanó con la imagen tallada de un dios falso. El resultado de ese mal liderazgo fue una invasión militar y la sangre de niños sacrificados en altares paganos. El reino de Judá estaba en un camino peligroso del que nunca se recuperaría.

Dios tuvo sus razones para sanar a Ezequías, aunque conocía el futuro. Sin embargo, no podemos dejar de observar que a veces todos están mejor cuando Dios dice que no. La nación pagó un precio exorbitante por esos quince años extra de la vida de Ezequías. Como nos lo recuerda el salmista, ten cuidado con lo que pides en oración; porque es posible que lo recibas:

Entonces les dio lo que pedían, pero al mismo tiempo les envió una plaga.

SALMO 106:15

Nuestro problema es que nuestra perspectiva no se extiende mucho más allá de nuestra nariz, mientras que la perspectiva de Dios es infinita. Solo sabemos que sufrimos y que quisiéramos acabar con el dolor, pero si pudiéramos ver cómo nuestro sufrimiento encaja en la perspectiva de Dios, nos daríamos cuenta de que hay cosas peores que nuestra oscuridad actual. La enfermedad podría ser un eslabón necesario en el plan divino para llevar a cabo algún bien. A veces, solamente a través del dolor es que llegamos a ser lo Dios quiere que seamos.

Charles H. Spurgeon, en su manera irónica, declaró una vez: «Me atrevo a decir que la bendición terrenal más grande que Dios puede dar a cualquiera de nosotros es la salud, *con excepción de la enfermedad*»[\[25\]](#).

En lugar de suplicar rápidamente por liberación, quizás más sabiamente podríamos preguntarle a Dios el propósito de nuestro sufrimiento. *¿Cómo puedo crecer a través de esto, Señor?* Lo agradamos profundamente cuando oramos como Jesús lo hizo: «Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía» (Lucas 22:42).

ESTÍMULOS PRÁCTICOS AL ENFRENTAR ENFERMEDADES

Si un Ezequías más triste, pero más sabio, pudiera unírseos hoy para un tiempo de preguntas y respuestas, ¿qué consejo podría dar para ayudarnos con la enfermedad? Permíteme sugerir cinco posibilidades:

Centra tu mente

Dios no nos ha dado un espíritu de temor y timidez sino de poder, amor y autodisciplina.

2 TIMOTEO 1:7

La imaginación humana es una fuerza poderosa que puede crear visiones bellas de un futuro deseable, o sacar de la nada el peor de los casos. Estos productos oscuros de la imaginación pueden hacer que el miedo nos controle: una situación a la que Dios nunca nos sometería. Como lo demuestra el versículo de las Escrituras mencionado, el poder que aleja el temor es una mente disciplinada.

Mantenemos una mente disciplinada cuando «capturamos los pensamientos rebeldes y enseñamos a las personas a obedecer a Cristo» (2 Corintios 10:5). Pablo escribió esas palabras cuando los apóstoles falsos de Corinto propagaban mentiras en cuanto a su ministerio. Cuando un pensamiento que no es de Dios entra a nuestra cabeza («Estoy enfermo; ¡me voy a morir!»), lo examinamos a la luz del conocimiento de Dios (versículo 5). ¿Tiene ese pensamiento alguna base en la realidad? Si no, lo capturamos. Ya no puede andar libremente ni llevar nuestra imaginación lejos de la bondad de Dios y hacia un temor enfermizo.

Cuando Isobel Kuhn batallaba contra el cáncer, se dio cuenta de que el verdadero enemigo era algo demasiado profundo para el bisturí del cirujano. Estaba en el mundo invisible de su imaginación. Escribió:

Tuve que rehusar permitir que mi imaginación jugara con mi futuro. Creo que ese futuro está ordenado por Dios y ningún hombre puede adivinarlo. Para mí, permitirme imaginar cómo o cuándo vendría el final no solo era

infructuoso sino que era definitivamente dañino, por lo que tuve que poner mis pensamientos en cautiverio para que no deshonraran a Cristo[26].

¿Qué tan distinta sería tu vida si simplemente pudieras poner tus pensamientos en cautiverio para Cristo? ¿Cuánto mejor dormirías en la noche? ¿Qué tan feliz serías y cuánto menos ansioso estarías? ¿Cuánto más alegre te encontrarían tus amigos?

Lograr tener una mente disciplinada y centrada no es tan difícil como crees. Si leemos simplemente las Escrituras profunda, atenta y abiertamente cada día, invitaremos al Espíritu Santo a que les susurre nueva fortaleza a nuestros pensamientos. Solamente él puede domar el poder imprudente de la mente humana. Una mente centrada en la verdad de Dios es la clave para estar firmes y no darnos por vencidos.

Cuenta tus bendiciones

Sean agradecidos en toda circunstancia, pues esta es la voluntad de Dios para ustedes, los que pertenecen a Cristo Jesús.

1 TESALONICENSES 5:18

¿Qué pensarías si abrieras tu Biblia en Efesios 1 y dijera: «Toda la alabanza sea para Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, *cuando estamos bien y con salud*, nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en los lugares celestiales, porque estamos unidos a Cristo» (versículo 3)?

Probablemente sabes que las palabras en cursiva que inserté en ese versículo no se encuentran en ninguna parte de Efesios, ni en ninguna otra parte de la Biblia. Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales, porque estamos unidos a Cristo, ¡punto! Ya sea que estemos fuertes o débiles, sanos de cuerpo o quebrantados con dolor, estamos bendecidos. «De su abundancia, todos hemos recibido una bendición inmerecida tras otra» (Juan 1:16).

Quizás te preguntes cómo en medio de la enfermedad debilitante es posible que nos sintamos bendecidos. No se trata solamente de sentirse bendecido, como si fuera algo que tenemos que conjurar en nuestra imaginación; sino de ver las

enormes bendiciones que están verdaderamente allí. En su libro *Gold by Moonlight* (Oro a la luz de la luna), Amy Carmichael compara vivir con dolor y enfermedad a una caminata por un terreno escabroso. Observa que hasta un paisaje inhóspito tiene sorpresas animadoras, como «brillantes flores de las nieves, que esperan ser recolectadas de entre las rocas ásperas de las circunstancias difíciles»[\[27\]](#).

En épocas de enfermedad, nuestras bendiciones llegan a ser más claras, más ricas y más significativas. Algo terapéutico ocurre en lo profundo de nuestro corazón cuando contamos esas bendiciones. Podemos alegrarnos en las oraciones de nuestros amigos, en la nota de un ser amado, en el cuidado compasivo de una enfermera esmerada, en la sonrisa de un doctor, en el verso de un himno que viene a la mente, en un vecino que poda el césped, en un versículo de la Biblia que aparece en el momento justo, en un medicamento que disminuye nuestro dolor, en una columna de luz del sol que atraviesa la ventana de la habitación, en el diseño complejo de una flor en un florero cercano o en la inocencia y alegría de un nieto que nos visita. En la enfermedad, nuestro enfoque se agudiza y nuestra percepción de lo que es verdaderamente importante se afina para excluir los valores periféricos que atascan nuestra vida cuando la buena salud nos mantiene demasiado ocupados como para apreciar las bendiciones sencillas, que frecuentemente son las mejores.

Entrenarnos para localizar estas «flores silvestres en el desierto» es el secreto para aprender a considerarlo «como un tiempo para alegrarse mucho» (Santiago 1:2). Quizás esto no sea fácil, pero es esencial para mantener nuestra salud espiritual y una buena actitud. Nos libera de la tiranía de estar limitados a un cuerpo físico en deterioro. Es liberador darse cuenta de que la enfermedad no define quiénes somos, que somos más que nuestros dolores y achaques.

La enfermedad también nos lleva a cambiar nuestro enfoque de lo terrenal a lo celestial. Este es un cambio vital que puede jugar un papel importante en nuestra sanidad final.

El doctor Ed Dobson era el pastor principal de Calvary Church en Grand Rapids, Michigan, cuando le diagnosticaron esclerosis lateral amiotrófica, una enfermedad degenerativa y terminal. Por varios años trató de mantener su ministerio pastoral con el apoyo fervoroso de su iglesia. Cuando llegó a ser obvio que no podía continuar, dejó su función pastoral con mucha renuencia.

Pero nada podía evitar que Ed siguiera bendiciendo al Señor en todas las cosas y que desarrollara las disciplinas de alabanza y de adoración personal. Ed y su hijo mayor alguna vez habían tomado un curso de judaísmo en una sinagoga local, donde habían aprendido la bendición tradicional judía que comienza: «Bendito seas Dios, nuestro Dios, Rey del universo...». Dobson escribió:

En medio de mi enfermedad, comencé a bendecir a Dios por todos los dones de la vida. Usé esta fórmula oficial (aprendí a hacerlo en hebreo), y bendigo a Dios por cada día. Bendigo a Dios por la capacidad de ducharme y de vestirme por mi cuenta. Bendigo a Dios por la capacidad de abotonar los botones. Bendigo a Dios por la capacidad de levantar comida y llevarla a mi boca, aunque ya no puedo hacerlo con mi mano derecha. Bendigo a Dios por todo lo que puedo hacer y por cada don que viene de él[28].

Mientras escribo, Ed Dobson continúa enseñándoles a los cristianos a contar sus bendiciones, enumerándolas una por una. Siempre es una buena aritmética espiritual. Si le pedimos a Dios un corazón tranquilo y agradecido, que ve todas las bendiciones que su gracia imparte, él puede enseñarnos muchas lecciones en la enfermedad que no se aprenden nunca en salud. Como lo dijo el antiguo predicador puritano Thomas Watson: «Un lecho de enfermo enseña frecuentemente más que un sermón»[29].

La Biblia no dice que debemos estar agradecidos *por* todas las cosas, como el dolor y la incomodidad de la enfermedad, pero sí dice que debemos dar gracias *en* todas las cosas, incluso en la enfermedad: «Sean agradecidos en toda circunstancia, pues esta es la voluntad de Dios para ustedes, los que pertenecen a Cristo Jesús» (1 Tesalonicenses 5:18). Da gracias porque hasta tu enfermedad te da la oportunidad de glorificar a Dios.

Continúa tu trabajo

Somos la obra maestra de Dios. Él nos creó de nuevo en Cristo Jesús, a fin de que hagamos las cosas buenas que preparó para nosotros tiempo atrás.

EFESIOS 2:10

Muchos cristianos saben cómo Dios los salvó —por gracia por medio de fe—, pero no todos saben *por qué* Dios los salvó: «a fin de que hagamos las cosas buenas que preparó para nosotros tiempo atrás» (Efesios 2:10). Y como dijo una vez la gran estrella de la NBA y miembro del Salón de la Fama Jerry West: «No puedes hacer mucho en la vida si solo trabajas en los días en que te sientes bien».

Mientras estemos en esta tierra, siempre hay trabajo que podemos hacer. Aunque no podamos caminar con el cuerpo, podemos caminar en el Espíritu. En su lecho de muerte, el profeta Eliseo siguió aconsejando a Yoás, rey de Israel (2 Reyes 13:14). La historia está llena de ejemplos de santos que sirvieron a Dios mientras el cuerpo y el aliento se los permitieron.

Cuando Isobel Kuhn batallaba contra el cáncer, descubrió que mantenerse ocupada era una buena medicina para ella. Aunque estuvo postrada en cama por mucho tiempo, elaboraba un horario diario que encajaba en los límites de su fortaleza. Trabajaba en su libro, estaba involucrada en un ministerio de oración, leía, estudiaba y se alegraba con las cartas y tarjetas que llegaban de todo el mundo.

Cuando no tuvo fuerza ni para estas actividades, escribió: «En esta plataforma no puedo tener buena salud y una vida normal. Por lo tanto, acepto el hecho y no me agobio por eso»[\[30\]](#).

Isobel Kuhn falleció el 20 de marzo de 1957, llena de fe y alegría. «Enfrentar el fin del peregrinaje terrenal de uno no es algo melancólico para un cristiano —escribió—. Es como la preparación para el viaje más emocionante de todos. [...] Así que la plataforma de una temida enfermedad se convierte en un trampolín hacia el cielo»[\[31\]](#).

El inglés John Pounds (1766–1839) es otro ejemplo de alguien que enfrentó la enfermedad fielmente. Él era un obrero adolescente alto y musculoso de los muelles de Portsmouth, que se cayó desde lo alto del mástil de un barco.

Cuando los trabajadores se acercaron a él, no era más que una masa de huesos rotos. Por dos años yació en cama mientras sus huesos sanaban encorvados. Su dolor nunca acabó. Por aburrimiento comenzó a leer la Biblia.

Con el tiempo, John gateó de la cama con la esperanza de encontrar algo que hacer con su vida. Un zapatero lo contrató y día tras día John se sentaba en su banco de zapatero, con la Biblia abierta en su regazo. Pronto nació de nuevo por la fe en Cristo. John juntó suficiente dinero para comprar su propia zapatería, donde desarrolló un par de botas ortopédicas para su sobrino lisiado. Pronto comenzó a hacer zapatos correctivos para otros niños, y su zapatería se convirtió en un hospital infantil en miniatura.

A medida que la carga de John por los niños aumentaba, comenzó a alimentar a niños sin hogar, les enseñaba a leer y les hablaba del Señor. Su zapatería llegó a ser conocida como «la Escuela para Niños Pobres». John cojeaba frecuentemente a la orilla del mar con comida en su bolsillo, en busca de más niños que atender. John Pounds rescató a quinientos niños de la desesperación y llevó a cada uno de ellos a Cristo. Su obra llegó a ser tan famosa que el movimiento de Escuelas para Niños Pobres se propagó en toda Inglaterra. En honor a John, el Parlamento aprobó una serie de leyes para establecer escuelas para niños pobres: hogares de niños, hogares de niñas, escuelas de día y escuelas de noche. Todos tenían clases bíblicas en las que miles oían el evangelio.

John colapsó y murió el día de Año Nuevo de 1839, mientras atendía el pie ulcerado de un niño. Lo enterraron en el cementerio de una iglesia en High Street. Toda Inglaterra lloró y en la iglesia se colgó un cuadro que dice: «Serás bendecido, porque ellos no pudieron recompensarte»[\[32\]](#).

¿Quién habría llegado a ser John Pounds si no hubiera quedado tan severamente herido? No lo sabemos. Pero sí sabemos lo que llegó a ser a pesar de sus heridas, o quizás por ellas. Es un recordatorio inspirador de que nuestras aflicciones y limitaciones no quieren decir que Dios terminó con nosotros. Mientras más débiles llegamos a ser, más se multiplica la gracia de Dios (2 Corintios 12:9). Pasar por tiempos difíciles frecuentemente nos equipa para más servicio. También nos permite tener más empatía y ministrar a gente que de otra manera nunca se habría atravesado en nuestro camino.

Nosotros descartaríamos el sufrimiento como algo vil, pero Dios no desperdicia nada. En sus manos, el sufrimiento se convierte en el medio para milagros. Él abrirá puertas nuevas de testimonio, y su fortaleza brillará a través de nuestras debilidades.

Reclama tus promesas

Jesús [...] dijo: «La enfermedad de Lázaro no acabará en muerte. Al contrario, sucedió para la gloria de Dios, a fin de que el Hijo de Dios reciba gloria como resultado».

JUAN 11:4

Antes dije que la sanidad tiene un propósito doble: nuestro bien y la gloria de Dios. Jesús fue un paso más allá cuando dijo que hasta la muerte puede glorificar a Dios.

Quizás la verdad más grande en toda la Biblia, en lo que se relaciona a la enfermedad entre cristianos, está en las palabras de Jesús en Juan 11:4. Su amigo Lázaro estaba enfermo y siguió así hasta morir, y cuando Jesús llegó, su amigo ya había estado en la tumba cuatro días. Sin embargo, Jesús no dijo que la enfermedad de Lázaro no *incluiría* la muerte. Dijo que no *terminaría* en muerte. Más bien, proporcionaría una ocasión para que Dios fuera glorificado.

Debido a la resurrección de Jesucristo, debemos reclamar la promesa de que aunque nuestras enfermedades puedan incluir la muerte, no acabarán en muerte; nosotros, también, seremos resucitados. Armados con esta verdad, podemos ver cómo Dios puede glorificarse incluso a través de la enfermedad. Al enfrentar enfermedades que amenacen la vida, nuestro temor puede ser reemplazado con la determinación de glorificar al que «hace que todas las cosas resulten de acuerdo con su plan» (Efesios 1:11).

Considera tu futuro

Lo que ahora sufrimos no es nada comparado con la gloria que él nos revelará más adelante.

ROMANOS 8:18

Haz cuenta de que te ganaste un viaje alrededor del mundo para ti y un ser

querido. Incluye hospedaje de primera clase en hoteles de cinco estrellas, aviones privados, regalos espléndidos y excursiones personales. (¿Ves lo poderosa que es la imaginación?). No obstante, supón que cuando abres el sobre que contiene los boletos te cortaste el dedo con la orilla. Podrías decirle a tu compañero: «¡Ay, me corté el dedo!». Harías una mueca durante medio segundo antes de sonreír de oreja a oreja y decir: «¿A quién le importa? ¡Estamos a punto de hacer el viaje de nuestra vida!».

No quiero decir nada que trivialice la enfermedad; conozco su desdicha personalmente, pero según Pablo y desde la perspectiva de nuestro Dios eterno, los sufrimientos de este mundo presente son menores que una cortada de papel con relación a la gloria que todavía se nos tiene que revelar.

Aunque Cristo ha conquistado el pecado y la muerte, los efectos de ambos permanecen, pero solo temporalmente. La enfermedad debe aceptarse, pero solo por ahora, y siempre con el conocimiento de que su amo, la muerte en sí, ya no tiene poder sobre nosotros. Si esta vida fuera todo lo que tuviéramos, entonces el cáncer y cualquier otra enfermedad que amenace la vida serían verdaderamente trágicos. Sin embargo, debido a que las puertas de la prisión de la muerte han sido destruidas, la muerte ya no puede mantenernos cautivos. Por eso es que Pablo dice: «Para mí, vivir significa vivir para Cristo y morir es aún mejor» (Filipenses 1:21). Ansiamos nuestros cuerpos nuevos de resurrección, perfectos y libres de todo defecto. Como lo explica Pablo, Cristo «tomará nuestro débil cuerpo mortal y lo transformará en un cuerpo glorioso, igual al de él. Lo hará valiéndose del mismo poder con el que pondrá todas las cosas bajo su dominio» (Filipenses 3:21).

Sería bonito ser sanados aquí y ahora, como Lázaro y Ezequías, pero si no, simplemente seremos sanados después. Cada uno de nosotros que le pertenece a Jesucristo tiene un cupón de Lázaro. Lo que Jesús hizo por él, Dios hará por nosotros. La gran diferencia es que nuestra vida restaurada será libre, eternamente, de la enfermedad. «Él [nos] secará toda lágrima de los ojos, y no habrá más muerte ni tristeza ni llanto ni dolor. Todas esas cosas ya no existirán más» (Apocalipsis 21:4).

El doctor Jonathan Thigpen, antiguo presidente de la Evangelical Training Association, tenía cuarenta y cinco años cuando comenzó a tener algunos trastornos musculares. El diagnóstico fue el mismo de Ed Dobson: esclerosis

lateral amiotrófica. Esa enfermedad es debilitante y terminal: no tiene ninguna causa o cura conocida.

Thigpen describe el temor escalofriante que sintió al enterarse de su diagnóstico: «Recuerdo salir de la oficina del doctor en Carol Stream, Illinois, y sentir profundamente en la boca de mi estómago una sensación de temor abrumador. [...] Sentí que algo tan oscuro y horrible me abrazaba que no puedo describirlo»[\[33\]](#).

Entonces una vieja voz familiar hizo eco en su memoria: la voz de su padre, el doctor Charles Thigpen, que leía las palabras del Salmo 46:

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza;
siempre está dispuesto a ayudar en tiempos de dificultad.
Por lo tanto, no temeremos cuando vengan terremotos
y las montañas se derrumben en el mar.
¡Que rujan los océanos y hagan espuma!
¡Que tiemblen las montañas mientras suben las aguas!

SALMO 46:1-3

Muchas veces, Jonathan había acompañado a su papá cuando visitaba pacientes en el hospital y leía esas palabras reconfortantes y poderosas. Ahora era su propia alma la que era reconfortada. Mientras caminaba hacia su auto, las nubes oscuras que ensombrecían su espíritu comenzaron a disiparse. Dios todavía estaba en control; lo sabía con seguridad. Jonathan no tenía respuestas, pero sabía que «el temor no puede permanecer de pie ante la fe y ante un Dios que no cambia. Mi temor había desaparecido»[\[34\]](#).

Jonathan se aferró al Salmo 46, así como muchos de nosotros lo hacemos frecuentemente con pasajes particulares de las Escrituras que tienen un poder extraordinario precisamente cuando los necesitamos. En los meses siguientes, el espíritu de Jonathan estuvo dispuesto, pero su carne estaba cada vez más débil, mientras viajaba por el país compartiendo esas palabras sobre su refugio y fortaleza, la ayuda que para él había estado muy presente en su tiempo de angustia. Una vez más, Cristo reclamó la victoria en presencia de lo que había parecido una desgracia sin sentido.

Un predicador puritano escribió una vez: «La enfermedad, cuando se santifica, nos enseña cuatro cosas: la vanidad del mundo, la vileza del pecado, la impotencia del hombre y lo valioso que es Cristo»[\[35\]](#). Propongo que la última de estas doblega el vacío de las demás. Si el cielo es lo que nos espera, ¿de qué podemos quejarnos?

En lugar de eso, piensa en lo mejor: tenemos un Gran Médico que resucitó de los muertos a su propio Hijo, que dejó atrás una tumba vacía. Tenemos un hogar celestial, con puertas abiertas que dan una cálida bienvenida. Tenemos un Salvador comprensivo, que nunca imparte un espíritu de temor, sino un espíritu de poder, de amor y de autodisciplina. Entender eso es disfrutar de una salud espiritual que vence los días más oscuros que la enfermedad puede causar.

CAPÍTULO 3

DEUDAS: *Miedo a la pérdida financiera*

Temán al SEÑOR, ustedes los de su pueblo santo, pues los que le temen tendrán todo lo que necesitan.

SALMO 34:9

Ethelda Lopez estaba lista para relajarse y disfrutar los días dorados de su tiempo en la tierra. Había sido una ardua trabajadora durante toda su vida adulta y había planificado bien su jubilación. Ahora, cuando el cheque de su pensión llegaba cada mes, tenía una buena sensación de seguridad.

Entonces, un mes el cheque no llegó.

Tenía que ser un error. Después de que Ethelda hizo algunas llamadas telefónicas, su incomodidad aumentó. Una firma de contadores de Sacramento había manejado sus inversiones, pero la compañía ya no aparecía en ninguna parte. Cada vez que llamaba por teléfono recibía una grabación repetida: «Este número ya no está activo».

Ethelda había trabajado en AT&T por tres décadas. Sus beneficios tendrían que haber sido sólidos como una roca. Había pagado su plan de inversiones todos esos años, y ahora estaba incomunicada y a la deriva como un barco sin su anclaje. Se aproximaba el peor escenario posible para ella: no podía hacer el pago de su hipoteca.

Ethelda hizo más llamadas telefónicas —a las compañías de hipotecas, a sus representantes políticos, a gerentes de bancos—, a cualquiera que pudiera aclarar esa locura, pero no sirvió de nada. Su dinero había desaparecido; se había perdido, lo habían desfalcado o robado. ¿Qué diferencia había en cómo había desaparecido? De repente, inesperadamente, ella estaba desamparada. Cada noche se dormía llorando.

Sus peores temores se cumplieron el día en que parada en el césped de la corte del condado vio cómo la casa de sus sueños fue subastada a extraños. Alguien quería saber por qué lloraba; ¿necesitaba alguna clase de ayuda? Ah, sí. No obstante, cuando trató de explicar que era su casa la que estaba en subasta, no le salió nada más que lloriqueos indescifrables.

La historia de Ethelda es trágica, pero difícilmente es única. En el 2006 esas subastas ocurrían en todo el país, a medida que los bancos reposcían casas a una tasa alarmante. En todas partes, las familias, conmocionadas, empacaban sus posesiones.

En el condado de Ethelda, una de cada siete casas fue objeto de ejecución hipotecaria. Y la pesadilla continúa. Actualmente, un millón y medio de hogares en Estados Unidos se encuentran en ejecución hipotecaria y otros 10,9 millones podrían correr la misma suerte[36]. Muchos propietarios de casas, al tratar desesperadamente de evitar este desastre, rápidamente están agotando sus reservas de dinero en efectivo.

Nuestros hogares son nuestros santuarios, los lugares a donde nos retiramos, donde descansamos y nos reunimos. Si hasta ese espacio está a disposición de cualquiera, ¿qué seguridad queda en el mundo? La idea de perder una casa nos impacta, bueno, como se dice, precisamente donde vivimos.

Las pérdidas son una parte inevitable de la vida. Nada que es visible es duradero, y una de las realidades más duras que enfrentamos es el momento en que aprendemos esa verdad. Perdemos un amigo, o perdemos un trabajo, o perdemos nuestra fortuna, y aun así, la vida continúa.

Mientras mayor sea la pérdida, más profundo es el dolor. El colapso financiero es una pérdida trascendental que ha ocasionado enorme tristeza y sufrimiento en incontables familias afectadas en los últimos años. Aunque el colapso económico actual no te haya alcanzado, sabes que podría ocurrir. Sabes que este mundo no tiene moradas permanentes.

En realidad, todos somos nómadas, peregrinos destinados a un mundo eterno que solo estamos de paso por este mundo físico. Este mundo no es nuestro hogar, y cuando lo dejemos, cualquier posesión que nos sobreviva será de alguien más. Lo temporal de este mundo, y todo lo que hay en él, es en realidad una buena noticia para los que tenemos fe en Dios. Significa que nos trasladaremos a cosas mejores.

Sin embargo, otra gente vive solo para el aquí y el ahora, como se tipifica en la historia de Jesús del próspero pero ignorante propietario de casa. Ese hombre colocó su fe en sus pertenencias, pero una noche oyó la voz de Dios: «¡Necio! Vas a morir esta misma noche. ¿Y quién se quedará con todo aquello por lo que has trabajado?» (Lucas 12:20).

El error está en pensar que la casa, las propiedades y las posesiones son todo lo que tenemos. En realidad, son lo menos importante y lo más superficial de lo que tenemos. Las cosas materiales nos deslumbran por su única ventaja: son tangibles. Pueden verse, tocarse y sujetarse. Por otro lado, la fe, la esperanza y el fruto del Espíritu no pueden recogerse ni examinarse, comprarse ni venderse, fotografiarse ni filmarse. Cuando permitimos que las cosas tangibles pero transitorias obstaculicen nuestra percepción de lo invisible, pero imperecedero, hemos perdido nuestra perspectiva del verdadero valor.

Henry David Thoreau, el filósofo de la Ilustración, entendía este principio. En *Walden* observó que la gente de su aldea se pasaba la vida acumulando objetos que había que desempolvar constantemente. Idolatraban esas cosas; incluso desarrollaban su vida alrededor de ellas. Entonces, cuando morían, los hombres reunían todas sus cosas, las llevaban a la plaza del pueblo y las subastaban a otra gente que se pasaría la vida desempolvándolas[37].

No niego el valor de las cosas tangibles. Cada cosa que Dios creó es buena, incluso el mundo material (Génesis 1:31). Mi esposa y yo tenemos una casa llena de posesiones que valoramos a distintos niveles. Las fotos y reliquias familiares, por ejemplo, significan más para nosotros que los muebles o los automóviles. Disfrutamos nuestras cosas, pero nunca olvidamos que son cosas. Aun así, no quiero ver que se lo lleven todo a la plaza de la ciudad. A mí también me molestaría mucho perder mi casa. Sin embargo, sé que esas cosas pueden pasar y pasan.

Entonces surge la pregunta: cuando hemos perdido nuestra casa, nuestras posesiones, nuestras cuentas bancarias y nuestras inversiones, y el mismo concepto de seguridad financiera ha desaparecido, ¿a quién acudimos? ¿Tiene Dios algo que decir que nos dé consuelo?

Las preguntas no pueden ser más retóricas que esas, ¿verdad? *Por supuesto* que la Biblia tiene palabras de consuelo. El libro de Salmos, al que podemos acudir en busca de aliento en todo momento, proporciona un destino singular

para todos los asuntos emocionales de la vida.

Uno de mis favoritos, el Salmo 37, habla a nuestro corazón cuando el temor a las calamidades nos acecha. David escribió este salmo cuando era un hombre mayor que reflexionaba sobre las grandes interrogantes de la vida. Aquí, él divide a la humanidad en dos grupos generales: el justo y el perverso. Al igual que muchos de nosotros que vimos a tanta gente buena perder sus posesiones en las últimas recesiones económicas, David también veía frecuentemente que cosas malas le ocurrían a la gente buena y que cosas buenas le ocurrían a la gente mala. Él quiere saber por qué. ¿Acaso no actúa Dios recompensando a los buenos y aniquilando a los malos? David reflexiona, considera toda la evidencia y llega a esta conclusión:

Una vez fui joven, ahora soy anciano,
sin embargo, nunca he visto abandonado al justo
ni a sus hijos mendigando pan.

SALMO 37:25

Cuando David escribió eso sabía muy bien que la gente perversa hacía negocios sin precedentes y oprimía a gente buena que temía a Dios. Antes en el salmo él habla de esos abusos y usa la palabra *perversos* o *malvados* trece veces. Aquí tienes un ejemplo típico:

Los perversos sacan sus espadas
y ponen cuerdas a sus arcos
para matar al pobre y al oprimido,
para masacrar a los que hacen lo correcto.

SALMO 37:14

La palabra *perverso* o *malvado* se refiere a las condiciones morales negativas de culpa, impiedad y maldad. Es una de esas palabras que más o menos hemos dejado de usar. Permitimos su uso solo para las brujas de los cuentos de hadas, aunque sabemos que la maldad genuina abunda a nuestro alrededor.

¿Cómo deberíamos responder cuando la gente justa pierde sus posesiones por culpa de los que prosperan a través de medios malignos? Necesitamos respuestas y la Biblia nos dice que, a la larga, es un asunto de confianza. ¿Confiamos en Dios para que él arregle estas injusticias manifiestas? ¿Confiamos en él más que en nuestras propias finanzas y posesiones?

Exploremos el Salmo 37 y descubramos siete principios sólidos que aumentarán nuestra confianza en Dios y nos cimentarán en estos días de inestabilidad.

DECIDE CONFIAR EN EL SEÑOR

Confía en el SEÑOR.

SALMO 37:3

Uno de los temas de este salmo es el principio de la confianza. David menciona el concepto de confiar tres veces: en el versículo 3, que se cita arriba, y en las dos referencias siguientes:

Entrega al SEÑOR todo lo que haces;
confía en él, y él te ayudará.

SALMO 37:5

El SEÑOR los ayuda,
los rescata de los malvados.
Él salva a los justos,
y ellos encuentran refugio en él.

SALMO 37:40

Encontramos verdadera estabilidad en este mundo inestable solo cuando confiamos en Dios. Confiar es estar convencido, tener un fuerte sentido de seguridad. Cuando confiamos, colocamos certidumbre en alguien o algo. La confianza no es una emoción que simplemente surge en nuestro corazón, como el enojo, los celos o la tristeza. Siempre es una decisión que se basa en la razón.

Usamos evidencias y discernimiento para llegar a la conclusión de que ese hombre, ese banco o esa inversión es «confiable». Sí, Dios nos da la fe para actuar, pero primero espera que tomemos una decisión.

Para ilustrar el proceso, veamos la bolsa de valores, que se basa en decisiones de alto nivel de confianza. Si no confías en una compañía, no compras sus acciones. El precio de las acciones representa el índice de la confianza general que la gente tiene en una compañía. La gente sabia investiga para determinar si hay bases para confiar y luego depende de Dios para que guíe sus decisiones. Después de haber colocado su confianza en Dios, no se tiene que vivir con temor a la pérdida. Aunque ocurra la pérdida material, Dios promete suplir las necesidades de sus hijos y la Biblia está llena de repeticiones de esa promesa.

Por ejemplo, el Salmo 23 nos dice que el Señor es nuestro Pastor y que nada nos faltará. Jesús señaló a las aves y a las flores y observó que si Dios las alimenta y las viste, ¿no hará lo mismo por sus propios hijos (Mateo 6:25-33)? En el Salmo 37, David nos dice que en su larga vida, nunca ha visto que Dios falle en suplir las necesidades (versículo 25). Su experiencia ha demostrado que Dios es digno de nuestra confianza. Él resolverá las cosas.

Pablo dice lo mismo: «Este mismo Dios quien me cuida suplirá todo lo que necesiten, de las gloriosas riquezas que nos ha dado por medio de Cristo Jesús» (Filipenses 4:19). Luego en 2 Corintios 9:8, el Señor promete que él «proveerá con generosidad todo lo que necesiten. Entonces siempre tendrán todo lo necesario y habrá bastante de sobra para compartir con otros».

Es fácil decir que creemos en estas promesas, pero cuando la ansiedad financiera surge como una tormenta que se acerca, nos vemos obligados a confrontar nuestro nivel de fe. ¿Confiamos en realidad en que Dios está en control? El vivir cómodamente no hace nada por nuestra fe; cuando el clima está bien, nos dejamos llevar por la ilusión de la solvencia. Pensamos que lo tenemos todo resuelto y bajo control.

El colapso financiero reciente destruyó esa ilusión en muchos. La gente se vio de rodillas, diciendo: «Señor, Dios, no tengo a nadie más a quien acudir; ¿puedes ayudarme?».

¿Puede Dios ayudar? Esa es otra pregunta obviamente retórica, ¿verdad? Él ayuda al ofrecer la única estabilidad posible en nuestra vida.

Los líderes cristianos que asistían a una convención de la YMCA en Carlisle, Pennsylvania, en 1873, presenciaron de primera mano cómo Dios puede proveer estabilidad cuando nuestro mundo financiero colapsa. John Wanamaker, el famoso comerciante conocido ahora como el padre de la publicidad moderna, presidía la convención. Al segundo día de la conferencia, llegó un telegrama con noticias impactantes. La institución bancaria de Jay Cooke & Company había fracasado, lo cual resultó en pérdidas terribles para Wanamaker y otros de la convención.

Cuando los reportes de otras compañías que fracasaban fluyeron en el salón, llegó a ser evidente que se trataba de una crisis financiera nacional. Una oleada de pánico se propagó en la convención, por lo que fue difícil continuar.

Uno de los delegados, Erastus Johnson, se encontró con un versículo bíblico reconfortante:

Desde el cabo de la tierra clamaré a ti, cuando mi corazón desmayare.

Llévame a la roca que es más alta que yo.

SALMO 61:2, RVR60

En base a ese versículo, Johnson escribió una canción a la que instantáneamente se le puso música en la convención, y se cantó una y otra vez. Llegó a ser un himno favorito en su época y las palabras todavía se aplican actualmente:

*¡Oh! A veces las sombras son profundas,
El camino a la meta parece difícil,
Y los dolores, a veces, cómo se extienden,
Como tempestades en mi alma.*

*Oh, déjame volar a la Roca
A la Roca que es más alta que yo.*

Hemos vivido demasiado tiempo en un mundo en el que nada es «más alto que yo». Nos hemos colocado por encima de todo lo demás, ¿y a dónde nos ha llevado? A un mundo tan quebrantado como lo fue el de Humpty Dumpty y así de imposible de reparar. La única gran pérdida que necesitamos es la pérdida de la ilusión de que somos autosuficientes. Necesitamos a la Roca que es más alta que nosotros, más alta que este mundo. Necesitamos a la Roca sobre la que podemos apoyarnos, aun con los bolsillos vacíos, aun sin propiedades ni reclamos de seguro, aun sin una pizca de esperanza mundana, porque al final de nuestra esperanza vana está el inicio del conocimiento de Dios y de su gracia.

Otro himno grandioso dice: «La roca eterna que me da/Base única que durará». Cuando la arena movediza de nuestros ahorros y planes de pensión destruye nuestro castillo de arena, nada más que la confianza en Dios da estabilidad.

La confianza en Dios no hará que el dolor se vaya; significa que sabemos que él proveerá lo que en realidad necesitamos. En Cristo, nuestra esperanza se mantiene erguida, sólida e intocable. En él tenemos un hogar que brilla más que el sol, una herencia que nunca perecerá y un tesoro que nunca podrán quitarnos. La escritura de nuestro hogar celestial está firmada y sellada con la sangre de Cristo; el contrato está ratificado con la Resurrección, y nadie podrá nunca hacer una ejecución hipotecaria sobre eso.

HAZ COSAS QUE HONREN AL SEÑOR

Confía en el SEÑOR y haz el bien.

SALMO 37:3

Aquí, David nos dice que respondemos ante Dios primero confiando en él y luego haciendo el bien: confiar y obedecer. Confiar es un acto de la mente, mientras que la obediencia es un acto de las manos y de los pies. Una vez que hayamos optado por la sabiduría de Dios, nos ocupamos de hacer las cosas que él quiere que hagamos. Es simple pero energizante: «Confía en el SEÑOR y haz el bien».

Veamos primero el paso de confiar, el paso de «pensar lo correcto». El consejo de Pablo a su protegido, Timoteo, lo capta bien: «La verdadera sumisión a Dios es una gran riqueza en sí misma cuando uno está contento con lo que tiene. Después de todo, no trajimos nada cuando vinimos a este mundo ni tampoco podremos llevarnos nada cuando lo dejemos. Así que, si tenemos suficiente alimento y ropa, estemos contentos» (1 Timoteo 6:6-8).

Sumisión a Dios con contentamiento es la predisposición para pensar bien, el pináculo de la sabiduría en la vida cristiana. No ansíes más de lo que necesitas; demuestra tu confianza en Dios al estar contento con lo que tienes. Por eso es que a Pablo podían quitarle todo lo que poseía y lanzarlo a la cárcel, y aun así él manifestaba una alegría increíble.

El mundo está lleno de gente acaudalada y desdichada que tiene todo, menos contentamiento. Su dinero es un dios vacío que nunca puede llenar el vacío de su alma con paz. Aquí, Pablo orienta a los que tienen dinero hacia un pensamiento correcto: «Enséñales a los ricos de este mundo que no sean orgullosos ni que confíen en su dinero, el cual es tan inestable. Deberían depositar su confianza en Dios, quien nos da en abundancia todo lo que necesitamos para que lo disfrutemos. Diles que usen su dinero para hacer el bien. Deberían ser ricos en buenas acciones, generosos con los que pasan necesidad y estar siempre dispuestos a compartir con otros. De esa manera, al hacer esto, acumularán su tesoro como un buen fundamento para el futuro, a fin de poder experimentar lo que es la vida verdadera» (1 Timoteo 6:17-19).

Pablo hace énfasis en la idea de pensar correctamente (confiar) y luego de actuar correctamente (obedecer). Pensar correctamente significa confiar en un Dios inquebrantable y no en las riquezas que no podemos llevar con nosotros. Actuar correctamente significa hacer el bien, lo cual desarrolla una reserva celestial de riquezas que están esperándonos.

Esta perspectiva hace eco en todas las Escrituras y se resume en la reafirmación de Pablo de la famosa observación de Job: «Después de todo, no trajimos nada cuando vinimos a este mundo ni tampoco podremos llevarnos nada cuando lo dejemos» (1 Timoteo 6:7). Alguien ha observado que la vida es, en última instancia, como un juego de Monopolio: das la vuelta unas cuantas veces; juntas dinero de papel y casas; y luego, tarde o temprano, todo va de regreso a la caja.

Lo que frecuentemente oímos de las riquezas es cierto: no te las puedes llevar contigo. Sin embargo, sí puedes enviarlas por anticipado. Jesús dijo que podemos almacenar tesoros en el cielo. Eso significa que podemos vivir ahora de una manera que gane una clase de interés para la vida futura. Cuando servimos a otro ser humano, nos ganamos esa clase de capital espiritual. Jesús dijo que hasta dar un vaso de agua fría a alguien que lo necesita será recompensado en el cielo (Mateo 10:42). Jesús también dijo: «Almacena tus tesoros en el cielo, donde las polillas y el óxido no pueden destruir, y los ladrones no entran a robar» (Mateo 6:20).

El gran líder cristiano John Wesley vivió en una época de incertidumbre financiera y tomó muy en serio las palabras de Jesús. La Revolución Industrial ocasionó un movimiento masivo a las ciudades. Se perdieron granjas, la economía de los pequeños pueblos se derrumbó, y las epidemias de crimen y enfermedades asolaron las ciudades. Los ricos se enriquecieron más y los pobres aumentaron.

Wesley veía a las multitudes sufrir tal como Jesús las vería y diseñó ministerios para ayudarlas. Su ministerio se convirtió en un éxito financiero y su salario anual aumentó a lo que sería el equivalente en la época actual de ciento sesenta mil dólares. Wesley calculaba la pequeña suma que en realidad necesitaba y donaba el resto. Lo veía como una inversión en las cosas de Dios, que nunca perecen. Wesley dijo: «Si al morir dejo diez libras, [...] tú y toda la humanidad [pueden] ser testigos en mi contra, de que he vivido y muerto como un ladrón y un atracador»[\[38\]](#).

En ninguna forma estaba John Wesley en contra de la idea de la riqueza; su problema estaba en «almacenar tesoros en la tierra» cuando la riqueza podía ser una herramienta tan maravillosa para el ministerio. Una vez predicó un sermón en el que propuso la mejor actitud que podemos tener hacia la riqueza: «Gana todo lo que puedas, ahorra todo lo que puedas, da todo lo que puedas»[\[39\]](#).

Cuando hacemos las cosas que honran al Señor, invertimos en la eternidad.

MEDITA EN LA FIDELIDAD DEL SEÑOR

Cultiva la fidelidad.

SALMO 37:3, LBLA

Tu amor inagotable, oh SEÑOR, es tan inmenso como los cielos;
tu fidelidad sobrepasa las nubes.

SALMO 36:5

Estos versículos llaman nuestra atención a la fidelidad del Señor. Sin embargo, démosle un vistazo al versículo final del Salmo 37 para enterarnos del resultado de la fidelidad de Dios:

El SEÑOR los ayuda,
los rescata de los malvados.
Él salva a los justos,
y ellos encuentran refugio en él.

SALMO 37:40

Encontrar refugio en él es responder con fe a su fidelidad. David sabía por experiencia que Dios recompensa la fe con bendiciones. De joven, David había sido ungido como el próximo rey de Israel. Después pasó años viviendo en bosques y cuevas, ya que el rey en funciones lo perseguía. Él tenía que hacer más que simplemente aceptar la idea de la fidelidad de Dios; tuvo que arriesgar su vida por ella. La vida fue difícil durante esos años largos y peligrosos, pero con el tiempo Saúl murió, David llegó a ser el rey y pudo dar testimonio del hecho de que Dios cumple sus promesas.

Timothy George, el decano de Beeson Divinity School, relata una historia de uno de sus profesores, el doctor Gardner Taylor, que una vez predicó en Louisiana. Lo habían asignado a una iglesia rural pobre, con un santuario que estaba iluminado con una sola bombilla que colgaba del techo. Una noche estaba predicando el evangelio con entusiasmo, cuando de repente hubo un corte de energía. El doctor Taylor no tenía idea de cuál sería el protocolo, por lo que anduvo a tropezones en la oscuridad hasta que un diácono anciano gritó: «¡Siga predicando, hermano! ¡Aún podemos ver a Jesús en la oscuridad!».

A veces, concluye George, lo vemos *mejor* en la oscuridad. «Y la buena noticia del evangelio es que, ya sea que lo veamos o no en la oscuridad, él sí puede vernos en la oscuridad»[\[40\]](#).

DELÉITATE EN EL SEÑOR

Deléitate en el SEÑOR,
y él te concederá los deseos de tu corazón.

SALMO 37:4

Aunque nuestras circunstancias no tengan nada deleitable para nosotros, encontramos deleite en el Señor. Podríamos enfrentar pérdida y opresión, pero esas cosas no nos definen. Debido a que confiamos en Dios, encontramos una alegría interna en él.

¿Qué te da deleite? La palabra se refiere a una extrema satisfacción o gratificación. Yo encuentro deleite en un buen juego de fútbol, o en escuchar a Frank Sinatra cantar una canción antigua y fantástica. Encuentro un deleite más profundo al tener a toda mi familia alrededor y saber qué hay de nuevo en el mundo de mis nietos. Uno de mis deleites más profundos es el tiempo a solas con mi esposa, mi alma gemela de todos estos años. Nadie en la tierra me conoce como ella, y creamos nuestro propio pequeño mundo cuando estamos juntos.

Sin embargo, mi deleite más profundo se encuentra en el Señor. Puedo ir a él sin importar qué ocurra en mi mundo, y la maravillosa verdad es que él encuentra deleite en mí. Ni siquiera puedo comenzar a imaginar por qué, pero lo hace. Mis hijos y nietos se dan cuenta de que no hay un tiempo en el que no me llene de alegría cuando los veo. Dios tiene esa clase de deleite en sus hijos y nosotros deberíamos deleitarnos en él, no porque «deberíamos hacerlo», sino porque no hay gozo más profundo en la vida.

David exprimió cada gota de la vida como algunos lo hacen con una naranja. Tenía muchos deleites, muchos dones. Podía cantar, podía bailar, podía escribir poesía, podía diseñar planes de batalla y tenía un anhelo profundo de diseñar un templo para Dios. Él era un hombre apasionado que encontraba lo mejor en la vida y quería que supiéramos que el mayor deleite de uno se encuentra en el conocimiento de Dios. Como es usual, hay una promesa formidable unida a ese deleite.

La promesa es que si nos deleitamos en el Señor, él nos dará los deseos de nuestro corazón. ¿Puede ser cierto algo tan maravilloso? ¡Desde luego! Pero es importante entender esa promesa. No es un atajo hacia la prosperidad, como lo

afirman algunos predicadores mal informados. No nos deleitamos en el Señor *para que* él nos dé lo que queremos. Esa táctica confunde la fe con la codicia.

No, cuando encontramos placer verdadero y genuino en Dios, sin ningún pensamiento de ganancia más que el de obtener intimidad con él, nos damos cuenta de que nuestros propios deseos llegan a conformarse con sus deseos. Comenzamos a vivir en su voluntad y oramos de acuerdo a ella. Encontramos el gozo del Señor al seguir al Señor del gozo hacia su gozo. Las siguientes promesas captan esa idea:

Nehemías continuó diciendo: «Vayan y festejen con un banquete de deliciosos alimentos y bebidas dulces, y regalen porciones de comida a los que no tienen nada preparado. Este es un día sagrado delante de nuestro Señor. ¡No se desalienten ni entristezcan, porque el gozo del SEÑOR es su fuerza!».

NEHEMÍAS 8:10

Me mostrarás el camino de la vida,
me concederás la alegría de tu presencia
y el placer de vivir contigo para siempre.

SALMO 16:11

Cuando las cosas salen mal y la pérdida nos agobia, con frecuencia le sigue la desdicha. Cuanto más batallamos contra el foso del desánimo, este se vuelve más profundo. No obstante, si hemos colocado nuestra confianza en Dios, pase lo que pase, su gozo se convierte en nuestra fortaleza. Nos deleitamos en él y encontramos energía nueva, perspectivas nuevas y recursos nuevos para continuar.

¿Cómo podemos deleitarnos en Dios o en cualquier otra cosa cuando nuestro mundo se nos derrumba? Podemos comenzar recurriendo al Salmo 119, que usa la palabra *deleite* seis veces y nos muestra el primer paso para encontrarlo.

Me deleitaré en tus decretos
y no olvidaré tu palabra.

SALMO 119:16

Hazme andar por la senda de tus mandamientos,
porque en ella me deleito.

SALMO 119:35, LBLA

Los arrogantes me difaman con mentiras,
pero la verdad es que obedezco tus mandamientos con todo el corazón.
El corazón de ellos es torpe y necio,
yo, en cambio, me deleito en tus enseñanzas.

SALMO 119:69-70

Rodéame con tus tiernas misericordias para que viva,
porque tus enseñanzas son mi deleite.

SALMO 119:77

Si tu ley no hubiera sido mi deleite,
entonces habría perecido en mi aflicción.

SALMO 119:92, LBLA

Oh SEÑOR, he anhelado que me rescates,
y tus enseñanzas son mi deleite.

SALMO 119:174

¿Captaste el tema común que expresan estos seis versículos? El primer paso para deleitarse en Dios es deleitarse en su Palabra. Cuando nos sumergimos en la Palabra de Dios se nos revela un Dios en el que nos podemos deleitar. El salmista se deleita tanto en la Palabra de Dios que usa cada término posible para expresar el rango de su significado: decretos, mandamientos, enseñanzas, ley. De la misma manera, otros escritores de las Escrituras se deleitan en Dios al usar sus

diversos nombres. ¿No es eso justamente lo que hace la gente cuando está enamorada? Inventan sobrenombres para su ser amado, y cada nombre tiene un significado especial que transmite una faceta particular del deleite que encuentran.

El deleite en la Palabra de Dios nos lleva a deleitarnos en Dios, y el deleite en el Señor aleja el temor.

DEDICA TU VIDA AL SEÑOR

Entrega al SEÑOR todo lo que haces;
confía en él, y él te ayudará.

SALMO 37:5

Cuando encontramos nuestro deleite más profundo en Dios, nos damos cuenta de que debemos darle *toda* nuestra vida. Este no es un compromiso temporal, una intención a medias o el impulso de un momento. Es una decisión y un contrato del corazón. Como en el matrimonio, nos comprometemos a esa alianza por el resto de nuestra vida.

¿Cómo nos ayuda el comprometernos con el Señor en tiempos de pérdida material? Al comprometernos con él, le entregamos todas nuestras cargas. Él se convierte en nuestra vida, el lugar a donde llevamos nuestros problemas, nuestras alegrías, nuestro matrimonio, nuestra familia, nuestra carrera. La vida y la felicidad ya no dependen del éxito financiero ni de las posesiones materiales. Ahora todo se trata de él.

El versículo anterior termina con esta frase: «y él te ayudará». Cuando confiamos en él, dependemos de él y le respondemos con fe, él hará que nuestros sueños más grandes se hagan realidad, elevándolos de lo material a lo eterno.

Dios también es la respuesta cuando nuestras pérdidas nos dejan incapaces de hacer algo por nosotros mismos:

Los indefensos depositan su confianza en ti;
tú defiendes a los huérfanos.

SALMO 10:14

Cuando nos dedicamos a Dios, *indefenso* se convierte en una palabra sin significado. Cuando hemos perdido nuestro trabajo, nuestra casa o nuestros ahorros, y enfrentamos deudas o la bancarrota, es como si estuviéramos aplastados bajo el peso de un enorme costal lleno de cada problema que nos oprime. Es una carga muy pesada de soportar. No podemos dar otro paso. No podemos levantarla, pero Dios sí puede. Él dice suavemente: «¿Puedo llevar esto? Mis hombros son más fuertes». Cuando decimos sí, la vida resplandece y llega a ser alegre.

Entrégale tus cargas al SEÑOR,
y él cuidará de ti;
no permitirá que los justos tropiecen y caigan.

SALMO 55:22

Pongan todas su preocupaciones y ansiedades en las manos de Dios, porque él cuida de ustedes.

1 PEDRO 5:7

¿Por qué seguir batallando solo con tus pérdidas? ¿Por qué no darle a él la carga? Nada puede ser más liberador.

William Carey, el «padre de las misiones modernas», estableció una gran imprenta en Serampore, India, donde trabajó por años traduciendo la Biblia a muchos idiomas indios.

El 11 de marzo de 1812, Carey tuvo que viajar a otra ciudad. Su socio, William Ward, estaba trabajando tarde cuando de repente sintió olor a humo. Se levantó de un salto y descubrió nubes negras que salían del salón de la imprenta. Gritó pidiendo ayuda y los trabajadores llevaron agua del río cercano hasta las dos de la madrugada, pero no sirvió de nada; casi todo se destruyó.

Al día siguiente, el misionero Joshua Marshman entró a un salón de clases en Calcuta donde Carey estaba enseñando. Colocó su mano delicadamente en el hombro de su amigo y le dijo: «No sé cómo darte

esta noticia de una mejor manera. La imprenta se consumió en un incendio anoche».

La enorme obra de traducción de Carey de casi veinte años se había consumido: un diccionario, dos libros de gramática y versiones completas de la Biblia. Se habían consumido los juegos de tipos de catorce idiomas orientales, mil doscientas resmas de papel, cincuenta y cinco mil hojas impresas y treinta páginas de su diccionario bengalí. Se había consumido toda su biblioteca. «El trabajo de años se consumió en un momento», susurró.

En ese momento entendió el dolor de la pérdida. «La pérdida es grande —escribió—, pero así como viajar por un camino la segunda vez se hace generalmente con más facilidad y seguridad que la primera vez, así confío que el trabajo no perderá nada de verdadero valor. No estamos derrotados; en realidad, el trabajo ya comenzó de nuevo en cada idioma. Estamos abatidos, pero no desesperados».

William Carey había dedicado su vida a Dios y confiaba en que él daría bendiciones en las cenizas de sus sueños. «Hay dificultades serias por todas partes —escribió alguna vez—, y se acercan más. Por lo tanto, debemos seguir adelante». Mientras Carey seguía adelante, Dios también lo hacía. La noticia del incendio hizo que toda Inglaterra comenzara a hablar de William Carey. El dinero para ayudar fluyó. Los voluntarios se alistaron para ayudar. La imprenta se reconstruyó y se amplió. Para 1832, Biblias completas, Nuevos Testamentos o libros separados de las Escrituras se habían publicado en la imprenta en cuarenta y cuatro idiomas y dialectos[\[41\]](#).

Debido a que Carey había dedicado su vida a Dios, él comprendía lo que significaba entregarle todas sus cargas al Señor, incluso cuando todo parecía perdido.

DESCARGA TU PREOCUPACIÓN EN EL SEÑOR

No te inquietes por la gente mala que prospera,
ni te preocupes por sus perversas maquinaciones.

SALMO 37:7

El año 2008 cambió el panorama de las expectativas estadounidenses. Éramos una nación próspera y muchos creíamos que nuestra economía era «demasiado grande como para fracasar». La recuperación sigue avanzando a paso de tortuga y muchos ciudadanos de la tercera edad ya no están seguros de poder jubilarse. Si lo hacen, se preguntan si podrán mantener la despensa llena.

El caos económico también afecta a la gente más joven que tiene problemas para encontrar trabajo. Muchos simplemente se han rendido en la búsqueda y han desaparecido de la lista de desempleados, lo cual hace que las estadísticas de desempleo sean mucho peor de lo que se reporta. Estas condiciones producen un nivel nuevo de ansiedad, y para los creyentes, estos tiempos pueden convertirse en un verdadero desafío para la fe.

Recuerda, hay dos estrategias para enfrentar el futuro: con temor o con fe. Si has decidido seguir a Cristo, eso significa caminar por fe (2 Corintios 5:7). Eso no significa que Satanás se olvidará de ti. Él tratará de socavar tu fe al resaltarte el temor del momento. En esta época en nuestro país, ese temor se enfoca mucho en las finanzas. No obstante, el temor en cuanto al dinero —o en cuanto a cualquier otra cosa— nunca es parte del plan de Dios para nosotros. Como escribe Pablo: «Dios no nos ha dado un espíritu de temor y timidez sino de poder, amor y autodisciplina» (2 Timoteo 1:7). Graba este versículo en tu mente y tráelo a tu memoria cuando sientas esa primera punzada de miedo.

Muchas otras promesas bíblicas fortalecerán tu fe y te ayudarán a vencer el temor del momento:

- Romanos 8:35-39 nos asegura que nada puede separarnos del amor de Dios.
- Primera de Juan 4:18 nos recuerda que el perfecto amor de Dios expulsa el temor.
- Filipenses 4:6-7 nos invita a llevar toda nuestra ansiedad ante Dios por fe y con acción de gracias, permitiendo que la paz de Dios guarde nuestro corazón y mente en Cristo Jesús.

Tenemos que entender que la fe en Dios no nos inmuniza del fracaso económico. En tanto vivamos en este mundo caído, no habrá cosa tal como una seguridad financiera total. No hay seguridad completa en nada sino en la gracia de Dios. Ser humano significa que la pérdida, incluso la pérdida desgarradora, siempre es posible. Aunque ahora estén difíciles los tiempos, podrían y pueden llegar a ser mucho peores, pero la fe en Dios nos asegura que él sostiene nuestra vida en sus manos poderosas y amorosas, lo que significa que ningún colapso, ninguna pérdida y ningún temor puede dañarnos verdaderamente. Como Señor de este universo él es en realidad demasiado grande como para fracasar.

Debido a que Dios nos ama y nos cuida, David nos insta a no preocuparnos, o como lo dice: «No te inquietes». Esta frase, *no te inquietes*, esencialmente significa: «relájate; no reacciones». Aparece solo cuatro veces en toda la Biblia, tres veces en el Salmo 37 y una vez en Proverbios.

- Salmo 37:1: «No te inquietes a causa de los malvados».
- Salmo 37:7: «No te inquietes por la gente mala que prospera, ni te preocupes por sus perversas maquinaciones».
- Salmo 37:8: «No pierdas los estribos, que eso solo trae daño».
- Proverbios 24:19: «No te inquietes por causa de los que hacen el mal, ni envidies a los perversos».

La palabra que se traduce al español como *inquietar*, en inglés se traduce como *fret*, que viene de la palabra *fretan* en inglés antiguo, que significa «devorar, comer, roer algo». La palabra hebrea que David usó es *charah*, que tiene su raíz en la idea de «calentarse» y de «incendiarse».

Aquí tenemos una mezcla de dos metáforas que ilustran la misma idea: la descripción gráfica de roer y la descripción gráfica de fuego. En la primera metáfora, inquietarse se ve como una rata dentro de tu alma, que roe tu gozo y tu paz. (No dije que fuera una imagen bonita, pero es verdadera).

La metáfora del fuego ilustra a Satanás como el pirómano del fuego infernal, que inicia incendios de aflicción dentro de tu corazón. Ambas imágenes ilustran lo destructivo de inquietarse. En el Salmo 37 David nos dice que no toleremos la inquietud: mata a las ratas y extingue los incendios, porque inquietarte te matará de adentro para afuera.

Alguien ha observado que la gente próspera de la generación anterior, conocida como el *jet set*, ahora se ha convertido en la «gente inquieta». Alguna vez volaban alto y ahora han perdido los estribos.

Una de las cosas más frustrantes en cuanto a las pérdidas masivas es que vemos a nuestro alrededor y observamos que la gente mala prospera, a veces incluso por su mal. Viola nuestro sentido de justicia. Sin embargo, en el Salmo 37 David nos asegura que se hará justicia. Dios todavía no ha acabado con esa gente. Cinco veces en este salmo David nos da razones para no envidiar a los malvados prósperos:

Como la hierba, pronto se desvanecen;
como las flores de primavera, pronto se marchitan.

SALMO 37:2

Pronto los perversos desaparecerán;
por más que los busques, no los encontrarás.

SALMO 37:10

Los perversos morirán;
los enemigos del SEÑOR son como las flores del campo,
desaparecerán como el humo.

SALMO 37:20

Verás destruidos a los perversos.

SALMO 37:34

He visto a gente malvada y despiadada
florear como árboles en tierra fértil.
Pero cuando volví a mirar, ¡habían desaparecido!
¡Aunque los busqué, no pude encontrarlos!

SALMO 37:35-36

Como un ejercicio creativo, el pastor y autor Leonard Griffith trasplantó a Rip Van Winkle, el amado personaje de Washington Irving, a la Alemania de la década de 1930. Recuerdas la historia: Rip se duerme por veinte años, luego camina por el pueblo y se da cuenta de que todo ha cambiado y que nadie lo recuerda.

En la versión de Griffith, Van Winkle está horrorizado al ver que Hitler llega al poder y comienza a conquistar Europa. Se retira a los Alpes para alejarse de los acontecimientos aterradores. Allí se queda dormido. Cuando se despierta, la década de 1950 está en curso y el mundo es muy distinto. Los nazis se fueron: no más esvásticas, no más Juventudes Hitlerianas entusiasmadas, no más actitudes arrogantes de dominar al mundo. Todos los cerebros del Tercer Reich han muerto, están encarcelados o los están buscando.

Rip Van Winkle entonces entiende las palabras del salmista: «He visto a gente malvada y despiadada florecer como árboles en tierra fértil. Pero cuando volví a mirar, ¡habían desaparecido! ¡Aunque los busqué, no pude encontrarlos!»[\[42\]](#).

Muchos en la década de 1930 se preguntaban por qué Dios había permitido que los nazis prosperaran. Él no lo hizo. Él se encargó de ellos según su propio calendario, y lo hizo completamente.

Aquí hay otro punto que considerar. ¿Qué pasa si la gente mala logra triunfar en esta vida? ¿Nos gustaría en realidad cambiar nuestra clase de seguridad por la de ellos? Spurgeon escribió: «¡Y si las estrategias malévolas tienen éxito y tus propios planes fracasan! Hay más del amor de Dios en tus derrotas que en los éxitos de los malvados»[\[43\]](#).

DISCIPLÍNA PARA ESPERAR EN EL SEÑOR

Quédate quieto en la presencia del SEÑOR,
y espera con paciencia a que él actúe.

SALMO 37:7

Esperar no es fácil para nosotros. En esta época de gratificación instantánea, estamos condicionados a no esperar por nada. Si la cola de la comida rápida es muy larga, corremos al restaurante del otro lado de la calle. Si el programa de

televisión no se pone interesante rápidamente, navegamos impacientemente por otros cientos de canales. Si el auto de enfrente no se mueve cuando la luz del semáforo cambia, tocamos la bocina.

Cuando enfrentamos pérdidas, sabemos que debemos confiar en el calendario de Dios al lidiar con ellas, pero lo que más nos gustaría es que él accediera al nuestro. El hecho de que no podemos ver el futuro puede convencernos de que el futuro está disponible para el que lo quiera. Sin embargo, descansa confiado; Dios está totalmente en control. Aunque su tiempo parezca lento para nosotros, desde el punto de vista de la eternidad, es perfecto. Dios nunca llega temprano y nunca llega tarde.

Cuando creemos esto verdaderamente, adquirimos la mente de Cristo, que nos permite esperar en él con paciencia y confianza. Esperar significa:

- No quedarse rezagado de su guía y dirección.
- No caminar adelante de su guía y dirección.
- No ignorar su guía y dirección.
- No inquietarse por lo que él está haciendo o planificando para ti.

La palabra *esperar* se encuentra dos veces más en este salmo:

Los malignos serán destruidos,

Pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra.

SALMO 37:9, RVR60

Espera en Jehová, y guarda su camino,

Y él te exaltará para heredar la tierra.

SALMO 37:34, RVR60

Esperar es difícil al enfrentar las pérdidas, pero es una disciplina con un enorme beneficio. Los que esperan en el Señor «heredarán la tierra» porque esos que empujan y forcejean en la cola rápida de la vida se han consumido, víctimas de su propia impaciencia. La gente paciente es más feliz y más saludable, y Dios la exaltará.

Un escritor explicó que hay dos clases de fe: una que se basa en el *si* y la otra en el *aunque*. La primera dice: «*Si* todo sale como yo quiero, entonces estaré de acuerdo en que Dios es bueno». La otra dice: «*Aunque* el mal pueda prosperar, *aunque* sude en el Getsemaní, *aunque* mi camino lleve al Calvario, aun así, confío en el Señor». La primera quiere resultados instantáneos; la segunda ha aprendido la sabiduría de esperar, como lo hizo Job cuando clamó: «Dios podría matarme, pero es mi única esperanza» (Job 13:15)[44].

Hace casi doscientos años, Estados Unidos pasó por otra turbulencia económica: el Pánico de 1837. Anna y Susan Warner y su padre, Henry Warner, vivían en una mansión llena de tesoros de arte, muebles de primera clase y un ejército de sirvientes. Entonces la avalancha se precipitó.

El mercado de valores se derrumbó y con él se llevó las inversiones de Henry Warner. La familia lo perdió todo y, fuertemente endeudados, se trasladaron a una vieja casa deteriorada cerca del río, en las afueras de la Ciudad de Nueva York. El colapso financiero de Henry lo devastó emocionalmente y nunca volvió a ser el mismo. Las hijas, acostumbradas a fiestas costosas y a la actividad social, se dieron cuenta entonces de que tenían que contribuir para disminuir la alarmante deuda de la familia.

Lo único que se les ocurrió fue escribir. Aunque batallaron para encontrar un editor, finalmente Putnam aceptó la novela de Susan Warner *The Wide, Wide World* (El ancho, ancho mundo). Resultó ser un éxito. Las hermanas escribieron más de cien libros, todos desarrollados sobre la base del evangelio que animó sus vidas. Uno de los libros, *Say and Seal* (Decir y sellar), contenía un pequeño poema que Anna había entretelado en la historia. Comenzaba con las palabras: «Cristo me ama, me ama a mí». El escritor de música William Bradbury le agregó música, y ahora «Cristo me ama» se aprecia en todo el mundo. Indecibles millones de niños han encontrado a Cristo por primera vez a través de estas palabras sencillas pero poderosas. En 1943, cuando el PT-109 de John F. Kennedy se hundió en las Islas Salomón, los lugareños de la isla y los infantes de marina estadounidenses cantaron la canción mientras rescataban a los sobrevivientes. Es posible que la hayas cantado de niño. Yo lo hice.

Si hubieras sido parte de esa familia desconsolada, de pie sobre las cenizas del fracaso financiero y mirando cómo se llevaban las posesiones de tu vida, podrías haber pensado que la vida era injusta. No obstante, si conocías los

caminos de Dios, podrías haber sabido incluso entonces que él tenía cosas especiales en mente. De los fríos escombros y restos de la mala fortuna de hoy, Dios levanta los ladrillos y las vigas del milagro de mañana.

Sí, «sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman» (Romanos 8:28), pero esa es una promesa de largo plazo que no proporciona un arreglo rápido a la angustia de la pérdida. No hay un atajo para evitarla. No obstante, la promesa sigue siendo cierta, y nos da algo a qué aferrarnos y en qué enfocarnos a través de la imagen borrosa de nuestras lágrimas.

Quizás el diablo gane hoy, pero el Dios que posee el mañana «hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad, a fin de que nosotros, que ya hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, seamos para alabanza de su gloria» (Efesios 1:11-12, NVI).

Philip Yancey señala que dos de los días principales que hemos nombrado en el calendario eclesiástico son el Viernes Santo y el Domingo de Resurrección. Uno celebra el peor acontecimiento que podamos imaginar y el otro, el mejor. No obstante, vivimos la mayor parte de la vida en el día que está en medio —el sábado—, un día al que no le hemos dado nombre especial. Al igual que los discípulos, nos sentamos ante la estela de las vicisitudes de la vida sin idea de que lo que el amanecer traerá es más resplandeciente que nuestros sueños más brillantes.

La vida se trata de decidir cómo vamos a vivir en ese intermedio entre la cruz y la corona. ¿Cuánto confiamos en Dios? ¿En realidad creemos que él puede tomar un mundo que incluye el genocidio en Bosnia y Ruanda, los barrios marginales de la ciudad, las prisiones llenas a capacidad, y borrar las pérdidas para luego sacar algo bello de eso? Sabemos cómo se siente el viernes. ¿Va a haber un domingo?

Yancey observa que el día de los golpes, de la crucifixión y de la muerte de Cristo se llama *Viernes Santo*. Solo se gana ese adjetivo en base a los acontecimientos del domingo. La tumba vacía remodela la vergüenza de la Cruz y la convierte en victoria. La Resurrección, dice Yancey, ofrece una pista sobre las obras mayores de Dios. Nuestra alma se eleva sobre la pérdida del viernes, sabiendo que la bendición llegará el domingo. Mientras tanto, el sábado se convierte en un día de espera[45].

Esperar no siempre es algo malo; puede traer su propia alegría, la emoción de la anticipación. ¿Recuerdas esperar la Navidad cuando eras niño? ¿Esperar el día de tu boda? Esperar algo bueno hace cantar al corazón. Nos llena de esperanza. Nos cambia internamente para que los altibajos de esta vida caprichosa y poco segura no puedan ejercer un verdadero poder sobre nosotros. El mundo se puede llevar nuestras casas y cada centavo que tengamos. Podemos clamar, pero nuestra esperanza está intacta porque nuestras pérdidas solo son un recordatorio del gran regalo que, una vez recibido, nunca se puede perder. Y vale la pena esperarlo.

CAPÍTULO 4

DERROTAS: *Miedo al fracaso*

No temas ni te desalientes, porque el propio SEÑOR irá delante de ti. Él estará contigo; no te fallará ni te abandonará.

DEUTERONOMIO 31:8

Lyndon Baines Johnson fue ambicioso desde el principio. Avanzó fácilmente en la Cámara de Representantes, fue elegido para el Senado y se convirtió en el líder de la mayoría del Senado. Aun así, sus ojos nunca se despegaron de una dirección: 1600 Pennsylvania Avenue, la Casa Blanca.

Él era un hombre alto de Texas —medía 1,93 metros—, sin mencionar que era acaudalado e influyente. Tenía la reputación de que lograba que se hicieran las cosas, aunque tuviera que utilizar atajos a lo largo del camino. Al final de un día típico, había trabajado más y aventajado a todos en el salón. No aceptaba un no por respuesta en nada, incluso en su impulso de ser el presidente de Estados Unidos.

En los dos años que precedieron la campaña de 1960, parecía que su sueño más grande estaba en sus manos. Era el demócrata de más alto rango en el país y uno de los hombres más respetados en Estados Unidos. Su oponente era considerado alguien de poco peso en la política, un joven delgado y enfermizo que, en la opinión de Johnson, era poco más que un vividor que vivía del dinero de su padre: John F. Kennedy.

Johnson convocó a sus asesores a su hacienda de Texas en 1958 y les dijo claramente que era su destino ser presidente y que iba a postularse para el cargo.

Así que los hombres que lo rodeaban comenzaron a sentar las bases de una campaña para colocar a su hombre en la Casa Blanca. Ya que los republicanos habían tenido la presidencia por dos períodos, los demócratas pusieron todo lo

que tenían en su personaje principal. Los planificadores esperaron el anuncio de Johnson en el que se propondría como candidato.

Luego esperaron un poco más.

Johnson, que había hablado de su sueño con cualquier persona desde el momento mismo en que la conocía, se acobardó. Según el secretario de la Casa Blanca de la época, él era «un hombre con tremendas dudas»[\[46\]](#). Mientras tanto, Kennedy estaba recorriendo la nación persuadiendo a los delegados para que lo nominaran a él. Cuando Johnson finalmente anunció su candidatura, ya era demasiado tarde. Kennedy se le había adelantado.

Los historiadores han especulado por qué un hombre tan motivado y poderoso se quedó atascado en el momento más importante de su carrera. El biógrafo Robert A. Caro tiene una teoría. Él cree que con todo su impulso y valentía, Johnson se quedó paralizado por miedo al fracaso: el miedo de que acabaría como su padre.

Cuando Lyndon era niño, su familia era una de las más respetadas de la ciudad y vivía en una casa grande, en una hacienda extensa de Texas. Su padre, Samuel, era un hombre de éxito, miembro del gobierno estatal y el hombre de negocios más próspero del área. Sam compró el primer automóvil que cualquiera hubiera visto en esos lugares y tenía un chofer que lo conducía. La familia Johnson estaba viviendo la buena vida.

No obstante, cuando el joven Lyndon llegó a sus años de adolescencia, los arrasó un desastre: el negocio fracasó. La familia perdió su hacienda y se trasladó a una pequeña cabaña, el nivel inmediato superior a estar sin casa. De estar en lo más alto en la sociedad, los Johnson cayeron en picada a lo más bajo. La gente de la ciudad les llevaba comida para que no se murieran de hambre. Lyndon fue humillado de manera indescriptible. Un compañero de clases recuerda que cuando se burlaban de Lyndon en la escuela, él respondía que algún día él sería el presidente de Estados Unidos. Sus compañeros de clase se reían y decían que ellos no votarían por él. Él contestaba que no necesitaría de sus votos.

Desde ese momento, LBJ soñaba con ser presidente. Sin embargo, cuando el premio finalmente estuvo a su alcance, quedó traumatizado por el temor a fracasar y a sufrir la humillación pública, como le había pasado a su padre. Le tenía tanto miedo a la derrota que se convirtió en una profecía autorealizada.

Caro escribe:

La caída de su padre le había permitido ver que el fracaso podría significar no simplemente fracaso sino terror, el terror de vivir en una casa que, mes a mes, temes que el banco te la quite; que el fracaso podría significar no simplemente terror sino ruina, una ruina permanente; que el fracaso —la derrota— podría ser algo de lo que nunca puedas recuperarte. Además, el fracaso público, fracasar de una manera evidente —tener que dejar tu hacienda; que te retiren el crédito en las tiendas que visitas todos los días; no tener ya tu cargo público—, podría significar una clase de dolor distinto, pero también terrible: vergüenza, desgracia, humillación[47].

Según Caro, es por eso que Johnson se angustió y se desalentó de postularse como candidato. Es por eso que Kennedy lo derrotó para la nominación de 1960, y la historia tomó el camino extraño y sinuoso que siguió. Finalmente, él logró llegar a 1600 Pennsylvania Avenue, pero no fue de la forma que él alguna vez lo hubiera considerado.

Este temor tiene un nombre: *atiquifobia*, el miedo paralizante y recurrente al fracaso. Es un tirano cruel que lleva a sus víctimas a una vida de cohibición y de retiro. Lo peor de eso son sus efectos secundarios, que resultan en un rechazo persistente a tratar cualquier cosa nueva.

Los que le temen al fracaso están paralizados por la «palabra con r»: *riesgo*. Pueden menoscabar sus propios esfuerzos sin siquiera darse cuenta, en un intento por escapar de la ansiedad del fracaso que se avecina. ¿Conoces gente así? Yo sí, gente dotada que podría haber hecho cosas grandiosas en la vida pero que no las hicieron y no pudieron hacerlas porque se protegían de la decepción.

Quizás solo algunos somos atiquifóbicos, pero casi todos hemos sentido el temor al fracaso hasta cierto punto. De hecho, mucha de la gente más admirada en la Biblia lo experimentó. Como mencioné en la introducción de este libro, la Biblia identifica a más de doscientas personas que tuvieron miedo en una que otra época. ¡Algunas de ellas le tuvieron miedo al fracaso!

Vemos esto constantemente en las «narraciones de llamamiento» de la Biblia, esos relatos en los que Dios llama a una persona para un trabajo en particular. Los ejemplos más prominentes son Moisés, Gedeón, Isaías, Jeremías y Ezequiel.

En el Antiguo Testamento, estas narraciones de llamamiento tienen una forma y desarrollo similar. Primero, hay un encuentro con Dios ya sea directamente o a través de uno de sus ángeles. Este encuentro no ocurre en un lugar sagrado sino dentro de la rutina normal de la vida. Moisés estaba cuidando su rebaño y Gedeón estaba trillando trigo. Se produce un encuentro divino que conlleva un llamamiento y un desafío: *Tu momento ha llegado; ¡te envío a la misión de tu vida!*

Al llamamiento generalmente le siguen objeciones por parte de la persona nombrada, muchas de ellas por el temor al fracaso. Moisés respondió a ese llamado y dijo: «¿Quién soy yo para presentarme ante el faraón? ¿Quién soy yo para sacar de Egipto al pueblo de Israel?» (Éxodo 3:11). Incluso después de las garantías de éxito de Dios, Moisés prosiguió con su objeción: «Oh Señor, no tengo facilidad de palabra [...] Se me traba la lengua y se me enredan las palabras» (Éxodo 4:10).

Cuando Dios llamó a Gedeón para que peleara contra los madianitas, su respuesta inicial fue similar: «Pero, Señor [...], ¿cómo podré yo rescatar a Israel? ¡Mi clan es el más débil de toda la tribu de Manasés, y yo soy el de menor importancia en mi familia!» (Jueces 6:15). Cuando Dios llamó a Jeremías para hablar palabras de profecía al pueblo de Dios, la objeción de Jeremías siguió el mismo patrón: «Oh SEÑOR Soberano [...] ¡No puedo hablar por ti! ¡Soy demasiado joven!» (Jeremías 1:6).

Obviamente, el temor al fracaso no es un fenómeno moderno; es un temor humano de todos los tiempos. Algunos de los siervos selectos de Dios a lo largo de las épocas exhibieron ese temor, a pesar de las promesas de éxito de Dios. Sus historias dan una perspectiva de cómo Dios responde al temor humano. En cada caso, él se acerca a su siervo con confianza y ánimo.

En ninguna parte es más evidente el interés de Dios por un siervo temeroso que en Josué 1, donde Dios prepara a Josué para dirigir a Israel después de la muerte de Moisés. En este capítulo me enfocaré principalmente en ese llamamiento y en la garantía que lo acompaña, porque aquí se reúnen todos los principios que están esparcidos en todas las demás narraciones de llamamientos en una estrategia organizada paso a paso para tratar con el miedo al fracaso.

El tema del llamamiento de Josué es la transición, la transición del liderazgo de Israel de Moisés a Josué. Para apreciar completamente la magnitud de esta transición, debemos recordar la grandeza de Moisés.

Él es sin duda la figura más reverenciada en el judaísmo y está clasificado entre los hombres más grandes de la historia. Toda una generación de israelitas siguió a Moisés para salir de la esclavitud y entrar al desierto. Deuteronomio 34 dice cómo murió a la edad madura de ciento veinte años, siendo todavía un hombre perspicaz y vigoroso. Israel no había visto otro profeta del calibre de Moisés, un hombre tan cerca de Dios, tan dotado del poder milagroso de Dios. Lo habían visto levantar su vara mientras Dios dividía las aguas del mar Rojo. Lo habían visto enfrentar al faraón y hacer que cayera pan del cielo. Lo habían esperado a los pies de la montaña mientras Dios le dictaba sus Diez Mandamientos.

El libro de Éxodo hace una declaración acerca de Moisés que no se dice de ninguna otra persona en las Escrituras: «El SEÑOR hablaba con Moisés cara a cara, como cuando alguien habla con un amigo» (Éxodo 33:11). En más de una ocasión, Moisés pasó hasta cuarenta días en una montaña en comunión con él. Dios concede esta clase de intimidad solo a los que la desean. Moisés pertenecía a un círculo íntimo de gente que disfrutó de la intimidad santa con Dios.

La gente murmuraba en contra de Moisés, pero al final siempre lo seguían, porque sabían que él era el hombre de Dios. Su liderazgo los llenó de frustración al principio, luego de una devoción más profunda, y cuando el gran hombre finalmente murió, lloraron en las llanuras de Moab por treinta días (Deuteronomio 34:8).

No hay duda de que Moisés tendría que haber sido alguien muy difícil de imitar. Ese fue el llamamiento a la grandeza que recayó sobre Josué.

La muerte de Moisés llegó en una época peligrosa en la historia de Israel. La generación anterior había sido demasiado temerosa como para confiar en la promesa de victoria de Dios y había rehusado entrar a la Tierra Prometida justo en la frontera (Números 13–14). Toda esa generación había muerto durante los treinta y ocho años que vagaron en el desierto. Ahora, toda una nueva generación se había reunido en la ribera oriental del río Jordán, lista para atravesar y tomar posesión de la Tierra Prometida. Estaban listos para actuar en fe y reclamar su hogar. Sin embargo, no iba a ser fácil; nunca lo es.

Por un lado, después de cuatro décadas de paz, los hijos de Israel efectivamente se sintieron como niños. No habían peleado una batalla formal durante cuarenta años, y se decía que los cananeos que pronto enfrentarían eran altos y robustos, guerreros aguerridos que hicieron que los espías israelitas se sintieran «como saltamontes» en comparación (Números 13:33). El enemigo esperaba detrás de muros fuertes y fortificados. Incluso tenían caballos y carros (Josué 17:16).

Luego estaba el problema de la comida. La gente se había acostumbrado a recibir el maná de la mano de Dios, cada mañana en la puerta de su casa. Ahora bien, como leemos en Éxodo 16:35 y Josué 5:12, el maná se acabaría y los israelitas serían responsables de cultivar comida de la tierra.

¿Cuánto te habría gustado haber sido Josué y tomar las riendas del liderazgo de alguien como Moisés en una época tan crítica? Si te hubieran llamado como asesor para ayudar a Josué a prepararse para su nueva función, ¿cuál habría sido tu consejo? En realidad, Josué sí tenía un asesor: el mismo Dios. Él le dio a Josué uno de los discursos motivacionales más grandiosos que he leído. Sus palabras frecuentemente me han animado en tiempos de grandes desafíos personales.

Si le tienes miedo a tu futuro, si se te llama a una nueva misión que parece más allá de tu capacidad o si sencillamente necesitas ánimo para seguir en lo que Dios te ha llamado a hacer, tú también encontrarás valor al estudiar la exhortación de Dios a Josué ante su desafío más grande. Exploraremos seis principios poderosos de Josué para enviarte como conquistador y no como rehén de tu propio miedo al fracaso.

EL PRINCIPIO DE LA PERSPECTIVA DIVINA

Yo estaré contigo como estuve con Moisés. No te fallaré ni te abandonaré.

JOSUÉ 1:5

Dios vio a un ansioso nuevo líder y le dio las palabras de toda la vida. Comenzó a recordarle a Josué las aventuras que había disfrutado como el protegido de Moisés a lo largo de los años. Josué había sido testigo de una rica historia de

milagros y de magnificencia por parte de Dios, que demostró su fidelidad en un viaje prolongado a través de un imperio hostil y luego en el desierto.

Dios animó a Josué a que recordara lo que había experimentado como compañero de ministerio de Moisés: cómo Dios había dirigido a Moisés y cómo había realizado hechos poderosos para ayudar a Moisés a guiar al pueblo. Dios le aseguró a Josué: «Yo estaré contigo como estuve con Moisés». Josué tenía que ver ese trabajo intimidante a través de la perspectiva de las demostraciones previas del poder y de la fidelidad de Dios.

Me encanta leer las biografías de los líderes cristianos porque me recuerdan el principio de la perspectiva divina. Así como Dios ha sido fiel a sus seguidores en el pasado, nos será fiel en el presente. Él no ha puesto límites en lo que está dispuesto a hacer por ti y por mí. Sus acciones incluso podrían exceder lo que ha hecho en el pasado. Él es capaz de «lograr mucho más de lo que pudiéramos pedir o incluso imaginar» (Efesios 3:20).

El miedo al fracaso no es nada nuevo, vencerlo tampoco. Piensa en los Padres Peregrinos del siglo XVII que dejaron sus hogares en busca de libertad de adoración en el Nuevo Mundo. Tuvieron que haberse sentido intimidados ante la perspectiva de atravesar el Atlántico con sus pequeños barcos y de sobrevivir en una tierra desconocida. Sin embargo, vencieron su temor porque tuvieron fe en el poder y en la provisión de Dios. Ese es el beneficio de la perspectiva: nos permite ver más allá de las pruebas que nos asustan en el aquí y el ahora.

Dios nunca ha llamado a nadie a una tarea y luego lo ha abandonado a un lado del camino. Así que, si le tenemos miedo a lo que Dios quiere que hagamos, nuestra perspectiva necesita de un ajuste para que no nos enfoquemos en el tamaño del trabajo sino en el tamaño de Dios.

EL PRINCIPIO DEL PROPÓSITO DIVINO

Ha llegado el momento de que guíes a este pueblo, a los israelitas, a cruzar el río Jordan y a entrar en la tierra que les doy. Te prometo a ti lo mismo que le prometí a Moisés: «Dondequiera que pongan los pies los israelitas, estarán pisando la tierra que les he dado».

JOSUÉ 1:2-3

¡Dios le dio a Josué algo específico que hacer! Le dijo a Josué que caminara en cada terreno de la tierra de Canaán y le prometió que cada parte en la que caminara se le entregaría a él y a su pueblo para siempre. Dios le dio *enfoque*.

La película *El fugitivo* de 1993, protagonizada por Harrison Ford, fue nominada para siete premios Oscar y ganó uno. Obtuvo ingresos de casi \$369 millones en todo el mundo. No obstante, la película casi no logra hacerse. El libreto estuvo en desarrollo durante cinco años y medio. Nueve escritores distintos produjeron por lo menos veinticinco guiones distintos. El productor Arnold Kopelson dijo:

Hubo veces en las que todos decían: «Estás perdiendo el tiempo. ¿Por qué lo haces? Estás perdiendo dinero». Warner Brothers pensó vender los derechos al proyecto. [...] Habíamos gastado alrededor de dos millones de dólares en guiones y les preocupaba que eso nunca se fuera a concretar. Y yo dije: «Oigan, tengo un presentimiento en cuanto a esto. Mi instinto me dice que será un éxito»[\[48\]](#).

De acuerdo, a veces los instintos y los presentimientos no resultan, pero en este caso, sí resultaron. La determinación de Kopelson ilustra un punto importante: la diferencia entre el fracaso y el éxito puede estar en mantener el propósito y el enfoque ante los obstáculos.

Perseverar en *El fugitivo* hasta el día del estreno significó que el productor tuvo que mantenerse enfocado por más de cinco años. Sin embargo, Josué tuvo que mantener su propio enfoque durante catorce años, el tiempo requerido para ganar la Tierra Prometida. Ayudó el hecho de que Josué no tenía que confiar en su instinto; él tenía las promesas de Dios.

J. Oswald Sanders nos ayuda a entender esta promesa a Josué:

La tierra le pertenecía a Israel como regalo directo de Dios, Dueño del cielo y de la tierra. La tierra llegó a ser de ellos en la práctica solamente cuando caminaron alrededor de ella y en realidad tomaron posesión. Este principio espiritual fundamental se traslada a la experiencia del cristiano del Nuevo Testamento. «Debido a su fe, así se hará» (Mateo 9:29)[\[49\]](#).

Sin embargo, tener una promesa de Dios no es garantía de éxito si perdemos nuestro enfoque. La responsabilidad de Dios es hacer la promesa; la nuestra es la de permanecer enfocados en ella ante el temor. Para lograr el éxito, Josué y la nueva generación de israelitas tuvieron que enfocar su mente y su corazón en el propósito que Dios les había dado.

Hay un poder especial y liberador en saber exactamente lo que debemos hacer. Por eso es que la gente siente gran satisfacción al hacer y marcar las listas de tareas pendientes. Reducir todas las complejidades del día a una lista de actividades es ver nuestro camino a la productividad. Por otro lado, organizaciones completas fracasan porque la gente está confundida en cuanto a su descripción de trabajo.

Ponle un enfoque claro a tu vida y el miedo quedará afuera. Mientras más fijes tus ojos en el propósito de Dios para ti, más vencerás tu temor.

EL PRINCIPIO DE LA PERSUASIÓN DIVINA

Mi mandato es: «¡Sé fuerte y valiente!».

JOSUÉ 1:9

Cuando el reverendo William Sykes era capellán de University College en Oxford, describió a un grupo de estudiantes universitarios que él había conocido y que tenían incapacidades físicas. Sus limitaciones eran muchas, pero lo que los unía era un coraje silencioso que tenían interiormente. Esa experiencia lo hizo reflexionar sobre el significado de esta palabra. Al ver los escritos del cardenal Manning, encontró esta anotación:

Los italianos lo llaman *Coraggio*, o grandeza de corazón; los españoles, *Corage* [sic]; los franceses, *Courage*, de quienes lo hemos prestado. Entendemos que significa hombría, valentía, intrepidez, temeridad, que no surge de una sensación de poder físico, ni de insensibilidad al peligro o al dolor, sino del hábito moral del autocontrol, que con deliberación sopesa los peligros presentes y anticipa claramente las consecuencias futuras, y aun así, en el sendero del deber, avanza impasible hacia su logro[50].

De alguna manera, los estudiantes habían hallado una fortaleza interna que trascendía sus limitaciones físicas. La fe es un poder inestimable y frecuentemente aumenta con las palabras convincentes de alguien que nos persuade de que nosotros, también, podemos vivir valientemente.

¿Quién entre nosotros no tiene alguna clase de incapacidad en habilidades, deseos, motivación, fortaleza, experiencia, valor o en otras innumerables cualidades que se requieren para tener un buen progreso en la vida? A eso se le llama ser humano, y es por eso que cada persona necesita la misma exhortación que necesitó Josué cuando se paró en la orilla del río Jordán y miró la tierra hostil del otro lado.

Él debe haber recordado lo que ocurrió cuando los israelitas se pararon en la orilla de la Tierra Prometida cuarenta años antes. Tenían la promesa de Dios, pero el desafío los paralizó. No fueron los gigantes de la tierra lo que los incapacitó; fue su temor desmesurado. Para evitar que la nueva generación cometiera el mismo error, Josué tuvo que exhibir fortaleza y valor. Eso significó que él tenía que estar convencido de que Dios les permitiría enfrentar el desafío. Dios tenía precisamente las palabras adecuadas para el nuevo líder de Israel:

Sé fuerte y valiente [...] Sé fuerte y muy valiente. [...] Mi mandato es: «¡Sé fuerte y valiente!».

JOSUÉ 1:6-7, 9

Este es el núcleo del discurso de motivación de Dios para Josué. Tres veces le dice que sea fuerte y valiente. La palabra *fuerte* significa ser resuelto, firme y sin vacilaciones. *Valiente* transmite una sensación de audacia, una apertura al riesgo.

Josué había demostrado tener esa fortaleza interna dentro de sí. La vemos el día en que volvieron los espías, cuando diez de ellos dieron un reporte de gigantes inconquistables. Solo dos hombres, Josué y Caleb, quisieron aferrarse a la promesa de Dios y seguir adelante a pesar de los obstáculos. Los diez insistieron: «¡No podemos ir contra ellos! ¡Son más fuertes que nosotros!» (Números 13:31). Los cuentos de terror ahogaron el consejo de valor.

Cuando enfrentamos una situación de esas, nos enfocamos ya sea en el problema o en la solución. Diez hombres se convirtieron en saltamontes ante sus propios ojos simplemente al darle rienda suelta a su temor; dos hombres se enfocaron en Dios y en su poder. Diez hablaron del tamaño del enemigo; dos hablaron del tamaño de su Dios.

A veces, la mayoría lo entiende mal. La sabiduría de Dios se encuentra frecuentemente en el camino angosto por el que pocos viajan, en lugar del camino fácil de la opción popular. El liderazgo es mucho más que determinar en qué dirección sopla el viento. Frecuentemente requiere permanecer firme mientras la corriente trata de doblegarte hacia otra dirección.

El pequeño poema de Paul Laurence Dunbar indica esto:

*Las minorías, desde que comenzó el tiempo,
Han dejado ver el mejor lado del hombre;
Y frecuentemente en los listados del Tiempo
¡Un solo hombre ha hecho una causa sublime!*[\[51\]](#)

Cuando he enfrentado desafíos en mi vida, he encontrado inspiración al imaginar a Josué en la ribera de su río, aprendiendo a ser fuerte y valiente, o al aferrarme a las palabras de Pablo: «Si Dios está a favor de nosotros, ¿quién podrá ponerse en nuestra contra?» (Romanos 8:31). Esos pasajes inspiradores me persuaden a ser firme y a estar dispuesto a tomar riesgos por Dios. Creo que esa práctica funcionará para ti también.

EL PRINCIPIO DE LA PRIORIDAD DIVINA

No te desvíes de ellas ni a la derecha ni a la izquierda. Entonces te irá bien en todo lo que hagas. Estudia constantemente este libro de instrucción. Medita en él de día y de noche para asegurarte de obedecer todo lo que allí está escrito.

JOSUÉ 1:7-8

Ahora llegamos al meollo del asunto: la Palabra de Dios es el único camino al éxito.

Dios no le dijo a Josué que su prioridad tenía que ser la estrategia militar, el respaldo financiero o las relaciones bilaterales con los países vecinos. Estas cosas tienen un lugar, pero no son la prioridad. La prioridad de Josué estaba en meditar de día y de noche en los principios de la Palabra de Dios.

Eso requiere dedicación, así como la de un corredor de distancias largas que entrena para competir en una maratón olímpica. Los corredores de los que he leído están increíblemente enfocados. Tienen un compromiso estricto con una sola prioridad: ganar esa maratón y pararse en un podio olímpico. La carrera permea todos los aspectos de su vida. Comen comida específica, pesan los gramos y cuentan las calorías. Monitorean su peso, grasa corporal, retención de agua y densidad ósea. Corren solo con cierta clase de zapatos. Tienen una vida social limitada porque correr, entrenar, comer y dormir dominan sus días. Su horario de entrenamiento es el paradigma en el que encajan todas las actividades del día. Sus conversaciones y sus decisiones diarias reflejan su misión. Cuando planifican y llevan a cabo su vida, todo pasa por la cuadrícula del entrenamiento.

Cuando se le preguntó a un corredor de maratón de Kenya qué haría si no fuera corredor, se rió y dijo: «No sé. Para mí, correr es todo». Te insto a leer los cinco puntos siguientes acerca de las Escrituras con esa perspectiva, para que puedas decir: «Para mí, la Palabra de Dios es todo. Permea todas mis decisiones y valores. Ordeno mi vida alrededor de sus principios. La estudio constantemente para reforzar las metas de mi vida. La consulto antes de hacer planes o de tomar decisiones. Lo que la Biblia dice tiene prioridad sobre lo que cualquiera diga. Después de todo, es la Palabra de *Dios*».

La Biblia es mi arma favorita en la lucha contra el miedo a la derrota. Al buscar valor para conquistar a los gigantes de nuestra vida, tenemos que hacer que nuestra prioridad absoluta sea la Palabra de Dios.

Habla de la Palabra constantemente

Estudia constantemente este libro de instrucción.

JOSUÉ 1:8

Clarifiquemos lo que Josué habría entendido por el «libro de instrucción». Para él eran los primeros cinco libros de nuestra Biblia: el Pentateuco, como se le llama a esa colección de libros. Todavía no se había escrito nada más de las

Escrituras. Dios le dijo a Josué que ese libro tenía que ser su plan de acción. Él tenía que tomar ese libro con sus manos y guardarlo en su corazón. Era la clave para su capacidad de cumplir con la misión que Dios le estaba dando.

El libro de instrucción también tenía que ser su tema de conversación con otros; no hablar de él como lo hacemos de una novela o biografía, sino permitir que la ley de Dios informe, guíe y modere todas las conversaciones y deliberaciones. Más adelante en el libro, vemos que Josué hace eso mismo:

Entonces Josué le leyó al pueblo todas las bendiciones y maldiciones que Moisés había escrito en el libro de instrucción. Cada palabra de cada mandato que Moisés había dado se leyó a todos los israelitas reunidos en asamblea.

JOSUÉ 8:34-35

Parte de lo que Josué habría leído al pueblo era el pasaje de Deuteronomio 6:6-9, las instrucciones de Moisés a los padres en cuanto a cómo introducir la Palabra de Dios en la vida de sus hijos: «Repíteselos [los mandatos de Dios] a tus hijos una y otra vez. Habla de ellos en tus conversaciones cuando estés en tu casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes» (versículo 7).

Observa la palabra *hablar*. Las palabras, mandamientos y estatutos de Dios —su perspectiva acerca de todo— debían incorporarse completamente en cada conversación familiar. Los niños crecerían con la ley de Dios arraigada profundamente en su pensamiento.

El pasaje de Deuteronomio también usa una figura del lenguaje que involucra aseverar algo al exponer los opuestos: cuando estés en la casa, cuando estés afuera; cuando estés acostado, cuando estés levantado; cuando estés sentado, cuando estés parado. La idea es enseñar la ley todo el tiempo: ahora, entonces y en cada momento intermedio.

La ley de Dios debe permanecer viva en la lengua. No hay tiempo inapropiado para compartirla, y debemos estar tan motivados para compartirla como lo está un pájaro para cantar. El Señor provee todos los distintos lugares de la vida —tiempo de descanso con la familia, tareas en el jardín, celebraciones

importantes— para compartir la ley en cada contexto. ¡Piensa en lo que pasaría hoy si los cristianos, en lugar de discutir de política, programas de televisión, películas, deportes y tráfico, comenzaran a hablar más de la Palabra de Dios!

«¿Qué aprendiste hoy de la Palabra?».

«Antes de discutir nuestros planes, veamos qué consejo podemos encontrar en la Biblia».

¿No sería esa una manera refrescante de vivir? ¿No sería acaso un paso poderoso para superar nuestros miedos y fracasos?

Medita constantemente en la Palabra

Medita en él de día y de noche.

JOSUÉ 1:8

La idea misma de meditación está en desacuerdo con los tiempos. No nos gusta nada lento o deliberado, y particularmente detestamos la idea de quietud. Nos gusta que las cosas sean rápidas. Nos gusta más acción y menos reflexión. Nos gustan los *tweets* de ciento cuarenta caracteres en lugar de la información detallada.

Sin embargo, la meditación —la meditación bíblica, no el vaciado de la mente que caracteriza a las religiones orientales— es central para la vida a la que Dios nos llama. Requiere que renunciemos a nuestra prisa y que escuchemos tranquila y profundamente lo que Dios tiene que decir. J. I. Packer describe la manera correcta de hacerlo:

La meditación es la actividad de traer a la memoria, reflexionar, profundizar y aplicar en uno mismo las diversas cosas que uno sabe de las obras, caminos, propósitos y promesas de Dios.

Su propósito es [...] permitir que su verdad tenga un impacto total y apropiado en la mente y en el corazón de uno. [...] En efecto, se trata de discutir frecuentemente con uno mismo, de razonar frente a la duda e incredulidad y de adquirir una clara comprensión del poder y de la gracia de Dios[\[52\]](#).

Como una vaca que mastica el mismo bocado de césped una y otra vez para

digerirlo y beneficiarse de él, meditamos en la Palabra de Dios al escudriñarla una y otra vez, para permitir que Dios hable a nuestro corazón y aquiete nuestros temores.

La meditación es un mantenimiento preventivo para la mente. Llenamos cada esquina de nuestro pensamiento con la verdad rica y eterna, antes de que los errores del mundo puedan echar raíces allí e infectarnos. Vivimos en este mundo y estaremos expuestos a todo lo que es malo de él. No obstante, podemos hacernos resistentes al virus de las ideas falsas. Meditar en la Palabra de Dios es una vacunación contra «cualquier corriente de nuevas enseñanzas» (Efesios 4:14).

David entendía el poder de la meditación. Escribió:

¡Oh, cuánto amo tus enseñanzas!

Pienso en ellas todo el día.

Tus mandatos me hacen más sabio que mis enemigos,
pues me guían constantemente.

Así es, tengo mejor percepción que mis maestros,
porque siempre pienso en tus leyes.

Hasta soy más sabio que los ancianos,
porque he obedecido tus mandamientos.

SALMO 119:97-100

Trata de meditar todos los días en Filipenses 4:13, que dice: «Todo lo puedo hacer por medio de Cristo, quien me da las fuerzas». Piensa en cuánto más resistente serías a los susurros engañosos que dicen: *Ríndete, no puedes hacer esto; Dios no te va a ayudar*. La Palabra implantada es un baluarte contra las mentiras del maligno.

Cualquiera de esos dos mensajes que toque tu alma más frecuentemente, ya sea la voz del valor o la voz de la derrota, será el que gane la batalla de tu mente.

Lee la Palabra obedientemente

... para asegurarte de obedecer todo lo que allí está escrito [en el libro de instrucción].

JOSUÉ 1:8

Observa la frase «para asegurarte de obedecer» en este pasaje. Es fácil pasar por alto estas cuatro palabras como insignificantes, pero en realidad presentan uno de los grandes conceptos del Antiguo Testamento. No debemos leer la Biblia solamente por información, ni solo para aumentar nuestro conocimiento. Debemos estudiar la Biblia para descubrir la voluntad de Dios para nuestra vida. Nos *aseguramos* de *obedecer*. Nos aseguramos en la Biblia para obedecer la Biblia.

Uno de los errores más sutiles y peligrosos en los que podemos caer es considerar la Biblia como una lectura interesante simplemente. Sí, es una literatura para todos los tiempos —fascinante, entretenida y conmovedora—, pero en todos los tiempos, la Palabra de Dios no es un simple libro. Su propósito es cambiar lo que somos y cómo vivimos. El mensaje de la Biblia no puede detenerse simplemente en la mente; debe continuar hacia el corazón y la voluntad. Tenemos que ser «hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores» (Santiago 1:22, RVR60).

Cuando tememos vivir contraculturalmente como la luz de Dios en el mundo, la obediencia es la única clave para desvanecer el temor. Desobedece, y el temor permanece. Obedece, y el temor desaparece. El papel de la Palabra de Dios es decirnos qué hacer. Sin embargo, el valor se materializa únicamente cuando obedecemos.

Sigue exclusivamente a la Palabra

No te desvíes de [el libro de instrucción] ni a la derecha ni a la izquierda.

JOSUÉ 1:7

En años recientes, una nueva frase de moda se ha introducido en nuestro lenguaje común: *tolerancia cero*. Comenzamos a oírla más frecuentemente después de que la legislación de 1994 prohibió llevar armas de fuego a la escuela. No habría tolerancia para la violación de ese decreto. Habría expulsión de un año, y si la escuela no acataba el mandato, podría perder su financiamiento federal. La tolerancia cero significaba una política estricta y bien definida que

prohibía armas en las escuelas. La frase pegó y pronto discutíamos otras áreas que merecían una tolerancia cero: el acoso escolar, hacer trampa y el tráfico de drogas.

La expresión no existía en la época de Josué, pero como lo muestra el pasaje de arriba, su aplicación sí. Dios le dio a Josué una política de tolerancia cero en cuanto a la infidelidad espiritual, y le dijo que cuando Israel entrara a Canaán, tenía que seguir la Palabra de Dios sin desviarse «ni a la derecha ni a la izquierda».

No debía comprometer la moralidad ni los principios para conformarse a las prácticas de los habitantes de la tierra. No debía manipular el significado de la ley de Dios para que fuera políticamente correcta. No debía usarla para dar base a su propio punto de vista. Tenía que obedecer la ley de Dios y nada más.

En el centro de la ley estaba el pacto, el acuerdo entre Dios y su pueblo. No cambiaría; una generación nueva tendría que aferrarse a la antigua revelación. En una época de incertidumbre, al enfrentarse a un mundo nuevo, esa sería su garantía: *Nada importante ha cambiado. Yo, el Señor, no cambio. Continúen siguiéndome.*

Conocemos el resto de la historia. El pueblo de Israel dio muchos pasos hacia la izquierda y hacia la derecha. Dios fue paciente y perdonador, pero finalmente la nación tuvo que sufrir por su falta de fidelidad a Dios y a su ley. La nación se dividió en dos. Su pueblo fue exiliado primero a Asiria y luego a Babilonia. Los israelitas pagaron el precio al vivir en temor constante de enemigos e invasiones. Se desviaron a la derecha y luego a la izquierda para servir a otros dioses, y finalmente sus temores se materializaron, cuando Dios retiró su sombrilla de protección.

Tenemos una opción: podemos seguir a los dioses de este mundo y vivir con el temor de quedar atrapados en los resultados que inevitablemente trae toda desobediencia, o podemos seguir a Dios y a su Palabra exclusivamente y vivir sin temor.

Acepta la Palabra totalmente

... todo lo que allí está escrito.

JOSUÉ 1:8

A veces la gente me pregunta por qué predico del Antiguo Testamento. Casi a todos les gustan los Evangelios de Jesús y las cartas de los apóstoles. Sin embargo, ¿por qué preocuparse por todas esas guerras, reyes y profetas?

Hay una buena razón. Incluyo el Antiguo Testamento en mis enseñanzas porque el mensaje de Dios está incompleto sin él. La teología reconoce dos clases de inspiración de las Escrituras: la inspiración verbal significa que las palabras fueron inspiradas por Dios; la inspiración plena o completa significa que *toda* la Biblia llega directamente de Dios. Entonces, creemos que cada palabra de las Escrituras tiene a Dios como su fuente. Esto se refleja en Josué 1:8, donde la palabra *todo* ocupa la escena principal. No debemos elegir lo que nos guste de la ley de Dios, así como no debemos seleccionar qué leyes federales vamos a obedecer.

¿Escuchó Josué? Muchos años después, cuando se acercaba su muerte, le dio su discurso final al pueblo de Israel, que ya estaba establecido en la Tierra Prometida. Hizo eco de las palabras que Dios le había dado muchos años antes: «Por lo tanto, asegúrense de seguir todo lo que Moisés escribió en el libro de instrucción. No se desvíen de esas palabras ni a la derecha ni a la izquierda» (Josué 23:6).

En Deuteronomio 17:18-19, Dios hizo que la inmersión profunda en su ley fuera la prioridad absoluta para los reyes futuros de Israel. Sin duda es por eso que David, cuando se acercaba al final de su vida, preparó a su hijo Salomón para ascender al trono con palabras que hacían eco del mandato de Dios a Josué:

«Yo voy camino al lugar donde todos partirán algún día. Ten valor y sé hombre. Cumple los requisitos del SEÑOR tu Dios y sigue todos sus caminos. Obedece los decretos, los mandatos, las ordenanzas y las leyes que están escritos en la ley de Moisés, para que tengas éxito en todo lo que hagas y dondequiera que vayas».

1 REYES 2:2-3

No es algo insignificante el hecho de que Dios le recordara a Josué la Palabra cuando estaba parado sobre la ribera del río Jordán. Aquellos que deseen hacer algo para Dios y experimentar la riqueza que él desea para ellos tienen que ser

gente de la Palabra.

Los «gigantes espirituales» de nuestra época han hecho que la Palabra sea su prioridad absoluta. Algunos pastores, líderes, maestros y personas laicas han leído toda la Biblia más de cien veces. Se dice que George Müller la leyó doscientas veces. El misionero David Livingston la leyó cuatro veces seguidas cuando estuvo detenido en un pueblo de la jungla. Charles Spurgeon dijo: «Una Biblia que se desmorona generalmente le pertenece a alguien que no se desmorona».

La Biblia es la fuente de ánimo más grande que está disponible actualmente. Cuando la leemos somos transformados, porque es un libro vivo. Cuando tenemos miedo al fracaso o sentimos que somos un fracaso, la Palabra de Dios debería ser nuestra prioridad absoluta. Las palabras que encontramos allí llenarán nuestro corazón y mente de fortaleza y de valor. Mientras más nos enfoquemos en Dios y en su Palabra, menos lugar habrá para el miedo.

EL PRINCIPIO DE LA PRESENCIA DIVINA

Yo estaré contigo [...] No te fallaré ni te abandonaré. [...] El SEÑOR tu Dios está contigo dondequiera que vayas.

JOSUÉ 1:5, 9

Anteriormente en este capítulo discutimos las similitudes en las narraciones de los llamamientos del Antiguo Testamento: el desafío desde el cielo, el temor de la tierra, la reafirmación y el ánimo de Dios. Hay otro elemento clave: la promesa constante de Dios de acompañarnos en el viaje. Él nunca dice: «Ve y yo te estaré esperando aquí». Él dice: «Vamos».

- Dios le dijo a Moisés: «Yo estaré contigo. [...] ¡Ahora ve! Yo estaré contigo cuando hables y te enseñaré lo que debes decir» (Éxodo 3:12; 4:12).
- A Gedeón: «Yo estaré contigo, y destruirás a los madianitas como si estuvieras luchando contra un solo hombre» (Jueces 6:16).
- A Jeremías: «No le tengas miedo a la gente, porque estaré contigo y te protegeré. ¡Yo, el SEÑOR, he hablado! [...] Yo estoy contigo y te protegeré. ¡Yo, el SEÑOR, he hablado!» (Jeremías 1:8, 19).

- A Josué: «Yo estaré contigo como estuve con Moisés. No te fallaré ni te abandonaré» (Josué 1:5).

Durante cuarenta años Josué fue testigo de la presencia fiel de Dios con su mentor, Moisés. Ahora Dios le prometió a Josué que él también sería bendecido con la presencia de Dios en su vida y liderazgo.

Nada es más importante, ni impulsa más la confianza, en el llamado de Dios que la promesa de que Dios estará con nosotros. La promesa de Dios de su presencia y poder activos siempre acompañan a cada persona que él llama. Eso hace que cualquier excusa u objeción al llamado no tenga sentido. El que la persona llamada se sienta inadecuada o incapaz llega a ser irrelevante, porque lleva consigo el poder de Dios para lograr lo que Dios la llama a hacer.

En el Nuevo Testamento Dios nos hace la misma promesa que les hizo a sus santos del Antiguo Testamento.

«Nunca te fallaré.

Jamás te abandonaré».

Así que podemos decir con toda confianza:

«El SEÑOR es quien me ayuda,

por eso no tendré miedo.

¿Qué me puede hacer un simple mortal?».

HEBREOS 13:5-6

EL PRINCIPIO DE LA PROSPERIDAD DIVINA

Entonces prosperarás y te irá bien en todo lo que hagas.

JOSUÉ 1:8

Esta es sin duda una de las promesas más audaces de toda la Biblia. Para la mayoría de la gente actualmente, el éxito significa el logro de metas y los logros económicos. Sin embargo, en el idioma hebreo significa ser prudente o actuar mesuradamente. En un sentido espiritual, eso significa dejar que la vida de uno

sea guiada por Dios. Josué tenía esa clase de éxito y prosperidad. Tuvo su cuota de baches en el camino y tuvo sus fracasos, pero el panorama de su vida indicaba prudencia y sabiduría, y fue un hombre de éxito.

Ahora imagina esto conmigo: Josué se entera de que su nueva misión de trabajo es dirigir a ese pueblo nómada contra los cananeos. Es un gran ascenso, pero teme que sea demasiado para él. Lleno de ansiedad, va a la oficina del Asesor Divino, donde se le dan estos seis principios para vencer su temor al fracaso y garantizar su éxito. Sale erguido y alto, caminando con la energía que brinda la confianza. Ha recibido una transfusión de valor.

Cuando Josué llegó al final de su vida, dio testimonio del poder de estos principios para dar prosperidad y éxito a su país:

«Dentro de poco moriré, seguiré el camino de todo ser viviente en este mundo. En lo profundo del corazón, ustedes saben que cada promesa del SEÑOR su Dios se ha cumplido. ¡Ni una sola ha fallado!».

JOSUÉ 23:14

Sé que estos principios funcionan, porque he hecho que sean el centro de mi propio caminar con Dios. En muchas ocasiones, cuando he enfrentado los desafíos del ministerio, esas palabras poderosas me han dado la inyección de valor que necesitaba para seguir adelante y encontrar el éxito que Dios promete.

A medida que escribo este capítulo, recuerdo las veces en que he tenido más miedo al fracaso. La primera fue mi último año en el seminario. Había pasado cuatro años en la universidad y cuatro años en preparación de posgrado en el seminario, y en unas semanas tendría que salir de esa zona cómoda al mundo real. Recuerdo que pensé: *Me pregunto si podré hacer esto. ¿Qué pasa si sencillamente no sirvo para el ministerio?*

Mi primera asignación después de graduarme fue trabajar como pastor de jóvenes y director de educación cristiana en una iglesia grande de Nueva Jersey. Aquellos fueron días maravillosos para Donna y para mí. Andábamos con los chicos de secundaria día y noche, y Dios nos dio el privilegio de orientar a algunos de los jóvenes más maravillosos que hayamos conocido. Todavía nos comunicamos actualmente con algunos de ellos.

Durante los últimos meses de nuestro segundo año en Nueva Jersey, comencé a sentir un deseo creciente de predicar. Mis pocas oportunidades de predicar hacían que me entusiasmara por hacerlo más. No tuvimos que esperar mucho para que se cumpliera ese deseo. Un viejo amigo que era pastor estaba desarrollando una red de iglesias en Fort Wayne, Indiana. De la nada, me llamó para preguntarme si estaría interesado en ser el pastor de su iglesia más reciente.

Con muchas reservas, Donna y yo accedimos a visitar la iglesia. Yo predicaría en la iglesia madre y luego me reuniría con las siete familias que habían accedido ayudar a iniciar esta nueva obra. Yo estaba bastante seguro de que Dios no quería que hiciera eso, pero me sentí obligado a escuchar su propuesta.

Mientras viajábamos de regreso a casa, los dos nos sentíamos abrumados por la fe y por la emoción de ese núcleo de gente y nos impactó el hecho de que ellos querían que los guiáramos en esa aventura de fe. Nos dieron un par de semanas para tomar nuestra decisión, ¡y acabamos necesitando todos los días! Mientras la fecha tope se acercaba, yo sentía un conflicto. Al recordarlo, ahora me doy cuenta de que una gran parte de mi indecisión era el temor de no ser capaz de lograr lo que ellos querían que hiciera. ¿Qué pasaría si no lograba hacer que la nueva iglesia en Indiana fuera un éxito?

Otros asuntos también nublaban mi mente. Durante nuestra visita, había conducido alrededor del área donde se iba a plantar esa iglesia, y conté por lo menos cinco iglesias bien establecidas. ¡Y yo iba a ser el pastor de siete familias que se reunirían en un trailer! Así es, un trailer. Uno de los miembros fundadores de la nueva iglesia vendía trailers, y había accedido a ensamblar cuatro de ellos en forma de L, para formar un «auditorio» con capacidad para cien personas, con otra sección que tendría una guardería, unas cuantas aulas y una pequeña oficina.

Si estuvieras conduciendo por Fort Wayne, Indiana, en busca de una iglesia nueva, ¿habrías elegido la iglesia que era un trailer y no una de las cinco bellas iglesias de nuestra parte de la ciudad? ¡Yo tampoco! El temor al fracaso era palpable, y yo sabía cómo deshacerme de él: quedarme donde estábamos, en una iglesia estable y cómoda.

Cuando quedaban unos cuantos días para la fecha límite, conduje a la playa de Nueva Jersey para pasar el día pensando y orando. Hacía más frío de lo que había anticipado, por lo que entré a una cafetería en el paseo para calentarme.

Llevé mi café y una copia del *Philadelphia Inquirer* a mi mesa, me senté y comencé a leer una historia que cambió nuestra vida.

Era un artículo acerca de Vince Lombardi, el entrenador legendario de los Green Bay Packers. Acababa de irse de Wisconsin para convertirse en el entrenador principal de los Washington Redskins, que estaban en apuros. Era la comidilla del mundo de los deportes: ¿Por qué dejaría Lombardi su franquicia espectacularmente exitosa de Green Bay y se trasladaría a lo que entonces era la peor franquicia de la NFL? Lo que llamó mi atención fue una línea en medio del artículo, una cita del entrenador que estaba escrita en negrilla: «En mi vida he descubierto que es más desafiante construir que mantener».

Terminé mi café, conduje una hora de regreso a Haddon Heights y le dije a Donna que nos trasladábamos a Fort Wayne. Dios había desvanecido mi miedo al fracaso... por el momento.

El miedo volvió en las siguientes semanas, mientras preparábamos nuestra mudanza a Indiana. Creía que Dios me había hablado ese día en Jersey Shore, pero todavía estaba nervioso y tenía miedo... hasta que llegamos. Cuando entramos a la pequeña casa donde íbamos a vivir, vimos un rótulo pegado en una de las puertas del gabinete de cocina:

Dios también nos capacita con sus mandamientos.

Hasta el día de hoy, no sé quien puso el rótulo allí, pero creo que Dios lo impulsó a hacerlo. De repente caí en la cuenta: ¿Dios no me diría que hiciera algo sin capacitarme para lograrlo! ¿Por qué debía tener miedo si Dios se había comprometido en mi éxito? Lo que hizo por Moisés, por Gedeón, por Jeremías, por Josué y por otros, lo haría por mí. Dios lo hizo. Por doce años, Dios me ayudó pacientemente a aprender a ser pastor e hizo que la iglesia creciera. Cuando nos fuimos de Fort Wayne, Dios nos había demostrado a Donna y a mí que la única manera en que aprendemos a confiar en él es saliendo de nuestra zona cómoda hacia la «zona de temor» y diciéndole que sí a él.

Si estás en un lugar similar ahora, ¿puedo animarte a reemplazar tu miedo a lo desconocido por la confianza en Dios y en su Palabra? Si hay algo que Dios quiere que hagas, deja que tus acciones ahuyenten tu miedo.

CAPÍTULO 5

DESCONEXIÓN: *Miedo a estar solo*

No tengas miedo ni te desanimes, porque el SEÑOR tu Dios está contigo dondequiera que vayas.

JOSUÉ 1:9

Durante el verano del 2008, Hal Niedzviecki, un escritor del *New York Times*, decidió explorar el mundo feliz de los medios sociales, especialmente Facebook. Por eso abrió una cuenta y se introdujo. Rápidamente agregó amigos: gente que había conocido a través de los años, parientes, amigos de amigos e incluso algunos conocidos tangenciales por aquí y por allá. Pronto quedó atónito al descubrir que tenía setecientos amigos en línea. Tuvo que admitirlo: ¡era emocionante! Tenía una perspectiva nueva y mejorada de su lugar en el mundo.

Sin embargo, se preguntaba cómo se asemejaban los amigos de Facebook a los amigos tradicionales. Él era un poco introvertido; estaba enfocado en su carrera. Aun así, esta era la época del Facebook; quizás había subestimado sus habilidades sociales.

Por lo que lo puso todo a prueba. Planificó una fiesta de Facebook para convertir a sus conocidos digitales en verdaderos amigos en la carne. Niedzviecki invitó a todos sus setecientos amigos a un bar local para una fiesta. La gente podía responder que «asistiría», que «tal vez asistiría» o que «no asistiría».

Siguió las primeras respuestas como si fuera la noche de elecciones. Quince dijeron que llegarían. Otras sesenta le dijeron tal vez, algunos dijeron que no, mientras que otros no respondieron. Procesó los números y determinó que podía esperar razonablemente que llegaran veinte amigos.

Niedzviecki estaba emocionado con la reunión. Se duchó y se afeitó, se echó un poco de colonia y se vistió bien, listo para causar una buena impresión y conocer a su público de Facebook. Se sentía como en una primera cita. Entró al bar del vecindario, buscó un asiento y esperó.

Luego esperó un poco más.

Después de algún tiempo, saludó a su primer asistente, una dama agradable que era amiga de un amigo. Tuvieron una corta e incómoda conversación y finalmente ella se fue. Niedzviecki se quedó sentado solo hasta la medianoche, bebiendo lentamente y preguntándose dónde estaban las setecientas personas.

«Setecientos amigos —escribió—, y estuve bebiendo solo»[\[53\]](#).

La experiencia de Hal Niedzviecki resume algo que muchos estamos comenzando a sentir. Hemos inventado muchas maneras nuevas de conectarnos con los demás, pero nos sentimos más solos que nunca. Paradójicamente, nuestro mundo está lleno de muchedumbres bulliciosas de gente solitaria.

Hoy en día, el estadounidense medio puede conocer en un año a tantas personas como su bisabuelo conoció en toda su vida. Entonces ¿por qué se siente más solitario de lo que alguna vez se sintió su bisabuelo? Todos reconocemos que se puede estar *solo* y se puede estar *solitario*, y que no son lo mismo. Casi nadie está solo ahora. Nos movemos entre multitudes casi continuamente. No obstante, estar cerca de la gente no es lo mismo que conectarse con ella.

Esta sensación de desconexión está generando una nueva clase de miedo: la autofobia. No, no es miedo a los automóviles. Un autofóbico es alguien que le tiene miedo a la soledad. El vocablo se origina de dos palabras griegas que significan «ego» y «temor». Este miedo a la desconexión es un miedo anormal y persistente de estar solo. Los que padecen este temor experimentan una ansiedad anormal, aunque puedan darse cuenta de que estar solo no amenaza su bienestar.

El autófono quizás no esté solo físicamente, pero tiene la sensación persistente de ser ignorado, de no ser amado o de estar incomunicado. Los que han soportado el trauma de haber sido abandonados —por un padre, una madre o un cónyuge, por ejemplo— son candidatos para la autofobia. Ya que el amor es nuestra necesidad más grande, el rechazo de un ser amado es enormemente devastador.

A veces la gente menos probable es la más solitaria, o la que está más asustada por la posibilidad de la soledad. No esperarías que gente famosa o adinerada esté sola y triste. Ellos tienen la ventaja de las riquezas, amigos, contactos, compromisos, citas y adulación. No obstante, las apariencias frecuentemente esconden temores inesperados:

- Anne Hathaway, actriz ganadora de un Oscar, confesó: «La soledad es la cosa menos favorita en mi vida. Lo que más me preocupa es estar sola, sin nadie a quien cuidar y que cuide de mí»[\[54\]](#).
- Joss Whedon, director de *Los vengadores*, dijo: «La soledad es la cosa más aterradora que existe»[\[55\]](#).
- La actriz comediente Lily Tomlin dijo: «Todos estamos solos en esto»[\[56\]](#).
- Al hablar del expresidente Richard M. Nixon, Henry Kissinger escribió: «La esencia de este hombre es la soledad»[\[57\]](#).
- Albert Einstein escribió: «Es extraño ser conocido tan universalmente y aun así estar tan solo»[\[58\]](#).
- El autor Ernest Hemingway escribió: «Vivo en un vacío tan aislado como un tubo de radio con las baterías muertas y sin corriente dónde cargarlas»[\[59\]](#).
- Marilyn Monroe dijo: «A veces creo que las únicas personas que se quedan conmigo y que verdaderamente me escuchan son las personas que contrato, gente a la que le pago»[\[60\]](#).

La desconexión se ha esparcido como una enfermedad en nuestro mundo, donde la mayor parte de la gente vive sin el apoyo de una comunidad, donde Internet reemplaza a la conversación cara a cara, donde el trabajo medio dura dos años, donde la gente frecuentemente se traslada de un estado a otro y de un matrimonio a otro. En esta época de tecnología, las posibilidades de estar solo han aumentado exponencialmente. El actor Emilio Estevez lo dijo de esta manera: «Tenemos todos estos artefactos que nos mantienen conectados, aun así, estamos más desconectados que nunca. ¿A qué se debe esto?»[\[61\]](#).

En 1998, investigadores de Carnegie Mellon University estudiaron los efectos de la adicción a Internet, que era entonces un fenómeno nuevo. Descubrieron que mientras más tiempo pasaba la gente en línea llegaba a estar

más deprimida y solitaria. Robert Kraut, el autor principal del estudio, dijo que la gente veía a Internet como un medio social, sin embargo, de ella solo se derivaban síntomas negativos como la depresión y la soledad[62].

Estudios similares abundaron, pero poca gente prestó atención. Un estudio en el 2008 descubrió que los adultos pasaban 30 por ciento de su tiempo libre en línea. Para el 2009, el promedio saltó a doce horas a la semana, el doble del promedio del 2005[63]. Actualmente, la mayoría de estadounidenses pasa entre ocho y nueve horas al día frente a alguna clase de pantalla encendida, ya sea un televisor, una computadora o un teléfono. ¿Estamos eliminando las relaciones más saludables?

No estoy rotulando las conexiones electrónicas como malas. Hay ocasiones en las que los mensajes de texto y los medios sociales proporcionan vínculos beneficiosos entre la gente que necesita compartir una petición de oración en tiempo real o encontrar ayuda rápida para una llanta pinchada. Sin embargo, ahora estas formas de comunicación rápida se han convertido en la base principal de nuestras interacciones sociales. Necesitamos menos Facebook y más de la antigua conexión cara a cara, en persona. Necesitamos cercanía, y no hay una aplicación para eso.

Mucha gente joven se identificará con otra fobia nueva: nomofobia, el temor de estar sin teléfono. ¿Puedes imaginarlo? Por miles de años antes de Alexander Graham Bell, nadie imaginó siquiera que tal cosa como un teléfono pudiera existir. Ahora la sola idea de no tener uno cada minuto del día puede causar terror en el corazón de las personas. Tenemos que tener acceso a la comunicación instantánea con todas nuestras conexiones. Una mujer envió varios mensajes de texto a su esposo, pero no recibió respuesta. Impaciente por una respuesta, envió este texto: «¿Qué pasa? ¿Te comieron el pulgar los ratones?».

SecurEnvoy, una compañía especialista en contraseñas digitales, descubrió que 66 por ciento de las personas que encuestó en el Reino Unido teme genuinamente la posibilidad de encontrarse sin teléfono celular[64].

Observa los anuncios publicitarios y verás que los nuevos aparatos de comunicación que se lanzan al mercado están concebidos en base al deseo humano de conexión. Es irónico, porque la vida centrada en el dispositivo nos

aisla aún más. La tecnología no implica contacto físico. El resplandor de la pantalla colorida no reemplazará el resplandor de una amistad alentadora.

Lisa, una chica de la secundaria de diecisiete años, escribe: «Vengo a casa después de la escuela y me pongo en línea, me siento bien y hablo por dos horas en Internet, pero por otro lado, aún estoy sin amigos. Nunca conoceré a la gente con la que hablé»[\[65\]](#).

Hannah, de dieciséis años, ha conocido a «Ian» por cinco años, sin haberlo conocido nunca en persona. Aun así, según su criterio, él es quien la conoce mejor[\[66\]](#). Sin embargo, ni Hannah ni Ian conocen verdaderamente al otro, porque cuando estamos en línea no tenemos que ser reales; podemos ser los símbolos de nosotros mismos que hemos creado cuidadosamente. Podemos esconder nuestras fallas y defectos, reales o imaginarios, detrás de la fachada de un yo irreal cuidadosamente elaborado. La revista *New Yorker* presentó una caricatura en 1993, el amanecer de la era de Internet, que fue una sensación instantánea. Un perro se sienta en la silla de un escritorio, con una pata en el teclado de una computadora. Se voltea y le dice a otro perro: «En Internet, nadie sabe que eres un perro»[\[67\]](#).

Los amigos de Internet pueden no conocerse en absoluto. Los bytes y los píxeles no pueden captar el corazón y el alma de un ser humano. La conexión auténtica requiere de mucho más que palabras rápidas y emoticonos. Tiene que tener el vocabulario elaborado del lenguaje corporal: las expresiones faciales, los matices verbales y los tonos de voz. Es cuando nos sentamos lado a lado y nos miramos a los ojos cuando en verdad nos conectamos. Una llamada telefónica disminuye el «ancho de banda» de la conexión; un texto o una notita en Facebook la reduce aún más. La comunicación digital está a cuarenta mil kilómetros de ancho y a un centímetro de profundidad. En las conexiones digitales, perdemos la oportunidad de conocer y de ser conocidos. La tecnología promete la comodidad de la conexión, pero baja el umbral de la intimidad.

En pocas palabras, la comunicación electrónica nos ha alejado de la comunidad auténtica. Parece que tenemos poca idea de lo peligroso que esto puede ser para nuestra salud emocional y espiritual.

LOS PELIGROS DEL AISLAMIENTO

La mayoría de nosotros no se da cuenta de lo insidioso que puede ser el verdadero aislamiento. Prescindir de comida o agua mata el cuerpo, pero la falta de relaciones matará la mente y el espíritu.

Un artículo en *Psychology Today* dijo que el aislamiento era «un asesino poderoso». Al continuar decía: «No hay una fuerza más destructiva de la salud física y mental que tú te aísles de mí y que nosotros nos aislemos de ellos. Se ha demostrado que [el aislamiento] es un agente central en la etiología de la depresión, la paranoia, la esquizofrenia, la violación, el suicidio, el asesinato en masa y una amplia variedad de enfermedades»[\[68\]](#).

Hay algo en nosotros que no gusta de excesiva soledad. Erle Stanley Gardner, el creador del abogado ficticio Perry Mason, también escribió unas cuantas novelas tradicionales de ciencia ficción y de vaqueros. En una de sus novelas de vaqueros, un viejo y gruñón buscador de oro dice:

Hay mucha gente a la que podrías poner en medio del desierto, alejarte y dejarla por una semana, después regresar y encontrarla completamente loca. Lo he visto ocurrir.

Un hombre se dobló el tobillo y ya no pudo viajar. El grupo con el que estaba tenía que continuar, pero lo dejaron con mucha comida. Todo lo que tenía que hacer era mantenerse quieto de tres a cuatro días. Llegó a la civilización medio loco. Su tobillo estaba completamente inflamado. Dijo que prefería perder toda la pierna que quedarse en ese desierto otros diez minutos. La gente no puede soportar eso, porque allá afuera están solos con su Hacedor[\[69\]](#).

¿Es algo tan espantoso el estar a solas con nuestro Hacedor? ¿Podría ser esa una de las razones por las que mucha gente no puede soportar el silencio total, porque no pueden acallar la voz silenciosa de Dios, que los llama a una vida nueva?

Esa es una parte de ello, pero sin duda hay más. El aislamiento y la desconexión nos lastiman muy severamente porque fuimos creados con un deseo inherente de interacción social. Para decirlo de una forma sencilla, nos necesitamos unos a otros. La canción de *Funny Girl* afirma: «La gente que

necesita gente es la gente más afortunada del mundo». No obstante, yo me permito sugerirte que es la *única* gente en el mundo. Ninguno de nosotros puede vivir cuerdamente sin interacción con otras personas.

En dos parábolas relacionadas, Jesús habla de un hombre que encuentra una oveja perdida y de una mujer que encuentra una moneda perdida. Después de recuperar sus pérdidas, ambos invitan a sus amigos a alegrarse con ellos (Lucas 15:4-10). Aunque la conexión humana no es el punto principal de las parábolas, estas historias dejan ver un aspecto arraigado en la naturaleza humana. Tenemos una necesidad poderosa de compartir nuestras experiencias con otros, de alegrarnos en nuestros buenos tiempos y de buscar consuelo en los malos. Después de ver una película, de leer un libro, de ver un partido de fútbol o de asistir a un concierto, queremos tener a alguien con quien poder compartir lo que pensamos de eso. Después de hacerse un peinado nuevo, una esposa anhela los comentarios de admiración de su esposo. Después de tomar unas vacaciones, queremos que alguien vea nuestras fotos y escuche nuestras aventuras. Estamos hechos así. No podemos ser felices ni estar saludables sin las relaciones.

La tecnología moderna, al buscar unirnos, ha tenido éxito solo en separarnos. Si vamos a permanecer saludables espiritual y emocionalmente, no podemos sucumbir a la tentación de depender de la interacción electrónica como la base de nuestras conexiones sociales.

EJEMPLOS ANTIGUOS DE DESCONEXIÓN

Aunque el aislamiento está más generalizado en el mundo actual de la comunicación electrónica, no es nada nuevo. Vemos muchos ejemplos de desconexión y de soledad entre nuestros héroes bíblicos.

- Noé estaba solo espiritualmente. Le predicó a una generación perversa por ciento veinte años sin lograr un solo creyente. Todas las conexiones aparte de su familiares más cercanos fueron destruidas en una inundación que destruyó el mundo (Génesis 6–7).
- Agar, la sierva de Sara, fue enviada al desierto sin tener culpa. Estaba tan sola que temió por su vida (Génesis 16).

- Abraham esperó un hijo durante muchos años, solo para después hacer una caminata solitaria al monte Moriah, creyendo que tendría que sacrificárselo al Señor (Génesis 22).
- Los hermanos de José lo vendieron a la esclavitud egipcia, donde pasó diecisiete años de soledad como prisionero y esclavo (Génesis 37, 39).
- Durante cuarenta años, Moisés estuvo desterrado en el desierto de Madián, lejos del lujo de su suntuoso hogar anterior (Éxodo 2–3).
- David, tal vez más que cualquier otra persona en el Antiguo Testamento, experimentó la desconexión, especialmente cuando el rey Saúl, celoso de la creciente popularidad de David, lo acosó como a un animal con la intención de matarlo. David a veces expresaba su soledad en sus salmos:

Vuélvete a mí y ten misericordia de mí,
porque estoy solo y profundamente angustiado.

SALMO 25:16

Busco a alguien que venga a ayudarme,
¡pero a nadie se le ocurre hacerlo!
Nadie me ayudará;
a nadie le importa un bledo lo que me pasa.

SALMO 142:4

Esos son solo unos cuantos de los personajes bíblicos que experimentaron aislamiento y desconexión. Sin embargo, el hombre cuya vida he elegido explorar en este tema podría sorprenderte: el apóstol Pablo.

Tu primera reacción podría ser: *¿Cómo es posible que ese hombre sea un modelo para lidiar con el aislamiento?* La Biblia deja muy claro que ese hombre enérgico, que estaba a la vanguardia, con personalidad tipo A y orientado hacia las metas, era una persona profundamente social. Por ejemplo, escribió su carta a la iglesia romana antes de haber estado allí. Aun así, en esa carta saluda a no menos de veintiséis personas por nombre y a varios otros indirectamente. También menciona a ocho personas más que están con él mientras escribe su

carta. Mucha gente ahora se vería en apuros para saludar personalmente o hacer referencia como amistades a casi tres docenas de personas (aparte de los amigos de Facebook).

No obstante, casi al final de la vida de Pablo, este hombre que conocía a tanta gente por nombre estaba totalmente solo, confinado a la infame Cárcel Mamertina en las entrañas de Roma. Desde ese lugar deprimente, Pablo le escribió a Timoteo la carta final de su ministerio apostólico: la carta que conocemos como 2 Timoteo. En 2 Timoteo 4:9-21, encontramos que Pablo menciona a otras diecisiete personas (además de otras dos en el capítulo 1). Eran amigos y compañeros que recordaba en lo que sabía serían sus últimos días en la tierra.

¿Cómo maneja el aislamiento de la pena de muerte una persona cuya vida y ministerio han estado tan socialmente orientados? Pablo no solamente estaba solo físicamente, probablemente estaba también solo espiritual y emocionalmente, vulnerable a la realidad agobiadora del aislamiento. Si alguien fuera víctima de la soledad, tendría que ser una persona sociable como Pablo. Y si alguien tuviera una respuesta espiritual para ello, sería este hombre.

LA DESCONEXIÓN DEL AISLAMIENTO

¿Qué efecto puede tener la soledad obligada en una persona sociable y altamente relacionada como Pablo? El corresponsal de noticias Terry Anderson lo sabe de primera mano. Él era un estadounidense que vivía en Beirut, Líbano, en 1985. El 16 de marzo fue secuestrado por tres hombres quienes lo retuvieron como rehén; estuvo secuestrado junto con otros estadounidenses por casi seis años. Durante la mayor parte de ese tiempo estuvo aislado. Un artículo en la revista *New Yorker* describe los efectos del aislamiento de Anderson:

Él extrañaba tremendamente a la gente, especialmente a su prometida y a su familia. Estaba desanimado y deprimido. Entonces, con el tiempo, comenzó a sentir algo más. Sintió que se desintegraba. Era como si su cerebro se estuviera desgastando. Anotó en sus memorias que después de estar encerrado un mes, «la mente está en blanco. [...] siempre pensé que

era inteligente. ¿Dónde están todas las cosas que aprendí, los libros que leí, los poemas que memoricé? No hay nada allí, solo una miseria sin forma, gris y negra. Mi mente se murió. Dios, ayúdame». [...]

Un día, a los tres años de su tormento, [Anderson] perdió los estribos. Caminó hacia una pared y comenzó a golpearse la cabeza en ella, docenas de veces. Se rompió la cabeza y sangró antes de que los guardias pudieran detenerlo[70].

Al reflexionar posteriormente acerca de los horrores de su aislamiento, Anderson dijo: «Habría preferido tener al peor de los compañeros que ningún compañero en absoluto».

El tiempo de Pablo en la prisión podría haber producido efectos similares a los que experimentó Terry Anderson. No sabemos los detalles, pero tenemos una imagen bastante buena de cómo respondió Pablo al aislamiento. Al enfrentar el juicio ante Nerón, sabía que sus días se le acababan. Le escribe a Timoteo: «En cuanto a mí, mi vida ya fue derramada como una ofrenda a Dios. Se acerca el tiempo de mi muerte» (2 Timoteo 4:6).

En este versículo podemos ver el cuadro de la muerte de Pablo. La palabra griega para «partida» es *analysis*, de la que obtenemos la palabra *análisis* en español. Literalmente significa «aflojar», «desatar» o «separar». Cuando analizamos algo, lo «desatamos» y lo separamos en sus diversas partes. En la época de Pablo, la palabra se refería frecuentemente a soltar un barco de su atracadero, o a desmontar (desmantelar) un campamento del ejército antes de movilizarse.

Así ve Pablo su partida, como aflojarse (desatarse y separarse) de este mundo y comenzar su trayectoria para unirse al Señor Jesucristo. Él usa la misma palabra en Filipenses 1:23: «Estoy dividido entre dos deseos: quisiera *partir* y estar con Cristo, lo cual sería mucho mejor para mí» (énfasis agregado). Como amante de la gente, Pablo sentía profundamente sus fuertes vínculos con sus amigos, pero también sentía que el nudo se aflojaba. Por supuesto, él no era el que aflojaba el nudo; era obra de Roma. Sin embargo, pronto navegaría por el horizonte a su destino eterno.

No importa lo maduro que fuera Pablo en su comprensión espiritual, todavía estaba desconectado y solo, enfrentando su partida final y soportando entornos lamentables. John Phillips imagina su miseria:

Pablo [...] estaba en la Cárcel Mamertina. [...] Lo despojaron de sus prendas externas y lo dejaron desnudo, excepto por su túnica. [...] Luego lo llevaron a Pablo a una trampilla en el piso. Se levantó la puerta, le pasaron cuerdas debajo de sus axilas y lo bajaron hacia el terrible calabozo Tullianum. Los pies de Pablo tocaron el suelo, subieron los lazos y cerraron la trampilla de un golpe. Él estaba ahora en la oscuridad.

En la época de Pablo, el nombre de ese calabozo se decía en voz baja. Era un foso negro, un agujero en la tierra. Era húmedo y frío. La cama era una aglomeración de paja vieja y húmeda, y el piso estaba lleno de inmundicia. Por lo menos había una corriente de agua, pero el aire era fétido. A los prisioneros les bajaban la comida de vez en cuando, comida en mal estado para mantener unidos el cuerpo y el alma, y quizás un cuero de vino ralo y agrio. Se sabía que a los prisioneros se los comían las ratas en ese agujero aterrador^[71].

Afortunadamente, la mayoría de nosotros nunca experimentará esa clase de aislamiento forzado, pero no tenemos que estar en un lugar frío y húmedo para sentirnos solos. Hay cubículos de oficina solitarios, bancas de iglesia llenas de personas sin amigos y condominios de gran altura llenos de gente que vive a corta distancia sin saber el nombre de los demás.

El divorcio es un semillero de soledad. Las víctimas no solo pierden a un compañero; también pierden amigos. Algunos amigos eligen un lado; otros se alejan de las dos partes. Una mujer me dijo que nunca se había sentido tan sola como en los días después del final de su matrimonio.

Las familias de militares conocen el aislamiento; ocurre en ambos lados del matrimonio de un militar. Cuando uno de los cónyuges está en alguna asignación, el otro puede sentirse repentinamente aislado, especialmente si se quedó en una comunidad nueva o en una base militar donde las relaciones

sociales no se han establecido. El cónyuge que fue asignado también puede experimentar olas de aislamiento, especialmente si está estacionado al otro lado del mundo.

La iglesia que pastoreo está en San Diego, California: hogar de una enorme base de la Marina de Estados Unidos. Nuestros miembros ven este dolor de desconexión con regularidad. Cuando los barcos salen del puerto por asignaciones que duran meses, cierta clase de depresión colectiva se apodera de nuestra congregación. Y cuando los barcos vuelven a casa, la Navidad llega aunque en el calendario diga que es julio. Me encantan los momentos en los que veo esas reuniones alegres.

Actualmente, un número creciente de gente vive sola. En 1950, menos de 10 por ciento de las casas estadounidenses eran hogar de una sola persona[72]. En el 2010, esa cifra escaló a casi 28 por ciento[73].

Creo que podemos explicar algo de nuestra creciente desconexión al compararla con un principio primario de la física. La segunda ley de la termodinámica se conoce como la ley de la entropía. Para decirlo de manera sencilla, la vida, la energía y la materia se mueven hacia el desorden y la desorganización. Las cosas se quiebran; los centros no sostienen. La entropía ocurre en todos los sistemas. Los sistemas sociales exhiben la misma tendencia, pero con una diferencia: se puede prevenir. Si nuestra sociedad ha de sobrevivir, debemos resistir la entropía relacional. Cuando nos unimos, nos enriquecemos mutuamente simplemente gracias a nuestros distintos dones y personalidades. Juntos somos mayores que la suma de nuestras partes.

La gente que tiene relaciones tiene una mejor posibilidad de resistir la entropía, y de mantener ordenada y organizada la cultura, que los que están aislados. Los matrimonios rotos envían ondas expansivas por la sociedad y dañan a todos al sumarse a la tendencia hacia la desintegración. Las iglesias cismáticas dañan el Reino de Dios, así como sus comunidades, al romper los lazos relacionales y destruir la unidad. Los lugares de trabajo con un constante movimiento de personal son malos para nuestra sociedad porque destruyen la estabilidad y fomentan el caos. Las relaciones duraderas son la fuerza unificadora que crea una estabilidad social responsable y saludable.

LA DESCONEXIÓN DE LA INFIDELIDAD

Los últimos versículos de 2 Timoteo 4 son una letanía de deserción y de alejamiento. De los diecisiete amigos que Pablo nombra, seis son compañeros de trabajo que están en otros lugares por razones legítimas: Crescente está en Galacia, Tito está en Dalmacia, Tíquico está en Éfeso, Carpo está en Troas, Erasto está en Corinto y Trófimo está en Mileto.

Sin embargo, Pablo menciona a alguien que fue un desertor: «Demas me abandonó porque ama las cosas de esta vida y se fue a Tesalónica» (2 Timoteo 4:10). Otros dos, Figelo y Hermógenes, habían desertado antes a Pablo (2 Timoteo 1:15).

A Demas se le menciona otras dos veces en el Nuevo Testamento, ambas en el contexto del ministerio, y ambas en cartas escritas durante el primer encarcelamiento romano de Pablo (Colosenses 4:14; Filemón 1:24). En esa época, Demas le fue fiel a Pablo. No obstante, aquí, hacia el final de la vida de Pablo, Demas se ha retirado. Aparentemente, estaba en Roma durante el segundo encarcelamiento de Pablo allí, pero por alguna razón lo abandonó y se fue a Tesalónica.

La partida de Demas obviamente no había sido una salida positiva; amaba «las cosas de esta vida» más de lo que amaba a Pablo. Parece que demostró infidelidad: fue desleal e infiel tanto con Pablo como con sus compañeros cristianos. Algunos eruditos especulan que los romanos habían aumentado la presión sobre la comunidad cristiana, que resultó en el encarcelamiento de Pablo, y Demas no quiso terminar en cautiverio como su amigo. Kent Hughes sugiere:

Quizás Demas nunca midió verdaderamente las consecuencias. Podría ser que no entendió que cuando llegamos a Cristo, enfrentaremos problemas porque siempre chocaremos con el mundo. [...] No hay ni un alma que no haya sido persuadida por lo atractivo de las comodidades. Y mientras más envejecemos, más seductor resulta el atractivo. Esa es la tentación ciega de amar el mundo presente en lugar de la venida de Cristo[74].

Por alguna razón, Demas le dio la espalda a Pablo y se fue de Roma, pero él no fue el único que demostró esa clase de infidelidad. Cuando Pablo estuvo ante el César por primera vez, estaba solo (2 Timoteo 4:16). Nadie más que el fiel Lucas se quedó para acompañarlo y soportar los largos días de espera, mientras el burocrático proceso romano seguía su lento curso (2 Timoteo 4:11, 16).

Imagina qué sensación tan devastadora tuvo que haber tenido Pablo, de que lo dejaran casi solo en Roma en esa época de tanta necesidad. No podemos dudar de que tuvo que haber recordado que el mismo Cristo había soportado un abandono similar. La noche en que Jesús fue arrestado, todos los discípulos «lo abandonaron y huyeron» (Marcos 14:50). Los amigos de Pablo lo dejaron en las manos de los romanos, así como los discípulos de Jesús lo dejaron en las manos de la turba judía.

Se dice que nada duele tanto como la traición, de cualquier forma. Muy frecuentemente usamos el término *infidelidad* en el contexto del matrimonio, pero sin importar cuál sea la situación, el abandono, la deslealtad y la traición nos dejan con una sensación enfermiza en la boca del estómago. Aunque no haya traición, la deserción duele, especialmente cuando enfrentamos peligro o trauma, o cuando otros nos dejan para que llevemos una carga solos.

LA DESCONEXIÓN DE LA INTERFERENCIA

La deserción de Demas lastimó a Pablo, pero la interferencia de Alejandro lo lastimó aún más. Pablo escribe: «Alejandro —el que trabaja el cobre— me hizo mucho daño, pero el Señor lo juzgará por lo que ha hecho. Cuídate de él, porque se opuso firmemente a todo lo que dijimos» (2 Timoteo 4:14-15).

En la carta final de Pablo desde la prisión, también señaló a Alejandro como a alguien que ocasionaba desunión. Sabemos poco de Alejandro, ni siquiera si es el mismo Alejandro que se menciona en 1 Timoteo 1:20 y en Hechos 19:33. La frase *me hizo mucho daño* literalmente significa «dijo muchas cosas malas en mi contra». Algunos especulan que Alejandro era una especie de Judas que traicionó a Pablo con las autoridades romanas, lo cual resultó en el encarcelamiento de Pablo. Eso tiene sentido a la luz de la advertencia de Pablo a Timoteo: «Cuídate de él».

Independientemente de los detalles, Alejandro fue un hombre que se resistió al ministerio de Pablo, un hombre que interfirió. Esa gente no es extraña para los líderes. Siempre hay alguien que, por sus propias razones, se nos resistirá e intentará desestabilizar lo que tratamos de lograr.

Mientras mayor sea nuestro compromiso con Cristo, más desconectados estaremos de los valores de la muchedumbre. La desconexión de los valores dominantes de la cultura frecuentemente genera resentimiento, y el resentimiento genera oposición. Los que no tienen nuestro compromiso frecuentemente nos abandonarán o nos decepcionarán, mientras se refugian en los valores menos exigentes de la sociedad y encuentran consuelo en el grupo. A veces será gente en la que hemos derramado nuestra vida y quedaremos devastados. Eso fue lo que le pasó a Pablo. Sin embargo, es también parte del llamado al discipulado. No podemos preocuparnos por lo que otros hagan; solo podemos permanecer enfocados en no llegar a ser desertores ni estorbos nosotros mismos.

El gran predicador y líder misionero A. B. Simpson ofrece esta reflexión acerca de los riesgos del liderazgo: «Frecuentemente la gente no reconoce a un líder hasta que se ha ido y luego le construyen un monumento con las mismas piedras que le lanzaron en vida»[\[75\]](#).

LO QUE NECESITAMOS EN TIEMPOS DE DESCONEXIÓN

¿Qué puede ayudarnos cuando nos sobrecoge el miedo a estar desconectados y solos? ¿Cómo podemos ayudar a otros que experimentan el aislamiento? He descubierto por lo menos cuatro necesidades que experimentamos cuando el miedo a la desconexión comienza a aparecer, y con base en la experiencia de Pablo en la prisión, tenemos pistas y sugerencias en cuanto a cómo se pueden suplir estas necesidades.

Necesitamos compañerismo

Recuerda la ubicación de Pablo: sentado, probablemente solo, en la húmeda Cárcel Mamertina en Roma, la última parada del viaje a la muerte para los prisioneros más temidos del imperio.

¿Dónde estaba la iglesia de Roma cuando Pablo la necesitaba? Sus miembros todavía estaban en la ciudad, pero probablemente estaban escondidos para evitar sufrir el destino de Pablo. No conocemos las políticas de visita en la Mamertina, pero sospecho que eran limitadas. Por lo que las palabras finales de Pablo a Timoteo no son de sorprender: «Timoteo, por favor, ven lo más pronto posible. [...] Trae a Marcos contigo cuando vengas [...] Haz todo lo posible por llegar aquí antes del invierno» (2 Timoteo 4:9, 11, 21).

Si el apóstol Pablo, quizás el cristiano más firme y maduro de la historia, anhelaba y suplicaba compañía en sus días finales, ¿cuánto más deberíamos nosotros reconocer nuestra necesidad de compañeros? Yo me refiero a amigos en la carne, no solo amigos en pixeles y en breves sonidos digitales. Me refiero a amigos que puedan secar nuestras lágrimas, abrazarnos y apretar nuestras manos mientras oran fervientemente con nosotros.

John Stott nos recuerda que la amistad es un regalo de Dios:

A veces uno conoce gente superespiritual que afirma que nunca se siente sola y que no tiene necesidad de amigos humanos, porque el compañerismo de Cristo satisface todas sus necesidades. No obstante, la amistad humana es la provisión amorosa de Dios para la humanidad. El mismo Dios fue el que dijo al principio: «No es bueno que el hombre esté solo» (Génesis 2:18). Tan maravillosas como son tanto la presencia del Señor Jesús cada día como el prospecto de su venida en los últimos tiempos, no se supone que sean un sustituto para la amistad humana[76].

Quizás el anhelo más conmovedor que Pablo expresa es ver a Juan Marcos, porque eso nos deja ver una desconexión que ha sanado. Años antes, Juan Marcos había abandonado a Pablo y a Bernabé en su segundo viaje misionero (Hechos 15:36-41), y Pablo entonces se lo había tomado en cuenta. Sin embargo, con el tiempo ellos se habían reconciliado al punto de que, en el tiempo de necesidad de Pablo, es Juan Marcos quien Pablo quiere ver, diciendo: «Me será de ayuda en mi ministerio» (2 Timoteo 4:11).

Una de las grandes omisiones en la vida del cristiano estadounidense medio es el fracaso en cultivar amistades cercanas en la fe. En países donde el cristianismo es declarado ilegal, restringido o está perseguido, los cristianos

sobreviven por medio de relaciones encubiertas y secretas con otros creyentes. Deben permanecer conectados unos con otros para permanecer firmes y valientes en Cristo, a pesar de la oposición: «Alguien que está solo puede ser atacado y vencido, pero si son dos, se ponen de espalda con espalda y vencen; mejor todavía si son tres, porque una cuerda triple no se corta fácilmente» (Eclesiastés 4:12).

Asistir a la adoración del domingo en la mañana simplemente no es suficiente para crear esas conexiones. Muchas iglesias han implementado programas de grupos pequeños para fomentar la clase de relaciones que se necesitan para «motivarnos unos a otros a realizar actos de amor y buenas acciones» (Hebreos 10:24). Cada cristiano necesita tener amistades cercanas en la fe, ya sea a través de grupos pequeños u otros medios. Encontrarnos solos en medio de una crisis no es el momento para darnos cuenta de que no tenemos a nadie a quien buscar.

Los grupos pequeños no son solo una moda sociológica o una táctica ingeniosa para aumentar la asistencia a la iglesia. Los grupos pequeños son un formato ministerial con una sólida base bíblica. El primer grupo pequeño y el más destacado de la historia humana es la familia, lo cual nos dice que Dios quiere que la gente esté íntimamente conectada unos con otros. Esas conexiones son la primera línea de defensa contra el miedo a la desconexión.

Necesitamos compasión

Entre las necesidades físicas de Pablo estaba una colcha buena y abrigadora para resistir el frío de las celdas subterráneas. Desafortunadamente, las medias y los guantes, tal como los conocemos actualmente, todavía no se habían inventado. No obstante, por lo menos, le habría caído bien una buena lámpara y aceite para mantenerla encendida, así como materiales para escribir, comida, agua y las Escrituras. Más que nada, por supuesto, él deseaba simplemente compañía humana.

Mi punto es este: una razón por la que tememos a la desconexión es que cuando nuestras necesidades más profundas surgen a la superficie, nos preocupa no tener a nadie que supla esas necesidades. No hay duda de que los pocos compañeros que le quedaban a Pablo llegaron a ser aún más valiosos para él durante su encarcelamiento; él sabía que podía contar con ellos para que

suplieran esas necesidades. Cuando necesitamos algo desesperadamente, no deberíamos dudar en pedirselo a nuestros amigos leales. Eso es lo que Pablo hizo cuando le escribió a Timoteo: «Cuando vengas, no te olvides de traer el abrigo que dejé con Carpo en Troas» (2 Timoteo 4:13).

En esos días, un abrigo era una prenda externa, la antigua versión del abrigo moderno. En realidad, era más parecido al poncho latinoamericano, una colcha gruesa con un agujero para introducir la cabeza. No tenía botones y era «talla única». Era probablemente el único abrigo que Pablo tenía y el invierno se acercaba. Podemos imaginar su sentido de urgencia. No existía el envío inmediato y el proceso de recoger el abrigo tardaría semanas. La carta de Pablo a Timoteo tendría que viajar por mar de Roma a Éfeso. Al recibirla, Timoteo tendría que viajar por la costa del Asia Menor por mar o a pie a Troas, para recoger el abrigo, y luego probablemente tendría que haber viajado por mar de Troas a Roma.

Quince siglos después de la experiencia de Pablo en Roma, William Tyndale, el gran traductor de la Biblia en inglés, hizo una petición similar a la de Pablo cuando fue encarcelado por su traducción de la Biblia en Bélgica. En 1535, Tyndale le escribió una carta al gobernador del castillo donde estaba encarcelado:

Le ruego, su Excelencia [...] que si debo quedarme aquí durante el invierno, le suplique al comisario que sea tan amable de enviarme, de las cosas mías que él tiene, una gorra más cálida. [...] Siento el frío dolorosamente en mi cabeza. [...] También una capa más gruesa, porque la que tengo es muy delgada. [...] Él tiene una camisa mía de lana, si me la pudiera enviar^[77].

Podemos ver la importancia de tener conexiones fuertes con cristianos dedicados que se esforzarían mucho para suplir nuestras necesidades más urgentes. También es importante que tengamos nuestras antenas afuera para percibir las necesidades de nuestros compañeros y amigos cristianos. La empatía aviva el fuego del amor y de la compasión.

En su libro *Life Together (Vida en comunidad)*, Dietrich Bonhoeffer escribe que uno de los servicios más importantes que los cristianos pueden ofrecerse unos a otros es la ayuda activa:

Inicialmente, esto significa ayuda simple en asuntos externos triviales. [...] Debemos estar listos para permitir que Dios nos interrumpa. Dios cancelará nuestros planes constantemente al enviarnos gente con solicitudes y peticiones[78].

La gente desconectada y aislada frecuentemente tiene una necesidad apremiante de compasión. Es posible que pensemos que su separación es culpa suya y que «recibe lo que merece». No obstante, afortunadamente, Dios no es misericordioso solamente con los que lo merecen, y será mejor que seamos diligentes para transmitir a otros la gracia que recibimos de Dios. Tampoco deberíamos dar compasión de mala gana e ignorar a la gente que sufre, porque nos preocupan las tareas «más importantes», como el sacerdote que ignoró al hombre que había caído en manos de los ladrones (Lucas 10). Por lo que sabemos, el sacerdote podría haber estado orando, leyendo las Escrituras o dirigiéndose a una importante conferencia eclesiástica, pero esas no eran excusas. La compasión debe fluir de nosotros así como fluyó de Cristo, que le ponía atención a las multitudes de extraños, veía ovejas sin pastor y amaba cada rostro que veía.

Necesitamos valor

Si lo has experimentado, sabes que el aislamiento y la soledad pueden ser lugares aterradores. El antídoto para el temor es el valor. Sin embargo, ¿sabes qué es lo que desarrolla valor en el cristiano? No es la fuerza de voluntad, ni un espectáculo de porristas, ni el poder del pensamiento positivo. Lo verdaderamente opuesto al temor es la fe. Nosotros podemos mirar al futuro con temor de lo que podría pasar, o con fe en nuestro soberano Padre Dios, quien sostiene todas las cosas en sus manos. No tenemos otra opción. Y la mejor manera de desarrollar la fe es a través de la Palabra de Dios.

Pablo, al enfrentar la muerte inminente en la prisión más temida de Roma, quería algo mucho mejor que la comodidad de un abrigo. Le escribe a Timoteo: «Tráeme también mis libros y especialmente mis pergaminos» (2 Timoteo 4:13). No se nos da una pista en cuanto a qué libros y pergaminos quería Pablo. Sí sabemos esto: los «libros» (del griego *biblos*, de donde viene la palabra «Biblia») eran rollos, probablemente hechos de tallos de papiro. Los «pergaminos» habrían sido rollos hechos de cuero delgado y tratado especialmente.

Aunque no conocemos el contenido de estos rollos en particular, dudo seriamente que estuviera pidiendo lectura recreacional, es decir, filósofos o drama griegos. Es probable que Pablo, un erudito altamente instruido, poseyera pergaminos que contenían algo de, o todos, los escritos del Antiguo Testamento. Los libros podrían haber sido de los primeros escritos cristianos, como *Los dichos de Jesús*, que habían comenzado a circular en su época. O podrían haber sido rollos en blanco para ser usados en sus propios escritos. Creo que Pablo quería pasar el resto de sus días en la tierra desarrollando su fe, y de esta manera, su valor.

Admito que aquí estoy interpretando la experiencia de Pablo desde mi punto de vista. Cuando siento que mi propia fe decae, nada la reanima tanto como la Palabra de Dios. Mi corazón siempre se anima cuando medito en las promesas de Dios. Las promesas dejan ver que Dios es fiel, aunque otros nos abandonen o se opongan a nosotros:

Aunque mi padre y mi madre me abandonen,
el SEÑOR me mantendrá cerca.

SALMO 27:10

Dios ha dicho:

«Nunca te fallaré.

Jamás te abandonaré».

Así que podemos decir con toda confianza:

«El SEÑOR es quien me ayuda,

por eso no tendré miedo.

¿Qué me puede hacer un simple mortal?».

HEBREOS 13:5-6

Cuando te encuentres con necesidad de valor, ¡recuerda que es tu fe, no tu carácter, la que necesita fortaleza! Tu fe será fortalecida cuando leas la Biblia, el único libro con credibilidad demostrada para darte el valor de sanar tus desconexiones y enfrentar tu futuro con esperanza y confianza.

Necesitamos a Cristo

Finalmente, aprendemos de Pablo una verdad poderosa en cuanto a ser cristianos: que nunca estamos solos. Dios ha prometido que nunca nos fallará ni nos abandonará (Hebreos 13:5), y la fe es el acto de aferrarnos a esa verdad, aunque no sintamos su presencia. No es lo que sentimos lo que cuenta; es lo que sabemos. Los sentimientos engañan, pero nuestro conocimiento de la verdad nos guía a saber que aunque todos los demás nos fallen y nos dejen abandonados y desconectados, Dios nunca lo hará. Como sus hijos, siempre estamos conectados a él, aunque no lo sintamos. Pablo lo sabía, y esa fue la fuente de su confianza:

La primera vez que fui llevado ante el juez, *nadie me acompañó*. Todos me abandonaron; que no se lo tomen en cuenta. Pero *el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas*, [...] el Señor me librará de todo ataque maligno y me llevará a salvo a su reino celestial. ¡A Dios sea toda la gloria por siempre y para siempre! Amén.

2 TIMOTEO 4:16-18, ÉNFASIS AGREGADO

Como ciudadano romano, Pablo tenía derechos de primera, pero no era inmune a una acción judicial. Tenía el derecho de apelar su arresto ante el César, lo cual había hecho varios años antes. Esa apelación había llevado a su primer arresto domiciliario en Roma. Después de eso, fue liberado. Un año o dos después, fue arrestado nuevamente y eso lo llevó al tiempo de su carta a Timoteo. No era probable que este evangelista de Cristo encontrara favor ante el emperador Nerón, un gobernante notoriamente anticristiano.

Aparentemente, Pablo fue conducido ante alguna autoridad para que lo acusaran (tal vez ante el mismo Nerón). Este fue el incidente al que él se refiere como «la primera vez que fui llevado ante el juez». Ninguna persona estuvo con él, dijo, excepto Dios, quien le dio fortaleza.

Pablo sabía que Dios no lo abandonaría, y eso le dio el valor que necesitaba. Todos los que conocemos podrán alejarse, pero Cristo estará allí con nosotros. Es una promesa sagrada. Jesús les dice a sus discípulos: «Estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos» (Mateo 28:20). Así que cuando Pablo habla de estar solo, únicamente significa que está sin apoyo humano. Cristo está con nosotros; podemos confiar en eso. En un sentido muy real, «solo» no existe. No hay un lugar en el que alguna vez estemos que esté fuera de la presencia de nuestro Señor.

La conexión tenaz de Dios con nosotros no significa que no tengamos necesidad de conexiones humanas. El recién creado Adán tenía una relación íntima con Dios; aun así, Dios dice: «No es bueno que el hombre esté solo» (Génesis 2:18). Y creó a Eva. Dios sabe que necesitamos de las personas. La desconexión de otros no es buena, pero cuando ocurre, Dios la usa para ayudarnos a hacer la transición, dejando de disfrutar de la presencia *física* de otros para experimentar la presencia *espiritual* de Dios. Esto revela una diferencia esencial entre nuestros padres terrenales y nuestro Padre celestial: las madres y los padres saben que algún día deben soltarnos; no pueden estar con nosotros para siempre. Con Dios no es así. Una vez que lo llegamos a conocer, permanecemos inseparables.

El proceso ideal de maduración involucra hacer esa transferencia de conexiones. Comienza cuando nos desconectamos de la seguridad de la matriz. Después de unos años, aprendemos a dejar la seguridad de nuestros padres por algunas horas a la vez, en la guardería infantil o con una niñera. Luego, medio día en el jardín infantil; después, por todo un día desde la escuela primaria hasta la secundaria. Al llegar a la adolescencia, comenzamos a desconectarnos socialmente, a medida que descubrimos nuestra propia y peculiar identidad como individuos. Trasladarnos a la universidad es una gran desconexión, seguida de una de las más significativas de todas: el matrimonio. Permíteme dejar claro que estas desconexiones, cuando se manejan bien, son buenas. Son pasos de un proceso positivo hacia la madurez.

Cuando el proceso prosigue según el diseño de Dios —si nuestros padres nos han presentado ante el Padre celestial a través de Cristo—, nuestra conexión con Dios nos sostiene a través de nuestra creciente independencia del núcleo familiar. No dejamos nuestras conexiones familiares, por supuesto, pero a fin de cuentas, tenemos que dejar a nuestros padres y madres para establecer una relación adulta con Aquel que es nuestra fuente principal de seguridad.

No puedo terminar este capítulo sin mencionar la desconexión final, para la que cada ser humano debe prepararse: «Cada persona está destinada a morir una sola vez y después vendrá el juicio» (Hebreos 9:27). La muerte, ya sea la nuestra o la de un ser amado, es la desconexión final, pero, como lo discutiré en el capítulo 9 de este libro, no tenemos que temer ese acontecimiento. Para el cristiano, desconectarse de los seres amados en esta tierra es solamente temporal; nos reconectaremos con ellos en la eternidad. Podemos asimilar con facilidad nuestra propia muerte cuando la vemos como la vio Pablo: «Preferiríamos estar fuera de este cuerpo terrenal porque entonces estaríamos en el hogar celestial con el Señor» (2 Corintios 5:8). Estaremos conectados eternamente con Aquel que ha estado con nosotros todo el tiempo.

Sin embargo, ¿qué pasa con los que mueren separados de Cristo, los que han rechazado la gracia de Dios? Tristemente, la Biblia dice que permanecerán desconectados de Dios por toda la eternidad. Así como Adán y Eva, por su pecado, quedaron desconectados de Dios en el jardín de Edén, todos sus descendientes permanecerán desconectados si no aceptan el sacrificio de Cristo por su pecado. Esa desconexión es la única que da una verdadera razón para el temor: «¡Es algo aterrador caer en manos del Dios vivo!» (Hebreos 10:31).

El aislamiento es, de hecho, una característica infernal. Ser lanzado a «la oscuridad de afuera» (Mateo 22:13) es estar afuera para siempre, permanentemente aislado de Dios, y posiblemente de todos los demás. En *The Great Divorce* (*El gran divorcio*) de C. S. Lewis, las almas en el infierno siguen por toda la eternidad alejándose cada vez más de cada uno, y finalmente pierden todo contacto con cualquier otro ser.

Cuando Jesús clamó desde la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mateo 27:46), expresó la separación angustiada de Dios que le espera a los que mueren en sus pecados. Jesús llevó en sí mismo los pecados de todo el mundo y se sometió al juicio de Dios por el pecado. Aunque murió

voluntariamente, ese grito reflejó la agonía de su separación. Su respuesta angustiosa perdura como una advertencia sombría para todos los que equivocadamente creen que estar separados de Dios no es algo que haya que temer.

La separación de Jesús de su Padre fue solo temporal, por supuesto. Después de que experimentó la muerte por nosotros —la muerte que es la consecuencia natural por nuestro pecado— Dios lo resucitó. Como resultado, él pudo anunciar al mundo que la muerte había sido derrotada, que todos los que coloquen su fe en Cristo ya no tienen que temer el volver a estar separados de Dios.

Dios no quiere que estemos solos. Él ha hecho todo lo posible para que podamos tener vidas conectadas en relaciones humanas armoniosas. Sin embargo, esas relaciones son simplemente un presagio de nuestra relación eterna con el mismo Dios. Él ha dado una provisión doble para los que le temen a la soledad, ya sea en esta vida o en la eternidad. Primero, si te encuentras aislado o desconectado de los demás, puedes saber que nunca estás solo, simplemente porque Cristo ha prometido estar siempre contigo. Segundo, tienes la seguridad de saber que cuando mueras, te unirás inmediatamente con Cristo en el cielo.

La pregunta, entonces, es esta: ¿Tienes la confianza de que Cristo está siempre contigo y que siempre estarás con Cristo? Colocar tu fe en él es la única manera de estar seguro.

CAPÍTULO 6

DESAPROBACIÓN: *Miedo al rechazo*

*En Dios confío, ¿por qué habría de tener miedo? ¿Qué pueden
hacerme unos simples mortales?*

SALMO 56:11

En su época, ella era una superestrella del cine; no las había más glamorosas que Marlene Dietrich. Comenzó su carrera actuando en los escenarios de Berlín y en el cine mudo de la década de 1920. Su éxito (y el surgimiento del Partido Nazi en Alemania) finalmente la llevó a Hollywood, donde se convirtió en ciudadana estadounidense en 1937. En la cima de su carrera, ella cobraba \$200.000 por película (casi \$2 millones en dólares del 2013; poco para los estándares actuales de Hollywood, pero esa era una enorme cantidad en sus días). En 1999, unos sesenta años después de la cumbre de su fama, el American Film Institute la nombró la novena actriz más grande de todos los tiempos. Sin embargo, su verdadera historia es tan desgarradora como la de cualquier película en la que ella hubiera actuado.

A pesar de su éxito y aclamación, Dietrich era un alma en conflicto. Vivía para la aprobación y el aplauso de su público que la adoraba. Cuando tenía invitados en su casa, frecuentemente ponía las ovaciones grabadas de las audiencias que asistían a sus actuaciones en vivo. No había música, no habían palabras, solo los sonidos de las ovaciones y los aplausos. Los invitados, muchos de ellos igual de famosos, se veían obligados a sentarse y a escuchar mientras ella identificaba las ciudades donde se había grabado el aplauso.

Durante su único matrimonio, mantuvo una serie de relaciones amorosas con figuras destacadas de Hollywood y de Washington. Al ir de hombre en hombre, ella nunca encontró la realización y la aprobación que buscaba constantemente.

Ella incluso compartía con su esposo (que tenía sus propias aventuras amorosas) las cartas de amor de sus amantes, para mostrarle cuánto la adoraban ellos.

La vida de Dietrich en el escenario acabó en Sidney, Australia, en 1975, cuando se cayó del estrado y se quebró el fémur. Después, adicta al alcohol y a los analgésicos, vivió sus últimos once años en la soledad y el encierro, postrada en una cama en un departamento de París, rehusando ver a cualquiera, excepto a unas cuantas personas selectas.

La búsqueda de aprobación de Marlene Dietrich resaltó por su notoriedad pública, pero no había algo único en ello. Los humanos somos seres relacionales y cada uno de nosotros tiene un anhelo de aprobación incorporado. Se origina profundamente en la psique humana, donde tenemos incrustado el conocimiento de que no somos lo que deberíamos ser. Percibimos la verdad de Romanos 3:23, que «todos hemos pecado; nadie puede alcanzar la meta gloriosa establecida por Dios». Cuando creemos haber perdido el sello de aprobación de Dios, buscamos reafirmación en otra parte, lo que nos lleva a cometer graves equivocaciones (como las de Marlene Dietrich).

Este anhelo de aprobación es tan fuerte que nos pasamos la vida persiguiéndolo y a menudo sacrificamos nuestros valores y prioridades tratando de alcanzarlo. De adolescentes, lidiamos con la presión del grupo. De adultos jóvenes, muchos de nosotros tratamos de agradar a la gente. Incluso hemos inventado una forma especializada de búsqueda de aprobación que se llama codependencia. No obstante, a grandes rasgos, todo es lo mismo. En cada grupo según la edad, hay gente que vive en una esclavitud autoimpuesta de otros y de sus opiniones.

No podemos descartar esto como un problema de personas tímidas o de inadaptados. Casi todos estamos controlados por otra gente, en una u otra forma. La gente competitiva, la gente enojada, incluso los atletas superestrellas viven de la adulación popular. De eso hay en todas formas y colores[\[79\]](#).

La Biblia tiene un nombre para esta necesidad de aprobación: el temor del hombre. En la Biblia, la palabra *temor* significa más que miedo; es cualquier clase de admiración y de reverencia que nos hace sujetarnos a algo o alguien más. El consejero bíblico Ed Welch explica:

El «temor» en el sentido bíblico [...] incluye tenerle miedo a alguien, pero se extiende también a tenerle reverencia, a estar controlado o dominado por la gente, a adorar a otra gente, a poner tu confianza en la gente o a necesitar a la gente.

Sin importar cómo lo pongas, [...] el temor del hombre puede resumirse de esta manera: reemplazamos a Dios con la gente. En lugar de un temor guiado bíblicamente por el Señor, tememos a otros[80].

Se nos ofrece el temor de Dios, un temor saludable, como clave para la vida; nosotros lo sustituimos por el temor del hombre y todo se desmorona.

Una vez que comenzamos a perseguir la aprobación, nunca dejamos de correr. Es servidumbre a mil amos, como lo señala Andrée Seu: «Tienes mil amos a quienes agradar en lugar de uno. ¿Crees que el temor de Dios es malo? No es nada en comparación con la alternativa. El temor del hombre es una tiranía cruel. Es agotador, es complicado y no eres lo suficientemente hábil para vencerlo»[81].

El rey Salomón lo resume bien en este proverbio: «Temer a la gente es una trampa peligrosa, pero confiar en el SEÑOR significa seguridad» (Proverbios 29:25).

En eso yace el peligro y el engaño del temor a la desaprobación, o del temor al hombre: se convierte en una trampa. La trampa es un artefacto que se coloca para capturar un animal. En este caso, es una metáfora para atrapar seres humanos en un compromiso moral o espiritual. Una trampa para animales se camufla y se le coloca un cebo con pedacitos de comida para atraer a la criatura. Una trampa moral funciona de la misma manera. No es explícitamente obvia al principio, pero tiene un cebo de algo que los humanos anhelamos, que es lo que hace que sea terriblemente efectiva.

Si el cebo es un deseo dominante de aprobación, entonces se nos atrae hacia la trampa al hacer cualquier cosa que se requiera para obtener aprobación, y eso frecuentemente significa sacrificar nuestros valores, estándares o prioridades, o ceder en nuestro terreno moral o espiritual.

Piensa en una adolescente que tiene tanto miedo a la desaprobación que cede en sus convicciones morales para obtener la aceptación de su «pandilla» de la escuela. Cuando los chicos populares obtienen lo que quieren de ella, ya sea

sumisión, dinero, lealtad o sexo, pueden darle la espalda y dejarla. Aunque no se marchen, ella puede permanecer en la trampa, encadenada por su miedo a la desaprobación.

Sí, temerle a otra gente es una gran trampa; aun así, nuestro gran disparate es que seguimos haciéndolo, así como lo hizo la gente en los tiempos bíblicos. Permíteme ofrecer uno o dos ejemplos:

- Debido a que el rey Saúl cambió su temor de Dios por el temor al hombre perdió su trono (1 Samuel 15:24).
- La nación de Israel temía a los hombres, aunque los hombres eran como pasto; Dios le preguntó a Isaías por qué (Isaías 51:12).
- En el primer siglo, algunos seguidores de Cristo ahogaron sus expresiones de fe porque le temían a los hombres de las sinagogas (Juan 12:42-43).

En este capítulo nos enfocaremos principalmente en otro personaje bíblico que nos muestra el peligro de temer la desaprobación del hombre: el apóstol Pedro. La historia de Pedro que niega tres veces a Jesús es una de las más conocidas de la Biblia, incluso en la literatura del mundo. Está a la altura de la división del mar Rojo, Jonás y el gran pez, y Daniel en el foso de los leones.

Frecuentemente pensamos en Pedro como impulsivo, desleal o alborotador, pero la raíz de su debilidad, según parece, era el temor. Ese es el caso para muchos de nosotros. Pedro temía tanto la desaprobación que dejó que su sombra se interpusiera entre él y Jesús, a quien amaba, y en el momento crucial, cuando él pudo haber permanecido firme por el maestro, negó siquiera conocerlo.

A modo de resumen, esto es lo que ocurrió: en la última cena de Jesús con sus discípulos, él predijo que Pedro lo negaría tres veces antes de que cantara el gallo. Poco después, un grupo de soldados y funcionarios judíos arrestó a Jesús en el huerto de Getsemaní y lo llevó ante el sumo sacerdote. Pedro y otros discípulos lo siguieron a cierta distancia. A Pedro y a otro discípulo los dejaron entrar al patio del sumo sacerdote para esperar el resultado. Mientras esperaban, tres personas distintas le preguntaron a Pedro si no era él uno de los discípulos de Jesús, y en cada oportunidad él lo negó. Después de la tercera negación de Pedro, un gallo comenzó a cantar, tal como lo había predicho Jesús (Mateo 26:31-35; Juan 18:12-27).

La deslealtad de Pedro ilustra precisamente cuán complejo puede ser el temor al hombre y cuán complicada puede llegar a ser la trampa. Probablemente Pedro negó conocer a Jesús porque acababa de presenciar el arresto de Jesús. No quería que le pasara lo mismo, por lo que mintió para salvar su propio pellejo. Su negación concierne el temor al hombre.

¿Habían comenzado a tener sentido para Pedro las predicciones de Jesús acerca de su muerte inminente? ¿Entendió finalmente que el resultado del arresto de Jesús sería probablemente su muerte?

Si Pedro estaba uniendo estas piezas en la crisis del momento, podía concluir que el destino inminente de Jesús fácilmente podría ser el suyo. Simplemente no había considerado bien lo que podría significar su compromiso con Jesús. Cometió el mismo error que cometemos muchos de nosotros: esperamos hasta que se presenta una crisis para decidir cuáles son nuestros valores. Es como tratar de asegurar el cinturón de tu asiento cuando tu automóvil está girando sin control por un camino montañoso y congelado. Los cinturones de seguridad y los compromisos con valores espirituales, deben estar asegurados mucho antes de que ataque la crisis. La noche en que Jesús fue arrestado, Pedro todavía no se había asegurado el cinturón. Estaba en la actitud de instinto de conservación y negó cualquier relación con ese hombre a quien podría ser fatalmente peligroso conocer.

Aquí es fácil ver cómo el temor al hombre se vincula al temor de la desaprobación. Los líderes religiosos que arrestaron a Jesús lo desaprobaron; eso es perfectamente obvio. Sin embargo, Jesús nunca le tuvo miedo a su desaprobación. De hecho, cuando llegaron a Getsemaní y dijeron que buscaban a Jesús de Nazaret, Jesús respondió: «YO SOY» (Juan 18:5). Esas no son las palabras de un hombre miedoso.

El miedo de Pedro estaba arraigado en la desaprobación por parte de los líderes judíos de Jesús y de sus seguidores. Temía que su desaprobación fácilmente pudiera resultar en su propio arresto. Por eso mintió y negó conocer a su líder. Su temor al hombre demostró ser una trampa traicionera. El canto del gallo hizo que Pedro entendiera lo que había hecho, y «salió llorando amargamente» (Mateo 26:75).

LA REALIDAD DEL MIEDO A LA DESAPROBACIÓN

Las tres negaciones de Pedro estaban dirigidas a tres personas o grupos distintos, y cada uno representaba una dinámica diferente para impulsar su temor.

Cuando interactuamos con la gente, la posición que percibimos tener ante ellos —ya sea que se base en edad, estatus social o alguna otra clase de estándar— influye nuestras relaciones y reacciones. Puedes sentirte de alguna manera superior, inferior o igual a los demás, dependiendo del grupo en el que estés. Esas clasificaciones pueden ser simplemente imaginarias, pero reaccionamos ante ellas como si fueran realidades.

Con algunas personas quizás no sientas miedo o intimidación en absoluto. Quizás eres mayor, más educado o tienes más experiencia que ellas. Con otras, aproximadamente de tu edad o condición, ya sea una persona o grupo, podrías sentirte o no sentirte intimidado. Tu percepción de igualdad, o falta de ella, puede variar. El grupo más intimidante generalmente es el último: los que percibes que tienen más poder, clase social, riqueza, ideología o educación.

La noche en que Jesús fue arrestado, Pedro encontró a gente que representaba a estas tres distintas dinámicas sociales, ¡y les tuvo miedo a todas! Eso demuestra que la gente no puede predecir infaliblemente qué hará en una situación determinada, si no ha establecido firmemente sus valores con anticipación. Cuando la gente que no está preparada cree que es lo suficientemente fuerte para resistir cualquier intimidación que se le presente, está en gran riesgo de incurrir en un fracaso abismal. El orgullo en la propia fortaleza no puede tomar el lugar de la preparación espiritual. El discipulado es crucial para nuestro destino final, pero su precio es el compromiso total. Jesús advirtió en contra de no calcular el costo antes de comprometerse (Lucas 14:25-33).

Veamos cómo respondió Pedro a las tres dinámicas sociales distintas con las que se enfrentó en el patio del sumo sacerdote.

El temor inesperado

La primera persona con la que Pedro se enfrentó era más joven que él y, en esa época, un poco inferior a él en cuanto a posición social. Era una joven criada en la casa del sumo sacerdote, a quien le habían asignado la tarea de cuidar la puerta (Juan 18:16-17). Pedro era simplemente un obrero pescador, pero eso era un escalón más arriba que ser sirviente. Cuando llevó a Pedro al patio, le preguntó: «¿No eres tú también uno de los discípulos de ese hombre?».

Su pregunta no estaba relacionada en absoluto con su trabajo como encargada de la puerta. Estaba siendo polémica, y no era la costumbre en esa época que una mujer más joven hiciera una pregunta acusadora a un hombre mayor. Al tomarlo por sorpresa, Pedro dijo entre dientes lo primero que se le ocurrió: «No lo soy» (versículo 17).

Pedro, como el líder de facto de los discípulos de Jesús, había jurado que nunca negaría a Jesús. Ahora, apenas unas horas después, ¡ya lo había hecho! Y no fue frente al emperador ni a alguien a quien pudiera temerle con razón. Él, un pescador fornido tipo A, acababa de permitir que una pregunta inesperada de una joven sirvienta lo intimidara al punto de negar su lealtad a Jesús.

Este incidente deja ver precisamente lo poderoso que puede ser el miedo a la desaprobación. Puede ser más fuerte que nuestra confianza en nuestras propias fuerzas. Tal como nos advierte Proverbios 16:18: «El orgullo va delante de la destrucción, y la arrogancia antes de la caída».

Sin embargo, antes de condenar a Pedro demasiado severamente, deberíamos preguntarnos si hemos caído en el mismo error. Tal vez podrías haber usado tu edad, tu posición, tu peso emocional o cualquier otra cosa intangible para corregir un agravio, pero no lo hiciste. Tal vez el apremio inesperado de alguien te conminó a cometer alguna acción inmoral o indigna.

El temor inesperado de Pedro es una advertencia: decide con anticipación que permanecerás firme en tus convicciones sin importar quién trate de intimidarte.

El temor comprensible

Aunque una confrontación inesperada no te haya sorprendido, la mayoría de nosotros ha experimentado el segundo encuentro de Pedro: intimidación por un grupo. Después de dejar a la joven criada, Pedro se movió rápidamente para desaparecer entre un grupo de «sirvientes de la casa y los guardias [que] habían hecho una fogata con carbón» en el patio del sumo sacerdote. «Pedro estaba con ellos, también calentándose» (Juan 18:18).

Digamos que era un grupo de más o menos una docena de personas paradas alrededor de una fogata, abrigadas contra el frío. Probablemente había una conversación en marcha en cuanto a los acontecimientos de la noche. El grupo ya estaba en ese lugar cuando Pedro se le unió, por lo que quizás él rondaba en la

periferia. Es probable que Pedro no conociera a ninguna de esas personas, excepto al «discípulo que conocía al sumo sacerdote», probablemente Juan, que había hecho lo necesario para que Pedro entrara al patio (versículo 16). Parecía un lugar perfecto para que Pedro alcanzara a oír alguna noticia de Jesús, mientras permanecía anónimo.

Sin embargo, Pedro no lo logró. De repente, alguien del grupo lo vio y le dijo: «¿No eres tú también uno de sus discípulos?» (versículo 25). La frase «uno de sus discípulos» habría suspendido la conversación mientras todos levantaban la cabeza para ver quién era la persona a la que se dirigía el que hizo tal pregunta. Cuando lo vieron que miraba a Pedro, todos los ojos se dirigieron hacia él.

Puedo imaginar a Pedro anhelando desaparecer entre la tierra. Es posible que ni siquiera haya levantado la mirada, tratando de implicar que no era posible que la pregunta se dirigiera a él. El miedo invadió a Pedro, y mintió por segunda vez, negando su asociación con Jesús. Pedro quedó atrapado en la situación clásica de la presión de grupo: una persona intimidada por un grupo. Eso no justifica el miedo de Pedro ni su mentira, pero hace que sean más comprensibles. Sabemos qué se siente ser uno contra el mundo (o por lo menos uno contra un grupo).

Regresa a tus días de la escuela secundaria. Estás en un ambiente social con chicos de tu escuela y ellos te ofrecen un cigarrillo, un poco de alcohol o incluso una píldora. Vacilas y luego la presión comienza: «¿Qué te pasa, tienes miedo? ¡Vaya, miren, el niño de mamá es un santurrón! Probablemente ya se pasó la hora de irte a la cama, niño. Tal vez deberías llamar a tu mami para que venga a recogerte». Y así sucesivamente. Todo lo que has querido desde el segundo grado depende de ese momento: respeto, inclusión, aceptación y estatus. Si dices que sí, estás dentro. Si permaneces firme y dices que no, entonces ya no recibirás más invitaciones.

Esta clase de presión de grupo no se limita a los adolescentes. Puede ocurrir en un grupo de trabajo, en ambientes sociales e incluso en la iglesia. Descubres que eres el hombre o la mujer peculiar que sobresale y te resulta sorprendentemente difícil dar la cara y decir lo que en verdad crees. En lugar de caer víctima del miedo al hombre, caemos víctimas del miedo a *los hombres*, a la intimidación multiplicada, producida por la presión de un grupo de compañeros.

Jesús advierte en cuanto a temerle a un grupo más de lo que le tememos a él: «Si quieres ser mi discípulo, debes aborrecer a los demás —a tu padre y madre, esposa e hijos, hermanos y hermanas— sí, hasta tu propia vida. De lo contrario, no puedes ser mi discípulo» (Lucas 14:26). Aquí, la palabra *aborrecer* se usa en el sentido de preferencia, no de resentimiento emocional. Si no preferimos a Jesús más de lo que preferimos a cualquier otra persona, incluso a un grupo de compañeros o hasta miembros de nuestra familia, no podemos ser sus discípulos.

El temor de Pedro ante un grupo no es justificable, pero es comprensible.

El temor que no sorprende

La tercera acusación contra Pedro parece haber sido la más amenazadora y la menos sorpresiva. Nos da otro panorama sobre la naturaleza del temor.

Cuando los líderes judíos llegaron a Getsemaní para arrestar a Jesús, soldados armados los acompañaban (Juan 18:3), pero Pedro no demostró temor en absoluto. Atacó a uno del grupo con una espada, cortándole la oreja derecha. El hombre, un sirviente del sumo sacerdote judío, se llamaba Malco (versículo 10). Ahora bien, Pedro era pescador, no soldado. ¿Hasta nos preguntamos qué hacía con una espada, para empezar! Aparentemente, estaba dispuesto a arriesgar su vida por Jesús, quizás tratando de retener a los soldados lo suficiente como para que Jesús se diera a la fuga.

Sin embargo, como sabemos, ese no era el plan de Jesús. Reprendió a Pedro y le dijo que guardara su espada (versículo 11). Entonces extendió su mano y sanó la oreja de Malco (Lucas 22:51). Todo lo que Pedro obtuvo por su despliegue de valor fue un enemigo: Malco.

Ahora bien, volvamos al patio de la casa del sumo sacerdote, donde Pedro estaba con un grupo alrededor de una fogata. Acababa de convertirse en el centro de atención cuando alguien sugirió que era uno de los discípulos de Jesús. De repente, otro siervo del sumo sacerdote se interesó mucho, uno de los parientes de Malco, que también había estado en Getsemaní cuando Pedro le había cortado la oreja a Malco, y preguntó: «¿No te vi en el huerto de los olivos con Jesús?» (Juan 18:26).

Este hombre obviamente había visto a Pedro con Jesús. Peor aún, ¿sabía que Pedro era el hombre que le había cortado la oreja a su pariente! Pedro había sido confrontado primero por una joven criada y luego por un grupo anónimo, pero

ahora se trataba de alguien interesado, alguien a quien le gustaría ver que Pedro pagara por su ataque en el huerto.

Pedro persistió en su mentira: «Una vez más, Pedro lo negó» (versículo 27). Aunque debió haberlo pensado mejor, Pedro se sintió sin duda obligado por sus mentiras a continuar con la farsa. Pensó que era demasiado tarde como para dar marcha atrás.

Si nos sorprendemos cuando el mundo trata de intimidarnos por nuestra fe, entonces no hemos aceptado ni asimilado la verdad de las palabras de Jesús: «Si el mundo los odia, recuerden que a mí me odió primero» (Juan 15:18).

Pedro no había absorbido esas palabras, quizás porque desde que las había escuchado hasta su confrontación en el patio había transcurrido muy corto tiempo. Sin embargo, la mayoría de cristianos ha tenido suficiente tiempo ahora para tomar en serio las palabras de Jesús. No deberíamos temer ni sentirnos intimidados por los que desaprueban nuestra lealtad hacia él. Deberíamos esperarlo y estar preparados para eso. «Si alguien [nos] pregunta acerca de la esperanza que [tenemos] como creyentes, [deberíamos estar] siempre preparados para dar una explicación; pero [hacerlo] con humildad y respeto» (1 Pedro 3:15-16). No obstante, deja tu espada en casa.

RAZONES POR LAS QUE TEMEMOS LA DESAPROBACIÓN

El miedo a la desaprobación puede ser inesperado, comprensible, nada sorprendente, o, como en el caso de Pedro, todo lo anterior. Esa es la dinámica, pero ¿cuáles son las causas? ¿Por qué nos encontramos en situaciones donde el temor parece surgir automáticamente? Permíteme ofrecer cinco razones.

Estamos llenos de nosotros mismos

En el registro bíblico está claro que Pedro estaba lleno de energía, optimismo, intrepidez, franqueza y confianza. Era la clase de persona que creía que todos tenían derecho a su opinión (la de Pedro), ¡incluso Jesús! Increíblemente, una vez llevó a Jesús aparte y lo reprendió por decir que iba a morir en Jerusalén (Mateo 16:21-22). Cuando Pedro vio que Jesús caminaba sobre el agua, impulsivamente saltó de la barca para él mismo tratar de hacerlo (Mateo 14:25-31). Por lo que no es de sorprender que Pedro hiciera alarde de que nunca

negaría a Jesús e impetuosamente mutilara a un enemigo con la espada. Pedro era impulsivo y orgulloso, una calamidad desconcertante a punto de ocurrir. Para decirlo bíblicamente, Pedro estaba lleno del orgullo del ego.

Hasta Satanás reconoció el potencial de la caída de Pedro. Así como Satanás le había pedido permiso a Dios para atacar a Job (Job 1–2), le solicitó permiso a Jesús para zarandearlo a Pedro como si fuera trigo (Lucas 22:31). Yo creo que a Satanás se le dio acceso a Pedro por una buena razón: Pedro necesitaba ver sus propias debilidades humanas para aprender que su fortaleza no era suficiente para seguir fielmente a Jesús. Pedro todavía tenía que aprender lo que aprendió Pablo: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» en Cristo (2 Corintios 12:10).

Pedro tenía que aprender la lección que cada seguidor de Jesús debe aprender: no hay lugar para el orgullo o la autosuficiencia en el Reino de Dios.

No oramos

La gente que depende de sí misma rara vez siente la necesidad de orar. ¿Por qué debería hacerlo? Justo después de que Pedro alardeó de que nunca negaría al Señor, Jesús le pidió a él y a los demás discípulos que oraran con él en Getsemaní, y les dijo: «Velen y oren *para que no cedan ante la tentación*, porque el espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil» (Mateo 26:41, énfasis agregado). Eso ocurrió inmediatamente después de que Satanás pidió permiso para atacar a Pedro. Jesús trataba de proteger a Pedro exhortándolo a hacer lo único que lo protegería: orar.

La oración es una admisión, una confesión, de dependencia; implica el reconocimiento de que no podemos vivir solos esta cosa llamada vida. La oración es la única forma de mantener un estado constante de dependencia de Dios. La gente orgullosa no ora, porque no percibe la necesidad. Piensa que puede manejar cualquier desafío bastante bien, muchas gracias.

¿Tenía Pablo en mente a Pedro cuando escribió: «Si ustedes piensan que están firmes, tengan cuidado de no caer» (1 Corintios 10:12)? O tal vez pensaba en sí mismo antes de ver la luz: una persona orgullosa y religiosa, si alguna vez hubo una. O pudo haber pensado en nosotros. Cuando nos encontramos con miedo a la desaprobación de los demás, podría ser porque no hemos pasado suficiente tiempo en oración, recordándonos nuestra dependencia de Cristo.

Funcionamos con la energía de la carne

¿Cómo sabemos que Pedro actuaba con la energía de la carne la noche en que arrestaron a Jesús? La manera más obvia es su ataque al siervo del sumo sacerdote. Nadie del grupo del sumo sacerdote había atacado a Jesús. Aun así, Pedro se puso a la ofensiva, ¡y atacó con la espada sin ninguna provocación! ¿Qué estaba pensando?

Sugiero que Pedro no estaba pensando en absoluto. Actuaba con toda la energía de la carne. La defensa armada contra el arresto de Jesús estaba lejos de la voluntad de Dios; es por eso que Jesús reprendió a Pedro y agregó: «Los que usan la espada morirán a espada. ¿No te das cuenta de que yo podría pedirle a mi Padre que enviara miles de ángeles para que nos protejan, y él los enviaría de inmediato?» (Mateo 26:52-53).

Si yo hubiera sido Pedro, me habría puesto rojo como un tomate de la vergüenza. Allí estaba él, un humilde pescador, desenvainando una espada rara vez usada, probablemente oxidada, tratando de defender a alguien que tenía legiones de ángeles a la espera de su orden de atacar.

¿Por qué Jesús no dio esa orden? Encontramos la respuesta en lo que Jesús le dice a Pilato: «Mi reino no es un reino terrenal. Si lo fuera, mis seguidores lucharían para impedir que yo sea entregado a los líderes judíos; pero mi reino no es de este mundo» (Juan 18:36). Dios no necesita del celo carnal para defender sus intereses en este mundo. Como escribe Pablo: «Somos humanos, pero no luchamos como lo hacen los humanos» (2 Corintios 10:3).

Si dependemos de nuestra carne para la victoria, nos intimidarán las personas cuya carne parece más fuerte que la nuestra. Sin embargo, cuando vivimos en el poder del Espíritu de Dios, veremos los ataques carnales en contra nuestra como algo tan debilucho como el de Pilato, que actúa, sin darse cuenta, bajo la sombra del enorme ejército de ángeles de Jesús.

Seguimos a Jesús de lejos

Todos los humanos somos indecisos. En nuestro nivel más bajo, estamos motivados mayormente por la carne, que habitualmente domina nuestra conciencia para satisfacer nuestros deseos centrados en el mundo y para mantener nuestro orgullo. Al nivel espiritual (cristiano) más alto, podemos ser llenos del Espíritu Santo, que nos capacitará para pensar y actuar dentro de la

voluntad de Dios. Pablo escribe que el Espíritu y la carne batallan uno contra la otra continuamente, que la única manera de no caminar según la carne es hacerlo de acuerdo al Espíritu (Gálatas 5:16-17).

No obstante, queremos mantener las dos maneras, al igual que Pedro: «Entonces lo arrestaron [a Jesús] y lo llevaron a la casa del sumo sacerdote. Y *Pedro los siguió de lejos*» (Lucas 22:54, énfasis añadido). Pedro quería estar con Jesús, pero no tan cerca que pudieran arrestarlo también. Quería ser fiel («¡Aquí estoy, Señor, aquí atrás de ti!»), pero no estaba dispuesto a pagar el precio, tal vez su propia vida.

Pedro quería la *aprobación* de los seguidores de Jesús por seguir al Maestro, pero no quería la *desaprobación* de los judíos por seguirlo demasiado cerca. Estaba preocupado por lo que le pudiera ocurrir a Jesús; pero no quería que le pasara a él. Por eso lo seguía a cierta distancia. Así es como se ve la indecisión en alguien que le teme al hombre.

Recuerdo esa lucha como joven cristiano en la secundaria. Quería que Jesús me aprobara, pero al mismo tiempo quería ser popular y que mis compañeros también me aprobaran. Con un grupo piadoso de compañeros, eso puede ser posible a veces. No obstante, es bastante difícil tener éxito en algo así en la escuela. Yo no quería perder la aceptación de mis compañeros al seguir a Jesús demasiado cerca. Sin embargo, pronto descubrí que es imposible ser popular con Jesús y popular con el mundo al mismo tiempo. Por eso es que muchos cristianos ahora hacen lo que hizo Pedro (y lo que hice yo cuando era un joven adolescente): siguen a Jesús a la distancia.

Buscamos compañerismo en el lugar incorrecto

Si retrocedemos un paso del cuadro que pinta Juan del arresto de Jesús, vemos dos grupos de gente: Jesús y sus discípulos en el huerto, y los siervos y los soldados del sumo sacerdote acercándose. Los dos grupos son esencialmente enemigos. Adelantémonos una hora tal vez y nos encontramos con una escena curiosa: ¡Pedro está ahora parado en medio de la gente que acaba de arrestar a su Señor, calentándose junto a la fogata de ellos (Juan 18:18, 25)! ¿Cómo es que Pedro pasó de empuñar una espada contra este grupo a pararse alrededor de su fogata?

Podemos asumir que Pedro estaba espiando o manteniéndose al tanto de lo que le pasaba a Jesús. No obstante, ¿tenía que haber estado allí en todo caso? ¿Qué tenía Pedro en común con los enemigos de Jesús, que justificara el hecho de compartir el mismo terreno con ellos?

Charles Haddon Spurgeon no estaba impresionado con las acciones de Pedro:

Pedro estaba en terreno peligroso. Cuando a su Maestro lo abofeteaban, él trataba de sentirse cómodo. Leemos de los siervos del sumo sacerdote [...] siervos toscos de amos malvados. Estaba en mala compañía y era un hombre que no podía darse el lujo de estar mal acompañado, porque era muy impulsivo y fácilmente inclinado a realizar acciones impulsivas[82].

El gran comentarista Matthew Henry agrega una advertencia más filosófica: «Los que se abrigan con malhechores se enfrían con la gente y con las cosas buenas, y aquellos a los que les gusta el calor de la lumbre del diablo están en peligro del fuego del diablo»[83].

Aunque le demos a Pedro el beneficio de la duda, aquí hay una advertencia: no te pongas en medio de los enemigos de Dios sin estar preparado para declararte amigo de Dios. Hacer lo contrario es arriesgarte a sucumbir al temor de la desaprobación.

RESOLUCIONES ANTE EL TEMOR A LA DESAPROBACIÓN

Después de la crucifixión, Pedro probablemente pensó que sus tres años de esperar que Jesús se convirtiera en rey habían fracasado. O por lo menos que él, Pedro, había fracasado. Incluso después de la resurrección de Jesús, Pedro probablemente pensó que sus oportunidades de encontrar un lugar en su Reino se habían reducido a nada. Por lo que él y algunos de los demás discípulos se retiraron a Galilea para volver a ocuparse de la pesca.

Sin embargo, Jesús fue tras sus discípulos. Se reunió con Pedro y los demás en la orilla del mar de Galilea, y fue allí donde Pedro descubrió la Buena Noticia. Aunque había fallado de manera lamentable en su prueba de lealtad, era

posible ser restaurado. Lo que Jesús les comunicó, junto con su recepción del poder del Espíritu Santo unas cuantas semanas después en Pentecostés, restauró su valor y su resolución. Y puede hacer lo mismo por nosotros.

Reemplaza el temor a los demás por la aprobación de Dios

Jesús no abandonó a Pedro, fue tras él.

Pedro había descubierto que seguir a Jesús es el viaje de toda una vida, y que seguirlo a la distancia finalmente lleva a la oscuridad y a la confusión. Jesús había vuelto tal como había dicho que lo haría, pero ¿no se había descalificado Pedro a sí mismo para la celebración? Su rechazo a la sombra de la cruz ¿no lo había separado de la comunión a la luz de la tumba vacía?

A decir verdad, Jesús decretó que no.

Dios pinta bellos fondos en sus grandes lienzos de gracia. En este caso, eligió la belleza de una playa al amanecer: el escenario de los pescadores en las tareas de un día típico, a medida que los primeros destellos del sol golpeaban el agua y mientras las aves trinaban al amanecer. Era la clase de tiempo y lugar de Pedro: las condiciones óptimas para que recibiera el mensaje más maravilloso de su vida: había sido perdonado. Había sido aceptado.

La meta de Jesús era reemplazar en Pedro el temor a los hombres por su propia aprobación.

Habría más intimidación y confrontación en el futuro, por lo que Pedro necesitaba algo más sólido que el temor para ayudarlo a superarlas. Y lo único más poderoso que el temor a la desaprobación del hombre es la aprobación de Dios. Una vez que Pedro supiera que Jesús lo había perdonado, no tendría razón para temer lo que otros pudieran decir o hacer.

Si vives con temor a la desaprobación de los demás, ese temor puede ser desplazado, así como desapareció el de Pedro, cuando sepas lo tenazmente que Dios te ama y te acepta. Como escribe el apóstol Pablo: «Si Dios está a favor de nosotros, ¿quién podrá ponerse en nuestra contra?» (Romanos 8:31).

Reemplaza el temor a los demás por el amor a Dios

Allí, en la playa de Galilea, Jesús inicia una conversación vital con Pedro. Le hizo la misma pregunta tres veces: «¿Me amas? [...] ¿Me amas? [...] ¿Me quieres?» (Juan 21:15-17). Del mismo modo en que Pedro había negado

verbalmente a Jesús tres veces, Jesús le pidió a Pedro que tres veces declarara verbalmente su amor por él. Y Pedro lo hizo. Cada vez que le preguntó, Pedro respondió: «Tú sabes que te quiero». Y a cada una de las confesiones de Pedro, Jesús le dio una respuesta que variaba levemente: «Alimenta a mis corderos [...] «Cuida de mis ovejas [...] «Alimenta a mis ovejas».

Aunque a Pedro le dolió el hecho de que Jesús persistió con la misma pregunta (versículo 17), fue necesario. Primero, probablemente tuvo un efecto liberador en Pedro al revestir sus tres negaciones con tres declaraciones de amor. Segundo, le permitió a Pedro comprender su papel futuro como piedra angular de la iglesia: tenía que cuidar del rebaño de Jesús. Si Pedro iba a cumplir la comisión de Cristo, el amor a Jesús tendría que ser su motivación suprema.

Nadie puede decir que ama a Jesús si le teme más al hombre. Y nadie puede temer al hombre si le da todo su amor a Jesús.

Reemplaza el temor a los demás por el amor a los demás

En su libro sobre el temor, Neil Anderson dice que las fobias son como los anillos de una serpiente: que aprietan más mientras más cedemos a ellas^[84]. No podemos amar porque el temor se interpone en el camino. Lo peor de todo es que el temor nos empuja aún más hacia la manifestación final del pecado: el egocentrismo.

Antes de su encuentro restaurador con Jesús, la vida de Pedro básicamente giraba alrededor de Pedro. Él decía y hacía lo que quería, incluso cuando eso lo metió en problemas. No obstante, cuando Jesús lo reinstauró para que cuidara de sus seguidores, le estaba recordando a Pedro que reemplazara su temor a los demás por el amor a ellos.

Cuando Jesús le dijo a Pedro: «Cuida de mis ovejas», le estaba ordenando que pasara el resto de su vida poniendo el bienestar de las ovejas por encima del suyo. Para su personalidad tosca de pescador, que todavía se necesitaría para defender al rebaño de los depredadores, Pedro tendría que agregar la mano suave de un sanador y alimentador de las ovejas. Su amor hacia el rebaño que Jesús le estaba confiando desplazaría su temor a los demás.

El temor nos agota, mientras que el amor nos faculta. No podemos temer a la gente y amarla al mismo tiempo. No podemos amar a los demás sacrificial e incondicionalmente si toda nuestra energía está dirigida a protegernos a nosotros

misimos. Cuando amamos a los demás (incluso a los que nos pueden hacer daño), la vida ya no gira alrededor de nosotros y el temor a la desaprobación desaparece.

Reemplaza el temor a los demás por la fe en Dios

La comisión nueva de Jesús para Pedro no significaba que Pedro ya nunca más volvería a tener miedo. Todo lo contrario: «“Cuando eras joven, podías hacer lo que querías; te vestías tú mismo e ibas adonde querías ir. Sin embargo, cuando seas viejo, extenderás los brazos, y otros te vestirán y te llevarán adonde no quieras ir”. Jesús dijo eso para darle a conocer el tipo de muerte con la que Pedro glorificaría a Dios». (Juan 21:18-19). La historia indica que eso es exactamente lo que pasó. A Pedro le extendieron los brazos en una cruz cuando el emperador romano hizo que lo crucificaran. Según se dice, Pedro pidió que lo crucificaran de cabeza, porque él se consideraba indigno de morir de la misma manera que su Señor.

¿Tuvo miedo Pedro? Sin duda que sí, de la misma manera humana en que yo tuve miedo después de escuchar el diagnóstico de cáncer en 1994. Y creo que de la misma manera en que Jesús tuvo miedo cuando oró y lloró en el huerto por lo que estaba a punto de soportar. Es posible estar humanamente asustado sin sucumbir ante el temor. Es posible sentir miedo y fe al mismo tiempo, sin que el miedo obtenga la ventaja. Es posible incluso experimentar el miedo a la desaprobación de los demás, sabiendo que contamos con la aprobación total de Dios.

No podemos evitar que los demás nos desapruében o nos intimiden, pero nuestra fe puede librarnos de sucumbir al temor. Jesús fue honesto con Pedro en cuanto a lo que le esperaba por delante. Y también es honesto con nosotros: «Aquí en el mundo tendrán muchas pruebas y tristezas» (Juan 16:33). Sin embargo, él no nos deja para sufrir solos la desaprobación, la intimidación o la tribulación: «Pero ánimo, porque yo he vencido al mundo» (versículo 33).

Reemplaza el temor a los demás por la gloria de Dios

¿Por qué le dijo Jesús a Pedro cómo iba a morir? Es probable que le estuviera diciendo: «Pedro, tu vida hasta aquí se ha tratado de glorificar a Pedro. De ahora en adelante, tu vida se tratará de glorificar a Dios. Y si morir por Dios es la

mejor manera de glorificarlo, entonces a eso es a lo que estás llamado, al igual que yo».

Cuando otros desaprueban nuestro caminar con Cristo, se nos llama a glorificar a Dios. Cuando otros nos intimidan por permanecer firmes en los valores bíblicos, se nos llama a glorificar a Dios. Cuando enfrentamos daño físico, financiero, vocacional u otra clase de daño a manos de otros, se nos llama a glorificar a Dios. Es posible que nunca se nos llame a glorificar a Dios con el martirio, pero se nos llama a glorificarlo en todo lo que hagamos. Como escribe el apóstol Pablo: «Así que, sea que coman o beban o cualquier otra cosa que hagan, háganlo todo para la gloria de Dios» (1 Corintios 10:31). Eso incluye exhibir valor ante la desaprobación de los demás.

INVERTIR EL TEMOR A LA DESAPROBACIÓN

Después de un juego de fútbol de la NFL, un lunes por la noche en 1990, algo pasó por primera vez en el fútbol americano profesional. Cuando los San Francisco 49ers y los New York Giants terminaron su juego, un grupo de ocho jugadores de los dos equipos se reunió en el centro del campo. Se hincaron sobre una rodilla y juntos oraron en el nombre de Jesucristo.

La práctica se popularizó y pronto otros jugadores se comenzaron a reunir en el campo para orar después de sus partidos.

No fue sorpresa que no todos los seguidores apoyaran la mezcla de fe y fútbol. *Sports Illustrated*, la emblemática revista de deportes, dijo que los jugadores deberían orar en privado. La administración de la NFL consideró prohibir la práctica, pero los jugadores no cambiaron de parecer e insistieron en seguir orando después de los partidos. Algunos dijeron que mantendrían la práctica aunque los multaran por eso[85].

¿Qué habría pasado si Pedro hubiera sido un jugador de la NFL (pienso que habría sido un apoyador)? ¿Habría mantenido su fe en vista de la desaprobación de los medios de comunicación y de los espectadores? Bueno, al observar su comportamiento en el patio del sumo sacerdote, tendríamos que decir que no. No obstante, después de su conversación a la orilla del lago con el Jesús resucitado y después de la llegada del Espíritu Santo en Pentecostés, tendríamos que cambiar

nuestra respuesta a un sí definitivo. El temor de Pedro a la desaprobación se había revertido completamente. Ya no era audaz por las razones equivocadas (orgullo, ego); lo era por las razones correctas (fe, valor).

Después de que el Espíritu Santo descendió sobre un grupo de ciento veinte seguidores de Jesús, todo cambió. En lugar de acobardarse por miedo a ser identificados con el Jesús resucitado, los creyentes exhibieron un nuevo coraje. Pedro mismo los dirigía, el apóstol que una vez tuvo miedo de que lo identificaran con su Señor.

Fue Pedro el que junto con los otros once apóstoles predicó un mensaje poderoso a las enormes multitudes que se reunieron en Jerusalén para Pentecostés (Hechos 2:14-40). Citando extensamente del Antiguo Testamento, Pedro explicó lo que las multitudes acababan de presenciar: que los discípulos de Jesús hablaban otros idiomas que no habían aprendido. Explicó cómo Dios había enviado a Jesús como el Mesías y que había verificado su identidad por medio de milagros. Explicó cómo el Antiguo Testamento había predicho la resurrección del Cristo recién crucificado. Y luego concluyó, repitiendo audazmente la misma afirmación que había hecho que mataran a Jesús: «Por lo tanto, que todos en Israel sepan sin lugar a dudas, que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, ¡Dios lo ha hecho tanto Señor como Mesías!» (Hechos 2:36).

En ese momento, las multitudes gritaron: «Hermanos, ¿qué debemos hacer?» (Hechos 2:37). Entonces Pedro les respondió: «Cada uno de ustedes debe arrepentirse de sus pecados y volver a Dios, y ser bautizado en el nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados» (Hechos 2:38). Y alrededor de tres mil almas hicieron precisamente eso (Hechos 2:41).

Piensa otra vez en la escena del patio del sumo sacerdote. ¿Puedes imaginar a Pedro ahora, proclamando audazmente la divinidad de Cristo, cuando antes ni siquiera pudo admitir que era uno de sus seguidores? Pedro ya no era el hombre temeroso y acobardado cuyos talentos carnales demostraron ser insuficientes para la presión de ese momento. En lugar de dejar que una docena o más de personas lo intimidara, Pedro advertía ahora a una multitud de miles diciéndoles: «¡Sálvense de esta generación perversa!» (Hechos 2:40).

A medida que la iglesia comenzó a crecer, los líderes religiosos judíos se alarmaron porque cada vez más judíos se convertían en seguidores de Jesús. Pedro llegó a ser un imán para sus ataques. Pronto a él y a Juan los metieron en

la cárcel por predicar acerca de Jesús. Al día siguiente, el grupo que gobernaba a los judíos, los mismos líderes que habían condenado a Jesús, los llevaron para cuestionarlos. Pedro aprovechó la oportunidad para predicarles, y sus palabras los dejaron atónitos: «Los miembros del Concilio quedaron asombrados cuando vieron el valor de Pedro y de Juan, porque veían que eran hombres comunes sin ninguna preparación especial en las Escrituras» (Hechos 4:13). ¡Nadie se había maravillado por la audacia de Pedro la noche en que Jesús fue arrestado!

Los gobernadores, que temían la desaprobación de la gente si le hacían daño a Pedro y a Juan, los soltaron con la advertencia de que dejaran de predicar, pero Pedro ni siquiera pensó en ir más despacio. No mucho después, los gobernadores volvieron a ordenarles que dejaran de predicar a Jesús. «Pedro y los apóstoles respondieron: “Nosotros tenemos que obedecer a Dios antes que a cualquier autoridad humana”. [...] Al oír esto, el Concilio Supremo se enfureció y decidió matarlos» (Hechos 5:29, 33).

Se le dio vuelta a la tortilla. ¿Quién le temía a quién en este momento? ¿Quién ya no estaba controlado por el temor a los hombres sino por el amor de Dios? Pedro era un hombre transformado. Había experimentado un cambio espiritual; su temor había sido reemplazado por la fe.

El mismo cambio puede ocurrir en la vida de cualquiera que teme ser identificado como seguidor de Jesús. No hay una fórmula que podamos escribir en un bloc de recetas espirituales: «Haz esto y aquello, y nunca le temerás otra vez a la desaprobación del hombre». Sin embargo, podemos aprender del ejemplo de Pedro identificando algunos momentos decisivos de su vida.

Primero, su fortaleza humana le falló. Su personalidad carismática fue insuficiente para las exigencias de un momento crítico. Llegó a su límite y se dio cuenta de que él no era quien creía ser.

Segundo, pasó por un período oscuro de introspección, no distinto a lo que Saulo de Tarso experimentó después de su encuentro con Cristo en su camino a Damasco. Por tres días, Saulo (Pablo) se sentó solo en una casa en Damasco y puso en duda todo lo que había creído. Pedro pasó por un valle de desesperación similar; se vio obligado a pensar en lo que verdaderamente significaba seguir a Jesús.

Tercero, Pedro experimentó el amor incondicional del mismo Cristo al que había negado apenas unos días antes. Se le llamó otra vez al servicio de Cristo como un seguidor recientemente humillado y ahora perdonado.

Cuarto, Pedro experimentó el poder del Espíritu Santo. Nada más puede explicar su transformación radical.

Y quinto, Pedro llegó a darse cuenta, por la gracia de Dios, de que es mejor temer a Dios que temer al hombre.

No podemos duplicar la trayectoria de Pedro, pero nunca he visto a alguien conquistar el temor a la desaprobación sin antes transitar por etapas similares a las de él. Dios dirige esa trayectoria y esas transiciones a su manera particular y en su tiempo.

Podemos decirle a Dios que, a medida que nuestro mundo se vuelve cada vez más hostil hacia el cristianismo, queremos perder nuestra timidez en cuanto a revelar nuestra fe. Podemos pedir la audacia del Pedro después de Pentecostés. Podemos pedirle a Dios que nos guíe a desear su aprobación tan intensamente que la desaprobación de los hombres no signifique nada para nosotros.

En su libro *Charles Kuralt's America* (Los Estados Unidos de Charles Kuralt), el experimentado periodista de televisión de la CBS describió una reunión municipal a la que asistió en el pequeño pueblo de Stafford, Vermont. Esas reuniones dejaban ver la democracia en acción: a cada ciudadano se le permitía emitir su opinión acerca de los asuntos de interés para el pueblo. Cuando se habían oído todos los puntos de vista, el moderador anunciaba: «Voy a pedir que voten. Todos los que estén a favor que se pongan de pie para que los cuenten»[\[86\]](#).

Cuando a Pedro le tocó ponerse de pie para que lo contaran a favor de Jesús, esa noche terrible en Jerusalén hace dos mil años, fracasó. Muchos de nosotros hemos fracasado al igual que él, pero esos días pueden terminar. Sabemos cuán firme se mantuvo Jesús por nosotros. Sabemos que a él no le importaba la aprobación de ningún hombre, sino solamente la aprobación del Padre. Eso es lo esencial. Es más que suficiente para darnos la audacia de ponernos de pie y que nos cuenten a favor suyo.

CAPÍTULO 7

PELIGRO: *Miedo a los problemas repentinos*

*No hay por qué temer la calamidad repentina ni la destrucción
que viene sobre los perversos.*

PROVERBIOS 3:25

Cuando el *Andrea Gail* salió del puerto de Gloucester en Massachussetts el 20 de septiembre de 1991, y se dirigió hacia el Atlántico Norte, nadie podía haber sabido que no volverían a ver ese barco pesquero nunca más. Solo algo de sus restos emergió alguna vez mientras que los seis miembros de la tripulación desaparecieron para siempre.

En su libro *The Perfect Storm (La tormenta perfecta)*, el autor Sebastián Junger inmortalizó el destino del *Andrea Gail*. Después hubo una película protagonizada por George Clooney y Mark Wahlberg. No obstante, esas estrellas, tan famosas como son, solamente hicieron papeles secundarios. La verdadera estrella fue la tormenta en sí: un opresor aterrador e implacable que se formó del viento feroz y de las olas gigantescas.

Los meteorólogos fueron los que le pusieron el nombre de «tormenta perfecta» a esta tempestad cataclísmica. Quizás yo no tiendo a usar la palabra *perfecta* para describir algo tan terrible, pero cuando llegas a entender el uso del meteorólogo, «tormenta perfecta» adquiere un sentido perfecto. Es simplemente una forma vívida de decir «el peor de los casos». En el caso del *Andrea Gail*, fue la convergencia simultánea de las peores condiciones climatológicas posibles.

Tres elementos mortales se unieron en octubre de 1991: un frente que se desplazaba desde Canadá hacia Nueva Inglaterra; un sistema de alta presión que se desarrollaba sobre la costa oriental de Canadá; y los últimos residuos del

huracán Grace, que se agitaban a lo largo de la costa oriental de Estados Unidos. El clima destemplado se asomaba de tres de los cuatro puntos cardinales, y todo eso se concentró en el pequeño *Andrea Gail*.

Por sí solos, el aire cálido, el aire frío y el aire húmedo son casi imperceptibles, pero cuando los patrones del viento hacen que se desplacen juntos, el resultado puede ser letal. La última transmisión de radio de Billy Tyne, el capitán del barco pesquero, llegó a las 6:00 p.m. el 28 de octubre de 1991. Él reportó sus coordenadas al capitán de su embarcación hermana, *Hannah Boden*, y dijo: «Ya viene, muchachos, y viene con mucha fuerza»[\[87\]](#).

El libro y la película populares introdujeron la expresión «tormenta perfecta» al uso común, pero el concepto es tan antiguo como la humanidad. La gente siempre ha tenido que lidiar con la convergencia de múltiples circunstancias difíciles. Mucho puede salir mal tan rápido que sacudimos la cabeza y decimos: «Las desgracias nunca vienen solas».

A todos nos ha pasado, ¿verdad? Tu hijo se enferma y tu auto se descompone cuando vas a ver al médico. Mientras tanto, llueve a cántaros y tu cónyuge no responde el teléfono celular porque lo está recargando. Una o dos de esas dificultades no son tan malas, pero cuando llegan juntas, pueden formar una buena tormenta.

Por muy frustrantes que puedan ser esas tormentas, muchas peores pueden ocurrir. Ahora, en nuestro mundo tan acelerado, congestionado y complejo, unos cuantos chubascos pueden convertirse rápidamente en «la tormenta perfecta». Cuando múltiples condiciones convergen y amenazan áreas críticas de nuestra vida, como las finanzas, las relaciones, el trabajo y la salud, nos preguntamos cuánto más podremos soportar. En alguna parte hay un límite en el que llegamos a una masa crítica. Una vez allí, nos preguntamos si permaneceremos a flote o si nos hundiremos como el *Andrea Gail*. Saber que eso puede ocurrir nos hace sentir temor.

El destino del *Andrea Gail* demuestra dos clases de temor que todos experimentamos. El primero es ese temor a nivel del estómago, empapado de adrenalina, que sintió la tripulación en medio de la tormenta. Tenían miedo porque sus vidas estaban en peligro. Esa clase de temor es beneficioso; es un instinto necesario para sobrevivir. Sin duda los pescadores del Atlántico Norte sienten una pequeña oleada de ese temor cada vez que se alejan del puerto. Una

decisión mala en un clima amenazador podría significar la muerte. Sin embargo, eso no detiene a esos hombres y mujeres. El miedo razonable es una parte saludable y normal de la descripción de trabajo. Si no pudieran lidiar con eso, estarían en otra área de trabajo.

No obstante, hay otra clase de temor que puede inmovilizarnos completamente: el temor al temor en sí. El temor en medio de la tormenta es instintivo y beneficioso. El temor a una tormenta que *podría* ocurrir no lo es. Es una emoción advenediza que puede llevarnos a una vida altamente limitada. El temor imaginado llega a ser tan real que ya no lo distinguimos de la realidad y, para algunos de nosotros, ese temor llega a ser tan debilitante que difícilmente podemos salir de la cama en la mañana. Aunque el cielo esté claro, los pensamientos de lluvia nos aniquilan. Dentro de una tormenta, por lo menos podemos mirar a la bestia a los ojos, pero con el miedo al temor, el monstruo imaginario siempre está al otro lado de la puerta, avicinándose de manera amenazadora, aunque no exista. Es como el temor expresado por el educador William Hughes Mearns en su poema:

*Anoche vi en las escaleras
A un hombrecito que no estaba allí
Hoy tampoco estaba
Ay, cómo quisiera que se fuera*[\[88\]](#).

Cuando Estados Unidos se recuperaba de la Gran Depresión, el presidente Franklin D. Roosevelt intentó alentarnos diciendo: «Lo único a lo que debemos temer es al temor en sí, al terror anónimo, irracional e injustificado que paraliza los esfuerzos necesarios para convertir la retirada en avance»[\[89\]](#).

Todos debemos enfrentar el temor, pero para el creyente, sus colmillos han sido retirados, porque estamos protegidos por una sombrilla de esperanza. Los no creyentes deben ingeniar mecanismos de defensa que son totalmente ineficaces. El fatalismo («todos estamos condenados») no funciona. El existencialismo («no tenemos idea») no lleva a ningún lado. El optimismo («oye, todo está bien») nos decepciona porque es una mentira. No todo está bien. Hay cosas en la vida que son dignas de temer.

Necesitamos una perspectiva acerca del temor que tome en cuenta las tormentas perfectas de la vida, pero que también nos asegure de que hay un puerto seguro al alcance. No podemos hacer a un lado todo el temor, pero no tenemos que vivir como sus esclavos.

Allí es donde entra Jesucristo. A medida que lo seguimos, este mundo y sus emociones se ven distintos a la luz de su bondad, poder y sabiduría. El temor simplemente es un hecho con el que debemos lidiar en un universo caído, pero en la Biblia aprendemos que el temor se puede controlar. En la Palabra de Dios hay gran riqueza de orientación para tratar con las tormentas, perfectas e imperfectas.

LA PROBABILIDAD DE TORMENTAS EN NUESTRA VIDA

Al atardecer, Jesús dijo a sus discípulos: «Crucemos al otro lado del lago». Así que dejaron a las multitudes y salieron con Jesús en la barca (aunque otras barcas los siguieron). Pronto se desató una tormenta feroz y olas violentas entraban en la barca, la cual empezó a llenarse de agua.

MARCOS 4:35-37

Mateo, Marcos y Lucas transmiten la historia de una tormenta perfecta en la vida de los discípulos de Jesús. En esa noche, un tranquilo paseo en barco se convirtió en un enfrentamiento aterrador con la muerte. Mientras que Mateo (8:23-27) y Lucas (8:22-25) cubren los hechos básicos, la versión de Marcos de los acontecimientos es la más detallada (4:1, 35-41).

Los evangelios registran que Jesús estaba al borde del agotamiento y sus doce discípulos estaban mareados por el riguroso entrenamiento al que los había sometido. Las multitudes habían sido abrumadoras. La gente enferma que deseaba su toque sanador se agrupaba alrededor de Jesús en cada calle. Los discípulos estaban maravillados por los milagros de su Maestro y estaban atónitos de que él esperara que ellos también hicieran milagros. Su vida se había trastornado.

En ese momento, Jesús hablaba cerca de la playa del mar de Galilea. La multitudes comenzaron a presionar tanto que casi lo habían empujado al agua. Él se subió a una barca, se alejó unos cuantos metros, se sentó y siguió enseñando

(Marcos 4:1). Para cuando terminaron, ya era de noche. Ya que Marcos le dedica casi treinta versículos al acontecimiento, tiene que haber sido una sesión de enseñanza significativa que habría durado varias horas. Jesús debe de haber estado exhausto. Sin embargo, la multitud no se retiraba. Con mucha necesidad de descansar, Jesús y los discípulos simplemente se quedaron en la barca y zarparon hacia la orilla oriental, donde Jesús deseaba ministrar después.

Los elementos de una tormenta perfecta se estaban juntando. Primero, Jesús estaba totalmente exhausto (Marcos 4:38). Segundo, los discípulos también estaban cansados y emocionalmente aturcidos por sus experiencias extraordinarias con Jesús. Tercero, ya era de noche, tarde para emprender un viaje y atravesar el mar. Cuarto, una pequeña flotilla de seguidores impacientes los seguía, lo cual significaba que cuando llegaran a tierra, no podrían descansar.

Luego estaba el mar en sí. El mar de Galilea es como un tazón de agua asentado a más de doscientos metros por debajo del nivel del mar. El río Jordán lo alimenta y también desemboca de allí, al entrar por el lado norte y salir por el extremo sur. Las montañas rodean casi cada lado y forman valles y quebradas que establecen el escenario para vientos fuertes. Cuando el aire fresco de las montañas pasa rápido por los valles y choca con el aire cálido y húmedo que se desplaza sobre el mar, las tormentas violentas pueden surgir en cuestión de minutos.

Eso es precisamente lo que pasó. «Pronto se desató una tormenta feroz y olas violentas entraban en la barca, la cual empezó a llenarse de agua» (Marcos 4:37). Marcos usa una palabra griega para *tormenta* que puede traducirse como «chubasco furioso» o «huracán». Mateo describe la tormenta como un «gran *seismos*», o terremoto, como si el mar fuera agitado por los vientos (Mateo 8:24).

Fatiga. Confusión. Oscuridad. Tempestad. La tormenta perfecta había llegado. Era como si todos sus temores se hubieran combinado y cristalizado. Como pescadores, tenían un respeto profundo y temeroso por las aguas turbulentas. Como hombres, le tenían un respeto profundo a Jesús, pero relativamente sin comprobar. No obstante, ahora este Jesús, por el que habían dejado todo para seguirlo, los había guiado directamente a la tormenta. Para empeorar las cosas, él se había quedado dormido, sin preocupación aparente por su seguridad o por el desastre que ahora parecía inevitable. Deben haberse

preguntado si habían dado el paso adecuado en seguirlo. Había mucho que todavía no conocían en cuanto a este hombre. ¿Podría librarlos incluso del desastre que ahora parecía inevitable?

Así como las tormentas repentinas son inevitables en el mar de Galilea, las tormentas repentinas también pueden descender en nuestra vida. Cuando eso ocurre, el aprieto de los discípulos se convierte en el nuestro: ¿cómo es posible confiar en un Dios que permite que las tormentas perfectas nos ataquen?

LA PARADOJA DE LAS TORMENTAS EN NUESTRA VIDA

Los discípulos seguían a Jesús adonde él fuera y lo ayudaban en todos sus ministerios. Oían su Palabra y lo ayudaban a predicar el evangelio; aún así se encontraron con una tormenta que los lanzó de un lado al otro y en verdadero peligro de ahogarse. Los discípulos estaban aprendiendo una lección difícil, una que todo creyente debe aprender: ¡podemos encontrarnos en medio de la voluntad perfecta de Dios y en medio de una tormenta perfecta al mismo tiempo!

Cuando el autor Gary Thomas y su esposa consideraban comprar una casa, oraron diligentemente para que Dios los guiara. Si esa no era su voluntad, pensaron que él cerraría todas las puertas.

La puerta no se cerró, por lo que procedieron a la compra. Pasaron cinco años, durante los cuales ellos disfrutaron de su casa y de la bendición de Dios. Entonces la economía cayó en picada y la casa de repente valía menos de lo que ellos habían pagado por ella. Se preguntaron por qué Dios no había evitado que hicieran una mala inversión. Habían orado. Habían escuchado. No habían oído un «no».

Mientras la esposa de Gary buscaba a Dios un día, oyó su respuesta: *¿Has pensado en la posibilidad de que yo los quería en ese vecindario para que ministraran y no para reforzar su patrimonio financiero?* Esa perspectiva los hizo volver a considerar sus preguntas en cuanto a la guía de Dios. Se dieron cuenta de que se trataba de vidas afectadas por Cristo y no del valor ganado con propiedades. Ahora la pregunta era, ¿confiaban en Dios lo suficiente como para seguirlo por un camino sin ganancia financiera, pero con gran ganancia espiritual?[\[90\]](#)

Cristo no nos pide que tomemos nuestras carteras de acciones y que lo sigamos. Él nos dice que tomemos nuestras cruces. La comodidad no es un factor, pero sí promete que el camino para crecer hacia la imagen de Cristo es a través de confiar y obedecer en todas las circunstancias.

Como en el caso de Gary y su esposa, la voluntad de Dios no siempre está clara como el agua. No obstante, en ese día en el mar de Galilea, la voluntad de Dios no podía estar más clara para los discípulos: Jesús había dicho: «¡Vamos!». Ellos no organizaron una reunión para deliberar; no oraron; no buscaron el consejo de otros. La voluntad de Dios había estado justo allí frente a ellos, por lo que sin dudarlo se metieron a la barca, y entonces, lo que se asomó amenazadoramente frente a ellos fue la muerte.

Ese peligro inesperado fue algo nuevo para los discípulos. Hasta ese momento, seguir a Jesús no había sido demasiado costoso, poco más que renunciar a sus trabajos y recibir un poco de censura y crítica de los líderes religiosos locales (Marcos 3:22). Sin embargo, no habían enfrentado nada posiblemente fatal. De hecho, había sido precisamente lo opuesto; eran socios íntimos de la persona más popular de Galilea. Los habían recibido en pequeños pueblos como héroes. Este movimiento de Dios estaba funcionando y todos los sistemas estaban listos.

Entonces llegó la tormenta perfecta. Naturalmente, eso hizo que surgieran algunas preguntas.

Mucha gente cree que la fe es alguna clase de seguro contra la presión alta y la angustia. *Confía en Dios y no tendrás preocupaciones*. No obstante, una gran paradoja del cristianismo es que confiar en Cristo no hace que las tormentas se alejen. De hecho, a veces nos empuja hacia aguas profundas y turbulentas.

Jesús enfrentó una tormenta perfecta cuando entró a Jerusalén montado en un burro. Sabía lo que estaba a punto de enfrentar —tortura impensable y muerte—, y lo temía. En el huerto clamó: «¡Padre mío! Si es posible, que pase de mí esta copa de sufrimiento. Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía» (Mateo 26:39). Él estaba muy consciente de la tormenta a la que se dirigía.

Los discípulos en su barca que se sacudía no estaban conscientes de estos temas espirituales subyacentes. El temor se apoderó de ellos e hizo a un lado todas las consideraciones en cuanto a estar en la voluntad de Dios. Sin embargo, estaban a punto de aprender una lección muy valiosa: hay seguridad en el centro

de la voluntad de Dios. Las tormentas no son un castigo por falta de obediencia; ¡muchas veces son el *resultado* de la obediencia! Esos hombres estaban en esa tormenta porque se habían metido a la barca cuando Jesús había dicho: «¡Vamos!».

Algún día seguirás a Jesús hacia una tormenta y aprenderás que, aunque pueda ser abrumadora, es el puerto más seguro de todos.

LA PRESENCIA EN LAS TORMENTAS DE NUESTRA VIDA

Jesús estaba dormido en la parte posterior de la barca, con la cabeza recostada en una almohada. Los discípulos lo despertaron: «¡Maestro! ¿No te importa que nos ahoguemos?», gritaron.

MARCOS 4:38

Juan Carlos Ortiz es un famoso predicador, evangelista y autor originario de Argentina. Una vez relató una conversación que tuvo con un trapecista de circo en cuanto a la seguridad que proporciona una red de protección. El artista afirmó que la red hace lo obvio: evita que los artistas se lastimen si se caen. Sin embargo, hace mucho más. «Imagina que no hubiera red —dijo—. Estaríamos tan nerviosos que sería muy probable que nos equivocáramos y nos cayéramos. Si no hubiera una red, no nos atreveríamos a hacer algunas de las cosas que hacemos. Debido a que hay una red, nos atrevemos a hacer dos giros, y una vez hice tres giros, ¡gracias a la red!».

Ortiz vio una aplicación para los cristianos. «Tenemos seguridad en Dios. Cuando estamos seguros en sus brazos, nos atrevemos a intentar cosas grandes para Dios. Nos atrevemos a ser santos. Nos atrevemos a ser obedientes. Nos atrevemos porque sabemos que los brazos eternos de Dios nos sostendrán si caemos»[\[91\]](#).

Los discípulos todavía tenían que informarse acerca de la naturaleza de su «red». Si se hubieran dado cuenta del poder y de la autoridad totales que Jesús tenía, se habrían reído y le habrían gritado al viento: «¡Adelante!». Enfrentarse a una tormenta es estimulante cuando estamos protegidos por algo aún más poderoso.

Nuestro grado de temor es un indicador de nuestro grado de fe. Cuando hemos confiado en Jesús y hemos atravesado la tormenta, llegamos a ser más valientes. Si en realidad nunca lo hemos hecho, la tormenta nos reducirá a una gelatina temblorosa, tal como lo hizo con aquellos discípulos.

Algunas personas sí creen en el poder de Dios, pero no están seguras de su presencia. Esa es una deficiencia significativa en la fe de uno. *¿Estará él verdaderamente allí cuando yo esté en una crisis? ¿Se interesa en mí?* Podemos creer en un Dios poderoso creador del universo, pero si está ausente cuando se le necesita, ¿cómo marca una diferencia esa creencia? ¿No es su ausencia básicamente lo mismo que si no existiera en absoluto?

Esa fue la crisis que los discípulos enfrentaron. Ellos sabían que Jesús estaba allí, pero aparentemente no se daban cuenta de que él era Dios. Eso significaba que no estaban conscientes de la presencia de Dios. Por consiguiente, no sabían lo que Jesús podía hacer y lo que haría. A medida que presencio las vidas temerosas de muchos cristianos, estoy convencido de que los discípulos no son los únicos en esa barca, por decirlo así.

Recuerda, los Doce conocían la historia de Moisés y los israelitas que atravesaron el mar Rojo. Ellos sabían que Dios podía controlar el viento y el mar. No obstante, ¿estaba ese mismo Dios con ellos allí y en ese momento? Todavía no se daban cuenta de que el Dios de Moisés y su Maestro eran uno y el mismo. Verdaderamente tenían a *Emanuel*: «Dios está con nosotros» (Mateo 1:23).

John Paton fue un misionero escocés del siglo XIX que trabajó toda su vida entre nativos asesinos de las islas Nuevas Hébridas. Frecuentemente enfrentó peligro, ya que varios miembros de una tribu buscaban matarlo. Él escribió: «Sin esa consciencia permanente de la presencia y del poder de mi querido Señor y Salvador, nada más en el mundo pudo haberme guardado de perder la razón y de morir miserablemente»[\[92\]](#).

Dijo que en los momentos más peligrosos, cuando se enfrentó a las armas de los hombres, fue cuando más claramente vio el rostro de Cristo.

En una ocasión, Paton se escondió entre las ramas de un árbol mientras los hombres lo buscaban abajo. Oía sus amenazas asesinas, pero sabía que estaba seguro en los brazos de Jesús. «Solo, ¡pero no solitario! —recordó—. Mi consuelo y alegría surgían de la promesa: “Estoy con ustedes siempre”»[\[93\]](#).

En el mar de Galilea, un Jesús exhausto dormía sobre una almohada en la parte de atrás de la barca, con las olas chocando a su alrededor. La imagen es impactante. ¿Cómo lo veían sus discípulos? Aparentemente, lo veían como un hombre muy similar a ellos mismos, aunque poseía el poder sobrenatural de sanar a los enfermos y de alimentar a los que tenían hambre, y, como pronto se darían cuenta, el poder de calmar el viento y las olas.

LA PAZ EN LAS TORMENTAS DE NUESTRA VIDA

Jesús se despertó, reprendió al viento y dijo a las olas: «¡Silencio! ¡Cálmense!». De repente, el viento se detuvo y hubo una gran calma.

MARCOS 4:39

Los discípulos deben haberse preguntado cómo era posible que Jesús tomara una siesta con las olas que chocaban y el viento que rugía. Lo sacudieron y le gritaron para que se despertara: «“¿No te importa que nos ahoguemos?”, gritaron. Cuando Jesús se despertó, reprendió al viento y dijo a las olas: “¡Silencio! ¡Cálmense!”. De repente, el viento se detuvo y hubo una gran calma» (Marcos 4:38-39). La crisis había terminado. Sin duda, uno podía oír los corazones de doce hombres impactados que latían fuertemente.

El pasaje nos dice que Jesús reprendió al viento así como un padre reprendería a un hijo travieso. Él trató con los demonios de la misma manera: los reprendió (Lucas 4:35). Y el viento lo obedeció, tal como lo hacían los demonios. Él tenía poder sobre lo natural y lo sobrenatural.

Esta gran exhibición de poder milagroso tendría que haber acabado con cualquier duda que quedara en la mente de los discípulos sobre quién era Jesús. Solo Dios tiene esa autoridad. El Antiguo Testamento nos dice que él tiene poder sobre la naturaleza: «Calmó la tormenta hasta convertirla en un susurro y aquietó las olas» (Salmo 107:29; ver también Salmos 89:9; 93:4). Ante los ojos de sus discípulos, Jesús demostró que poseía el poder que solamente podía emanar de Dios. Aparentemente, ellos no habían entendido este hecho hasta que lo vieron parar en seco la tormenta. Algunas cosas deben verse para creerse.

Durante sus tres años de seguir a Jesús, esos hombres presenciaron exhibiciones cada vez mayores del poder de Dios a través de él. Creían no porque se les enseñó a hacerlo, sino porque se les demostró. Los discípulos eran como bebés recién nacidos espiritualmente, cuyos ojos se abrían lentamente a la verdadera identidad de este Hombre al que seguían.

Dios está dedicado a desarrollar también nuestra vista espiritual. Frecuentemente usa las tormentas de la vida para demostrarnos que podemos confiar en él, en su poder, amor y sabiduría. En su libro sobre el Evangelio de Marcos, el pastor Tim Keller explica:

Podrías argumentar que este mundo es solamente el resultado de una monumental «tormenta», que estás aquí por accidente, por medio de fuerzas ciegas y violentas de la naturaleza, por medio del *big bang*, y que cuando mueras, te convertirás en polvo. [...]

Sin embargo, si Jesús es quien dice ser, hay otra manera de ver la vida. Si él es el Señor de la tormenta, entonces no importa en qué forma esté el mundo —o tu vida—, te darás cuenta de que Jesús provee toda la sanidad, todo el descanso, todo el poder que alguna vez podrías necesitar[\[94\]](#).

Joni Eareckson Tada ilustra cómo el inspirarse en el poder y en la paz de Jesús transforma su vida:

«Oh, Dios —oro frecuentemente en la mañana—, Dios, no puedo hacer esto. No puedo con esto que se llama cuadriplegia. No tengo los recursos para esto. No tengo las fuerzas para esto, pero tú sí. Tú tienes los recursos. Tú tienes fortaleza. No puedo con la cuadriplegia, pero “todo lo puedo hacer por medio de Cristo, quien me da las fuerzas” [Filipenses 4:13]. No tengo una sonrisa para esta mujer que va a entrar a mi habitación en un momento. Ella podría estar tomándose un café con otra amiga, pero ha decidido venir aquí para ayudarme a levantarme. Oh, Dios, por favor, ¿puedo tomar prestada tu sonrisa?»[\[95\]](#).

Nuestro amoroso Padre celestial es amable y paciente con nosotros cuando

las tormentas de la vida nos abruman y nos llenan de ansiedad. Él es misericordioso para mostrarnos su poder, incluso cuando comenzamos a preguntarnos si está dormido o ausente, incluso cuando nuestros gritos de ayuda están llenos de duda. Sin embargo, podemos enfrentar con valor cualquier circunstancia que nos aguarda si simplemente reflexionamos en la fidelidad de Dios y colocamos nuestra confianza en su gran poder y propósito amoroso para nuestra vida.

EL PROPÓSITO DE LAS TORMENTAS EN NUESTRA VIDA

¿Ocasionó Jesús esta tormenta simplemente para poder calmarla y desarrollar la fe de sus discípulos? La Biblia no da una respuesta directa, pero me inclino a decir que no. Él no necesitaba crear tormentas nuevas para demostrar su verdadera naturaleza, porque este mundo caído provoca más que suficientes problemas por sí solo. Él desarrolla nuestra fe al usar las tormentas que ya están allí. Por lo que no veo razón para creer que Jesús se fue a dormir con cualquier otro propósito que no fuera obtener el descanso que tanto necesitaba. Aun así, fue rápido para usar la tormenta como una oportunidad apropiada para enseñar. La tormenta le proporcionó la atención total de ellos y la lección nunca sería olvidada.

En vista de que eres un ser humano, creo que puedo decir con certeza que no tienes escasez de tormentas en tu vida. Como lo ha dicho alguien, siempre estamos en uno de tres lugares: nos dirigimos a una tormenta, estamos en una tormenta o estamos saliendo de una tormenta. Debido a que vivimos en un mundo caído, los problemas de algún tipo se tejen en la tela de la vida. Como alguien dijo, vivimos con «falsas ilusiones de suficiencia» hasta que estas tormentas atacan. Creemos tener todo bajo control, hasta que de repente no lo tenemos. Las tormentas nos obligan a poner pie a tierra y hacen que le temamos a lo que no podemos controlar.

Aunque Dios no crea las tormentas en nuestra vida, él hace lo que Jesús hizo esa noche en el mar de Galilea. Usa el mar agitado para demostrar su poder y fortalecer nuestra fe en él.

C. S. Lewis lo explica así:

Dios, que nos hizo, sabe qué somos y que nuestra felicidad descansa en él. Aun así, nosotros no la buscaremos en él, en tanto él nos deje cualquier otro recurso en el que sea posible buscarla. Mientras que lo que llamamos «nuestra propia vida» siga siendo agradable, no nos rendiremos a él. Entonces ¿qué puede hacer Dios para nuestro beneficio sino hacer menos agradable «nuestra propia vida» y quitar la posible fuente de falsa felicidad?[96]

Dios sabe que lo necesitamos y sabe que olvidamos cuánto. A veces permite que las tormentas arrasen para que nos envíen a toda prisa hacia él, como lo hicieron esos discípulos en aquella barca que estaba siendo sacudida.

El salmista David descubrió el valor de las tormentas que Dios le permitió superar:

Yo solía desviarme, hasta que me disciplinaste;
pero ahora sigo de cerca tu palabra.

SALMO 119:67

El sufrimiento me hizo bien,
porque me enseñó a prestar atención a tus decretos.

SALMO 119:71

En su libro *If God is Good* (Si Dios es bueno), Randy Alcorn escribe que vemos las enfermedades que no se sanaron y las tragedias que no se evitaron y nos preguntamos por qué Dios no se glorificó a sí mismo actuando. Cómo anhelamos que él aplaste cualquier manifestación del mal y dificultad en nuestra vida. «Pero el poder no es su único atributo —escribe Alcorn—. Él también se glorifica al mostrar su sabiduría»[97]. El poder de Dios es algo que complace a la multitud inmediatamente, pero para apreciar la sabiduría de Dios se requiere de paciencia y discernimiento. Un día estaremos con Dios, alabándolo por «su sabiduría al no evitar ciertos males que usó, en maneras que nunca podríamos haber imaginado, para nuestro bien final»[98].

Jesús permitió que los vientos arrasaran para que sus discípulos aprendieran a confiar en él. A través de las tormentas de la vida, nuestro Señor nos enseña muchas lecciones preciosas. Él nos recuerda nuestro propio vacío y nuestra dependencia total de él. Él nos enseña a temer a Dios con reverencia absoluta y a no temer las tormentas.

EL PRODUCTO DE LAS TORMENTAS EN NUESTRA VIDA

[Jesus] les preguntó: «¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?». Los discípulos estaban completamente aterrados. «¿Quién es este hombre? —se preguntaban unos a otros—. ¡Hasta el viento y las olas lo obedecen!».

MARCOS 4:40-41

Jesús fue más amable con sus discípulos de lo que fue con el viento. Mientras que reprendió al viento, solamente les hizo dos preguntas a sus discípulos: «¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?» (Marcos 4:40). Con estas preguntas, Jesús revela una verdad espiritual clave: lo opuesto a la fe no es la incredulidad; lo opuesto a la fe es el *temor*. La fe engendra confianza, mientras que la incredulidad engendra temor. Esencialmente, Jesús estaba diciendo: «¿A qué le tienen miedo? ¿Todavía no confían en Dios, cuyo poder está presente en mí?».

El libro de 1 Reyes habla del profeta Elías, que desafía a los profetas de Baal a un duelo de fe en la cima del monte Carmelo. Desde la mañana hasta el mediodía, los profetas de Baal clamaron a su dios para que hiciera descender fuego y consumiera el sacrificio del altar. Sin embargo, no sucedió nada, ni siquiera un destello. Elías se burló de ellos con un sarcasmo incisivo: «Tendrán que gritar más fuerte —se mofaba—, ¡sin duda que es un dios! ¡Tal vez esté soñando despierto o quizá esté haciendo sus necesidades! ¡Seguramente salió de viaje o se quedó dormido y necesita que alguien lo despierte!» (18:27).

Por supuesto que el dios ídolo inexistente fue indiferente a sus profetas. Los discípulos aparentemente supusieron que Jesús era igual de indiferente a sus súplicas. Ellos gritaron: «¡Maestro! ¿No te importa que nos ahogemos?». La sugerencia de Elías de que Baal podría estar dormido es precisamente la queja que los discípulos le hicieron a Jesús: «¡Estás dormido mientras nos ahogamos! ¡Despierta!».

Lamar Williamson Jr. nos recuerda que nuestras tormentas nos hacen preguntar si Dios siquiera sabe lo que sentimos:

Clamamos a Dios en medio de nuestras tormentas: «¿No te importa?». Tratamos de despertar a Dios para que cuide de nosotros. En esos momentos, el texto le habla a nuestra condición. Ilustra a Jesús en la barca con sus discípulos, presente con nosotros y preocupado por nosotros, incluso cuando no percibimos su cuidado[\[99\]](#).

Tal vez hay un temor específico que reclama tu atención ahora. Cualquiera que sea el temor, solo aumentará si no confías en Dios. Él no está dormido. Está aquí; él conoce cada pensamiento de tu mente, cada sentimiento de tu corazón. Mientras observas los cielos oscuros con preocupación, o incluso terror, él se enfoca en la persona que está formando y que él quiere que seas. Él ve esas tormentas como dolores del crecimiento, parte del proceso de formación. Él sabe que una tormenta puede ser precisamente lo que te despierte a la fe profunda en él.

¡Lo que verdaderamente me intriga acerca de este relato es que Jesús reemplazó el temor de ellos con *más temor*! Después de quedar boquiabiertos y maravillados por la repentina calma y el mar sin viento, «los discípulos estaban completamente aterrados. “¿Quién es este hombre? —se preguntaban unos a otros—. ¡Hasta el viento y las olas lo obedecen!”» (Marcos 4:41). Varias traducciones de la Biblia dicen: «se llenaron de gran temor». De repente se dieron cuenta de que estaban en presencia de un poder que nunca habían imaginado: un poder que residía en una Persona más poderosa que la violencia de un mar tormentoso.

No obstante, en cuanto a creer completamente que este Hombre era Dios en la tierra, los discípulos todavía no habían llegado a ese nivel de fe. Mateo nos dice que en su asombro preguntaron: «¿Qué clase de *hombre* es éste?», y no: «¿Qué clase de Dios es este?» (Mateo 8:27, NIV, énfasis agregado). Todavía estaban enfocados en su humanidad, aunque comenzaban a darse cuenta de que él era algo más que simple carne y sangre. Se dirigían hacia esa grandiosa confesión que Pedro hizo después: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16:16).

En ese momento, los discípulos todavía estaban aprendiendo la extraordinaria verdad que más tarde expresó el apóstol Pablo en Colosenses 1:16: «Por medio de él, Dios creó todo lo que existe en los lugares celestiales y en la tierra». Nunca cruzó por la mente de los discípulos el hecho de que Jesús en realidad había *creado* el mar de Galilea, de que los vientos y el agua son *suyos*. Los discípulos en ese salón de clases con forma de barca comenzaban a reconocer que Jesús era mayor —y más temible— que cualquier cosa o persona que ellos pudieran imaginar.

El temor de los discípulos hizo una transición crítica y pasó de estar centrado en ellos mismos a estar centrado en Cristo. Ellos ya no se preocuparon más por hundirse; ahora estaban impresionados por Jesús y tenían una nueva sensación de seguridad en él. Los temores debilitantes estaban siendo reemplazados por el temor fortalecedor de Dios, quien, como vagamente comenzaron a darse cuenta, estaba presente en el Hombre que tenían enfrente.

Jesús quiere que la admiración y el asombro por su poder nos dominen de tal manera que jamás volvamos a experimentar temor profundo. Si tiene que usar cada tormenta que amenace nuestro velero, lo hará, porque está determinado a llevarnos a la madurez.

LAS PROMESAS PARA LAS TORMENTAS DE NUESTRA VIDA

Imagina que tienes un puesto clave en el Departamento de Estado de Estados Unidos. El 1 de marzo te reúnes con el secretario de estado, quien te hace acordar de una reunión en Londres, planificada para el último día del mes. Cuando la reunión informativa termina, el secretario dice: «Te veré en Londres el treinta y uno». El Departamento de Estado se encargará de que no faltes a la reunión. Ellos proporcionarán el avión que te llevará allá. Sin embargo, tus actividades durante las semanas previas a esa fecha son más flexibles. Mientras atiendes tus responsabilidades usuales, tu calendario pasará por toda clase de cambios para atender crisis inesperadas. Sin embargo, el treinta y uno, no hay duda en cuanto a dónde estarás. El secretario se encargará de que estés en Londres.

Algo similar le ocurrió al apóstol Pablo. Cuando casi fue linchado por una turba de judíos, los soldados romanos lo arrestaron por su propia seguridad. «Esa noche el Señor se le apareció a Pablo y le dijo: “Ten ánimo, Pablo. Así como has sido mi testigo aquí en Jerusalén, también debes predicar la Buena Noticia en Roma”» (Hechos 23:11).

Esa visión le dijo a Pablo dos cosas. Primero, se iría a Roma. Segundo, no iba a morir en Jerusalén, porque Dios se encargaría de que llegara a Roma. El tiempo intermedio era más incierto. Hechos 23–28 completa los detalles. Pablo pasó dos años defendiéndose ante los gobernadores romanos y el rey Agripa. Cuando se embarcó hacia Roma, una tormenta lanzó violentamente el barco a las rocas en Malta. Pablo sobrevivió al naufragio y, después de eso, a la mordida de una serpiente venenosa. Simplemente, no iba a morir antes de llegar a Roma. Pablo tenía por delante el cumplimiento de un mandato, y Dios se encargaría de que llegara allá.

A los discípulos se les dio una garantía similar antes de emprender el viaje en el mar de Galilea. Jesús había dicho: «Crucemos al otro lado del lago» (Marcos 4:35). Si Jesús había mencionado un destino, era seguro de que llegarían allá. ¿Podría haber una tormenta? Sin duda. ¿Sería un viaje cómodo? No había seguridad de ello. Los discípulos podrían haberse preocupado por marearse, pero no tenían que preocuparse por hundirse. Jesús les había dicho adónde iban.

En realidad, para nosotros no es distinto. Desde nuestro punto de vista, los días por delante son inciertos. No sabemos su contenido ni cuántos serán. Sin embargo, conocemos nuestro destino. Se nos ha dicho que Jesús se fue antes a preparar lugar para nosotros (Juan 14:1-3). La Palabra de Dios está llena de esas promesas, y comprenderlas es tener la cura para el temor.

La Palabra de Dios nos asegura un desembarque seguro

Observa lo que Jesús les dijo a sus discípulos cuando iniciaron su viaje: «Al atardecer, Jesús dijo a sus discípulos: “*Crucemos al otro lado del lago*”» (Marcos 4:35, énfasis agregado). Ahora bien, considera lo que dice el texto en cuanto al final del viaje: «Vinieron *al otro lado* del mar, a la región de los gadarenos» (Marcos 5:1, RVR60, énfasis agregado).

La Palabra de Dios nos asegura un desembarque seguro: lograremos llegar al otro lado. Hay dos clases de destino que merecen nuestra atención: destinos temporales y nuestro destino final. Dios nos asegura que llegaremos a nuestro destino final: la vida en su Reino eterno. Esa promesa por sí sola debería disipar toda clase de temor, el temor a las tormentas y el temor al temor en sí. Si Dios dice que los que están en Cristo serán salvos, serán salvos.

Sin embargo, ¿se nos garantiza el paso por cada tormenta en el camino hacia ese destino final? No. Piensa en todos los santos que murieron como mártires. Me parece significativo que una vez que la muerte fue segura, muchos de estos héroes de la fe murieron sin temor. Ellos pudieron hacerlo solo porque tenían una fe completa en la garantía de Dios de su destino final.

¿Podrías morir así? Si tu día fuera hoy, ¿sentirías la alegría de saber que ibas a llegar a la playa más lejana? En Cristo, la muerte pierde todo el poder de atemorizar.

Jesús ofreció las siguientes palabras de aliento a sus discípulos y nos da la misma promesa a nosotros: «Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco, y ellas me siguen. Les doy vida eterna, y nunca perecerán. Nadie puede quitármelas, porque mi Padre me las ha dado, y él es más poderoso que todos. Nadie puede quitarlas de la mano del Padre. El Padre y yo somos uno» (Juan 10:27-30).

La Palabra de Dios nos advierte que debemos esperar aguas tormentosas

Me parece iluminador que el apóstol Santiago, el medio hermano de Jesús, usara la metáfora de un mar turbulento cuando habló de las pruebas (Santiago 1:2-8). Él dice que encontraremos tormentas en esta vida, y sin fe seremos «como una ola del mar que el viento arrastra y empuja de un lado a otro» (Santiago 1:6).

«Amados hermanos —escribe Santiago—, *cuando* tengan que enfrentar cualquier tipo de problemas, considérenlo como un tiempo para alegrarse mucho» (versículo 2, énfasis agregado). Observa que no dice *si* sino *cuando*. La Biblia nunca promete cielos despejados, aunque algunos tienen dificultad en comprender esa idea. Ni siquiera Jesús, que vivió una vida perfecta, estuvo exento de las tormentas. Hebreos 5:8 nos dice que a él se le permitió sufrir, y Romanos 8:32 explica por qué, diciendo que «Dios no se guardó ni a su propio

Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros». Dios permitió que su propio hijo sufriera para que nosotros pudiéramos librarnos del castigo que nos hemos ganado y disfrutar de cada regalo bueno que Dios nos da.

Si Jesús tuvo que sufrir, ¿por qué pensaríamos que podemos estar exentos? Después de todo, como él lo explicó: «Los alumnos no son superiores a su maestro, y los esclavos no son superiores a su amo» (Mateo 10:24). Luego él les dijo que no temieran las tormentas que inevitablemente los atacarían (versículo 26).

La Biblia está llena de relatos del pueblo de Dios que soporta y vence a las tormentas. Hebreos 11 es una recopilación de esas historias. Pablo relata su propias experiencias de clima tormentoso en 2 Corintios 6 y 11, y no habla solo metafóricamente. ¡Este hombre sufrió por lo menos cuatro naufragios! No debemos descartar esos ejemplos heroicos como casos especiales; nos recuerdan que cristianos comunes como nosotros también podemos ser vencedores. Esa es la promesa de Dios. Sin embargo, nunca se nos promete que cuando llegue la tormenta, con seguridad esquivaremos las gotas de lluvia. Pedro escribe:

Queridos amigos, no se sorprendan de las pruebas de fuego por las que están atravesando, como si algo extraño les sucediera. En cambio, alégrense mucho, porque estas pruebas los hacen ser partícipes con Cristo de su sufrimiento, para que tengan la inmensa alegría de ver su gloria cuando sea revelada a todo el mundo.

1 PEDRO 4:12-13

Jesús nos da la clave para sobrevivir a las tormentas en su historia acerca de las dos casas: uno construida en la arena, el otro en roca sólida. La arena representa los valores poco profundos, variables y no confiables de la cultura mundana. La roca representa la inquebrantable verdad de Dios (Mateo 7:24-27). Cuando la tormenta arrasa, la primera casa se derrumba rápidamente en la arena y el mar se la lleva. La otra casa permanece firme, soportando la fuerza de los vientos más violentos. En décadas de ministerio, frecuentemente he visto la

verdad de esta parábola vívidamente demostrada. La gente que coloca su confianza en Dios soporta cualquier tormenta, porque ha construido su vida en el único fundamento que no se puede mover.

La Palabra de Dios anuncia que el Salvador está a bordo

Los discípulos eran demasiado inexpertos con Jesús como para tener una fe exenta de temor. Tal vez tú eres así. Te identificas con Cristo, pero no tienes ninguna seguridad cuando las nubes se asoman. Cuando el cielo se oscurece, podrías preguntarte si deberías meterte a la barca con Jesús o quedarte en la playa, con la esperanza de evitar la tormenta. El problema con esa opción es que es falsa. Puedes correr, pero no te puedes esconder. Las tormentas te encontrarán. No puedes decidir si la lluvia llegará; solo puedes decidir si llevas o no un paraguas.

«Pero él está dormido —dices—, a él no le importa». No permitas que ese silencio aparente te lleve a la conclusión de que él no está contigo. Él dice: «Nunca te fallaré. Jamás te abandonaré» (Hebreos 13:5). Como les dijo a sus discípulos: «Estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos» (Mateo 28:20).

Esas son promesas, y él nunca ha dejado de cumplirlas. El hecho más indiscutible de tu vida es que él estará contigo. Lo que es incierto es tu comprensión de ese hecho, tu capacidad de confiar y de construir tu casa sobre esa verdad. Es el único fundamento en existencia a prueba de tormentas.

Adoniram Judson fue el primer misionero de Estados Unidos en el extranjero. Él dedicó su vida al servicio de Dios, y aun así, perdió a su esposa y, tres meses después, a su pequeña hija, María. Judson estaba destrozado por el dolor. Había estado lejos, ocupado en los negocios de su Padre, durante la enfermedad de su esposa y le fue casi imposible perdonarse. Escribió: «Dios es para mí el gran Desconocido. Creo en él, pero no lo encuentro»[\[100\]](#).

Los siervos más sabios y profundos de Dios se han sentido de esa manera. C. S. Lewis, el escritor cristiano más influyente del siglo xx, estaba apesadumbrado cuando su esposa murió. No podía sentir la presencia de Dios. Escribió: «Lo buscas cuando tu necesidad es desesperante [...] y ¿qué encuentras? Una puerta que se cierra en tu cara, el sonido de que echan el cerrojo y un cerrojo doble por dentro. Después de eso, silencio»[\[101\]](#). A pesar de estas angustiosas expresiones

de soledad, ni Judson ni Lewis habían perdido su fe. A veces las lluvias golpean lo suficientemente fuerte como para ahogar todas las demás voces, y nos cuesta oír a Cristo que calma la tormenta. Sin embargo, eso no significa que no la calme. Las tormentas pasan, como ocurrió con estos dos cristianos, y oímos la voz de Dios una vez más, esta vez a través de una sabiduría nueva, templada por nuestras batallas. Y nos damos cuenta de que él estuvo allí todo el tiempo.

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza;
siempre está dispuesto a ayudar en tiempos de dificultad.
Por lo tanto, no temeremos cuando vengan terremotos
y las montañas se derrumben en el mar.
¡Que rujan los océanos y hagan espuma!
¡Que tiemblen las montañas mientras suben las aguas!

SALMO 46:1-3

La Palabra de Dios afirma que la fe expulsa el temor

Como mencionamos anteriormente, cuando los discípulos aterrorizados despertaron a Jesús en medio de la tormenta, él los instó a elegir entre el temor y la fe (Marcos 4:40). Eso es lo que él nos pide. ¿Por qué tenemos miedo todavía, sabiendo lo que sabemos del amor y del poder de Jesús? Creo que frecuentemente la respuesta se debe a que nuestra fe no ha madurado completamente.

Charles Spurgeon usa dos ejemplos bíblicos para mostrarnos cómo la fe de uno puede crecer hasta llegar a ser más fuerte y más completa. El primero es David, quien dice: «Cuando tenga miedo, en ti pondré mi confianza» (Salmo 56:3). El segundo ejemplo es Isaías, quien dice: «Confiaré en él y no tendré temor» (Isaías 12:2).

Charles Spurgeon compara la fe de estos dos hombres con las medicinas, y la de Isaías es la marca más fuerte. Él habla de un hombre que tuvo un resfrío pero dio gracias por la prescripción que lo ayudó a superarlo. Un vecino dijo: «¿Agradecido por qué? ¡Yo tengo algo que te ayudaría a evitar el resfrío en

primer lugar!». Si tienes una fe que te ayuda a lidiar con el temor, Spurgeon dijo que se alegraba por ti. Sin embargo, ¿por qué no desarrollar una fe de más alto nivel que es resistente al temor?[\[102\]](#)

Cuando los discípulos se metieron en la barca con Jesús, ni siquiera tenían la primera clase de fe. No confiaban en Jesús, por lo que su temor escaló a completo terror. Cuando Jesús despertó y calmó la tormenta, el llegar al reconocimiento de quién era él en realidad hizo que su fe avanzara hacia un nuevo nivel. Posteriormente nos enteramos que llegaron a ser verdaderamente intrépidos y que proclamaron la verdad del Reino a pesar de toda clase de tormentas. Si hubieran poseído una fe madura ese día en la barca, habrían podido acurrucarse y tomar una siesta con Jesús, sin que les preocupara la tormenta embravecida a su alrededor.

Sin importar cuál sea tu problema, puedes acudir a Dios en medio de él, y él calmará la tormenta. No obstante, profundo es el gozo del que acude a Dios *antes* de la tormenta, porque se dará cuenta de que su fe expulsa todo temor.

CAPÍTULO 8

DEPRESIÓN: *Miedo a un colapso mental*

*No tengas miedo, porque yo estoy contigo; no te desalientes,
porque yo soy tu Dios. Te daré fuerzas y te ayudaré; te sostendré
con mi mano derecha victoriosa.*

ISAÍAS 41:10

Alice Metzinger se sentía encerrada, asfixiada. La vida para ella era un hoyo profundo, oscuro y sin salida. No había futuro ni presente, pero sí había un pasado, un pasado al que no podía retroceder, con sus preguntas sobre la vida que podría haber sido. Alice no era nada de lo que aparentaba ser. Ni siquiera era Alice.

En realidad ella era Katherine Power, una fugitiva de la ley por casi un cuarto de siglo. La verdadera Alice Metzinger había muerto de bebé, sin nada más que un nombre, y Katherine le había robado ese nombre en un momento de desesperación.

Ella había asistido a Brandeis University en la época culminante de la protesta por la guerra de Vietnam. En 1970, había dirigido una organización radical llamada la National Student Strike Force. Enardecido con la idea de luchar contra el gobierno, el grupo de Katherine estaba empeñado en suplir armas de fuego al partido Black Panther. Los Panther entonces derrocarían al gobierno, o por lo menos esa era la idea.

De alguna manera, los de la Strike Force asaltaron el depósito de armas de la Guardia Nacional y se apoderaron de cuatrocientos cartuchos de municiones y de algunas armas. Después incendiaron el edificio.

Tres días después, los de la Strike Force robaron un banco en Brighton, Massachusetts. Katherine, sentada al timón de un automóvil para huir, vio cómo uno de sus cómplices abatía a tiros a un policía. Las cosas se descontrolaron;

todos los disidentes fueron capturados y arrestados, excepto Katherine y una amiga. Ellas desaparecieron sin dejar rastro y asumieron identidades nuevas hasta que la amiga fue capturada en 1975.

Katherine eludió a las autoridades cambiándose el nombre, trasladándose de ciudad en ciudad, manteniendo un perfil bajo y mintiendo respecto a todo. Se preguntaba cómo sería vivir libre y absuelta, sin un pseudónimo; ser una vecina normal, sin secretos. Había seguido el camino de la agitación estudiantil y ahora, agitación era todo lo que tenía.

Finalmente llegó a Oregon, donde logró encontrar trabajo en el negocio de restaurantes. Llegó a ser madre y esposa. Tal vez finalmente había dejado atrás la nube oscura que la había seguido desde su juventud. No obstante, la depresión llegó a ser más oscura, sin importar lo que hiciera para borrar su pasado.

Un día, Katherine simplemente supo que había llegado al final del camino. Tenía que alejarse de la mentira de toda una vida, la mentira llamada Alice Metzinger. Ella entendía ahora que el asunto principal no era lo que había hecho; se trataba de lo que ella era, o no era, por dentro. La depresión y su gemela, la desesperación, la estaban sofocando. Katherine se entregó a la policía de Boston.

Se declaró culpable de robo a mano armada y homicidio involuntario, y se dirigió a la prisión. Para ella, eso era solamente otra manera de ser la prisionera que siempre había sido.

En 1999, a la edad de cincuenta años, fue liberada después de seis años de vivir detrás de las paredes de la cárcel. Ella le dijo a un reportero que estaba «aprendiendo a vivir en franqueza y verdad, en lugar de vergüenza y clandestinidad». Finalmente había enfrentado su culpa y su depresión. Katherine se dedicó a la educación y a la filosofía, y con el tiempo llegó a ser catedrática. Después de todos los años de correr una carrera perdida en contra de un enemigo implacable —la depresión clínica—, ahora sentía como que estaba saliendo de las sombras profundas hacia un día de abril[103].

La vida no era perfecta, pero tenía algo esencial: *significado*.

La gente deprimida no siempre tiene secretos oscuros, pero sí tiene una carga abrumadora de desesperación. Se pueden mudar, pueden cambiar de trabajo, pueden cambiar de cónyuge, pero la nube oscura nunca cambia; con el tiempo, simplemente define el cielo.

La depresión es un camino largo y tortuoso a través de la oscuridad, sin señales, sin vistas panorámicas y sin un destino claro. Transcurre en medio del desánimo, la desesperación, el abatimiento y hacia la muerte. Por lo menos, así es como se siente. Los que la sufren no ven rampas de salida ni rutas de escape. La depresión es una enfermedad devastadora del espíritu.

Ocasionalmente he experimentado desánimo en mi vida, pero creo que nunca he atravesado la línea hacia la depresión. Sin embargo, he sido pastor de algunos que sí han sufrido depresión y he leído sobre las experiencias de otros. Cuando he aconsejado a personas deprimidas, he oído de temas comunes en sus relatos: corazones vacíos, espíritus sin vida, una tristeza recurrente como el cáncer. El hedor de la muerte llega a través de las palabras de gente deprimida, y sé que no existe enfermedad más profunda para el alma. Un consejero la ha descrito como «una agonía permanente día tras día, noche tras noche, a nivel casi arterial»[\[104\]](#).

El temor es uno de los socios malvados de la depresión. «Cuando la depresión está en su auge, la paranoia es una de sus características fundamentales. Es el temor descontrolado. Puede sentirse como que tú y tu mundo se desmoronan, y estás seguro de que no hay nada que puedas hacer al respecto»[\[105\]](#).

Cuando nuestros temores se pueden identificar, podemos defendernos de ellos, pero con la depresión, los temores no se pueden determinar ni expulsar. Ellos han capturado a su presa y no la soltarán.

Debido a que somos personas holísticas, la gente deprimida sufre no solo en su espíritu sino también en su cuerpo. Se enferman más frecuentemente. Pierden la energía que necesitan para la vida diaria y caen en un letargo, o se escapan durmiendo, cuando logran hacerlo. Les cuesta mucho pensar con claridad u ocuparse de cualquier cosa que los rodea.

Con el paso de los siglos, los escritores han descrito la depresión con términos sombríos; incluso la comparan con el infierno o con la muerte. J. B. Phillips la caracterizó como una «sensación de terror y alienación casi insoportable»[\[106\]](#). El autor William Styron calificó a la depresión como «las profundidades negras del infierno»[\[107\]](#). Y en la *Divina comedia* de Dante, la

entrada al infierno se iguala a la desesperanza de la desesperación: «Abandonen toda esperanza, ustedes que entran aquí», dice la inscripción de Dante en la entrada del infierno[\[108\]](#).

La depresión empapa la carne y los huesos, satura la mente y finalmente apaga el espíritu humano.

LA EPIDEMIA DE LA DEPRESIÓN

Hagamos cálculos:

- El riesgo de desarrollar una depresión grave en la vida es alrededor de 17 por ciento.
- Casi diecisiete millones de estadounidenses adultos y dos millones de adolescentes reportan una depresión grave en un año dado.
- La depresión ahora es la causa principal de incapacidad en Estados Unidos.
- La enfermedad cuesta cincuenta y cinco mil millones de dólares en baja productividad y ausentismo en el lugar de trabajo cada año.
- El uso de antidepresivos se ha disparado en casi 400 por ciento desde 1988. Los antidepresivos ahora son la medicina más común para los adultos jóvenes[\[109\]](#).

Estas estadísticas llevan a otra pregunta: ¿es Estados Unidos el país más triste del mundo? La Organización Mundial de la Salud y la escuela de medicina de Harvard sugieren que podría ser cierto. Ellos descubrieron que 9,6 por ciento de estadounidenses experimentan trastorno bipolar, trastorno depresivo grave o depresión leve crónica en el transcurso de un año, el índice más alto entre los catorce países grandes en que se realizó la encuesta[\[110\]](#). Los países que obtuvieron calificaciones mejores que Estados Unidos incluían países afectados por la guerra, el desempleo y la pobreza, tal como Líbano, México y Nigeria.

Si estas cifras son verdaderas, y yo creo que sí lo son, entonces todos conocemos a alguien que batalla con la depresión, o nosotros podríamos batallar con ella en algún momento de nuestra vida. Debemos darnos cuenta de que la depresión es el equivalente espiritual al cáncer o a cualquier otra enfermedad

terrible. La diferencia es que la depresión llega de adentro, por lo que frecuentemente no la reconocemos. Solo sabemos que estamos confundidos por los cambios graduales en nosotros mismos o en nuestros seres amados.

Por eso es que creo que hay que discutir este temor. Sé que es un tema difícil: ¿qué podría ser más deprimente que la depresión? Sin embargo, ya no nos referimos a una situación fuera de lo común o poco probable. Ahora sabemos que la depresión es un asesino silencioso, un parásito del corazón y de la mente. Debemos estar alertas cuando aparece en nuestra vida; debemos ser compasivos cuando llega a la vida de las personas que amamos.

Hay cosas que podemos hacer para mantener nuestros espíritus saludables, así como hay ejercicios para mantener nuestro cuerpo saludable. Además, reconozcamos abiertamente que, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, tenemos que pedir ayuda. Aun así, nuestro viaje hacia la sanidad es más efectivo cuando cuidamos nuestra alma de manera proactiva.

El primer curso de acción es conocer al enemigo. Observamos una serie de personajes en la Biblia que nos dejan ver lo que es estar deprimido, y lo que se requiere para sanar.

LA EXPERIENCIA DE LA DEPRESIÓN

«Deprimir» algo simplemente significa hacerlo más pequeño de lo que normalmente es. En este sentido, todos hemos experimentado alguna forma de depresión en algún momento de la vida: pensar y funcionar a un nivel por debajo de la norma. De hecho, a la depresión (sentirse «de bajón») se le ha llamado el resfriado común del alma porque, tarde o temprano, aqueja a la mayoría de gente.

La depresión es algo *humano*, no solo algo que no es cristiano. Algunos héroes cristianos a lo largo de las épocas han sufrido de ataques de depresión, por lo que es peligroso ser arrogante espiritualmente. La lluvia cae sobre los justos y los injustos, y la depresión también. Somos criaturas caídas porque nos hemos rebelado contra Dios, y por lo tanto somos susceptibles a la depresión así como a otros incontables frutos amargos de la Caída. La Biblia da testimonio de ese hecho con sus muchos estudios de caso.

Por ejemplo, escucha a Moisés, quien recibió la tarea de guiar a una nación de israelitas quejumbrosos en un viaje sin propósito por el desierto (una metáfora de la depresión, si alguna vez hubo una). Moisés le clama a Dios: «¡Solo no puedo soportar a todo este pueblo! ¡La carga es demasiado pesada! Si esta es la manera como piensas tratarme, sería mejor que me mataras. ¡Hazme ese favor y ahórrame esta miseria!» (Números 11:14-15).

La mentalidad de «sería mejor que me mataras» vuelve a aparecer en la historia de Elías, cuando la malvada reina Jezabel acosó y persiguió al profeta. «Basta ya, SEÑOR; quítame la vida, porque no soy mejor que mis antepasados que ya murieron» (1 Reyes 19:4).

Aun así, esto es lo que debes saber de Moisés y de Elías: Jesús se reunió con estas mismas dos personas en el monte de la Transfiguración (Mateo 17:1-13). J. Oswald Sanders hace la siguiente afirmación: debemos sentirnos consolados porque dos hombres que llegaron a la profundidad de la melancolía se elevarían a la cima de la gloria terrenal[\[111\]](#).

Sin embargo, en la depresión no hay cimas de montañas, y la transfiguración parece inimaginable. Las expresiones más elocuentes de profunda desesperación se pueden encontrar en las Escrituras. Escucha a David mientras expresa su miedo a la depresión:

Día y noche solo me alimento de lágrimas,
mientras que mis enemigos se burlan continuamente de mí diciendo:
«¿Dónde está ese Dios tuyo?».

SALMO 42:3

Mientras me negué a confesar mi pecado,
mi cuerpo se consumió,
y gemía todo el día.
Día y noche tu mano de disciplina pesaba sobre mí;
mi fuerza se evaporó como agua al calor del verano.

SALMO 32:3-4

Muchos líderes eclesiásticos destacados han batallado con una noche oscura del alma. Un domingo por la mañana de 1866, el famoso predicador británico C. H. Spurgeon impactó a sus cinco mil oyentes cuando se puso de pie en el Metropolitan Tabernacle de Londres para iniciar un sermón sobre Isaías 41:14. Podemos ver por qué sus oyentes se impresionaron con las palabras de este gigante espiritual:

Hoy tengo que hablarme a mí mismo, y mientras hago el esfuerzo de alentar a los que están afligidos y abatidos, confío en que estaré predicando a mí mismo, porque necesito algo que anime mi corazón; no puedo decir por qué, no sé la razón, pero tengo un aguijón en la carne, un mensajero de Satanás que me golpea; mi alma está abatida dentro de mí, siento como que prefiero morir que vivir; todo lo que Dios ha hecho por mí parece haberse olvidado, y mi espíritu flaquea y mi valor se desintegra. [...] Necesito sus oraciones[\[112\]](#).

Para algunos en la audiencia de Spurgeon era incomprensible que el predicador más grande del mundo confesara esta clase de desesperación.

Martín Lutero, considerado por muchos el padre de la Reforma Protestante, fue objeto de ataques de oscuridad tan intensos que se escondía lejos por días y su familia retiraba todos los implementos peligrosos de la casa, por miedo a que se hiciera daño. En medio de una de esas épocas, escribió: «Por más de una semana estuve cerca de las puertas de la muerte y del infierno. Temblé con todos mis miembros. Cristo estaba totalmente perdido. Fui zarandeado por la desesperación y la blasfemia de Dios»[\[113\]](#).

El reformador escocés John Knox oró: «Señor Jesús, recibe mi espíritu y ponle fin a esta vida desdichada»[\[114\]](#).

Juan Bunyan, que nos dio la alegoría clásica *Pilgrim's Progress* (*El progreso del peregrino*), escribió: «A veces un gran desánimo me asalta [...] temo que no voy a poder hablar ni una palabra de edificación [...] en esos tiempos se apodera de mi cuerpo tal desfallecimiento y falta de vigor que mis piernas casi no han podido sostenerme»[\[115\]](#).

Puedes ver por qué digo que la depresión es una condición humana que no respeta la estatura espiritual de nadie. La depresión es un resultado más de nuestra condición caída, pero también otra oportunidad para que Dios sea glorificado.

LA EXPRESIÓN DE LA DEPRESIÓN

Aunque existen muchas expresiones de depresión en la historia de la iglesia y en la Biblia, ninguna es más conmovedora que el relato que se registra en Job 3.

Al inicio del capítulo, Job está con las manos vacías ante su Dios. En los capítulos 1 y 2 nos enteramos de que todo lo que poseía fue destruido, incluso sus hijos y su salud. Su esposa ha permanecido, pero su espíritu se envenenó. Ella le dice a su esposo: «Maldice a Dios y muérete» (Job 2:9). Aquí tenemos a una mujer que insta a su hombre a que se suicide.

En Job 2:11-13 encontramos una apreciación de las profundidades del dolor de Job. Tres de sus amigos llegan de visita; para eso son los amigos, ¿no es cierto? Cuando ven a Job, quedan impactados por su apariencia y comienzan a llorar. Proceden con los rituales de duelo (se rasgan las túnicas, echan polvo hacia el cielo) y se sientan en silencio por siete días. Job está en un tormento visible y ellos tienen miedo de hablar. Él también está cubierto de llagas como parte del ataque del diablo. No obstante, lo que hay en su piel es sustancialmente menos devastador que lo que hay en su corazón: la pura oscuridad de la desesperación y depresión, la ausencia de esperanza.

En Job 29–30, Job habla de lo profundo que ha caído, y contrasta su condición actual con su vida bendecida antes de que comenzaran sus aflicciones. Él recuerda una época en que la vida era simple. Dios era su amigo, una parte de su hogar, quien lo bendijo con hijos, prosperidad y toda cosa buena. En la ciudad, las personas influyentes aplaudían a Job y los jóvenes lo imitaban. Sin embargo, todo eso ha terminado. Ahora es el tema de los comediantes locales, un blanco para la crueldad, una historia aleccionadora que hace que los demás se sientan mejor con su propia suerte.

El destello del favor divino en la vida de Job se ha convertido en la putrefacción de la depresión, y la oración se ha convertido en un monólogo sin sentido que se dirige a un cielo vacío.

Aun así, Job supera las pérdidas físicas muy rápidamente. Se preocupa más por la falta de respuestas: la verdadera *raíz* de su amargo infortunio. ¿Cuáles son los propósitos de Dios? Lo que le molestaba a Job es lo que muy frecuentemente perturba a los que están deprimidos: no hay respuestas, no hay explicación, ninguna luz al final del túnel y, lo peor de todo, el silencio de Dios.

El difunto pastor Ray Stedman escribió: «Pocas cosas son más difíciles de soportar que el sufrimiento sin sentido. Si pudiéramos ver alguna razón para lo que tenemos que pasar, podríamos soportarlo más fácilmente, pero los problemas sin sentido son algo corrosivo para nuestra alma»[\[116\]](#). Al igual que los discípulos de Jesús (Juan 9:1-2), Job asociaba el sufrimiento con el pecado. Sin embargo, Job era «un hombre intachable, de absoluta integridad, que tenía temor de Dios y se mantenía apartado del mal» (Job 1:1). Por eso quería una explicación. ¿Por qué Dios había permitido que le quitaran todo en su vida?

Lo que comenzó como el derrumbe en la vida externa de Job —riqueza, familia, salud— se convirtió en una batalla para evitar que su vida interna se desintegrara. Mientras uno mantenga la fe y la esperanza, las pérdidas se pueden restaurar. No obstante, cuando la depresión se arraiga, la fe y la esperanza frecuentemente desaparecen. Sin esas anclas del alma, es muy difícil para los que sufren de una desesperación profunda levantarse y revertir su situación. Por eso es que Job estaba paralizado, incapaz de hacer algo, excepto profesar su inocencia y preguntar: «¿Por qué?».

En Job 3, vemos una exhibición audaz de la humanidad de Job mientras derrama tres lamentos. exploremos cada uno de ellos.

«¿Por qué llegué?» (Job 3:1-10)

Job no maldice a Dios, pero sí maldice el día de su propio nacimiento:

Que sea borrado el día en que nací,
y la noche en que fui concebido.
Que ese día se convierta en oscuridad;
que se pierda aun para Dios en las alturas,
y que ninguna luz brille en él.

JOB 3:3-4

Obviamente, estas son las palabras de un hombre que no ve futuro para sí.

Posteriormente, Job admite que sus palabras han sido impulsivas (Job 6:2-3). Sin embargo, por el momento su honestidad es franca aunque desagradable: un alma herida que habla. Todos sabemos cómo se siente cuando la angustia profunda encuentra su voz en nosotros. Cuando la vida llega a ser irracional, nuestro punto de vista sigue el mismo camino y decimos cosas que nunca habríamos imaginado.

«¿Por qué sobreviví?» (Job 3:11-19)

Si Job lamenta su propio nacimiento, también debe cuestionar la vida que fue posible con su nacimiento. «¿Por qué no nací muerto? —se pregunta—. ¿Por qué no morí al salir del vientre?» (Job 3:11).

Cuando la vida es buena, pensamos: *Ah, de esto se trata todo*. Trabajo gratificante, familia saludable, el gozo de Dios y de sus dones. Eso es vivir. No obstante, ¿qué le pasa a esa definición cuando nos quitan sistemáticamente esas alegrías? Job se pregunta por qué Dios permite que esa vida tan desgarradora continúe.

Abraham Lincoln, otra gran figura torturada en la oscuridad, dijo una vez:

Ahora soy el hombre vivo más desdichado. Si lo que siento se distribuyera equitativamente a toda la familia humana, no habría un rostro alegre en la tierra. No puedo decir si alguna vez llegaré a estar mejor; presiento terriblemente que no. Permanecer como estoy es imposible; me parece que debo morir para mejorar[\[117\]](#).

El aislamiento de la depresión habla con un susurro autoritario: «Estás solo. Nadie se siente como tú y nunca vas a mejorar». Abraham Lincoln, que tuvo que reconciliar a un país dividido, primero tuvo que reconciliar a su propia alma caótica.

A pesar de su sufrimiento, Job creía que tenía que haber alguna solución; sabía que la suma total de su pecado no se podía traducir a ese nivel de aflicción. Estaba seguro de que tenía que haber una respuesta y que Dios la revelaría algún día. Aun así, en el tercer capítulo, la desesperación domina la situación y Job se pregunta por qué tiene que pasar por un momento así.

«¿Por qué estoy vivo?» (Job 3:20-26)

El tercer lamento de Job es uno muy común actualmente. Básicamente él dice: «Ya que tuve que nacer y no morí al nacer, ¿por qué no puedo simplemente morir ahora?».

Oh, ¿por qué dar luz a los desdichados,
y vida a los amargados?
Ellos desean la muerte, pero no llega;
buscan la muerte con más fervor que a tesoro escondido.
Se llenan de alegría cuando finalmente mueren,
y se regocijan cuando llegan a la tumba.

JOB 3:20-22

Seis veces en Job 3, Job pregunta: «¿Por qué?». Eso debería decirnos claramente que no es pecado preguntar por qué. Cuando está moribundo en la cruz, Jesús le pregunta a su Padre: «¿Por qué me has abandonado?» (Mateo 27:46). No obstante, ni siquiera Jesús recibió respuesta. Está bien hacer la pregunta, siempre y cuando no tengamos la idea de que Dios nos debe una respuesta. Job preguntó: «¿Por qué?», pero Dios guardó silencio.

Por lo menos seis figuras bíblicas se suicidaron: Sansón, Saúl, el escudero de Saúl, Ahitofel, Zimri y Judas. Hay una línea muy delgada entre querer acabar con la vida y en hacerlo realmente. Aquí debemos darle mérito a Job: él nunca atravesó esa línea, aunque su esposa lo sugirió (Job 2:9). Sus pensamientos en cuanto a la muerte no lo llevaron a quitarse su propia vida. Él sabía que su vida le pertenecía a Dios y no a él. Su pregunta a Dios era: «¿Por qué me dejas vivo para soportar esta agonía, cuando prácticamente ya estoy muerto?».

William Barclay escribe que esta es la grandeza de Job: el valor y la tenacidad de su fe precisamente en medio de la tormenta:

La verdadera grandeza de Job está en el hecho de que a pesar de todo lo que destrozó su corazón, nunca dejó de aferrarse a su fe ni a Dios. La fe de Job no es una sumisión servil, pasiva y sin interrogantes; Job batalló,

se preguntó y a veces hasta desafió, pero la llama de la fe nunca se extinguió en su corazón[118].

Los veteranos de la desesperación tienen un lugar en el Reino; simplemente debemos aferrarnos a la fe que tenemos, así como lo hizo Job, sabiendo que Dios tiene un propósito eterno para nosotros, aunque ahora nos ataquen los problemas.

EXPLICACIONES PARA LA DEPRESIÓN

A medida que el drama de Job se desarrolla, tenemos el beneficio de enterarnos entre bambalinas. Entendemos más que el mismo Job por qué ocurren estas cosas. Se nos ha puesto al tanto del trasfondo espiritual que ha ocasionado la tormenta en su vida.

Si tan solo pudiéramos hacer lo mismo en nuestra propia situación. No podemos conocer los detalles de la guerra espiritual que acontece, o algunas veces, las bases químicas o puramente emocionales de la depresión. A veces, la noche esconde con ímpetu sus misterios. Sin embargo, podemos pasar algún tiempo conociendo el territorio. Podemos aprender las razones más comunes por las que la gente llega a estar deprimida.

A veces hay causas situacionales

Ponte en las sandalias de Job. Has hecho todo lo que sabes para vivir una vida que le agrade a Dios. De repente, miras a tu alrededor y te encuentras peor que la gente que ni le daría la hora del día a Dios aunque estuviera parada al lado de un reloj de pie. Esa situación podría devastar a una persona piadosa como Job. La depresión no siempre ocurre como consecuencia de circunstancias desastrosas, pero frecuentemente lo hace.

La depresión de Job era el resultado de su situación: había perdido todo lo que valoraba. Algo de la depresión de David también fue circunstancial, ocasionada por la opresión de sus enemigos (Salmos 42–43). Para Elías surgió de una sensación de aislamiento (1 Reyes 19:10).

En nuestra propia vida, a veces hay vínculos entre lo que nos pasa y en cómo nos sentimos. Las circunstancias de la vida son un buen lugar para comenzar a buscar la causa de la depresión. ¿Qué ha estado ocurriendo que pudiera explicar nuestro espíritu abatido?

A veces hay causas sistémicas

Yo no sé quién merece que se le reconozca por esta observación, pero creo que es cierta: nuestra alma y nuestro cuerpo viven tan unidos que a uno se le pega la enfermedad del otro.

El doctor Martyn Lloyd-Jones era un médico británico que llegó a ser un predicador importante. Durante treinta años trabajó como pastor en la capilla de Westminster en Londres. Él escribió:

Hay ciertas dolencias físicas que tienden a promover la depresión. [...] Piensa en aquel gran predicador que predicó en Londres por casi cuarenta años en el último siglo, Charles Haddon Spurgeon, uno de los predicadores verdaderamente grandes de todos los tiempos. Ese gran hombre fue objeto de depresión espiritual, y la explicación principal en su caso fue, sin duda, el hecho de que padecía de gota, enfermedad que finalmente lo mató. [...] Y hay muchos que vienen a hablar conmigo de estos asuntos, en cuyo caso me parece muy claro que la causa del problema es principalmente física. En este grupo, hablando en general, puedes incluir el agotamiento, la fatiga excesiva, la enfermedad, cualquier forma de enfermedad. No puedes aislar lo espiritual de lo físico porque somos cuerpo, mente y espíritu. Los mejores y más grandes cristianos, cuando están débiles físicamente, están más susceptibles a un ataque de depresión espiritual que en cualquier otro momento y existen grandes ilustraciones de esto en las Escrituras[\[119\]](#).

A veces hay causas satánicas

Satanás atacó a Job de dos maneras: destruyó las posesiones y a la familia de Job, y lo afligió con llagas en todo su cuerpo. Ese es el ejemplo más claro en las Escrituras de un ataque de Satanás que lleva a alguien a la desesperación.

Un ataque similar, pero con resultados distintos, ocurrió en la vida del apóstol Pablo. Él se encontró bajo una clase de ataque que llamó «una espina en mi carne, un mensajero de Satanás» (2 Corintios 12:7). No sabemos quién o qué fue el «mensajero», pero sí sabemos que Dios le dio a Pablo la gracia para soportar el ataque (versículo 9). Podemos decir con seguridad que la gracia de Dios preservó a Job también. La diferencia en sus respuestas se debió al hecho de que Job no entendía la causa satánica de la aflicción, mientras que Pablo sí.

A veces, el diablo está en la punta de la lanza de los ataques que recibimos; otras veces espera en una emboscada, cuando padecemos algún acontecimiento negativo, pero ordinario, en la vida. Sentimos decepción, dolor o rechazo. Hemos recibido palabras ásperas. Es precisamente en ese momento que Satanás ataca: cuando estamos vulnerables y él puede hacer el mayor daño.

Aunque Satanás no vacila en destruir propiedades o riqueza, incluso nuestro cuerpo, esos ataques solo son pasos hacia su blanco principal: nuestra fe en Dios. Si él puede hacernos dudar de la bondad, el amor, la fidelidad y los propósitos de Dios, su destrucción de nuestra propiedad o salud ha logrado su propósito.

Es por eso que el tiempo más peligroso para un cristiano no es el momento en que ocurre un acontecimiento desastroso o perturbador, sino las horas y los días después del acontecimiento, cuando estamos en la angustia de la confusión, el dolor y la frustración. Es allí cuando la fe puede cambiar de dirección hacia la duda y nuestras *preguntas* a Dios pueden convertirse en *exigencias* a Dios. Es allí cuando la prueba de fe nos hace vulnerables al resquebrajamiento de la fe.

Cuando Satanás atacó a Jesús en el desierto, nuestro Señor enfrentó de manera efectiva esos ataques con la verdad de la Palabra de Dios (Mateo 4:1-11). La Palabra de Dios, nuestra espada, es la única arma ofensiva de la armadura espiritual del cristiano. En épocas de guerra espiritual, es la única forma de enfrentar las mentiras que Satanás usa siempre (Juan 8:44; Efesios 6:17).

A veces hay causas espirituales

Un anciano predicador lo dijo de esta manera: «A veces, Dios acuesta a sus hijos en la oscuridad».

¿Permite Dios el sufrimiento? Sí, lo hace, pero nunca cede el control. Nunca permite que pasen cosas sin un propósito, y siempre podemos descansar en el conocimiento de que él es justo y compasivo.

A través de su sufrimiento, Job aprendió una lección importante que la Biblia deja muy clara: Dios está a cargo. El sufrimiento de Job fue más espiritual que físico: su depresión surgió más de sus preguntas sin respuesta que de su pérdida de propiedades, hijos y salud. Dios nunca respondió las preguntas de Job; eso fue parte del proceso de aprendizaje de Job. Job regresó a un lugar de paz y de prosperidad porque obtuvo una perspectiva apropiada de Dios. Job decidió dejar que Dios fuera Dios.

Aquí hay una de las lecciones más grandes de la vida de Job: no podemos ver a Dios como una máquina cósmica en la que insertamos la moneda de las buenas obras o del sacrificio para recibir un premio. Ese sería un sistema simple y cómodo, ¿o no? ¿En realidad nos gustaría recibir estrictamente lo que merecemos y cosechar precisamente lo que sembramos?

Job pensó que tenía el control del sistema al vivir una vida concienzuda hacia Dios. Como temía que él o sus hijos pudieran ofender a Dios de alguna manera, regularmente ofrecía sacrificios en un intento de mantener su pureza ritual (Job 1:4-5). Asumía que las bendiciones de Dios eran el resultado de su posición ante Dios.

Fue cuando Dios comenzó a actuar de una manera desconocida que Job no supo qué hacer. La depresión de Job no fue solo por la enfermedad de su piel, ni siquiera porque temía que pronto estaría muerto, sino más bien porque no podía comprender el plan soberano que Dios estaba ejecutando para su bien.

La depresión puede surgir por cualquiera o por todas las cuatro razones que acabo de mencionar, o por otras razones. La buena noticia es que no tenemos que entender la oscuridad para recuperar la luz. Job nunca recibió las respuestas que pidió. La extensión de la explicación que recibió fue que Dios es Dios y que Job no lo es.

El misterio perduró. Las Escrituras no se ocupan de resolver los misterios sino de alinear los caminos que llevan a Dios.

LAS EXPECTATIVAS DE LA DEPRESIÓN

Alguien describió la depresión espiritual con términos náuticos: «La altura de la ola determina la profundidad de la depresión que le sigue».

Los ejemplos bíblicos, sin lugar a dudas, demuestran este punto. En la confrontación dramática de Elías con los profetas de Baal en el monte Carmelo, Dios obró un milagro poderoso como respuesta a la oración de Elías, y los profetas paganos fueron derrotados. Aun así, unas horas después de esa victoria, él huía para salvar su vida de la reina Jezabel. Cuando ya no pudo correr más, se derrumbó debajo de un árbol de retama y dijo que se quería morir. En la montaña, Elías permaneció firme. Después de la victoria, huyó con miedo y deseó morir.

Jesús experimentó un punto climático al inicio de su ministerio. En su bautismo, recibió la unción de Dios por el Espíritu y fue proclamado divinamente como el propio Hijo de Dios. Inmediatamente después de ese acontecimiento cumbre, Satanás confrontó a Jesús en el desierto y trató de hacerlo renunciar a su lealtad a Dios.

La caída de la cima de la montaña más bella es siempre pronunciada y peligrosa.

Con los años he aprendido a esperar un desafío espiritual después de épocas especiales de alegría o de celebración. La prueba siempre le sigue al triunfo, y saber eso es estar armado y preparado. Sin embargo, lo opuesto también es cierto. A veces la profundidad del valle es una promesa de la altura de la bendición por venir. Podemos anticipar que el camino por un valle oscuro nos lleve a una escena elevada: un lugar donde Dios nos bendecirá. Los valles se definen por los lugares altos que los rodean.

Charles Haddon Spurgeon descubrió que la depresión siempre llegaba antes de un derramamiento de la bendición de Dios en su vida:

Antes de cualquier gran logro, alguna medida de la misma depresión es muy usual. [...] Así fue mi experiencia cuando llegué a ser pastor en Londres. Mi éxito me dejó horrorizado; y el pensamiento de la carrera que parecía que se había abierto, lejos de alegrarme, me lanzó a las profundidades más bajas. [...] ¿Quién era yo para poder seguir dirigiendo a una multitud tan grande? Me iría al anonimato de mi aldea, o emigraría a Estados Unidos y buscaría un nido solitario en los lugares remotos, donde yo pudiera ser suficiente para las cosas que se me exigirían. [...] Esa depresión me llega cada vez que el Señor prepara una bendición más

grande para mi ministerio; la nube es negra antes de desvanecerse, y se oscurece antes de producir su diluvio de misericordia. La depresión ahora ha llegado a ser para mí como un profeta con ropa rústica[120].

Cuando esos momentos de oscuridad llegan, podemos encontrar gran consuelo al entender lo que el rey David y Charles Spurgeon aprendieron. Es posible que ahora estemos en el valle, pero los valles no serían valles sin las montañas que los rodean y que hay que ascender, y Dios promete guiarnos hacia arriba. Nuestra alma angustiada se tranquilizará si esperamos pacientemente en él: «Allí recibiremos su misericordia y encontraremos la gracia que nos ayudará cuando más la necesitemos» (Hebreos 4:16).

ELIMINACIÓN DE LA DEPRESIÓN

No soy un psiquiatra con un talonario de recetas o con un plan que garantice sanar la depresión. Soy un pastor que ha cuidado algunos de los rebaños de Dios por casi cinco décadas. He ministrado a gente que estaba desanimada y, sí, a veces deprimida. He aprendido algunos principios bíblicos que pueden ayudarnos a evitar la tendencia hacia la aflicción profunda y duradera. En muchos casos, estos principios también ayudarán a lidiar con la depresión cuando se presente.

Revela tu depresión

Primero, sé honesto cuando enfrentes la depresión. Job es un modelo excelente de transparencia. Él llena los oídos de sus amigos con sus preguntas y sus sentimientos: «No puedo evitar hablar; debo expresar mi angustia. Mi alma llena de amargura debe quejarse» (Job 7:11).

En su libro, *The Gospel according to Job* (El Evangelio según Job), Mike Mason escribe:

Hay un momento en el que cualquier hombre simplemente tira la toalla. No necesariamente abandona su fe; simplemente se cansa de tratar de ponerle buena cara a las cosas, cuando lo que enfrenta no tiene nada bueno, en absoluto. Esto no es pecado; es simplemente franca

honestidad. [...] Job es un hombre franco y sincero, la clase de persona que no tiene miedo de decir lo que hay en su corazón, y [...] necesitamos reconocer aunque sea a regañadientes que esa honestidad poco común puede ser una de las virtudes más grandes que un santo puede poseer[\[121\]](#).

Nuestro error más grande en presencia de la depresión es privatizar nuestro dolor. Cuando damos a conocer nuestro dolor a los que se interesan en nosotros, nos unimos a la compañía de los santos que han encontrado liberación, en parte, a través de su autenticidad.

Resiste tu depresión

Jesús le preguntó al paralítico que estaba tendido en el estante de Betesda: «¿Te gustaría recuperar la salud?» (Juan 5:6). No era una pregunta retórica. Ninguno de nosotros quiere estar deprimido, pero debemos considerar qué tan decididos estamos a sanar. La depresión distorsiona cada sentimiento y asfixia cada deseo, incluso el anhelo de plenitud. La aflicción puede llegar a convertirse en la nueva «condición normal», por lo que perdemos cualquier visión de felicidad ordinaria. No echés raíces cuando te sientas deprimido.

Un pastor que está recuperándose de la depresión escribe:

Tienes que ver a la depresión como a tu enemiga, a la que hay que matar, enterrar y reemplazar. No es tu amiga. Ha llegado a sentirse cómoda y reconfortante, e incluso amigable.

Entonces, te insto a que veas que tienes que *combatir* la depresión, como seguramente combatirías la tentación a la inmoralidad, a la violencia o al robo. [La depresión] es igualmente tu enemiga; no es tu amiga[\[122\]](#).

Lo bueno acerca de la batalla contra la depresión es que, con Dios como nuestro defensor, es superable.

Investiga tu depresión

El doctor Karl Menninger respondió a las preguntas de una audiencia después de

exponer sobre el tema de la salud mental. Alguien le preguntó: «¿Qué le aconsejaría a una persona que hiciera si siente que se acerca a una crisis nerviosa?». Todos esperaban que el gran psiquiatra dijera: «Haga una cita con un psiquiatra inmediatamente».

Sin embargo, él no lo hizo. El doctor Menninger dijo: «Que cierre su casa con llave, que se vaya al otro lado [de la ciudad], que busque a alguien necesitado y que haga algo por esa persona»[\[123\]](#).

Creo que el punto de Menninger era este: cuando estás en un lugar deprimente en la vida, no hagas lo que te dan ganas de hacer de manera natural. No te retires, no te aísles, no te acurruques para «estar enfermo». En lugar de eso, haz lo opuesto. En la medida de lo posible, con la ayuda de Cristo, no dejes que la manera en que te *sientes* te controle. Si no sientes la presencia de Dios, entonces ve tras tu vida cristiana *por fe*. Ora, ofrenda, adora, estudia, sirve, anima, ministra y todo lo demás. «Pues vivimos por lo que creemos y no por lo que vemos» (2 Corintios 5:7). Esto se aplica incluso cuando, —*especialmente cuando*— no tenemos ganas de hacerlo. Lo que cuenta no es cómo nos sentimos; es en quién confiamos. Cuando confías en él, a veces podrías sentirte deprimido, pero él no te defraudará.

Otras clases valiosas de investigación incluyen la consejería, los chequeos médicos y la evaluación de tus circunstancias. «Investiga» tu vida cristiana y mira si lentamente, imperceptiblemente, has dejado de hacer las cosas que hacen los cristianos saludables, y comienza a hacerlas otra vez, por fe. No descartes esto como un asunto de «la mente puede más que el cuerpo», ni un asunto del método del «poder del pensamiento positivo». No es nada de eso. Es un autoexamen como el del salmista cuando dice: «¿Por qué estoy desanimado? ¿Por qué está tan triste mi corazón?» (Salmo 43:5).

Reemplaza tu depresión

Si tiene sentido involucrarse con gente en lugar de evitarla, ¿cuánto más deberíamos apoyarnos en Dios en lugar de alejarnos de él?

Cuando tus emociones son sombrías o nulas, la pregunta importante no es: «¿Qué he hecho mal?», sino: «¿A quién debo acudir?». Algunos se encierran en sí mismos; otros acuden a los amigos; los más sabios acuden a Dios.

Mi experiencia ha sido que cuando le decimos a Dios lo que *queremos*, él nos da lo que *necesitamos*. Frecuentemente no sabemos qué pedir, pero él es misericordioso y bueno, y tiene estándares más altos para nosotros que los que tenemos para nosotros mismos. Job quería respuestas, Pablo quería alivio, pero Dios tenía la gracia para darles lo que en realidad necesitaban: más de él mismo. Él hará lo mismo por ti. La bendición rara vez es lo que esperamos, pero siempre es mejor de lo que pudiéramos haber soñado.

La humildad dice: «Dios no me debe nada. Él no es mi siervo; yo soy su siervo. Dios es Dios y yo solo soy yo. Lo más sabio que puedo hacer es colocar mi confianza en él». Esa comprensión humilde es el regalo que Dios le dio a Job al final de su búsqueda espiritual.

Job comenzó cuestionando a Dios y terminó siendo cuestionado por Dios. Después de oír las preguntas paternales pero sin respuesta de Dios, Job se humilló ante él. Se dio cuenta de la enorme diferencia entre él mismo y el Dios santo y todopoderoso.

Entonces Job respondió al SEÑOR:

«Sé que todo lo puedes,
y que nadie puede detenerte. [...]
Hasta ahora solo había oído de ti,
pero ahora te he visto con mis propios ojos.
Me retracto de todo lo que dije,
y me siento en polvo y ceniza en señal de arrepentimiento».

JOB 42:1-2, 5-6

Todos interrogamos a Dios en algún momento; a fin de cuentas, lo que importa es su evaluación de nosotros. Job, con una perspectiva cada vez más profunda, dijo: «No soy nada, ¿cómo podría yo encontrar las respuestas? Me taparé la boca con la mano» (Job 40:4). Se quedó sin aliento cuando vio cómo eran las cosas en realidad. ¿Quién era él, un hombre diminuto, para cuestionar los caminos del Dios todopoderoso?

Enfrentar a Dios es humillarse. Con la humildad llega la sabiduría; con la sabiduría llega la fortaleza para esperar en el Señor.

Un hombre que estaba de vacaciones fue a nadar en el océano. Era un día estupendo y él perdió la pista de su ubicación. Cuando abrió los ojos, quedó atónito al darse cuenta de que estaba dos veces más lejos de la playa de lo que había pensado. Estaba en un terrible peligro de ahogarse porque ya estaba cansado de nadar, y la poca fortaleza que le quedaba no era suficiente como para llevarlo a la playa. Su espíritu clamó a Dios por un milagro y la respuesta le llegó: tan simple, tan maravillosa.

Si hubiera tratado de nadar hacia la playa con sus propias fuerzas, se habría agotado y se habría hundido para siempre, pero si se relajaba y flotaba, la corriente lo llevaría hacia la arena. En lugar de hundirlo, el mar lo llevaría a casa, si él simplemente cooperaba con la corriente. Todo fue asunto de confiar y de esperar.

Si sientes que la contracorriente de la depresión lentamente te lleva a las profundidades, no protestes furiosamente contra el cielo; no te desgastes tratando de recuperarte. Espera en Dios, descansa en él y deja que él lleve tu espíritu a casa. Todas las mareas de este mundo llevan hacia él.

Mike Mason resume el impacto que un capítulo como Job 3 puede tener en nosotros:

Solo la presencia en las Escrituras de un libro tan oscuro, caótico y totalmente excéntrico como Job debería ser de inmenso consuelo para cualquier creyente que sufre. Porque el libro dice, en efecto: «Así es la fe frecuentemente. No te sorprendas si te encuentras confundido, con dudas, afligido, prácticamente aplastado. No significa que hayas perdido el favor de Dios»[\[124\]](#).

EL EFECTO DE LA DEPRESIÓN

Incluso antes de que la prueba terminara, Job expresó confianza en el resultado final:

Él sabe a dónde yo voy;

y cuando me ponga a prueba, saldré tan puro como el oro.

JOB 23:10

Cuando su sufrimiento terminó, Job se dio cuenta de que su búsqueda había estado errada. No necesitaba saber el *por qué* sino de *quién* se trataba. Necesitaba tener una visión más clara de cómo obra Dios: «Hasta ahora solo había oído de ti, pero ahora te he visto con mis propios ojos» (Job 42:5). En lugar de obtener lo que quería, Job recibió lo que necesitaba: una visión más profunda de la gracia y de la fortaleza de Dios en su vida.

El autor Ed Welch señala que es el final lo que hace la historia. *Romeo y Julieta* es un romance encantador, hasta que todo llega a una conclusión trágica. Algunas historias son casi dolorosas hasta que todo concluye en un final feliz. Permanecemos en la orilla de nuestros asientos en una película porque no estamos seguros de lo que pasará. Una conclusión feliz nos da gusto.

No obstante, ¿y si volvemos a ver esa película otra vez? Ahora ya conocemos la trama. Las complicaciones, los malos entendidos y los enredos no nos engañan; sabemos hacia dónde va todo. Se ve sombrío ahora, ¡pero espera! Los rostros en los asientos que nos rodean están llenos de preocupación, pero nosotros tenemos sonrisas confiadas. Nosotros *sabemos*.

La vida es así para los que conocen a Dios. Hemos leído el Libro. Conocemos el final. Aunque hayan enredos y complicaciones, aunque tengamos nuestras risas y derramemos lágrimas genuinas, sabemos cómo termina todo. No podemos perder. El amor de Dios tiene la victoria. Los que confían en él vivirán felices para siempre. Fin de la historia.

Así que, sí, vendrán tiempos de profundo dolor. Ocasionalmente nos encontraremos perdidos y vagando, y el cielo se pondrá oscuro. Incluso entonces, en los momentos más difíciles, recordemos: *Ya conocemos esta historia*[\[125\]](#).

Cristo tiene la última palabra. Y está bien llorar, sabiendo que al final del camino, él espera secar todas las lágrimas.

CAPÍTULO 9

MUERTE: *Miedo a morir*

*Aun cuando yo pase por el valle más oscuro, no temeré, porque tú
estás a mi lado.*

SALMO 23:4

A mediados de los años setenta, los trabajadores de alta tecnología en Los Ángeles comenzaron a construir una nueva generación de naves espaciales. La primera en ser lanzada fue el Transbordador Espacial *Columbia*, la nave insignia de la nueva flotilla de la NASA.

El *Columbia* despegó el 12 de abril de 1981 y giró alrededor de la tierra treinta y seis veces. Veintisiete misiones le siguieron, pero el viaje final del *Columbia* fue un vuelo a la tragedia. Cuando reingresaba a la atmósfera de la tierra a las nueve en punto (hora estándar del este de EE.UU.), en la mañana del 1 de febrero de 2003, el transbordador se desintegró. Un trozo de espuma aislante, del tamaño de una pequeña maleta, se había desprendido durante el lanzamiento dieciséis días antes y perforó una de las alas de la nave. El calor intenso del reingreso hizo que los gases penetraran en el ala, lo cual ocasionó la catástrofe que mató a los siete astronautas. Los escombros cayeron a lo largo de grandes partes de Texas y de Louisiana, mientras miles de personas observaban hacia el cielo horrorizadas.

Varios años después se emitió un reporte conmovedor acerca de la destrucción del *Columbia*. Cuando la misión estaba en progreso, los especialistas de la NASA que estudiaban el ala perforada se preguntaban si el daño era fatal. Wayne Hale, el administrador del programa de transbordadores, recuerda estas palabras del director de vuelo Jon Harpold: «Sabes, no hay nada que podamos hacer en cuanto al daño del sistema térmico de protección. Si se ha dañado, probablemente es mejor no saberlo. Creo que la tripulación preferiría no saberlo.

¿No crees que sería mejor para ellos tener un vuelo feliz de éxito y morir inesperadamente durante el reingreso que permanecer en órbita sabiendo que no hay nada que hacer hasta que se acabe el aire?»[\[126\]](#).

La pregunta de Harpold era especulativa: ¿debían decirle a la tripulación si se determinaba que el daño significaba la muerte? Sin embargo, los análisis posteriores llevaron al control de la misión a la conclusión de que el reingreso del *Columbia* sería seguro. A la tripulación se le entregó un reporte completo de la conclusión de la NASA, y nadie en la nave, ni en la tierra, esperaba que el daño pudiera ser fatal.

Así que ni la NASA ni la tripulación del *Columbia* supieron que la situación era un caso perdido antes de que su nave espacial se desintegrara a 63.000 metros por encima de Texas. Las evidencias muestran que incluso en los momentos finales del vuelo, la tripulación trataba todavía desesperadamente de recuperar el control de la nave y de reingresar a la atmósfera a salvo.

Sin embargo, la pregunta hipotética hecha por Jon Harpold persiste. ¿Qué harías si supieras que la tripulación estaba condenada a morir? ¿Se lo dirías aunque ello ocasionaría una angustia mental indescriptible, pero les daría tiempo para despedirse, para reflexionar sobre la vida y quizás para hacer la paz con Dios? ¿O te quedarías callado, permitiendo que sus horas finales fueran un tiempo de emoción y de anticipación por la reunión con sus seres queridos?[\[127\]](#)

En cierta forma, el dilema del *Columbia* se parece al nuestro: estamos volando por el espacio en un planeta que da vueltas, y cada persona está sujeta a la muerte repentina en cualquier momento. Ninguno de nosotros escapará. La diferencia es que todos sabemos que vamos a morir, ¡y que tenemos la oportunidad de prepararnos!

NUESTRAS ACTITUDES HACIA LA MUERTE

Muerte. ¿Tu tema favorito? Tampoco es el mío. No trato de ensombrecer tu día, pero quiero señalar que para muchas personas, la muerte es el temor final y la confusión final. Cuando alguien muere, oímos que mucha gente dice: «Está en un lugar mejor», aunque antes de morir ellos trataran con todas sus fuerzas de orar para sacarlo de ese lugar.

Woody Allen dijo una vez: «No es que tenga miedo a morir, simplemente no quiero estar allí cuando ocurra»[\[128\]](#). Aparentemente, él le ha dedicado un poco de reflexión al asunto porque también se le ha atribuido este comentario: «No quiero lograr la inmortalidad con mi trabajo. Quiero lograr la inmortalidad al no morir. No quiero vivir en los corazones de mis compatriotas; preferiría vivir en mi departamento».

Tratamos a la muerte como la peor palabra obscena. En lugar de decir simplemente: «él murió», introducimos un interminable surtido de eufemismos: «Pasó a mejor vida», «se fue a un lugar mejor», «se fue a casa», «se quedó dormido», «se fue de esta vida». O si te gusta Shakespeare, «se deshizo de las vicisitudes de esta vida». Una página de Internet enumera doscientas maneras de decir muerte sin decir *muerte*[\[129\]](#). El poeta John Betjeman quería saber: «¿Por qué la gente desperdicia su aliento inventando nombres refinados para la muerte?»[\[130\]](#).

En su libro *The Hour of Our Death* (*El hombre ante la muerte*), el historiador Philippe Aries observa que la muerte solía tomarse con más tranquilidad como parte de la vida. A los jóvenes no se les protegía de ella. Las personas morían en casa y el cuerpo se ponía en exhibición allí. La gente llegaba a llorar y a hacer luto por su pérdida, pero nadie pretendía que no hubiera ocurrido una muerte, como lo hacemos ahora cuando nos reunimos en pequeños grupos en el estacionamiento después de los funerales y nerviosamente contamos chistes[\[131\]](#).

Debido a nuestra incomodidad, retocamos toda la experiencia. Pretendemos que la gente no se va a morir y cambiamos el tema cuando se trata de discutirlo. Luego los despachamos de esta vida en corredores de hospital blancos y esterilizados, sacándolos de casa y de lo familiar. La mayoría de nosotros hace todo lo posible para evitar que nuestros ojos vean la realidad de la muerte.

Joseph Bayly dice que la muerte es el gran nivelador de los poderosos y de los humildes. No tiene favoritos y no hace tratos:

El vaquero y el ejecutivo viven a la sombra de la muerte, con el ganador del Premio Nóbel y la prostituta, la madre, el bebé, el adolescente y el anciano. El ataúd espera al cirujano que transplanta un corazón, así como

al esperanzado receptor, al director del funeral así como al cuerpo que él manipula. La muerte no elude a nadie [\[132\]](#).

Justo ahora, podrías estar pensando en saltar al próximo capítulo, esperando que trate de un temor más «manejable». Siento tu inquietud, amigo mío, pero solo escúchame. ¿Qué pasaría si te prometiera que podemos cambiar para siempre la manera en que miras a la muerte, quizás sacarla totalmente de la categoría del temor? ¿No está ocupando mucho espacio en tu clóset de ansiedad? La idea de enfrentarse a lo desconocido es lo que asusta a la gente. Así que tomemos este tema y, con la Biblia como nuestra guía, saquemos a la muerte de la oscuridad aterradora de una vez por todas.

EL HECHO DE LA MUERTE

La Biblia no teme hablar de la muerte: la llama por lo que es. Palabras como *morir* y *muerte* aparecen cientos de veces en la Biblia. Los términos bíblicos para muerte frecuentemente son refinados y poéticos: «me uniré con mis antepasados» (Génesis 49:29); «te recogeré con tus padres, y serás llevado a tu sepulcro en paz» (2 Reyes 22:20, RVR60). ¿Quién no se conmueve con la imagen del «valle de sombra de muerte» (Salmo 23:4, RVR60)? Considero que el siguiente pasaje es el versículo más bello de la Biblia en cuanto a la muerte de la gente de Dios:

Al SEÑOR le conmueve profundamente
la muerte de sus amados.

SALMO 116:15

Desde el tiempo de la caída de Adán, la muerte en la Biblia se presenta como parte de la vida. El escritor de Hebreos la resume sin rodeos: «Cada persona está destinada a morir una sola vez y después vendrá el juicio» (Hebreos 9:27). La cuenta regresiva para la muerte comienza en el nacimiento. Tú y yo estamos muriendo en este mismo momento. Dado ese hecho, ¿cómo es posible que la Biblia pueda tratar la muerte de creyentes tan a la ligera?

La respuesta está en una paradoja: aunque la muerte comienza cuando nacemos, la vida comienza cuando nacemos de nuevo por el Espíritu de Dios mediante la fe en Cristo. Muchos cristianos tienen la noción equivocada de que la vida eterna comenzará cuando mueran, pero eso no es correcto bíblicamente. La vida eterna comienza cuando nacemos de nuevo en el Reino de Dios. El mismo Jesús define la vida eterna de esta manera: «La manera de tener vida eterna es conocerte a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste a la tierra» (Juan 17:3).

Si conoces a Dios a través de Jesucristo, entonces experimentas la vida eterna ahora mismo, aunque no hayas muerto físicamente. Y si experimentas la vida eterna ahora mismo, la muerte no es más que una breve interrupción de lo que ya experimentas: la vida que no tiene fin.

El Nuevo Testamento está lleno de pasajes que transmiten esta perspectiva positiva y transitoria acerca de la muerte:

- Jesús se refiere a la muerte así: «Los ángeles lo llevaron a estar con Abraham» (Lucas 16:22).
- Jesús le dice al ladrón que se arrepintió y que murió a su lado: «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43).
- Pablo describe la muerte como estar «fuera de este cuerpo terrenal [...] en el hogar celestial con el Señor» (2 Corintios 5:8).
- Más de una docena de veces, a la muerte se la describe como «dormir»: el estado temporal del cuerpo del que se despertará en la resurrección, al final de los tiempos (Juan 11:11; Hechos 7:60, RVR60; 1 Tesalonicenses 4:13, RVR60).
- Pablo dice que morir es ganancia porque estaremos con Cristo, y él dice que la muerte es «mucho mejor» que estar en la tierra (Filipenses 1:21, 23).
- Cuando morimos, nuestros cuerpos (nuestra «carpa terrenal») será destruida, pero heredaremos «una casa en el cielo, un cuerpo eterno hecho para nosotros por Dios mismo y no por manos humanas» (2 Corintios 5:1).
- La muerte es «el último enemigo que será destruido» (1 Corintios 15:26).
- Los que mueren son «benditos, porque descansarán de su arduo trabajo» (Apocalipsis 14:13).

- Jesús describe la separación de la muerte como meramente temporal: «Dentro de poco, ya no me verán más; pero tiempo después, me verán de nuevo» (Juan 16:16).

Entonces, la Biblia nos da la verdad completa en cuanto a la muerte. No es algo que hay que temer, sino un viaje que se inició al nacer, que culmina con nuestro destino final: ser hechos a la imagen de Cristo para toda la eternidad (Romanos 8:29).

LOS ROSTROS DE LA MUERTE

La palabra *muerte* significa «separación». La Biblia habla de tres clases de muerte: la muerte física, que es la separación del espíritu y el alma del cuerpo; la muerte espiritual, la separación del espíritu humano de Dios en esta vida; y la segunda muerte, la separación de Dios por la eternidad.

Santiago describe la *muerte física* de esta manera: «El cuerpo sin espíritu está muerto» (Santiago 2:26, RVR60). La muerte de Raquel, la esposa del patriarca Jacob del Antiguo Testamento, se expresa como ocurriendo «al salirse el alma» (Génesis 35:18, RVR60). Salomón describe la separación de esta manera: «El espíritu regresará a Dios, que fue quien lo dio» (Eclesiastés 12:7).

Cuando estaba en la cruz, Jesús confirmó esta separación entre lo espiritual y lo físico como la experimentó él, al decir: «Padre, ¡encomiendo mi espíritu en tus manos!» (Lucas 23:46). Mateo 27:50 agrega que Jesús «entregó su espíritu».

También vemos la distinción entre la muerte física y la espiritual en el relato del primer mártir de la iglesia: «Mientras lo apedreaban, Esteban oró: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”» (Hechos 7:59). Cuando el espíritu de Esteban salió de su cuerpo, su cuerpo cayó en el estado que llamamos muerte física, que no es el final de la existencia de uno, como podemos ver en la recepción celestial de su espíritu.

En la muerte física, el espíritu y el alma dejan el cuerpo y se trasladan ya sea a la presencia de Dios o al aislamiento de Dios. No hay excepciones; las estadísticas en cuanto a la muerte son de un cien por ciento, excepto para los

cristianos que estén vivos al momento del Rapto (1 Tesalonicenses 4:16-17). Como dice el dicho, la muerte todavía es el asesino número uno en el mundo.

La *muerte espiritual* se refiere a nuestra separación de Dios. Debido a nuestro pecado, no alcanzamos la gloria de Dios. Estamos separados de él. Aunque estamos vivos físicamente, experimentamos una separación que la Biblia describe como muerte: «La paga que deja el pecado es la muerte» (Romanos 6:23). Cuando el pecado entró al mundo a través de Adán, se extendió a todos, por lo que todos los hombres y mujeres no regenerados están muertos espiritualmente: separados de Dios (Romanos 5:12).

La última forma de muerte, la *segunda muerte*, es la exclusión total de Dios: la miseria final de los malvados en el infierno, después del juicio del gran trono blanco (Apocalipsis 20:11) al final del Milenio. Juan describe esta segunda muerte en el libro de Apocalipsis:

El mar entregó sus muertos, y la muerte y la tumba también entregaron sus muertos; y todos fueron juzgados según lo que habían hecho. Entonces la muerte y la tumba fueron lanzadas al lago de fuego. Este lago de fuego es la segunda muerte. Y todo el que no tenía su nombre registrado en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.

APOCALIPSIS 20:13-15

He intentado hacer que se entienda este tema usando una pequeña fórmula matemática: si solo has nacido una vez, tendrás que morir dos veces, pero si has nacido dos veces, tendrás que morir solamente una (e incluso podrías escaparte de esa única muerte si Jesús regresa a la tierra mientras estés vivo).

Todos nacemos una vez (nuestro nacimiento físico), pero si no nacemos de nuevo por medio del Espíritu y la Palabra de Dios (Juan 3:3-8; 1 Pedro 1:23), moriremos dos veces: una vez físicamente, cuando nuestro cuerpo expire, y otra vez en el juicio final de Dios. Sin embargo, si nacemos la segunda vez al confiar en Jesucristo como nuestro Salvador, moriremos físicamente, pero entonces nunca volveremos a morir. A esto es a lo que nuestro Señor se refiere cuando

dice: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá aun después de haber muerto. Todo el que vive en mí y cree en mí jamás morirá» (Juan 11:25-26).

Debo hacer notar que la muerte también ocasiona otra clase de separación: la separación de los seres amados, lo cual sentimos física, espiritual y emocionalmente. El salmista escribe:

Has alejado de mí al amigo y al compañero,
Y a mis conocidos has puesto en tinieblas.

SALMO 88:18, RVR60

Hace algunos años me enfrenté al cáncer y a la posibilidad de mi propia muerte. Mi temor más grande era que dejaría solos a mi esposa y a mis hijos. Pude ver el temor y la preocupación en sus rostros, y eso me afligió. Por la gracia de Dios, esa separación no ocurrió, pero para algunas personas, el dolor de la pérdida en esta vida solamente es un anticipo de un dolor mayor que vendrá cuando los seres amados creyentes e incrédulos sean separados para siempre.

En su libro *Chasing Daylight: How My Forthcoming Death Transformed My Life* (*Momentos perfectos: Cómo mi muerte inminente me transformó la vida*), Eugene O'Kelly describe su diagnóstico de cáncer terminal en el cerebro a la edad de cincuenta y tres años. En el 2002, él era el presidente de KPMG, una de las compañías más grandes de servicios financieros y de contabilidad del mundo. Recibió su diagnóstico terminal en el 2005 y murió cuatro meses después, dejando a su esposa y dos hijas. Aun así, él había reflexionado muy profundamente en esta eventualidad cuando nació su primera hija, años antes del diagnóstico:

El día en que nació mi hija Gina, la enfermera la colocó en los brazos de Corinne. Yo me acerqué a mi esposa y a mi bebé, maravillado de lo que tenía enfrente. Mi hija recién nacida era asombrosamente bella. [...] Antes de que pudiera tocarla, ella extendió su mano, lo cual me sorprendió, y agarró mi dedo. Lo sostuvo apretadamente.

Una mirada de impacto ensombreció mi rostro.

Ese día y el siguiente caminé como si estuviera en una niebla.

Corinne detectó mi comportamiento extraño y distraído. Finalmente, me confrontó.

«¿Qué pasa? —exigió—, estás actuando de manera muy extraña».

Yo miré para otro lado.

—¿De qué se trata? —preguntó—. Dímelo.

No pude esconderlo más.

—El momento en que me tomó el dedo —dije—, caí en cuenta de que algún día tendré que decirle adiós[133].

Sin embargo, el creyente tiene una perspectiva radicalmente distinta. Nos afligimos, por supuesto. Extrañamos a nuestros seres queridos con cada fibra de nuestro ser y nuestro sufrimiento es real, pero también sabemos que la separación no es lo que parece, que la vida consiste en más que lo visible. Profundamente en nuestro lamento, nuestra alma se enciende con la esperanza eterna de la reunión con los que hemos perdido, después de lo cual ya no habrá más despedidas.

Los no cristianos solo se reúnen para volver a despedirse; los cristianos solo se despiden para reunirse otra vez.

Hay una diferencia abismal entre esas dos perspectivas. Como lo señala Pablo, no tenemos que entristecernos «como los que no tienen esperanza» (1 Tesalonicenses 4:13). Los doctores S. I. McMillen y David E. Stern observaron la verdad de esto en su libro *None of These Diseases (Ninguna enfermedad)*: «Después de estar sentados al lado de cientos de lechos de muerte, hemos visto este patrón recurrente. La gente con una fe fuerte tiende a morir en paz. La gente sin fe tiende a morir en terror y tormento»[134].

En su libro, *Fear Not!: Death and the Afterlife from a Christian Perspective* (¡No temas!: La muerte y la vida después de la muerte desde una perspectiva cristiana), Ligon Duncan explica que a los creyentes los anima una esperanza que afecta de manera positiva esta vida, así como la que está por llegar:

El apóstol Pablo dice enfáticamente: «Si nuestra esperanza en Cristo es solo para esta vida, somos los más dignos de lástima de todo el mundo» (1 Corintios 15:19). «Si no hay resurrección, “¡comamos y bebamos, que mañana moriremos!”» (versículo 32). [...] Él no confía simplemente en Cristo para que esta vida sea más plena o más próspera; más bien, él confía en Cristo en esta vida y para siempre. [...] La esperanza cristiana es una esperanza que no solo controla nuestra vida presente, sino nuestra anticipación de lo que habrá más allá de esta vida[135].

EL MIEDO A LA MUERTE

Oí una historia acerca de un hombre que va al médico para su examen físico anual. Cuando se va, el médico le promete llamarlo con los resultados. Un par de días después llega la llamada. El médico dice: «¿Está sentado? Me temo de que le tengo algunas malas noticias».

El hombre se pone pálido y le dice al médico que continúe.

—Bueno —dice el médico—, tiene cuarenta y ocho horas de vida.

—¿Qué? —dice el hombre tartamudeando.

—Y esto es lo peor —dice el médico.

—¿Cómo puede algo ser peor que eso? —grita el hombre.

—Bueno, es que he estado tratando de llamarlo desde ayer.

Llamadas como esa ocurren solo en los chistes malos, pero los médicos hacen llamadas similares todos los días con noticias fatales. Aunque la vida no tiene una advertencia de dos minutos, el tiempo sí se acaba. ¿No quisiéramos tener nuestra vida, nuestro hogar y nuestra alma eterna en orden para cuando ese momento llegue?

Decimos que queremos estar listos, pero el problema es que la muerte está arriba en nuestra lista de temores. Preferiríamos no hablar de eso. Así que en esta sección del capítulo, quiero presentar razones bíblicas por las que no hay que temerle a la muerte. Si eres un cristiano que sigue preocupado en cuanto a la muerte, incluso un poquito, quiero que esta sección te anime a reemplazar tu temor por la esperanza y la seguridad bíblicas. Oro para que las verdades bíblicas que se presentan aquí te alienten hacia la fe en Cristo, para que su vida, no tu muerte, te lleve a una anticipación gozosa del futuro.

Solo hay dos maneras de enfrentar el futuro: con miedo o con fe. Los que viven por fe en el Hijo de Dios (Gálatas 2:20) se darán cuenta de que todos sus temores, especialmente el temor a la muerte, se consumirán con la seguridad de su persona y la certeza de sus promesas.

El príncipe de la muerte ha sido derrotado

El autor del libro de Hebreos declara que Jesús conquistó la muerte con la muerte y que nos liberó del miedo a la muerte:

Debido a que los hijos de Dios son seres humanos —hechos de carne y sangre— el Hijo también se hizo de carne y sangre. Pues solo como ser humano podía morir y solo mediante la muerte podía quebrantar el poder del diablo, quien tenía el poder sobre la muerte. Únicamente de esa manera el Hijo podía libertar a todos los que vivían esclavizados por temor a la muerte.

HEBREOS 2:14-15

Desde el jardín del Edén hasta la muerte sacrificial de Cristo, el diablo usó la muerte para sacar ventaja y disfrutar de reír al último. Satanás agitó en las personas el deseo de violar las leyes de Dios y luego las vio cosechar la muerte: la recompensa por su pecado. Pablo escribe que «el pecado es el aguijón que termina en muerte, y la ley le da al pecado su poder» (1 Corintios 15:56). Era todo un sistema. Nosotros fracasamos en ser obedientes y morimos por eso, cada vez.

En su muerte y resurrección, el Hijo de Dios jugó la mejor carta del diablo. Así como David tomó la espada de Goliat y le cortó la cabeza con ella, Jesús tomó el arma de Satanás y lo derrotó con ella. La cruz tuvo que haber parecido la victoria final para Satanás, pero fue precisamente lo opuesto. Cuando Cristo con su propia muerte pagó el precio del pecado, sacó el aguijón de la condenación del diablo.

Cuando Jesús salió de la tumba abierta el Domingo de Resurrección, la derrota de Satanás fue segura. Su arma de muerte había sido destruida. Él todavía está vivo y activo, pero su fracaso es una conclusión inevitable. Él tiene

que conformarse con ganar las batallas más pequeñas, porque la guerra que comenzó la ha perdido para siempre.

La última esperanza de Satanás es convencerte de que vivas como si la victoria de Cristo nunca hubiera ocurrido. A él le encantaría que estuvieras esclavizado al temor de la muerte. Filón, un filósofo judío del primer siglo, escribió que «nada es tan intencionado para esclavizar la mente como el temor a la muerte»[\[136\]](#). El autor de Hebreos, indudablemente un judío cristiano educado, puede haber estado consciente de las palabras de Filón, porque expresa la misma opinión, y dice que los que le temen a la muerte «vivían esclavizados» (Hebreos 2:15). Si tú le temes a la muerte, tu miedo se basa en una mentira. La verdad de Dios es la que te liberará (Juan 8:32).

Steve y Ann Campbell de Hampton, Tennessee, estaban sentados después de desayunar, leyendo y descansando. Su perrita, Gigi, una maltipoo (mezcla de maltés con poodle), estaba dormida en la banca de la ventana panorámica. De repente, una sacudida hizo que la habitación se estremeciera e hizo que Gigi se cayera de la banca. No se lastimó nada más que el orgullo de la perrita. La pareja se preguntaba qué habría ocasionado la conmoción. No pudieron encontrar ninguna pista hasta que vieron un gran halcón afuera, tendido debajo de la ventana panorámica. El ave había descendido en picada, con las garras extendidas para atrapar a Gigi, sin considerar la protección de la ventana de vidrio. Unos minutos después, el halcón se sacudió el estupor y desapareció en el cielo, sin su merienda canina.

El diablo quiere atraparnos con sus garras. Sin embargo, el poder de la resurrección provee una ventana de protección que no se puede romper. Satanás puede golpearse en el intento, pero no puede reclamarnos. Debido a que Cristo murió, tenemos vidas *perdonadas*; porque Cristo resucitó, tenemos vidas que son *eternas*.

El poder de la muerte ha sido destruido

El profeta Isaías, en un arranque de esperanza, predice un día en el que el Señor destruirá a la muerte y restaurará a su pueblo:

¡Él devorará a la muerte para siempre!

El SEÑOR Soberano secará todas las lágrimas

y quitará para siempre los insultos y las burlas
contra su tierra y su pueblo.
¡El SEÑOR ha hablado!

ISAÍAS 25:8

Oseas, un contemporáneo de Isaías, también predice la victoria de Cristo sobre la muerte:

De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol.

OSEAS 13:14, RVR60

Estas dos profecías son las primeras en la Biblia en declarar que la muerte misma moriría. El Nuevo Testamento no deja duda en cuanto al significado de estas palabras:

Entonces, cuando nuestros cuerpos mortales hayan sido transformados en cuerpos que nunca morirán, se cumplirá la siguiente Escritura:

«La muerte es devorada en victoria.
Oh muerte, ¿dónde está tu victoria?
Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón?».

Pues el pecado es el aguijón que termina en muerte, y la ley le da al pecado su poder. ¡Pero gracias a Dios! Él nos da la victoria sobre el pecado y la muerte por medio de nuestro Señor Jesucristo.

1 CORINTIOS 15:54-57

En el libro de Apocalipsis, el apóstol Juan describe cómo será la vida en el cielo cuando se cumplan estas profecías: «Él les secará toda lágrima de los ojos, y no habrá más muerte ni tristeza ni llanto ni dolor. Todas esas cosas ya no existirán más» (Apocalipsis 21:4).

El apóstol Pablo le recuerda a Timoteo que a través de su resurrección, Cristo «destruyó el poder de la muerte e iluminó el camino a la vida y a la inmortalidad por medio de la Buena Noticia» (2 Timoteo 1:10).

Y en uno de los pasajes más conmovedores del Nuevo Testamento acerca de la inviolabilidad del amor de Dios por sus hijos, Pablo incluye la muerte en el listado de realidades que nunca nos separarán de ese amor:

Estoy convencido de que nada podrá jamás separarnos del amor de Dios. Ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni demonios, ni nuestros temores de hoy ni nuestras preocupaciones de mañana. Ni siquiera los poderes del infierno pueden separarnos del amor de Dios. Ningún poder en las alturas ni en las profundidades, de hecho, nada en toda la creación podrá jamás separarnos del amor de Dios, que está revelado en Cristo Jesús nuestro Señor.

ROMANOS 8:38-39

Jesse Irvin Overholtzer, el fundador de la Alianza Pro Evangelización del Niño (CEF), estaba envejeciendo. Sabía que le quedaban pocos años en esta vida. Él y su esposa, Ruth, invitaron a una joven enfermera de la India a que viviera con ellos mientras asistía a clases en el Instituto CEF en los alrededores. Cuando Overholzer sufrió una convulsión, ella estuvo despierta con él toda la noche. Sin embargo, al amanecer ella se fue a sus clases como si hubiera dormido toda la noche.

—¿No es maravilloso ser joven y estar lleno de vida? —le dijo Ruth a su esposo.

—Sí —respondió Overholzer—, ¡pero es más maravilloso ser viejo y estar listo para irse al cielo![\[137\]](#)

El proceso de la muerte ha sido descrito

Un niño de once años le escribió al Papa Juan Pablo con la siguiente pregunta: «¿Cómo es cuando uno se muere? Nadie me lo dice. Solo quiero saberlo, pero no quiero hacerlo»[\[138\]](#). Jesús cuenta una historia en Lucas 16:19-31 que ofrece

una perspectiva penetrante de lo que ocurre después de la muerte. De hecho, esta historia nos dice más de la vida después de la muerte de lo que podríamos esperar.

Su parábola tiene que ver con dos hombres: uno rico y uno pobre. El nombre del pobre es Lázaro (aunque no es el mismo hombre que Jesús resucitó). No sabemos el nombre del hombre rico, pero conocemos su estilo de vida. Usa ropa de la mejor calidad y come de la mejor comida. Tiene lo mejor de todo y le gusta que todos lo sepan, incluso Lázaro, el mendigo que se ubica en su puerta y que espera que le lancen unas cuantas migajas de la mesa abundante. Lázaro no solo tiene hambre sino que está muy enfermo, cubierto de llagas que los perros del pueblo le lamen. Tiene una existencia desdichada.

Sin embargo, Lázaro posee algo que nadie le puede quitar: su amor a Dios. El hombre rico posee algo que no puede conservar: su vida. Los dos hombres mueren. Al otro lado de la puerta que separa esta vida de la eternidad, al mendigo Lázaro lo llevan unos ángeles celestiales al seno de Abraham. Ahora los ángeles lo besan en lugar de ser lamido por los perros.

Así será contigo y conmigo. No simplemente seremos «teletransportados» al cielo. Los ángeles nos llevarán allá. Este pasaje proporciona uno de los eufemismos que empleamos para la muerte: «los ángeles lo llevaron». Podría sonar como el cliché de una tarjeta de felicitación de la época victoriana, pero es una verdad bíblica que se aplica a los creyentes en Cristo. El día en que esperas que se cierren las cortinas de esta vida, los mensajeros de Dios están listos para llevarte en el último viaje de la vida. El gran escritor de himnos Isaac Watts lo expresó con una poesía exquisita:

*Señor, cuando deje esta tierra mortal,
Y tú me pidas que me levante y me vaya,
Envía abajo a un amado ángel,
Para llevar mi espíritu a salvo a casa*[\[139\]](#).

En su libro infantil *Somewhere Angels* (Ángeles en alguna parte), Larry Libby sugiere que Dios envía ángeles para que no tengamos que hacer ese viaje solos. Los viajes grandiosos requieren de compañeros grandiosos, y Dios dice: «Cuando sea tu hora de llegar, enviaré a alguien que te traiga. No tienes que

temer; no tienes que buscar el camino. Y la persona que enviaré conoce muy bien el camino»[\[140\]](#). En el momento en que pongas tus ojos en tu hogar eterno, un ángel estará allí para compartir tu alegría. A medida de que te des cuenta de que ya eres perfecto y que toda dolencia ha desaparecido, un ángel estará allí para reírse contigo, para oír tus gritos de triunfo.

En ese viaje, los cristianos no experimentaremos ninguna de las preocupaciones de viaje que ahora enfrentamos: no nos perderemos, no perderemos el bus, no esperaremos el próximo avión. Dios tiene un ángel asignado para llevarte a casa. En vista de esa certidumbre, ¿cómo podemos temer?

La imagen de la muerte se ha desarrollado

El 7 de diciembre de 1941, el reverendo Peter Marshall se dirigió a los cadetes de Annapolis. El «día de la infamia» se estaba desarrollando en Pearl Harbor, que en ese momento estaba en llamas por un ataque enemigo. El salón estaba lleno de jóvenes que pronto sacrificarían su vida por su país. Él les contó la historia de un niño moribundo, un niño con una enfermedad que le preguntó a su madre:

—¿Cómo es morir? ¿Duele?

La madre pensó por un minuto y después dijo:

—¿Te acuerdas cuando eras más pequeño y jugabas mucho y te quedabas dormido en la cama de tu mami? Te despertabas y de alguna manera te encontrabas en tu cama. Tu papi había llegado, con sus brazos grandes y fuertes te había levantado, te había desvestido y te había puesto tu pijama mientras dormías. Cariño, así es la muerte. Es despertarte en tu propia habitación[\[141\]](#).

Así como este niño, la mayoría de nosotros tiene curiosidad en cuanto al proceso de la muerte. Tal vez ningún versículo de las Escrituras nos da una imagen más consoladora de ella que el Salmo 23:4, que se cita mucho:

Aunque ande en valle de sombra de muerte,

No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo;

Tu vara y tu cayado me infundirán aliento. (RVR60)

Por supuesto que la mera belleza del pasaje nunca deja de conmovernos, pero el poder de esta verdad nos impacta a un nivel profundo en épocas de sufrimiento. Cuando enfrentamos la muerte —la propia o la de algún ser querido—, este versículo debería estar cerca de nuestro corazón. Sus frases poéticas nos enseñan varias cosas.

LA MUERTE ES UN VIAJE, NO UN DESTINO

Cuando yo pase por el valle...

SALMO 23:4

El pastor y autor Leith Anderson cuenta de una mujer que había enterrado a su esposo después de haber perdido la batalla contra el cáncer. Un poco después, ella descubrió que la misma enfermedad la había atacado. Ella solo podía esperar su reunión con el esposo que había amado y perdido.

Cuando supo que solamente le quedaban unos días, la mujer invitó a Anderson y a su esposa a su casa. Ellos se sentaron con una emoción profunda y le sostuvieron las manos mientras ella hablaba informalmente de la realidad de la muerte, anticipando su alegría en la presencia de Dios. Habló de sus hijos y quería saber todo acerca de los hijos de los Anderson. Pensarías que ella se estaba preparando para un crucero en lugar de la partida de esta vida.

Un flujo constante de amigos llegaba para consolarla, pero era al revés. Ellos se iban profundamente bendecidos, y los que no podían visitarla recibían su estímulo por teléfono. En medio de todo eso, ella nunca pensó en sí misma. Todo lo que hacía demostraba su preocupación y su amor por los demás. Su esperanza en la otra vida le permitía usar la muerte como una oportunidad para alcanzar y bendecir a tanta gente como le era posible[\[142\]](#).

La mayoría de nosotros habla de esperanza en la vida después de la muerte, pero la manera en que tratamos a la muerte demuestra lo que realmente creemos. Los que están comprometidos con una perspectiva bíblica no tienen motivos para tratar a la muerte como a su peor enemigo. La ven como otro viaje que requiere preparación. Se despiden, ponen sus asuntos en orden y preparan su espíritu para el gozo de una existencia nueva.

Como sabemos, mucha gente ahora cree que esta vida es todo lo que hay, que la muerte física y la muerte espiritual son lo mismo y que toda su existencia llegará a un final. Para la gente que cree de esa manera, es perfectamente razonable que le tema a la muerte. Ellos creen que es el punto final. Al creer que esta vida es todo lo que hay, se aferran mucho a ella. Para esa gente, la vida debe ser una fuente de frustración profunda e incluso de desesperación porque tiene muchos límites, muchas decepciones. Llegas a este mundo, eres joven y fuerte, luego llegas a la cima de la montaña y comienzas un descenso largo y triste, y al final no hay nada más que oscuridad.

Sin embargo, los cristianos viven en un presente más brillante, porque todo en la vida tiene una razón. Los altibajos señalan a una eternidad que cumplirá todas nuestras esperanzas y compensará todas nuestras frustraciones. El pobre Lázaro tenía una explicación para su esperanza. Él sabía lo que otros creyentes que sufren saben: que, de todas maneras, este mundo nunca fue su hogar. Son ciudadanos del cielo, embajadores de una realidad brillante.

Debemos recordar que para los creyentes y no creyentes por igual, la muerte no es el final. Todos somos criaturas eternas. La diferencia está en si la eternidad de uno será más brillante que un billón de soles, o más oscura de lo que la imaginación pueda concebir.

En el «Salmo del Pastor», David no ve la muerte como un destino sino como un viaje por un país oscuro: un viaje que hacemos con la mano de Dios en la nuestra. Mi amigo, el pastor Rob Morgan, describe cómo este viaje revela la naturaleza transitoria de la muerte:

El Salmo 23:4 no habla de una cueva ni de un camino sin salida. Es un valle, lo cual significa que tiene una apertura en ambos extremos. [...] El énfasis está en *por*, que indica un estado temporal, una transición, un camino más brillante adelante, un futuro esperanzador. Para los cristianos, los problemas siempre son temporales y las bendiciones siempre son eternas (opuesto a los no cristianos, cuyas bendiciones son temporales y cuyos problemas son eternos). Los valles no son interminables, y el camino que está adelante siempre es brillante para el

hijo de Dios, tan brillante como sus promesas. No hay callejones sin salida en sus mapas, no hay puntos muertos en su voluntad, no hay calles ciegas en su guía[\[143\]](#).

Pablo habla de estar «fuera de este cuerpo [...] en el hogar celestial con el Señor» e indica que las dos condiciones son solamente una (2 Corintios 5:8). Como lo observó James M. Campbell, la muerte es una puerta de salida y el cielo es una entrada. No obstante, las dos están colocadas tan cerca que una se abre mientras la otra se cierra. Cuando alguien dice que una persona moribunda está «en las puertas de la muerte», otra podría decir que no, que está «en las puertas del cielo». Y ambas estarían en lo correcto[\[144\]](#).

LA MUERTE ES UNA SOMBRA, NO UNA REALIDAD

En valle de sombra de muerte...

SALMO 23:4, RVR60

Cuando yo era niño, mi padre era el pastor de una iglesia en Toledo, Ohio. Durante su pastorado de once años allí, la iglesia se trasladó a una propiedad que alguna vez había sido una lujosa mansión. La mansión fue restaurada y se construyó un auditorio al final de ella, que se convirtió en nuestra nueva iglesia.

Atrás de esa mansión había un enorme garaje para diez automóviles. La casa pastoral estaba en el segundo piso del garaje, en lo que anteriormente habían sido los dormitorios de los sirvientes. Una de mis tareas nocturnas era llevar la basura a los contenedores que estaban afuera del tenebroso garaje. Cuando esperaba a que anocheciera para hacer mis tareas, tenía que cargar la basura por el garaje espeluznante y poco iluminado. En la noche era un lugar fatídico, lleno de sombras aterradoras que parecían esconder horrores impensables. En mi terror, corría por esas sombras, y posiblemente establecía nuevos récords para llevar y tirar la basura.

Durante las horas del día, podía ver claramente que no estaba en peligro —ningún monstruo acechaba en ese garaje—, pero la oscuridad le hace algo a un lugar, ¿verdad? Lo distorsiona. Se convierte en un lienzo para la imaginación. La

buena noticia es que las sombras son únicamente la refracción de la luz. Pueden asustar, pero no pueden hacer daño.

Mientras el doctor Donald Grey Barnhouse conducía a casa después del funeral de su primera esposa, él y sus hijos estaban agobiados por el dolor. En lo que buscaba palabras de consuelo para sus hijos, una gran furgoneta los pasó y su sombra cubrió el auto. El doctor Barnhouse dijo:

—Niños, ¿qué preferirían que les pasara por encima, un camión o su sombra ?

—La sombra, por supuesto —dijo uno de los niños—. No hace ningún daño.

—Hace dos mil años —dijo el padre—, el camión le pasó encima al Señor Jesús [...] para que solo su sombra pudiera pasarnos por encima^[145].

Para el cristiano, la muerte no es más que una sombra. Ya no es la verdadera sustancia de nuestro temor; es solamente un oscurecimiento momentáneo de la luz. La promesa de Jesús para cada creyente es esta: «Dado que yo vivo, ustedes también vivirán» (Juan 14:19). También dice: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá aun después de haber muerto. Todo el que vive en mí y cree en mí jamás morirá» (Juan 11:25-26).

LA MUERTE ES SOLITARIA, PERO TÚ NUNCA ESTÁS SOLO

Tú estás a mi lado.

SALMO 23:4

Algo extraño pero sutil ocurre en el Salmo 23:4. Quizás no te hayas dado cuenta, pero un editor sí lo notaría. El modo de narración cambia: *él* se convierte en *tú*. En los primeros tres versículos, hemos visto que se refiere al Señor en tercera persona: «me deja descansar; *él* renueva; me guía [...] y así da honra a *su* nombre». Sin embargo, muy abruptamente la tercera persona se convierte en segunda persona, y David dice: «*Tú* estás a mi lado». Él deja de hablar *acerca* del Pastor y comienza a hablarle *a él*. Es como si hubiera estado hablando de Dios, y luego, en medio de las sombras, se da cuenta de que Dios está justo allí: «No temeré, porque *tú* estás a mi lado». Un ensayo se convierte en una conversación íntima.

Todo tiene un sentido bello si alguna vez has caminado por ese valle. Piensas en Dios, y de repente te encuentras sumergido en una conversación con él. Su presencia cambia de repente toda tu línea de pensamiento. Con el paso de los años, he hablado con mucha gente que viaja por sus caminos más oscuros, y frecuentemente me han dicho que nunca han estado más conscientes de la presencia del Pastor que cuando caminaban en esa sombra.

Corrie ten Boom una vez se encontró con un viejo amigo que solamente iba a estar en la ciudad ese día. Por lo que hicieron a un lado la conversación informal y juntos tuvieron una conversación sustancial. Corrie le preguntó: «¿Tienes miedo a morir?».

Él admitió que sí tenía miedo. Corrie estaba sorprendida, sabiendo que su amigo tenía una fe profunda en Dios. Ella le preguntó: «¿A qué le tienes miedo? Has sido creyente desde que te conocí. Seguramente sabes que Jesús no te dejará solo ni un momento».

Él le explicó que tenía miedo porque la muerte era algo desconocido para él; no sabía qué esperar. Así que comenzaron a hablar de Jesús y de cómo la muerte también le era desconocida a él cuando fue a la cruz. Nunca antes había muerto. Seguramente él, también, tuvo que enfrentarse al miedo. Sin embargo, ahora Jesús sabe todo acerca de la muerte. Ha estado allí. La ha conquistado, y él promete que nunca nos dejará ni nos abandonará. Él dice que estará con nosotros siempre, y que el viaje a través de la muerte no es la excepción.

El anciano sonrió, con paz, y le agradeció a Dios por la conversación[\[146\]](#).

He aconsejado a muchas personas cuando están en la sala de espera de la muerte, y la experiencia me ha demostrado que Dios da a conocer su presencia cuando pasan por el valle. Él les toma de las manos. Les susurra palabras de consuelo y promesas. Eso no se limita solo a las personas que están muriendo; también es para los que los lloran. Ellos, también, caminan por el valle y Dios también les extiende sus manos.

La Biblia está llena de promesas consoladoras como esta:

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza;

siempre está dispuesto a ayudar en tiempos de dificultad.

Por lo tanto, no temeremos.

SALMO 46:1-2

Dios ha dicho: «Nunca te fallaré. Jamás te abandonaré».

HEBREOS 13:5

Ni siquiera en la oscuridad puedo esconderme de ti.

Para ti, la noche es tan brillante como el día.

La oscuridad y la luz son lo mismo para ti.

SALMO 139:12

Nunca tenemos que pasar solos por ese camino. El Pastor aparece y nos sostiene, y mientras llegamos a la puerta, los ángeles están allí para atendernos y acompañarnos hacia las bellas sorpresas que nos aguardan.

Esta vida parece la «verdadera», pero solo es un prefacio, y todavía tenemos que ver el primer capítulo. Como lo expresa el compositor húngaro Franz Liszt en la introducción a su poema sinfónico *Les Preludes*: «¿Qué es nuestra vida sino una serie de preludios hacia el Himno desconocido, la primera y solemne nota del cual entona la Muerte?»[\[147\]](#). Pensamos que la historia se acaba con la muerte, pero la verdad es que la muerte solo es el comienzo. La Biblia nos asegura que lo que sigue es demasiado maravilloso como para que podamos entenderlo ahora.

En los siete libros de la serie de las Crónicas de Narnia de C. S. Lewis, cuatro niños exploran otro mundo, gobernado por Aslan el León. En los primeros seis libros, Aslan los envía de regreso a su hogar en Inglaterra después de cada aventura. A medida que el último libro llega al final, los niños se encuentran en una Narnia espléndidamente embellecida y no quieren irse. Su propio mundo les parece pálido en comparación. No obstante, Aslan tiene una sorpresa. Él revela que el accidente del tren que los llevó a Narnia esta vez había sido de verdad, y que ellos, en términos terrenales, habían muerto y habían dejado su mundo de todos los días por última vez. «El período se acabó —dice Aslan—. Las fiestas han comenzado. El sueño se acabó. Esta es la mañana».

El gran León entonces comienza a transformarse en algo que es, al igual que las aventuras que los niños enfrentan, demasiado maravilloso como para escribir sobre ello. Su vida en la tierra y en la antigua Narnia solamente eran «la portada

y la página del título», y ahora están comenzando verdaderamente el primer capítulo de la verdadera historia. Es una historia que «nadie en la tierra ha leído: que continúa para siempre: en la que cada capítulo es mejor que el anterior»[\[148\]](#).

John Todd, que nació en 1800, un siglo antes que Lewis, también vio la importancia y la esperanza de la muerte. Todd era un chico de Vermont que a los seis años de edad perdió a sus dos padres. También perdió a sus hermanos, cuando los dividieron entre sus familiares. A John lo acogió una tía bondadosa. Él vivió con ella quince años hasta que se fue a estudiar para el ministerio. Los años pasaron y llegó a ser un pastor eficaz. Un día recibió una carta de la tía que lo había criado. Ella se estaba muriendo y tenía las mismas preguntas que todos nos hacemos: «¿Qué me espera en la muerte? ¿Es esto el final?». John pudo sentir su ansiedad en cada línea que había escrito.

John amaba a su tía, y se sentó a responder su carta. Comenzó con la historia de un niño de seis años que esperaba la llegada de la mujer que se convertiría en su madre:

Todavía puedo recordar mi decepción cuando, en lugar de buscarme tú misma, enviaste a tu criado Caesar a recogerme.

Recuerdo mis lágrimas y mi ansiedad mientras, en lo alto de tu caballo y aferrado fuertemente a Caesar, me dirigía montado a mi nuevo hogar. La noche llegó antes de que termináramos nuestro viaje y yo comencé a sentirme solo y con miedo.

—¿Crees que ella se irá a la cama antes de que yo llegue? —le pregunté a Caesar con ansiedad.

—Oh, no —dijo él de manera tranquilizadora—. Ella estará despierta esperándote. Cuando salgamos de estos bosques, verás su vela brillando en la ventana.

En breve salimos al espacio abierto y allí, sin duda alguna, estaba tu vela. Recuerdo que estabas esperando en la puerta, que con tus brazos me abrazaste, a un niño cansado y desorientado. Tenías una gran fogata que ardía en la chimenea, una cena caliente que esperaba en la estufa. Después de la cena me llevaste a mi nueva habitación, oíste mis oraciones y después te sentaste a mi lado hasta que me quedé dormido.

Algún día dentro de poco Dios enviará a alguien a buscarte, para llevarte a tu nuevo hogar. No le temas a la llamada, al viaje extraño, ni al mensajero oscuro de la muerte. Se puede confiar en que Dios hará por ti todo lo que fuiste lo suficientemente amable de hacer por mí hace muchos años. Al final del camino encontrarás amor y una bienvenida que te esperan, y estarás a salvo bajo el cuidado de Dios[\[149\]](#).

John Todd pintó para su tía un cuadro muy bello de la vida nueva, tanto como cualquier persona podría esperar. Sin embargo, puedo asegurarte que es solo una sombra borrosa, comparada con la belleza majestuosa y el gozo que nos aguarda cuando finalmente cerremos esta puerta y abramos la nueva en la presencia de Dios.

CAPÍTULO 10

DEIDAD: *Temor a Dios*

El SEÑOR se deleita en los que le temen.

SALMO 147:11

En el libro de Narnia *The Silver Chair (La silla de plata)* de C. S. Lewis, la colegiala Jill se encuentra sola y desesperadamente sedienta en un bosque desconocido. Ella no sabe nada de Aslan, la figura de Cristo en esas historias, pero cuando llega a una corriente de agua, ve al gran León entre ella y el agua. Aunque su sed es agobiante, Jill se queda paralizada, demasiado petrificada por el terror como para avanzar o correr.

—Si tienes sed, puedes beber —dice el León.

La aterrorizada Jill, con miedo a que se la coma, no se mueve. Dice:

—¿Me prometes que no me harás nada, si es que voy?

—No haré promesas —responde el León.

—No me atrevo a acercarme para beber —responde Jill.

—Entonces te morirás de sed —le dice el León.

Jill dice que irá a buscar otra corriente, pero el León responde: «No hay otra corriente»[\[150\]](#).

En toda la Biblia, al pueblo de Dios se le exhorta a temer a Dios. ¿Debe igualarse este temor al de Jill: el de una niña que tiembla con temor absoluto ante un ser todopoderoso que obliga a decisiones difíciles y que puede hacerle cualquier cosa a cualquiera, en cualquier momento?

Harold S. Kushner, el popular rabino y autor de *When Bad Things Happen to Good People (Cuando las cosas malas le pasan a la gente buena)*, parece igualar el temor a Dios con esa clase de terror. Como resultado, a él no le gusta la idea

de temer a Dios. En su libro del 2009, *Conquering Fear: Living Boldly in an Uncertain World* (*Vencer el miedo: Cómo vivir con coraje en un mundo incierto*), escribió:

Si hay una frase que me gustaría que hicieran desaparecer del discurso teológico, son las cuatro palabras «el temor a Dios». No tengo buena opinión de una religión que trate de controlar a sus seguidores asustándolos. [...] Donde la frase «el temor a Dios» aparece en la Biblia, no creo que se refiera a tenerle miedo a Dios. Creo que se refiere al sentido de admiración que nos abrumba cuando contemplamos la grandeza y la majestad de Dios[\[151\]](#).

Resulta que admiro al rabino Kushner. Sus obras me parecen refrescantes y provocativas. Sin embargo, en este tema no podría estar más en desacuerdo. Creo que esas afirmaciones en cuanto al temor a Dios tienen dos errores.

Primero, parece que Kushner cree que hablamos demasiado del temor a Dios, y que se ahuyenta a la gente de las iglesias y sinagogas con esa idea «medieval». No obstante, yo aseguraría que lo opuesto es cierto. El temor a Dios ha estado ausente en cualquier discurso teológico que haya oído recientemente. Yo argumentaría que es la *falta* de esta discusión lo que contribuye al lío al que este mundo está descendiendo rápidamente.

En su libro *The Secret of the Lord* (El secreto del Señor), Charles Crismier hace esa misma afirmación. Identifica la década de 1960 como la época en que «el temor al Señor» comenzó a avergonzar a la gente. La expresión solía ser común y halagadora, pero ahora la idea parece ser casi incomprensible para nuestra cultura. Ahora es más probable que se burlen de la frase en lugar de respetarla[\[152\]](#).

A. W. Tozer, un gran pastor del siglo xx, también lamentó este cambio cultural. Hizo esta observación:

La confianza en sí mismos de los cristianos modernos, la ligereza básica actual en tantas de nuestras reuniones religiosas, la impactante falta de respeto que se muestra por la Persona de Dios son evidencias suficientes de una ceguera profunda del corazón. Muchos se llaman a sí mismos con

el nombre de Cristo, hablan mucho de Dios y a veces le oran, pero evidentemente no saben quién es él. «El temor del Señor es fuente que da vida», pero su temor sanador casi no se encuentra hoy entre los hombres cristianos[\[153\]](#).

El espacio de cincuenta años entre los escritos de A. W. Tozer en 1961 y Charles Crismier en 2011, en los que ambos lamentan la pérdida del temor a Dios, deja ver que el rabino Kushner no tiene que preocuparse por hacerle demasiado énfasis a ese temor. No lo enseñábamos hace medio siglo, y tampoco lo enseñamos ahora. No podemos desgastarlo cuando esta generación ni siquiera lo ha *usado*.

Creo que el segundo error del rabino está en su definición restringida de la palabra *admiración*. La mayoría de la gente estaría de acuerdo en que el temor a Dios incluye admiración, pero es más que eso. Al explorar las apariciones de esta frase a lo largo de la Biblia, probablemente te sorprenderías al descubrir lo arraigado que está este concepto en todas las Escrituras. Creo que coincidirás en que la definición se extiende mucho más allá de la emoción de la admiración.

Me doy cuenta de que el rabino Kushner no es un seguidor de Cristo, así que no podemos esperar que él considere el Nuevo Testamento cuando desarrolla sus ideas. No obstante, los que somos creyentes podemos leer el libro de Hebreos — quizás la más «judía» de las epístolas del Nuevo Testamento— como una referencia convincente que muestra el temor a Dios como algo más que simple admiración.

El mismo Dios que nos invita a ir con toda confianza ante su presencia (Hebreos 4:16; 10:19), también espera que «agrademos a Dios adorándolo con *santo temor* y reverencia, porque nuestro Dios es un fuego que todo lo consume» (Hebreos 12:28-29; énfasis agregado).

Como alguien que vive en el sur de California y que ha visto incendios forestales consumidores de cerca y personalmente, puedo decir que miedo es una descripción apta de la emoción que producen. ¿Producen también una sensación de admiración? Sí, uno no puede evitar admirarse por las llamas que se elevan a cientos de metros en el aire y que consumen todo a su paso. Sin embargo, ¿es la admiración lo que hace que mis vecinos y yo huyamos por seguridad cuando esos incendios están descontrolados? No, es el miedo a morir en su presencia, no

porque el fuego tenga alguna intención de hacernos daño, sino porque el fuego tiene una naturaleza innata que puede hacernos daño si no lo respetamos. Así que cuando el autor de Hebreos dice que «nuestro Dios es un fuego que todo lo consume», no me sorprende leer que debo servirlo con «santo temor». Sí, Dios inspira una admiración abrumadora. No obstante, así como el fuego actúa de acuerdo a su naturaleza, Dios también. Él funciona de acuerdo a su objetivo providencial para su mundo, y será mejor que nos alineemos con esa intención para evitar quemarnos.

DOS MANERAS DE TEMER A DIOS

Las referencias bíblicas al temor a Dios se clasifican en dos categorías distintas. La primera es un temor sobrecogedor y la segunda es una devoción embelesada. exploremos el significado de estas dos expresiones.

Temor sobrecogedor

El término *temor sobrecogedor* parece indicar algo que hay que evitar en lugar de aceptar. Me doy cuenta de que he sido culpable de evitar el tema a veces, porque es muy fácil hacer énfasis en el amor de Dios y en cómo Jesús es amigo de los pecadores, pero ese es solamente un lado de la ecuación. Si no equilibramos nuestra perspectiva, terminamos con la idea de que «no es necesario temerle a nuestro buen amigo Dios»[\[154\]](#).

Así que cuando vamos a la Biblia para ajustar la perspectiva, ¿descubrimos que el *temor* es simplemente sinónimo de *admiración* y *reverencia*? De hecho, no. En Génesis, donde la palabra *temor* se usa por primera vez en la Biblia, leemos que Dios camina en el jardín precisamente después de que Adán y Eva habían comido del fruto prohibido. Aparentemente, Dios desarrolló la práctica de disfrutar de la compañía de ellos «cuando soplaba la brisa fresca de la tarde» (Génesis 3:8). Sin embargo, después de que Adán y Eva pecaron y Dios se acercó, Adán se escondió de la presencia de Dios. Él explica: «Te oí caminando por el huerto, así que me escondí. Tuve miedo porque estaba desnudo» (Génesis 3:10).

Te aseguro que lo que Adán sintió en ese momento fue mucho más que admiración y reverencia por su Creador. Tenía un miedo extremo, exactamente como tendría que haberlo tenido. Dios le había advertido que si comía del árbol prohibido moriría (Génesis 3:3).

El autor cristiano y profesor de filosofía Peter Kreeft explica:

El terror es una atadura, no importa cuán primitiva, entre nosotros y Dios. [...] Se supone que debe estar allí, porque nacemos como pecadores originales, y el yo pecador se aterroriza naturalmente y como es debido por la bondad de Dios, que es enemiga del pecado[\[155\]](#).

En unos cuantos capítulos después del incidente de Génesis 3, encontramos la frase *el temor de Dios* por primera vez. Génesis 20 cuenta la historia de la segunda mentira de Abraham en cuanto a su esposa, Sara. En ambas ocasiones, él ha afirmado que Sara es su hermana. El problema es que está entre gente peligrosa y tiene una esposa bella. Él cree que es posible que el rey Abimelec lo mate para agregar esa esposa a su harén, por lo que Abraham miente, esperando que el engaño le salve el pellejo.

Sara se salva de la deshonra solamente porque Dios se le aparece a Abimelec en un sueño y le revela su verdadera identidad. Abimelec se enoja; quiere que Abraham le explique ese engaño. *¿Por qué, Abraham?* Y Abraham responde: «Yo pensé: “Este es un lugar donde no hay temor de Dios”» (Génesis 20:11).

No le tenemos miedo a lo que no conocemos. Por eso es que los pequeños tocan las estufas calientes una vez. La gente que está sin Dios no le teme, por lo que no vacila en actuar de manera inmoral. En Romanos 3, el apóstol Pablo nos da un listado largo de quejas acerca de gente impía, y la concluye en el versículo 18, citando el Salmo 36:1: «No tienen temor de Dios en absoluto».

Sin embargo, los que conocen a Dios le temen. Ese temor les es tan abrumador que no pueden permanecer de pie en su presencia. Leemos que:

- Abraham «cayó rostro en tierra» (Génesis 17:3).
- Moisés «se cubrió el rostro porque tenía miedo de mirar a Dios» (Éxodo 3:6).
- Balaam «se inclinó y cayó rostro en tierra ante él» (Números 22:31).

- Josué «cayó rostro en tierra ante él con reverencia» (Josué 5:14).
- Gedeón y Manoa clamaron alarmados por miedo a morir (Jueces 6:22-23; 13:20-22).
- Isaías sintió que estaba acabado (Isaías 6:5).
- Ezequiel cayó sobre su rostro (Ezequiel 1:28).
- Daniel se sintió como un hombre al que se le habían agotado todas sus fuerzas (Daniel 10:8).
- Los tres discípulos que vieron el rostro de Jesús que brillaba como el sol «estaban aterrados y cayeron rostro en tierra» (Mateo 17:6).
- Saulo de Tarso cayó al suelo y quedó ciego (Hechos 9:4-9; 22:11).

Muchos cristianos hoy en día parece que piensan que la Encarnación eliminó la necesidad de cualquier temor a Dios. En Jesús, Dios vino a la tierra en forma de hombre y nos dio a un Dios accesible, alguien a quien poder amar y con quien relacionarnos como amigo. Los que adoptan este punto de vista como toda la verdad frecuentemente describen a Jesús como una persona tierna, compasiva y amorosa. Él era (y es) todo eso, pero ese no es todo el cuadro. El Jesús que tomó un látigo y por sí solo sacó del templo a una masa de mercaderes ladrones ha quedado en el olvido. Puedes estar seguro de que los que lo rodeaban sintieron miedo. Más tarde, los líderes judíos llegaron a arrestar a nuestro Señor, diciendo que buscaban a Jesús de Nazaret. «Cuando Jesús dijo “YO SOY”, ¡todos retrocedieron y cayeron al suelo!» (Juan 18:6). Estoy seguro de que esos hombres también sintieron miedo.

Es en el libro de Apocalipsis donde presenciamos algunas de las más terribles descripciones de nuestro Señor. Por ejemplo, cuando Juan vio al Cristo resucitado, cayó a sus pies como si estuviera muerto (Apocalipsis 1:17). Ese no fue un acto voluntario de adoración sino una reacción instintiva de temor. Aunque Juan conocía a ese Jesús personalmente y había puesto su cabeza en su pecho (Juan 13:25, RVR60), no es una sorpresa que cayera a los pies de Jesús como muerto. Estaba abrumado por la majestad del Hijo del Hombre glorificado.

El apóstol Pedro nos da lo que tal vez es la razón principal para nuestra admiración y temor a Dios. Después de una noche de pescar sin éxito, Pedro estaba desanimado. Entonces Jesús hizo un milagro que de repente sobrecargó las redes de Pedro. «Cuando Simón Pedro se dio cuenta de lo que había

sucedido, cayó de rodillas delante de Jesús y le dijo: “Señor, por favor, aléjate de mí, soy demasiado pecador para estar cerca de ti”» (Lucas 5:8). La admiración y el temor son respuestas naturales del que es imperfecto al que es perfecto, del estropeado al que es bello, del que está contaminado al que es puro, del impotente al poderoso.

Creo que hemos perdido nuestro sentido de lo mucho que nuestro pecado nos separa de Dios. Como resultado del pecado, Pablo nos dice en Romanos 5 que en realidad hemos llegado a ser enemigos de Dios. Como imperfectos, estropeados, contaminados e impotentes pecadores no podemos imaginar cómo será estar — o, más acertadamente, tratar de estar— de pie ante la augusta presencia del ser más bello, perfecto y poderoso del universo. Es como tener un cuerpo encorvado, envejecido y manchado, y tener que estar de pie y desnudo frente a la persona más bella que existe.

Creo que ese es el sentimiento que invadió a Pedro en su barco pesquero ese día. Aunque amaba mucho a Jesús y sabía que Jesús lo amaba y que en el fondo velaba por su bien, la admiración y el temor de Pedro surgieron al darse cuenta de la enorme diferencia que había entre su pecaminosidad y la perfección de Jesús.

El profeta Isaías lo pone de esta manera:

Ten por santo en tu vida al SEÑOR de los Ejércitos Celestiales;
él es a quien debes temer.
Él es quien te debería hacer temblar.

ISAÍAS 8:13

Devoción embelesada

Si la admiración y el temor son respuestas apropiadas para Dios, ¿cómo conciliamos eso con la declaración confiada de Pablo en Romanos 8:1? «Ya no hay condenación para los que pertenecen a Cristo Jesús». Como creyentes en Cristo, sabemos que podemos vivir sin temor de la ira de Dios. Esa es una confianza que está grabada en la eternidad.

Eso hace que surja una pregunta importante. Si Cristo ha quitado la necesidad de temer a la ira de Dios, ¿en realidad necesitamos temer a Dios en modo alguno? Pablo nos contesta diciendo que el temor todavía tiene su lugar. Les instruye a sus amigos en Filipos diciendo: «Esfuércense por demostrar los resultados de su salvación obedeciendo a Dios con profunda reverencia y temor» (Filipenses 2:12). Pedro también afirma el papel del temor cuando nos exhorta: «Tienen que vivir con un reverente temor de él durante su estadía aquí como “residentes temporales”» (1 Pedro 1:17). ¿Por qué debemos seguir temiéndole a Dios si su gracia elimina las consecuencias de su ira?

Encontramos la explicación en el segundo concepto del temor de la Biblia. Para los seguidores activos de Jesucristo, este entendimiento es el más significativo para la vida diaria. Tememos a Dios al honrarlo, reverenciarlo y valorarlo. Su grandeza y majestad nos reducen a una sensación abrumadora de admiración que no se enfoca solamente en su ira y juicio, sino también en su gloria trascendental, que no es semejante a nada más que podamos confrontar en el mundo. Nos deja casi sin palabras.

Sin embargo, espera, ¿no es esa la postura del rabino Kushner, con quien no estuve de acuerdo al principio de este capítulo?

No. El rabino Kushner rechaza a la ligera la necesidad de temer alguna vez el poder o el juicio de Dios, mientras que yo sostengo que ese temor es la base saludable de todos los demás temores (como la admiración y el respeto) que tenemos por Dios. La omnipotencia de Dios, su santidad consumidora y su derecho a juzgar es lo que lo hace digno de ser temido. No obstante, cuando a esos rasgos de su carácter le agregas los que son más cálidos y atrayentes según los estándares humanos —su amor, compasión, gracia, misericordia y paciencia—, quedamos atónitos por la revelación de su carácter.

Aunque él tenía todo el derecho de juzgar a la raza humana, con misericordia increíble envió a su único Hijo para que fuera juzgado por nosotros. Así que temer solamente al poder de Dios con temor y temblor, sin temer (o respetar) su amor asombroso es una respuesta incompleta que reduce nuestra experiencia y gozo en él. El pastor y erudito Sinclair Ferguson describe este temor como «esa mezcla indefinible de reverencia, temor, placer, gozo y admiración que llena nuestro corazón cuando nos damos cuenta de quién es Dios y de lo que ha hecho por nosotros»[\[156\]](#).

Como lo hace muy frecuentemente, A. W. Tozer tiene precisamente las palabras correctas para describir ese temor: «Creo que el temor reverencial de Dios, mezclado con amor, fascinación, asombro, admiración y devoción, es la condición más agradable y la emoción más satisfactoria que el alma humana pueda conocer»[\[157\]](#).

Según el teólogo John Murray, «el temor a Dios [...] es el temor que obliga a la adoración y al amor. Es el temor que consiste de admiración, reverencia, honra y adoración, y todas estas cosas al nivel más alto de su práctica. Es el reflejo en nuestra consciencia de la majestad y santidad trascendentales de Dios»[\[158\]](#).

Cuando confiamos verdaderamente en Dios, nuestro temor hacia otras cosas y personas comienza a disminuir. Los temores grandes hacen que los temores pequeños desaparezcan. Podemos pasar nuestros días preocupándonos por una multitud de desafíos diarios, pero deja que la palabra *cáncer* se mencione en la misma oración con nuestro nombre, y todas nuestras ansiedades diarias desaparecen en la nube de un temor más grande. Dios, por supuesto, no es una fuerza malévola como el cáncer. Eso significa que cuando nuestros temores menores son absorbidos por el temor de él, nuestra vida cobra seguridad en lugar de llegar a debilitarse por el terror de un futuro incierto.

Dios es el temor más grande de todos. De hecho, se habla de Dios como «el Temor» dos veces en Génesis 31: «Si el Dios de mi padre, Dios de Abraham y temor de Isaac, no estuviera conmigo [...] Y Jacob juró por aquel a quien temía Isaac su padre» (versículos 42, 53, RVR60). «El Temor» es una figura del lenguaje aquí, en la que la emoción se personifica como la misma persona, en este caso, Dios.

Cuando otros temores toman la prioridad por encima de Dios es cuando nos metemos en problemas. Eso es lo que les ocurrió a los israelitas que vivían durante la época de Isaías. Escucha las palabras de Dios para ellos:

¿Les tienen miedo a estos ídolos?

¿Les producen terror?

¿Por eso me han mentido

y se han olvidado de mí y de mis palabras?

¿Será por mi largo silencio

que ya no me temen?

ISAÍAS 57:11

Al perder su temor a Dios, la nación de Judá había llegado a tener un temor indebido a los dioses paganos. Ya no sentían la «devoción embelesada» porque habían perdido el asombro de quién es Dios.

Vance Havner nos dice lo fácilmente que nosotros, también, podemos caer en el error de Judá:

Es fácil perder el asombro. El espíritu de la época está en nuestra contra. La iniquidad abunda y el amor de muchos se enfría. Sabemos demasiado. Hemos probado todas las emociones. [...] Mucha de actividad religiosa actual ha perdido el asombro. Usamos jerga acerca de hombres, métodos y movimientos, pero no nos regocijamos en la maravillosa noticia de que Cristo murió y resucitó[\[159\]](#).

Ravi Zacharias dijo: «Mientras más viejo seas, más tardarás en llenar tu corazón de asombro, y solo Dios es lo suficientemente grande como para hacerlo»[\[160\]](#). No importa qué edad tengamos, todos necesitamos una devoción embelesada, que es el elemento vigorizante que encontramos en el temor a Dios.

POR QUÉ DEBEMOS TEMER A DIOS

He resumido las dos clases de temor a Dios como un temor sobrecogedor y una admiración embelesada. Ahora bien, quiero combinar esas dos clasificaciones en un tema unificador al preguntar *por qué*. ¿Por qué debemos temer a Dios? Veremos tres razones: por lo que es, por lo que ha hecho y por lo que sigue haciendo actualmente.

Debemos temer a Dios por lo que es

La misma naturaleza de Dios —su majestad inigualable, su magnificencia sin comparación, su belleza sin medida— debería hacer que lo temamos. No hay nadie como él, y esa es la razón principal por la que él debería inspirar temor reverencial en nosotros. El Salmo 89 pregunta: «¿Quién se compara con el

SEÑOR en todo el cielo? ¿Qué ángel poderosísimo se asemeja en algo al SEÑOR?». La respuesta del salmista es un «nadie» implícito, que significa que todos «quedan en reverencia ante Dios» (versículos 6-7).

El profeta Jeremías estableció esa verdad como una premisa y sacó una conclusión lógica: ya que no hay nadie como Dios, toda la gente debe temerlo: en otras palabras, temer su poder y estar dedicado a su persona (Jeremías 10:6-7). Como lo explica Kreeft: «El “temor del Señor” es algo que toma su carácter específico de su objeto, del Señor. Es sobrecogimiento. Es adoración. Es asombro. Es veneración absoluta»[\[161\]](#). Y se le debe al Señor simplemente por lo que es.

Debemos temer a Dios por lo que ha hecho

Cuando tememos a Dios por lo que es, no tardaremos en temerlo por lo que ha hecho.

Cuando los israelitas fueron liberados de la esclavitud egipcia, ellos vieron «el gran poder que el SEÑOR había desatado contra los egipcios, [y] se llenaron de temor reverente delante de él. Entonces pusieron su fe en el SEÑOR y en su siervo Moisés» (Éxodo 14:31). Junto con Moisés cantaron un canto de adoración y de gratitud:

Oh SEÑOR, entre los dioses, ¿quién es como tú:
glorioso en santidad,
imponente en esplendor,
autor de grandes maravillas?

ÉXODO 15:11

Tal vez la demostración más espectacular de la obra de Dios en el pasado es la Creación en sí. El salmista nos recuerda que el mundo creado nos da una razón adicional para temer al Señor por lo que ha hecho:

El SEÑOR tan solo habló
y los cielos fueron creados.
Sopló la palabra,

y nacieron todas las estrellas.
Asignó los límites al mar
y encerró los océanos en enormes depósitos.
Que todo el mundo tema al SEÑOR
y todos estén ante él con temor reverente.
Pues cuando habló, el mundo comenzó a existir;
apareció por orden del SEÑOR.

SALMO 33:6-9

A todo nuestro alrededor hay evidencias del poder de Dios en la creación. Paul Thigpen escribió de cuando estuvo parado detrás de las cataratas del Niágara por primera vez. Apenas pudo resistir la escala colosal de la maravilla natural: la energía desatada, el ensordecedor tumulto de las aguas que caen en picada y chocan con las rocas de abajo. ¿Por qué sintió ese temor? Estaba bien protegido de cualquier posibilidad de caerse. Racionalmente, él sabía que estaba perfectamente a salvo. Aun así, su corazón le latía con fuerza. Para él era imposible evitar pensar en lo que *podría* pasar si su cuerpo fuera arrojado violentamente hacia abajo por ese torrente. Quedaría destrozado; sería eliminado. Su imaginación sacó todo de su mente, menos el temor sobrecogedor que le provocaban esas cataratas.

Aun así, las cataratas del Niágara no lograrían llegar al listado de las diez creaciones más espectaculares de Dios. Esas toneladas de agua que caen en picada son menos de una gota en la cubeta, comparadas con las galaxias que él ha lanzado a lo largo de los cielos. Thigpen pregunta:

¿Con cuánta más fuerza debería latir nuestro corazón con temor ante su presencia? Solamente somos granos de arena en la playa de su infinitud, segundos fugaces en su eternidad. Él es mucho más grandioso que toda la grandeza que hayamos presenciado, fantásticamente más poderoso que todos los poderes con los que alguna vez nos hayamos enfrentado, inconcebiblemente más inteligente que todas las mentes brillantes que alguna vez hayamos conocido o de las que nos hayamos enterado[\[162\]](#).

Sí, somos redimidos y rescatados en Cristo. Estamos parados en una base firme con Dios, así como el hombre que se para en la roca para ver las cataratas del Niágara. Sin embargo, nuestro temor de su poder es totalmente apropiado. Si nuestra mente está despierta a su mano en la formación del universo, la única respuesta natural es una reverencia temerosa por lo que ha hecho.

Debemos temer a Dios por lo que hace

Israel presenció de primera mano lo que Dios estaba haciendo cuando acamparon al pie del monte Sinaí para recibir la ley. Oyeron los truenos que retumbaban al otro lado del horizonte. Vieron los rayos que hacían violentos cortes a lo largo del firmamento. El misterioso sonido de trompetas sonaba fuertemente mientras el humo ascendía desde la montaña hacia el cielo.

¿Cómo habrías reaccionado tú? El pueblo, que temblaba de miedo, estaba aterrorizado por lo que Dios estaba haciendo. Le suplicaron a Moisés que subiera a la montaña, hablara con Dios y les trajera de vuelta su Palabra. Estaban convencidos de que oír la voz de un Dios con ese poder seguramente sería su muerte. «¡No tengan miedo! —les respondió Moisés—, porque Dios ha venido de esta manera para ponerlos a prueba y para que su temor hacia él les impida pecar» (Éxodo 20:20). En otras palabras, Dios les estaba mostrando su poder para que enfocaran su atención en la necesidad de obedecerlo y en la ley que estaba a punto de entregarles.

El salmista dice: «Vengan y vean lo que nuestro Dios ha hecho, ¡los imponentes milagros que realiza a favor de la gente!» (Salmo 66:5). ¿Qué hace él ahora entre nosotros que debería inspirarnos a ese sobrecogimiento o temor? Podríamos hacer una lista interminable, pero enfoquémonos en una obra que es vital para nosotros: el perdón.

Si te preguntas por qué el perdón debería impulsarnos al temor, considera lo que Dios hace por nosotros, comparado con lo que podría haber hecho. Como dice el profeta Joel: «Regresen al SEÑOR su Dios, porque él es misericordioso y compasivo, lento para enojarse y lleno de amor inagotable. Está deseoso de desistir y no de castigar» (Joel 2:13). Claramente, Dios, que es perfecto, habría podido recurrir a la ira mortal hacia nosotros por nuestro pecado. No obstante, en

lugar de eso, «está deseoso de desistir y no de castigar». Su amor continuo por nosotros es lo único que nos sustenta y lo hace ofrecer perdón en lugar de nuestra destrucción merecida. Como nos lo dice otro salmo:

SEÑOR, si llevaras un registro de nuestros pecados,
¿quién, oh Señor, podría sobrevivir?
Pero tú ofreces perdón,
para que aprendamos a temerte.

SALMO 130:3-4

Esos versículos nos señalan hacia 1 Juan 1:9, un versículo que acogemos como creyentes: «Si confesamos nuestros pecados a Dios, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad». Eso no equivale a enviar un poco más de ropa sucia a la lavandería; es un milagro que sacude los cimientos del universo. Debería sacudirnos a ti y a mí.

El perdón es una obra que Dios hace en nuestra vida ahora mismo; aleja nuestros pecados de nosotros y nos rehace a su propia imagen. Pablo dice que podemos estar seguros «de que Dios, quien comenzó la buena obra en [nosotros], la continuará hasta que quede completamente terminada el día que Cristo Jesús vuelva» (Filipenses 1:6).

¿Cuántas veces has pedido perdón por tus pecados y lo has recibido? Yo esperarí que muchas. No obstante, la pregunta es esta: ¿cuánta *devoción embelesada* genera el perdón en tu corazón? ¿Te ha conmovido hasta las lágrimas la realidad de la increíble obra de Cristo, o simplemente sigues adelante sin pensarlo dos veces? ¿Has pensado alguna vez con miedo, como Paul Thigpen en las cataratas, cómo podrías haber caído en las profundidades de la desesperanza y de la pérdida eterna sin el milagro del perdón de Dios?

El perdón misericordioso que Dios ofrece debería hacer que nuestra devoción a él creciera y que nuestra humildad se profundizara para que veamos aún más de la magnificencia de Dios. Me refiero a una consciencia cada vez mayor de que «en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hechos 17:28). Cada respiro que damos es un precioso regalo de la gracia sustentadora de Dios. Y para ese sustento, Dios merece nuestro temor: nuestra devoción sin fin.

¿ES POSIBLE AMAR A DIOS Y TEMERLE AL MISMO TIEMPO?

En esa clase de amor no hay temor, porque el amor perfecto expulsa todo temor. Si tenemos miedo es por temor al castigo, y esto muestra que no hemos experimentado plenamente el perfecto amor de Dios.

1 JUAN 4:18

Este versículo del Nuevo Testamento hace surgir una pregunta desconcertante. ¿Es posible amar a Dios y temerle al mismo tiempo? La Biblia dice que sí. En varios lugares, el Antiguo Testamento nos ordena amar y temer a Dios. Por ejemplo: «Y ahora, Israel, ¿qué requiere el SEÑOR tu Dios de ti? Solo requiere que temas al SEÑOR tu Dios, que vivas de la manera que le agrada y que lo ames y lo sirvas con todo tu corazón y con toda tu alma» (Deuteronomio 10:12).

Esta combinación de amor y de temor captura nuestra reacción a dos atributos de Dios: misericordia y juicio. Pablo trata ambos en este pasaje de Romanos: «Fíjate en que Dios es bondadoso pero también es severo. Es severo con los que desobedecen, pero será bondadoso contigo si sigues confiando en su bondad. En cambio, si dejas de confiar, tú también serás arrancado por completo» (Romanos 11:22).

El salmista no ve contradicción en los actos simultáneos de amor y de temor. En el Salmo 118, se nos da la siguiente razón para amar a Dios: «Que todos los que temen al SEÑOR repitan: “Su fiel amor perdura para siempre”» (versículo 4). Y el Salmo 76 muestra cómo debe temerse a Dios: «¡Con razón eres tan temido! ¿Quién puede quedar en pie ante ti cuando estalla tu ira?» (versículo 7).

En muchas ocasiones a lo largo de mis cuarenta años de ministerio, la gente me ha preguntado sobre el tema del juicio de Dios. Frecuentemente dicen algo como esto: «Mi Dios nunca enviaría a nadie al infierno, ni castigaría a alguien por hacer el mal. Mi Dios es un Dios de amor».

Generalmente respondo diciendo que su Dios no existe. Hay un Dios a quien amar y un Dios a quien temer, ¡y es el mismo! ¿No juzgó a su propio Hijo como una demostración de su amor por el mundo? Y luego ¿no demostró su amor por

el Hijo al que juzgó al resucitarlo de los muertos? Qué tonto pensar que si él es un Dios de amor, no puede ser también un Dios al que hay que temer. Los dos atributos se complementan el uno al otro.

Para una de las mejores descripciones que haya leído de la capacidad tanto de amar como de temer a Dios al mismo tiempo, debemos viajar de regreso a la Narnia de C. S. Lewis a través del ropero. En su cuento *The Lion, the Witch, and the Wardrobe* (*El León, la bruja y el ropero*), un grupo de niños se entera de Aslan, el gran León que simboliza a Cristo. No es un animal adorable de un cuento de hadas, porque a los niños les dicen que pocos pueden estar frente a él sin que les tiemblen las rodillas. Uno de los niños dice: «¿Entonces, es peligroso».

El señor Castor, que conoce bien al León, responde que por supuesto es peligroso, pero que también es *bueno*. Él es un rey poderoso: un rey temible y amoroso. Cuando los niños conocen al León, su temor no es nada comparado al terror tembloroso y absoluto de Jill, a quien conocimos al inicio de este capítulo. Lewis nos dice que la gente frecuentemente «cree que una cosa no puede ser buena y terrible al mismo tiempo. Si los niños alguna vez pensaron así, entonces ahora ya estaban curados»[\[163\]](#).

Nosotros también tenemos que curarnos de nuestras concepciones ambiguas sobre un Dios domado e inocuo: un Dios con todo el poder para bendecir pero sin poder para aterrorizar.

Otra manera de entender la relación entre temer a Dios y amarlo es pensar en un padre que instruye a su pequeña hija para que no juegue en la calle. Cuando ella se arriesga a salir a la calle, rápidamente se entera de que la disciplina de su padre es veloz y estricta. Como resultado, se queda en su jardín, por temor a él. Al crecer, se da cuenta de que la severidad de su padre es para su propia protección: un resultado de su amor. De esa manera, el miedo se disuelve y ama a su padre aún más.

Muy profundamente, queremos un Dios a quien poder temer. Queremos que sea un Padre poderoso, un Padre vencedor; que tenga el poder para mantenernos a salvo, que nos ame con la furia de un león.

PROMESAS PARA LOS QUE TEMEN A DIOS

Cuando consideramos las dos dimensiones del temor a Dios —temor sobrecogedor y devoción embelesada—, descubrimos que la Biblia promete beneficios abundantes para los que mantienen estos temores. La siguiente lista de siete promesas resume por qué es sabio temer a Dios. Las presento mayormente sin comentario, porque creo que ministrarán a tu corazón con su belleza y bendición naturales.

La promesa de provisión

Temán al SEÑOR, ustedes los de su pueblo santo,
pues los que le temen tendrán todo lo que necesitan.
Hasta los leones jóvenes y fuertes a veces pasan hambre,
pero a los que confían en el SEÑOR no les faltará ningún bien.

SALMO 34:9-10

La promesa de protección

El SEÑOR vela por los que le temen,
por aquellos que confían en su amor inagotable.
Los rescata de la muerte
y los mantiene con vida en tiempos de hambre.

SALMO 33:18-19

La promesa de pureza

Llevó nuestros pecados tan lejos de nosotros
como está el oriente del occidente.
El SEÑOR es como un padre con sus hijos,
tierno y compasivo con los que le temen.

SALMO 103:12-13

Queridos amigos, dado que tenemos estas promesas, limpiémonos de todo lo que pueda contaminar nuestro cuerpo o espíritu. Y procuremos alcanzar una completa santidad porque tememos a Dios.

2 CORINTIOS 7:1

Según estos versículos, el temor piadoso es un ingrediente necesario en la santificación. El temor a Dios no solo es la clave para nuestro conocimiento de Dios, también es esencial para nuestra madurez como creyentes.

La promesa de prosperidad

¡Qué feliz es el que teme al SEÑOR,
todo el que sigue sus caminos!
Gozarás del fruto de tu trabajo;
¡qué feliz y próspero serás!
Tu esposa será como una vid fructífera,
florecente en el hogar.
Tus hijos serán como vigorosos retoños de olivo
alrededor de tu mesa.
Esa es la bendición del SEÑOR
para los que le temen.

SALMO 128:1-4

La promesa de días prolongados

El temor del SEÑOR prolonga la vida,
pero los años de los perversos serán truncados.

PROVERBIOS 10:27

La promesa de privilegio

El profeta Malaquías dice que Dios guarda las palabras de los que le temen al Señor en un rollo especial de memorias:

Los que temían al SEÑOR hablaron entre sí y el SEÑOR escuchó lo que dijeron.
En la presencia de él, escribieron un rollo de memorias para registrar los nombres de los que temían al SEÑOR y siempre pensaban en el honor de su nombre.

MALAQUÍAS 3:16

La promesa de perpetuidad

¡Oh, si siempre tuvieran un corazón así, si estuvieran dispuestos a temerme y a obedecer todos mis mandatos! Entonces siempre les iría bien a ellos y a sus descendientes.

DEUTERONOMIO 5:29

El amor del SEÑOR permanence para siempre
con los que le temen.

¡Su salvación se extiende a los hijos de los hijos!

SALMO 103:17

Estas son solo muestras del flujo de promesas que la Biblia ofrece a los que temen al Señor. Sin duda debilitan cualquier noción de que Dios es simplemente un tirano hambriento de poder, oprimiendo sin consideración a la raza humana para satisfacer un ego divino del tamaño de una galaxia.

Es cierto que sí hay consecuencias por no temer a Dios, pero no es como si Dios fuera un usurero avaricioso que espera quitarnos hasta el último centavo por nuestro fracaso. En lugar de eso, enfrentamos la consecuencia de perder las bendiciones descritas arriba. Es más como la consecuencia de un niño que se pierde la mañana de Navidad. ¿Quién querría renunciar a los tesoros espirituales de temer a Dios?

Aun así, él nos deja la decisión a nosotros.

CÓMO APRENDER A TEMER AL SEÑOR

Cuando comencemos a entender las bendiciones que pueden ser nuestras al temer a Dios, querremos comenzar a hacerlo. ¿Es posible aprender a temer a Dios? La Biblia nos dice que sí podemos. De hecho, los siguientes versículos muestran que Dios está dispuesto a enseñarnos a temerlo. Cuando él se preparaba para darle su ley a Israel, instruyó a Moisés: «Convoca al pueblo para que se presente ante mí, y yo mismo lo instruiré. Entonces ellos aprenderán a temerme toda su vida y les enseñarán a sus hijos que también me teman» (Deuteronomio 4:10).

El rey David escribe:

Vengan, hijos míos, y escúchenme,
y les enseñaré a temer al SEÑOR.

SALMO 34:11

Enséñame tus caminos, oh SEÑOR,
para que viva de acuerdo con tu verdad.
Concédeme pureza de corazón,
para que te honre.

SALMO 86:11

A cada rey que tomaba el trono de Israel se le exigía que aprendiera el temor del Señor, que escribiera la ley de Dios, que la guardara en un libro sacerdotal y que la tuviera a su lado para toda la vida. Se le instruía que mantuviera un corazón humilde y que fuera fiel a los mandamientos. Si hacía esas cosas, se le prometía que sus días y los días de su pueblo serían alargados (Deuteronomio 17:18-20).

¿Cómo aprendemos a temer a Dios? Así como el rey aspirante, comenzamos a leer y a obedecer la Palabra de Dios.

¡Alabado sea el SEÑOR!
¡Qué felices son los que temen al SEÑOR
y se deleitan en obedecer sus mandatos!

SALMO 112:1

El temor del SEÑOR es la base de la verdadera sabiduría;
todos los que obedecen sus mandamientos crecerán en sabiduría.
¡Alábenlo para siempre!

SALMO 111:10

No solamente de los líderes de Israel se esperaba que aprendieran el temor del Señor. Dios ordenó a todo el pueblo que se reuniera cada siete años para una lectura especial de la ley en público (Deuteronomio 31:10-13).

Una de las herramientas más grandes de enseñanza generacional de Dios fue el uso de monumentos conmemorativos. Por ejemplo, cuando Israel atravesó el río Jordán y entró a Canaán por primera vez, el Señor dio instrucciones al pueblo de que conmemoraran el acontecimiento. Fue un gran momento: el Señor había hecho retroceder las aguas y creó un fondo de río seco para facilitar la travesía. Después de que se pusieron en marcha para atravesarlo, Dios hizo que Josué nombrara a doce hombres, uno de cada tribu, para que eligieran una piedra y la cargaran sobre sus hombros hacia Gilgal, al lado occidental del río. Allí, Josué colocó las piedras como un monumento y anunció que en tiempos futuros, cuando los hijos preguntaran a sus padres acerca de las piedras, la gran historia de la fidelidad de Dios podría contarse, «para que todas las naciones de la tierra supieran que la mano del SEÑOR es poderosa, y para que ustedes temieran al SEÑOR su Dios para siempre» (Josué 4:24).

Me pregunto si nosotros estamos perdiendo el temor a Dios en nuestras iglesias y en nuestra cultura porque no tenemos historias de «monumentos conmemorativos» para compartirlas con nuestros hijos y nietos. ¿Les contamos cómo Dios nos ha bendecido mientras hemos vivido una vida que le teme a Dios? ¿Tenemos algún milagro que podamos comunicarle a la próxima generación?

LA CONCLUSIÓN FINAL

Salomón se pasó toda la vida en busca de propósito y significado, y llegó a la conclusión de que estaba resumido en —sí— «temer a Dios».

Mi conclusión final es la siguiente: teme a Dios y obedece sus mandatos, porque ese es el deber que tenemos todos.

ECLESIASTÉS 12:13

Las últimas palabras que alguien dice antes de su muerte frecuentemente se consideran de mucho significado. Con eso en mente, considera las últimas palabras del rey David:

Habrá un justo que gobierne entre los hombres,
Que gobierne en el temor de Dios.

2 SAMUEL 23:3, RVR60

Y las palabras finales de Josué:

Teme al SEÑOR y sírvelo con todo el corazón. Echa fuera para siempre los ídolos que tus antepasados adoraron cuando vivían del otro lado del río Éufrates y en Egipto. Sirve únicamente al SEÑOR.

JOSUÉ 24:14

¿Te diste cuenta de que la Biblia tiene mucho que decir acerca del temor a Dios? ¿Te sorprendería saber que ese temor ha jugado un papel importante a lo largo de la historia de la iglesia? Las épocas de espectacular avivamiento espiritual siempre se han iniciado con una renovación del temor a Dios. El mejor ejemplo es la predicación de Jonathan Edwards durante el Primer Gran Despertar. Durante esa época, Edwards, George Whitefield y otros predicaron acerca del juicio de Dios, que ocasionó una sensación de terror en las audiencias. Para nosotros ahora es difícil imaginar cómo el famoso sermón de Edwards «Pecadores en las manos de un Dios enojado» ocasionó gemidos y llantos, e impulsó a los oyentes a aferrarse fuertemente a las bancas y a los postes para evitar caerse al suelo.

El reverendo Joseph H. Weber, un evangelista metodista que presenció un avivamiento en la ciudad de Algona, Iowa, escribió: «Parece que muchos pecadores se impactan más por miedo que por amor»[\[164\]](#). El evangelista escocés Duncan Campbell dijo: «Toda una ciudad cautivada por el temor a Dios es lo que hace que el conocimiento de Dios llegue a toda la comunidad»[\[165\]](#). Durante el avivamiento irlandés de 1857, un hombre de treinta y cuatro años

cayó de rodillas en la calle, clamando con profunda agonía. La gente llegó corriendo para ayudarlo y le preguntó quién lo había atacado, pero él solo clamaba: «¡Inmundo! ¡Inmundo! ¡Dios, ten misericordia de mí, un pecador!»[166].

Wesley L. Duewel, en su libro *Revival Fire* (Fuego de avivamiento), dijo que el temor a Dios era tan repentino y tan poderoso en esos tiempos de avivamiento que comunidades completas llegaron a Cristo. Los hombres endurecidos comenzaban a llorar. Hubo milagros. Los adictos quedaban limpios, los hogares se restauraron y el crimen local fue casi erradicado. El temor a Dios lo cambió todo. Duewel continúa registrando esta cita: «Primero, quedaron impactados con sobrecogimiento y temor, luego fueron un mar de lágrimas, después se llenaron de un amor indescriptible»[167].

Es un hecho triste que algo tan bien establecido en los libros históricos sea para nosotros tan difícil de visualizar ahora. Como cultura, no tenemos temor a Dios; así que, como lo dijo Dostoyevsky: «Todas las cosas son permisibles». No vemos milagros. Estamos inundados de adicciones, hogares rotos, y crimen desenfrenado y sin control. Aun así, algunos cristianos dicen que necesitamos menos «temor a Dios» en nuestra enseñanza, mientras que aprueban efusivamente que se hable del «amor de Dios». No obstante, como hemos visto, el camino al amor transita a través del temor a Dios.

Terminaré con un pasaje del pastor y autor John Piper, que imagina un escenario de la naturaleza para ilustrar lo que significa temer al poder y a la protección de Dios:

Supón que estás explorando un glaciar desconocido en el norte de Groenlandia, en lo más crudo del invierno. Precisamente cuando llegas a un empinado despeñadero, con una vista espectacular de kilómetros y kilómetros de hielo puntiagudo y montañas de nieve, se desata una terrible tormenta. El viento es tan fuerte que el temor de que pudiera lanzarte por el despeñadero aumenta en tu corazón, pero en medio de la tormenta, descubres una hendidura en el hielo donde puedes esconderte. Allí te sientes seguro. No obstante, aunque seguro, la potencia

descomunal de la tormenta sigue arrasando y la contemplas con cierta clase de placer tembloroso, a medida que aumenta a través de los glaciares distantes.

Al principio estaba el temor de que esa terrible tormenta y el terreno asombroso pudieran cobrar tu vida. Luego encontraste un refugio y obtuviste la esperanza de que estarías a salvo, pero no todo en el sentimiento que se llama temor se desvaneció en tu corazón. Solo la parte que amenazaba tu vida. Permanecieron el temblor, el sobrecogimiento, el asombro, el sentimiento de que nunca querrías enredarte con una tormenta así, ni ser el adversario de ese poder.

Y así es con Dios. [...] El temor a Dios es lo que queda de la tormenta cuando tienes un lugar seguro para observar en medio de ella. [...] La esperanza convierte el temor en un asombro tembloroso y pacífico; y el temor elimina todo lo trivial de la esperanza y la hace fervorosa y profunda. Los terrores de Dios hacen que los placeres de su pueblo sean intensos. El compañerismo al lado del fuego es mucho más dulce cuando la tormenta ruge afuera de la cabaña[\[168\]](#).

Estoy agradecido de que mi Dios sea un Dios temible. Mi amor por él es mucho más profundo por el temor al que su amor ha respondido. La tormenta arrasa en todas partes, pero estoy a salvo y seguro. Amo a mi Dios y le temo. Yo lo amo porque le temo.

Epílogo

¿A qué le tienes miedo tú?

En este libro he tratado nueve de los temores humanos más comunes. No obstante, recientemente descubrí un temor que los abarca muy bien a todos. Lo encontré en un sitio de Internet donde se invitaba a la gente a compartir sus temores más profundos. Aquí tienes lo que un hombre escribió: «La vida es mi temor más grande, me asusta. [...] ¿A dónde nos dirigimos? Si seguimos adelante, ¡odio pensar dónde estaremos dentro de diez años!»[\[169\]](#).

Eso lo resume todo, ¿verdad? Cuando le tenemos miedo a la vida en sí, podría decirse que le tenemos miedo a todo.

Desde cierta perspectiva, el hombre tiene razón. Como lo he dicho muchas veces en este libro, en este mundo no podemos evitar situaciones atemorizantes. Es un mundo caído y eso significa que el mal tiene un punto de apoyo en cada esquina de él. Desde una perspectiva humana, eso puede ser atemorizante. La condición del mundo caído no solo afecta el corazón de las personas, al oscurecer sus motivaciones y contaminar su amor, también afecta toda la extensión del mundo: su clima, su flora y fauna, y su vulnerabilidad a las enfermedades y a la descomposición.

¿A qué nos referimos cuando decimos que es un mundo caído? ¿Por qué crearía Dios un mundo en el que el dolor, la descomposición, el odio, las enfermedades y la muerte proliferan? La respuesta es simple: Dios no creó ese mundo. El mundo que él creó era perfecto y totalmente libre de cualquier cosa mala y temible. Fueron el hombre y la mujer, a quienes Dios les dio el increíble regalo de la libertad, los que ocasionaron la caída del mundo con su propia rebelión en contra de él.

Como resultado de su desobediencia, todos los males que ahora vemos y experimentamos —enfermedades, desastres, muerte y temor— invadieron el mundo. Este es el mundo que heredamos de nuestros padres primitivos. Comemos el pan que la familia humana ha horneado.

Además de esos males, la Caída nos impuso algo más: culpa. Algo en nuestro corazón retiene el conocimiento de cómo deberían ser las cosas: lo ideal, la perfección que Dios quería para nosotros. La sentimos cada vez que nuestras palabras enojadas hieren a un amigo, cuando fallamos en ayudar a alguien que lo necesita, cuando mentimos, engañamos o robamos. Esa cosa molesta llamada conciencia nos aguijonea con las punzadas mentales de la culpa. La conciencia no es una guía perfecta; puede ser alterada y estar mal dirigida. Sin embargo, todavía señala lo suficientemente cerca del verdadero norte moral como para decirnos que hay un estándar de corrección que abarca el universo y que estamos desfasados con él.

Nos gustaría hacer mejor las cosas; nos gustaría mejorar para ya no hacer cosas malas. No obstante, mientras más lo intentamos, más cuenta nos damos de que no podemos lograrlo por nosotros mismos. Hacer las cosas, o siquiera pensar, de manera perfecta está fuera de nuestro alcance caído. Eso produce culpa, y la culpa produce el temor más grande de todos: el temor de que estamos separados del Dios perfecto y santísimo.

Ese temor explica por qué los pueblos antiguos se aterrorizaban con los relámpagos, los truenos, los incendios, las inundaciones y las tormentas. De manera instintiva sentían su falta de alineación y percibían que había poderes por encima de ellos que tenían que ser apaciguados. Incluso ahora tenemos esa sensación de desalineación. En alguna parte profunda de nuestro corazón, nos damos cuenta de que nuestras acciones y pensamientos ofenden al Único que importa: a Dios.

De manera sorprendente, el Dios al que ofendemos todavía nos ama profundamente. Es difícil encontrar las palabras para expresar cuánto nos ama. Ninguna comparación terrenal es realmente acertada. Él nos ama como el padre ama a su hijo, como el artista ama a su creación, como el amante ama a su ser amado. Sé que estas comparaciones parecen inadecuadas, pero no son totalmente incorrectas. La Biblia usa estas imágenes humanas, y más, para ayudarnos a saber y a sentir cuánto nos ama Dios.

La evidencia más grande del amor de Dios es el hecho que, aunque nos rebelamos y merecíamos la muerte, él no quiso que muriéramos. Es difícil imaginar por qué, pero él anhela que compartamos toda la eternidad con él. Por eso encontró la solución a la condenación que el pecado había ocasionado para

nosotros. Él ofreció asumir el dolor de la muerte que merecemos. Por lo que el segundo miembro de la Divinidad, Jesucristo, vino a la tierra y nos representó viviendo una vida humana perfecta. Luego, él permitió ser crucificado brutalmente en una cruz romana, pero Dios lo resucitó, demostrándonos que el amor y la vida son más poderosos que el pecado y la muerte. Tanto así es como Dios nos ama. Debido a que Jesús murió por nosotros y está vivo otra vez, Dios puede aceptar a Cristo como nuestro sustituto y ofrecernos su vida por toda la eternidad.

Aunque este regalo de vida eterna es muy asombroso, Dios no te lo impondrá. Para recibirlo, debes arrepentirte de tu rebeldía, confesar tus pecados (estar de acuerdo con Dios en cuanto a ellos), y colocar tu confianza en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Eso es lo que frecuentemente se llama «aceptar a Jesús en tu corazón».

Aceptar ese maravilloso regalo de Dios es la única manera de liberarte del temor. Sí, los mismos problemas todavía devastan la tierra, y todavía tocarán tu vida, pero ya no tienes que tenerles miedo. No importa lo que te pase en este planeta, puedes vivir con la promesa de que estás a salvo en las manos de Dios, a quien conocerlo es confiar en él. Entonces puedes adoptar la valentía así como lo hizo el apóstol Pablo: «Sé en quién he puesto mi confianza y estoy seguro de que él es capaz de guardar lo que le he confiado hasta el día de su regreso» (2 Timoteo 1:12).

Si vives con temor a la vida, te animo a que reemplaces tu miedo a la vida por la fe en la vida nueva a través de Cristo nuestro Señor.

Reconocimientos

Escribir este libro fue como escribir diez libros. Cada capítulo fue un proyecto en sí mismo. Ha requerido todo lo que yo tenía para dar, y sin el apoyo de mi esposa, Donna, mi «todo» no habría sido suficiente. Mi hijo mayor, David Michael, ha llegado a ser un socio efectivo en la rama publicadora de nuestro ministerio, y quiero agradecerle por su ayuda. Paul Joiner y su equipo creativo siguen siendo los mejores en el negocio. Gracias por las horas incontables que pasaron soñando y planificando la publicación de este libro. Diane Sutherland se encarga y gentilmente protege los recursos de mi tiempo y energía. Ella y Barbara Boucher merecen más crédito del que alguna vez reciben, por encargarse de las exigencias cada vez mayores en nuestras oficinas.

Junto con el lado personal de las publicaciones, también hay un lado público. Estoy muy agradecido por Sealy Yates, mi agente y confidente. Me encanta trabajar con Ron Beers y Tyndale House Publishers. Estoy en deuda con William Kruidenier, Rob Morgan, Rob Suggs y Tom Williams, quienes han invertido sus dones en este proyecto.

Finalmente, gracias a Beau Sager, quien trabajó muchas horas revisando y cotejando citas, trabajando con los editores, y haciendo muchas sugerencias valiosas en cuanto al contenido y al orden del material.

Hacer lo que hacemos cada año sería imposible sin ustedes, ¡y se los agradezco, a cada uno!

Notas

- [1] Don Wyrzten, *A Musician Looks at the Psalms* [Un músico examina los Salmos] (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1991), 10.
- [2] Linda Lyons, «What Frightens America's Youth? [¿Qué atemoriza a la juventud de Estados Unidos?]]» Gallup.com, 29 de marzo de 2005, <http://www.gallup.com/poll/15439/What-Frightens-Americas-Youth.aspx>
- [3] Neil T. Anderson y Rich Miller, *Freedom from Fear* [Liberación del temor] (Eugene, OR: Harvest House Publishers, 1999), 25.
- [4] Dinesh D'Souza, *Lo grandioso del cristianismo* (Carol Stream, IL: Tyndale House Publishers, 2009), 292.
- [5] George H. Smith, *Atheism: The Case against God* [Ateísmo: El caso en contra de Dios] (New York: Prometheus Books, 1979), 81.
- [6] Allan Laing, «Wave That Beggared My Belief [La ola que empobreció mis creencias]», *The Herald* (Glasgow, Scotland), 4 de enero de 2005.
- [7] C. S. Lewis, *Mere Christianity* (New York: The Macmillan Company, 1952), 31. Publicado en español con el título de *Mero cristianismo*.
- [8] Erwin Lutzer, *¿Dónde estaba Dios?: Respuestas a preguntas difíciles sobre Dios y los desastres naturales* (Carol Stream, IL: Tyndale House Publishers, 2007), 112.
- [9] D'Souza, *Lo grandioso del cristianismo*, 297.
- [10] James Montgomery Boice, *Romans Volume 2: The Reign of Grace* [Romanos Volumen 2: El reino de la gracia] (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1992), 906.
- [11] Donald Grey Barnhouse, *God's Heirs: Romans 8:1-39* [Herederos de Dios: Romanos 8:1-39] (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1959), 153.
- [12] Annie Johnson Flint, citado en *Streams in the Desert* de la señora Charles Cowman (Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1966), 148–149. Publicado en español con el título de *Manantiales en el desierto*.
- [13] «The American Colony in Jerusalem [La colonia estadounidense en Jerusalén]», Library of Congress, December 1, 2008, <http://www.loc.gov/exhibits/americancolony/amcolony-family.html>.
- [14] Lutzer, *¿Dónde estaba Dios?*, 114.
- [15] Mark Mittelberg, *The Questions Christians Hope No One Will Ask* [Las preguntas que los cristianos esperan que nadie haga] (Carol Stream, IL: Tyndale House Publishers, 2010), 137.
- [16] Adaptado de Ray Stedman, *Let God Be God: Life-Changing Truths from the Book of Job* [Deja que Dios sea Dios: Verdades transformadoras del libro de Job] (Grand Rapids, MI: Discovery House Publishing, 2007), 69–70.
- [17] D'Souza, *Lo grandioso del cristianismo*, 298.
- [18] Hannah Whitall Smith, *The God of All Comfort* (London: James Nisbet and Co., Limited, 1906), 252–253. Publicado en español con el título de *El Dios de toda consolación*.
- [19] David Jeremiah, *When Your World Falls Apart* (Nashville: Thomas Nelson, 2000), 38. Publicado en español con el título de *Una curva en el camino*.
- [20] Isobel Kuhn, *In the Arena* [En la palestra] (Singapore, OMF Books, 1960), 225–232.

- [21] Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, «FastStats: Leading Causes of Death [FastStats: Causas principales de muerte]», 11 de enero de 2013, <http://www.cdc.gov/nchs/fastats/lcod.htm>.
- [22] Ezra Klein, «21 Graphs That Show America's Health-Care Prices Are Ludicrous [21 gráficas que demuestran que los precios de la atención médica estadounidense son ridículos]», *The Washington Post*, 26 de marzo de 2013, <http://www.washingtonpost.com/blogs/wonkblog/wp/2013/03/26/21-graphs-that-show-americas-health-care-prices-are-ludicrous>.
- [23] KaiserEDU.org, «U.S. Health Care Costs [Los precios de la atención médica de Estados Unidos]», <http://www.kaiseredu.org/Issue-Modules/US-Health-Care-Costs/Background-Brief.aspx>.
- [24] C. S. Lewis, «The Efficacy of Prayer [La eficacia de la oración]» en *The World's Last Night and Other Essays* [La última noche del mundo y otros ensayos] (New York: Harcourt, Brace & World, 1960), 9.
- [25] Randy Alcorn, *We Shall See God: Charles Spurgeon's Classic Devotional Thoughts on Heaven* [Veremos a Dios: Pensamientos devocionales clásicos de Charles Spurgeon acerca del Cielo] (Carol Stream, IL: Tyndale House Publishers, 2011), 298.
- [26] Kuhn, *In the Arena*, 225–232.
- [27] Amy Carmichael, *Gold by Moonlight: Sensitive Lessons from a Walk with Pain* [Oro a la luz de la luna: Lecciones perceptibles de una trayectoria de dolor] (Fort Washington, PA: CLC Publications, 2013), capítulo 10.
- [28] Ed Dobson, *Prayers and Promises When Facing a Life-Threatening Illness* [Oraciones y promesas cuando se enfrenta una enfermedad que amenaza la vida] (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2007), 56.
- [29] Thomas Watson, *A Divine Cordial: Romans 8:28* [Un estimulante divino: Romanos 8:28] (La Vergne, TN: Lightning Source, Inc., 2001), 20.
- [30] Kuhn, *In the Arena* 252–232.
- [31] Ibid.
- [32] Adaptado de Robert J. Morgan, *From This Verse* [A partir de este versículo] (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1998), 13 de agosto.
- [33] Robert J. Morgan, *Real Stories for the Soul* [Historias reales para el alma] (Nashville: Thomas Nelson, 2000), 1–3.
- [34] Ibid.
- [35] Autor desconocido, citado por Curtis C. Thomas, *Practical Wisdom for Pastors* [Sabiduría práctica para los pastores] (Wheaton, IL: Crossway Books, 2001), 102.
- [36] www.statisticbrain.com/home-foreclosure-statistics/.
- [37] Henry David Thoreau, *Walden* (New York: Barnes and Noble Books, 2004), 74. Publicado en español con el mismo título.
- [38] John Wesley, *Selections from the Writings of the Rev. John Wesley* [Selecciones de los escritos del reverendo John Wesley] (New York: Methodist Book Concern, 1929), 232.
- [39] John Wesley, *Sermons on Several Occasions*, volume 1 [Sermones sobre diversas ocasiones, volumen 1], (Londres, 1829), 566.
- [40] Timothy George, «Unseen Footprints [Las huellas nunca vistas]», audio de *Preaching Today*, no. 290.
- [41] Adaptado de Robert J. Morgan, *On This Day* [En este día] (Nashville: Thomas Nelson, 1997), 12 de marzo.
- [42] Leonard Griffith, *God in Man's Experience: The Activity of God in the Psalms* [Dios en la experiencia del hombre: La actividad de Dios en los Salmos] (Waco, TX: Word Books, 1968), 59–60.
- [43] Charles H. Spurgeon, «The Treasury of David: Psalm 37 [El tesoro de David: Salmo 37]», The Spurgeon Archive, <http://www.spurgeon.org/treasury/ps037.htm>.
- [44] De Leonard I. Sweet, *Strong in the Broken Places* [Fuerte en los lugares destrozados] (Akron, OH: University of Akron, 1995), 109.

- [45] Philip Yancey, *The Jesus I Never Knew* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1995), 275. Publicado en español con el título de *El Jesús que nunca conocí*.
- [46] Robert A. Caro, *The Passage of Power*, vol. 4 of *The Years of Lyndon Johnson* [El paso del poder, vol. 4 de Los años de Lyndon Johnson] (New York: Alfred A. Knopf, 2012), 16.
- [47] Ibid., 21.
- [48] Del segmento de material adicional de *El fugitivo*, © 1993 Warner Bros. Pictures.
- [49] J. Oswald Sanders, *Robust in Faith* [Robusto en la fe] (Chicago: Moody Press, 1965), 72.
- [50] William Sykes, *The Eternal Vision: The Ultimate Collection of Spiritual Quotations* [La visión eterna: La última colección de citas espirituales] (Peabody, MA: Hendrickson Publishers, 2003), 70.
- [51] Paul Laurence Dunbar, «Right's Security [Seguridad del derecho]» en *Lyrics of Lowly Life* [La letra de la vida humilde] (New York: Dodd, Mead and Company, 1898), 179.
- [52] J. I. Packer, *Knowing God* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1973), 23. Publicado en español con el título de *Hacia el conocimiento de Dios*.
- [53] Hal Niedzviecki, «Facebook in a Crowd [Facebook en una multitud]», *New York Times*, 24 de octubre de 2008, http://www.nytimes.com/2008/10/26/magazine/26lives-t.html?_r=0.
- [54] Anne Hathaway, *Anne Hathaway Biography* [La biografía de Anne Hathaway], The Biography Channel, <http://www.thebiographychannel.co.uk/biographies/anne-hathaway/quotes.html?jsessionid=A18297523C9AAAB6E9F6867A609ACBCD>.
- [55] Citado en Carl L. Adams, *Traveling Lighted Pathways* [Viajando por senderos iluminados] (Xulon Press, 2010), 138.
- [56] Citado en R. A. Wise, *Wise Quotes of Wisdom* [Citas sabias de sentido común] (Bloomington, IN: AuthorHouse, 2011), 252.
- [57] Walter Isaacson, *Kissinger: A Biography* [Kissinger: Una biografía] (New York: Simon & Schuster, 2005), 145.
- [58] QuotationsBook, <http://quotationsbook.com/quote/24232/>.
- [59] Citado en Billy Graham, *World Aflame* (New York: Pocket Books, 1965), 51. Publicado en español con el título de *El mundo en llamas*.
- [60] Jib Fowles, *Starstruck* [Deslumbrado] (Smithsonian Institution Press, 1992), 205.
- [61] Citado en Debra Ollivier y Lauren Rosenblum, «Emilio Estevez on “The Way”: Actor Discusses New Movie, Life, Love, Faith and Micro-Farms [Emilio Estevez habla de “El camino”: El actor discute la nueva película, la vida, el amor, la fe y las microgranjas]», *The Huffington Post*, 14 de octubre de 2011, http://www.huffingtonpost.com/2011/10/14/emilio-estevez-the-way_n_1009852.html.
- [62] Jerry Adler, «Online and Bummed Out: One Study Says the Internet Can Be Alienating, [En línea y desalentado: Un estudio dice que la Internet puede ser enajenante]», *Newsweek*, 14 de septiembre de 1998.
- [63] Nicholas Carr, *The Shallows: What the Internet Is Doing to Our Brains* [Los bajos: Lo que la Internet le hace a nuestro cerebro] (New York: W. W. Norton, 2010), 86.
- [64] Deborah Netburn, «Nomophobia, Fear of Being without Your Phone, Is on the Rise, [La nomofobia, el miedo a estar sin tu teléfono, está en aumento]» *Los Angeles Times*, 17 de febrero de 2012, <http://articles.latimes.com/2012/feb/17/business/la-fi-tn-nomophobia-on-the-rise-20120216>.
- [65] Sherry Turkle, *Alone Together: Why We Expect More from Technology and Less from Each Other* [Juntos pero solos: Por qué esperamos más de la tecnología y menos los unos de los otros] (New York: Basic Books, 2011), 248.
- [66] Ibid., 249.
- [67] Peter Steiner, *The New Yorker*, 5 de julio de 1993 (vol. LXIX, no. 20), 61.
- [68] Citado en Charles R. Swindoll *The Tale of the Tardy Oxcart: And 1,501 Other Stories* [La historia de la carreta de bueyes tardía: y otras 1501 historias] (Nashville: Word Publishing, 1998), 352.

- [69] Erle Stanley Gardner, *The Case of the Drowsy Mosquito* [El caso del mosquito adormecido] (New York: William Morrow and Co., 1943), 179.
- [70] Atul Gawande, «Hellhole [El hoyo infernal]», *The New Yorker*, 30 de marzo de 2009, http://www.newyorker.com/reporting/2009/03/30/090330fa_fact_gawande.
- [71] John Phillips, *Exploring the Pastoral Epistles* [Estudio de las epístolas pastorales] (Grand Rapids, MI: Kregel Publications, 2004), 449–450.
- [72] Bobby Allyn, «More Singles Living Alone and Loving It, Despite the Economy [Más personas solteras viven solas y les encanta, a pesar de la economía]», *The Tennessean* (27 de abril de 2012), <http://usatoday30.usatoday.com/news/nation/story/2012-05-02/living-alone/54585114/1>.
- [73] James Joyner, «Record 28 Percent of American Households One Person Only [Récord del 28 por ciento de hogares estadounidenses con solamente una persona]», *Outside the Beltway* (1 de febrero de 2012), <http://www.outsidethebeltway.com/record-28-of-american-households-one-person-only>.
- [74] R. Kent Hughes y Bryan Chapell, *1 and 2 Timothy and Titus*, Preaching the Word [1 y 2 Timoteo y Tito, Predicación de la Palabra] (Wheaton, IL: Crossway Books, 2000), 259–260.
- [75] Citado en J. Oswald Sanders, *Spiritual Leadership* (Chicago: Moody Publishers, 1994), 121. Publicado en español con el título de *Liderazgo espiritual*.
- [76] John R. W. Stott, *Guard the Gospel: The Message of 2 Timothy* [Guarda el evangelio: El mensaje de 2 Timoteo] (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1997), 120.
- [77] Handley C. G. Moule, *The Second Epistle to Timothy* [La Segunda Epístola a Timoteo] (London: Religious Tract Society, 1905), 158–159.
- [78] Dietrich Bonhoeffer, *Life Together* (New York: Harper, 1954), 99. Publicado en español con el título de *Vida en comunidad*.
- [79] Ed Welch, *When People Are Big and God Is Small* (Phillipsburg, NJ: P&R Publishing, 1997), 17. Publicado en español con el título de *Cuando la gente es grande y Dios es pequeño*.
- [80] Ibid., 14.
- [81] Andrée Seu, «Fear of Man [Miedo al hombre]», *World*, 14 de abril de 1999, http://www.worldmag.com/1999/08/fear_of_man.
- [82] Charles H. Spurgeon, «In the Garden with Him [En el huerto con él]», Sermón No. 2106, 8 de agosto de 1889, <http://www.spurgeongems.org/vols3436/chs2106.pdf>.
- [83] Matthew Henry, *An Exposition of the New Testament* (London: William Mackenzie, 2009), 270. Publicado en español como *Exposición del Nuevo Testamento*.
- [84] Neil T. Anderson y Rich Miller, *Freedom from Fear: Overcoming Worry and Anxiety* (Eugene, OR: Harvest House Publishers, 1999), 25. Publicado en español con el título de *Libre del miedo: Cómo vencer las preocupaciones y la ansiedad*.
- [85] Ken Walker, «Time to Bow or Bow Out? [¿Tiempo para inclinarse o para retirarse?]» *Sports Spectrum*, septiembre de 1997, 22–25.
- [86] Charles Kuralt, *Charles Kuralt's America* [Los Estados Unidos de Charles Kuralt] (New York: Anchor Books, 1996), 220.
- [87] Sebastian Junger, *The Perfect Storm: A True Story of Men against the Sea* (New York: W. W. Norton & Company, 2009), 106. Publicado en español con el título de *La tormenta perfecta*.
- [88] William Hughes Mearns, «Antigonish», 1922.
- [89] Franklin D. Roosevelt, 37th Inaugural Ceremonies [La 37.ª ceremonia inaugural], 4 de marzo de 1933, www.bartleby.com/124/pres49.html.
- [90] Gary L. Thomas, «The Freedom of Surrender [La libertad de rendirse]», *Discipleship Journal*, septiembre/octubre de 1996, 52.

- [91] Craig Brian Larson y *Leadership Journal*, 750 Engaging Illustrations for Preachers, Teachers, and Writers [750 ilustraciones cautivadoras para predicadores y escritores] (Grand Rapids, MI: Baker Books, 2007), 493.
- [92] James Paton, John Gibson Paton, *Missionary to the New Hebrides: An Autobiography*, volume 2 [Misionero a las Nueva Hébridas: Una autobiografía, volumen 2] (London: Butler & Tanner, 1889), 192.
- [93] Ibid., 325.
- [94] Timothy Keller, *King's Cross* [La cruz del Rey] (New York: Dutton, 2011), 52.
- [95] Joni Eareckson Tada, *Hope . . . the Best of Things* [Esperanza... la mejor de todas las cosas] (Wheaton, IL: Crossway Books, 2008), 16.
- [96] C. S. Lewis, *The Problem of Pain* (New York: Macmillan Publishing Company, Inc., 1973), 84. Publicado en español con el título de *El problema del dolor*.
- [97] Randy Alcorn, *If God Is Good* [Si Dios es bueno] (Colorado Springs: Multnomah Books, 2009), 275.
- [98] Ibid., 275.
- [99] Lamar Williamson, *Mark: Interpretation, a Bible Commentary for Teaching and Preaching* [Marcos: Interpretación, un comentario bíblico para enseñar y predicar] (Atlanta: John Knox Press, 1983), 102.
- [100] Ruth A. Tucker, *From Jerusalem to Irian Jaya* [De Jerusalén a Irian Jaya] (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1983, 2004), 137.
- [101] C. S. Lewis, *A Grief Observed* (New York: Seabury Press, 1961), 9. Publicado en español con el título de *Una pena en observación*.
- [102] Charles Haddon Spurgeon, «Fearing and Trusting—Trusting and Not Fearing», *Sermons on the Psalms* [«Temer y confiar—Confiar y no temer», Sermones sobre los Salmos] (London: Marshall, Morgan & Scott, 1963).
- [103] Barbara Kantrowitz, «The Fugitive [El fugitivo]», *Time*, 27 de septiembre de 1993, 54–60; y Pam Lambert, «Alice Doesn't Live Here Anymore [Alice ya no vive aquí]», *People.com*, 4 de octubre de 1993, <http://www.people.com/people/archive/article/0,,20106382,00.html>.
- [104] Kay Redfield Jamison, *An Unquiet Mind: A Memoir of Mood and Madness* (New York: Vintage Books, 1996), 112. Publicado en español con el título de *Una mente inquieta: Testimonio sobre afectos y locuras*.
- [105] Ed Welch, *Depression: Looking Up from the Stubborn Darkness* [Depresión: Cómo ver hacia arriba desde la oscuridad persistente] (Winston-Salem, NC: Punch Press, 2004), 143.
- [106] J. B. Phillips, *The Price of Success* [El precio del éxito] (Wheaton, IL: H. Shaw Publishers, 2000), 201.
- [107] William Styron, *Darkness Visible: A Memoir of Madness* (New York: Vintage Books, 1992), 84. Traducido al español con el título de *Esa visible oscuridad: memoria de la locura*.
- [108] Dante Alighieri, *The Divine Comedy* (Oxford: Benediction Classics, 2001), 11. Traducido al español con el título de *La Divina Comedia*.
- [109] «The Numbers Count: Mental Disorders in America, [Los números cuentan: Los trastornos mentales en Estados Unidos]» National Institute of Mental Health, <http://www.nimh.nih.gov/health/publications/the-numbers-count-mental-disorders-in-america/index.shtml>; Janice Lloyd, «CDC: Antidepressant Use Skyrockets 400% in Past 20 Years, [CDC: El uso de los antidepresivos se dispara en un 400% en los últimos 20 años]», *USA Today*, 20 de octubre de 2011, <http://usatoday30.usatoday.com/news/health/story/health/story/2011-10-19/CDC-Antidepressant-use-skyrockets-400-in-past-20-years/50826442/1>.
- [110] Bret Stephens, «The Great Depression [La gran depresión]», *Wall Street Journal*, 9 de marzo de 2007.
- [111] J. Oswald Sanders, *A Spiritual Clinic* [Una clínica espiritual] (Chicago: Moody Press, 1958), 113.

- [112] Charles Spurgeon, «Fear Not», The Spurgeon Archive [«No temas», Archivo de Spurgeon] 4 de octubre de 1857, <http://www.spurgeon.org/sermons/0156.htm>.
- [113] Citado en Steven J. Lawson *Holman Old Testament Commentary: Job* [Comentario Holman del Antiguo Testamento: Job] (Nashville: Broadman & Holman Publishers, 2004), 39.
- [114] John Knox, *Writings of the Rev. John Knox* [Escritos del reverendo John Knox] (Philadelphia: Presbyterian Board of Publication, 1842), 265.
- [115] Juan Bunyan, *The Works: Being Several Discourses upon Various Divine Subjects*, Volume 2 [Las Obras: Varios discursos sobre varios temas divinos, volumen 2] (London), 299.
- [116] Ray C. Stedman, *Let God Be God: Life-Changing Truths from the Book of Job* [Deja que Dios sea Dios: Verdades transformadoras del libro de Job] (Grand Rapids, MI: Discovery House Publishers, 2007), 51.
- [117] David B. Biebel y Harold G. Koenig, *New Light on Depression* [Nueva luz sobre la depresión] (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2004), 64.
- [118] William Barclay, *The Letters of James and Peter* [Las cartas de Santiago y de Pedro] (Philadelphia: Westminster Press, 1960), 147–148.
- [119] D. Martyn Lloyd-Jones, *Spiritual Depression: Its Causes and Cure* (Grand Rapids, MI: Eerdmans Printing Company, 1965), 18–19. Traducido al español con el título de *Depresión espiritual: Sus causas y su cura*.
- [120] C. H. Spurgeon, «The Minister's Fainting Fits [Los síncope del ministro]» de *Lectures to My Students* [Conferencias para mis estudiantes] (Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1970), 155, 156.
- [121] Mike Mason, *The Gospel according to Job* [El evangelio según Job] (Wheaton, IL: Crossway Books, 1994), 56.
- [122] Dan Phillips, «Battling Depression [Cómo batallar con la depresión]», 5 de marzo de 2011, <http://teampyro.blogspot.com/2011/03/battling-depression.html>.
- [123] John W. Yates, «Overcoming Discouragement [Cómo vencer el desánimo]», *Preaching Today*, número 42.
- [124] Mason, *The Gospel According to Job*, xii.
- [125] Welch, *Depression*, 249.
- [126] Wayne Hale, «After Ten Years: Working on the Wrong Problem [Después de diez años: Trabajar en el problema incorrecto]», 13 de enero de 2013, <http://waynehale.wordpress.com/2013/01/13/after-ten-years-working-on-the-wrong-problem>.
- [127] Stephen White, «Revealed: NASA Chiefs Didn't Tell Columbia Space Shuttle Crew They Were about to Die [Al descubierto: los jefes de la NASA no informaron a la tripulación del transbordador Columbia que estaban a punto de morir]», 2 de febrero de 2013, <http://www.dailyrecord.co.uk/news/uk-world-news/nasa-knew-space-shuttle-columbia-1569567>; Gina Sunseri, «Columbia Shuttle Crew Not Told of Possible Problem with Reentry [A la tripulación del transbordador Columbia no se le informó del posible problema con el reingreso]», 31 de enero de 2012, <http://abcnews.go.com/Technology/columbia-shuttle-crew-told-problem-reentry/story?id=18366185>.
- [128] Eric Lax, *Woody Allen: A Biography* (New York: Da Capo Press, 1991), 26. Publicado en español con el título de *Woody Allen: La biografía*.
- [129] «Death, Dying and Beyond [Muerte, morir y el más allá]», Lebanon Valley College, <http://www.lvc.edu/rel314/euph.aspx>.
- [130] Kevin J. Gardner, *Faith and Doubt of John Betjeman: An Anthology of Betjeman's Religious Verse* [La fe y la duda de John Betjeman: una antología del verso religioso de Betjeman] (New York: Continuum International Publishing Group, 2006), 77.

- [131] Philippe Ariès y Helen Weaver, *The Hour of Our Death: The Classic History of Western Attitudes toward Death over the Last One Thousand Years* (New York: Vintage Books, 1982). Publicado en español con el título de *El hombre ante la muerte*.
- [132] Joseph Bayly, *The View from a Hearse* [La vista desde un coche fúnebre] (Elgin, IL: David C. Cook Publishing Co., 1969), 11–12.
- [133] Eugene O’Kelly, *Chasing Daylight: How My Forthcoming Death Transformed My Life* (New York: McGraw-Hill, 2007), 17–18. Publicado en español con el título *Momentos perfectos: Cómo mi muerte inminente me transformó la vida*.
- [134] Dr. S. I. McMillen y Dr. David E. Stern, *None of These Diseases: The Bible’s Health Secrets for the 21st Century* (Grand Rapids, MI: Fleming H. Revell, 2000), 228. Publicado en español con el título *Ninguna enfermedad*.
- [135] Ligon Duncan, *Fear Not: Death and Afterlife from a Christian Perspective* [No temas: Muerte y vida después de la muerte desde una perspectiva cristiana] (Tain, Scotland: Christian Focus, 2008), 24–25.
- [136] Philo, *Every Good Man Is Free*, 3:22. Traducido al español con el título de *Todo hombre bueno es libre*.
- [137] Ruth Overholtzer, *From Then till Now* [Desde entonces hasta ahora] (Warrenton, MO: CEF Press, 1990), 130.
- [138] Nino Lo Bello, *The Incredible Book of Vatican Facts and Papal Curiosities* [El increíble libro de hechos del Vaticano y curiosidades papales] (New York: Barnes & Noble Books, 1998), 16.
- [139] El quinto verso del himno número 112 de Watts (sin título), como se encuentra en las colecciones de sus himnos.
- [140] Larry Libby, *Somewhere Angels* [Ángeles en alguna parte] (Sisters, OR: Multnomah Books, 1994), 41.
- [141] Rev. Peter J. Marshall, ed., *The Wartime Sermons of Dr. Peter Marshall* [Los sermones de guerra del Dr. Peter Marshall] (Tulsa, OK: CrossStaff Publishing, 2005).
- [142] *Perfect Illustrations for Every Topic and Occasion*, compiladas por los editores de PreachingToday.com (Carol Stream, IL: Tyndale House Publishers, Inc., 2002), 289. Publicado en español con el título de *Ilustraciones perfectas sobre todo tema y para toda ocasión*.
- [143] Robert J. Morgan, *The Lord Is My Shepherd* [El Señor es mi Pastor] (New York: Howard Books, 2013), 116–117.
- [144] James M. Campbell, D.D., *Heaven Opened* [El cielo abierto] (New York: Revell, 1924), 178.
- [145] Michael P. Green, ed., *Illustrations for Biblical Preaching* [Ilustraciones para la predicación bíblica] (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1989), 91.
- [146] Corrie ten Boom, *He Cares, He Comforts* [Él cuida, él consuela] (Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell Company, 1977), 89–90.
- [147] Franz Liszt, *Les Preludes: Symphonic Poem No. 3* (Van Nuys, CA: Alfred Music Publishing, 1985), 39. Publicado en español con el título de *Los Preludios: Poema sinfónico No. 3*.
- [148] C. S. Lewis, *The Last Battle* (New York: Macmillan, 1956), 210–211. Publicado en español con el título de *La última batalla*.
- [149] Charles L. Allen, *You Are Never Alone* [Nunca estás solo] (Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell, 1978), 77–79.
- [150] C. S. Lewis, *The Silver Chair* (New York: HarperCollins Publishers, 1981), 22–23. Publicado en español con el título de *La silla de plata*.
- [151] Harold S. Kushner, *Conquering Fear: Living Boldly in an Uncertain World* (NY: Anchor Books, 2009), 166. Publicado en español con el título de *Vencer el miedo*.
- [152] Charles Crismier, *The Secret of the Lord* [El secreto del Señor] (Richmond, VA: Elijah Books, 2011), 49.

- [153] A. W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (New York: Harper & Row, 1961), 78. Publicado en español con el título de *El conocimiento del Santo*.
- [154] Dr. Dan B. Allender y Dr. Tremper Longman III, *The Cry of the Soul: How Our Emotions Reveal Our Deepest Questions about God* (Colorado Springs: NavPress, 1994), 100. Publicado en español con el título de *El grito del alma: Cómo nuestras emociones revelan nuestros más profundos enigmas acerca de Dios*.
- [155] Peter Kreeft, «Perfect Fear Casts Out All “Luv” [El perfecto temor echa afuera todo “amor”]», <http://www.peterkreeft.com/topics/fear.htm>.
- [156] Sinclair Ferguson, *Grow in Grace* [Crecer en la gracia] (Colorado Springs: NavPress, 1984), 236–237.
- [157] A. W. Tozer, *Whatever Happened to Worship?* (Camp Hill, PA: Christian Publications, 1985), 36. Publicado en español con el título de *¿Qué pasó con la adoración?*
- [158] John Murray, *Principles of Conduct: Aspects of Biblical Ethics* [Principios de conducta: Aspectos de la ética bíblica] (Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Co., 1957), 236–237.
- [159] Vance Havner, «Have You Lost the Wonder? [¿Has perdido el asombro?]]» *The Alliance Weekly*, 21 de agosto de 1948, 532.
- [160] Ravi Zacharias, *Can Man Live Without God?* (Dallas: Word Publishing, 1994), 89. Publicado en español con el título de *¿Puede el hombre vivir sin Dios?*
- [161] Kreeft, «Perfect Fear Casts Out All “Luv”».
- [162] Paul Thigpen, «Loving God, Fearing God: How Can We Do Both at the Same Time? [Amar a Dios, temer a Dios: ¿Cómo podemos hacer ambas cosas al mismo tiempo?]]» *Discipleship Journal*, julio/agosto 2000, <http://www.navpress.com/magazines/archives/article.aspx?id=10960>.
- [163] C. S. Lewis, *The Lion, the Witch, and the Wardrobe* (London: Penguin Books, 1950), 75. Publicado en español con el título de *El león, la bruja y el ropero*.
- [164] Martin Wells Knapp, *Revival Tornadoes, or the Life and Labors of Rev. Joseph H. Weber* [Tornados de avivamiento, o la vida y labores del reverendo Joseph H. Weber] (Boston: McDonald, Gill, & Co., 1890), 178.
- [165] Citado por Edgar H. Lewellen en *Revival: God’s Proven Method of Awakening His Church* [Avivamiento: El método comprobado por Dios para despertar a su iglesia] (Maitland, FL: Xulon Press, 2005), 10.
- [166] Wesley L. Duewel, *Revival Fire* [Fuego de avivamiento] (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1995), 139–141.
- [167] Ibid., 139–141.
- [168] John Piper, *The Pleasures of God* (Sisters, OR: Multnomah Books, 2000), 198–199. Publicado en español con el título de *Los deleites de Dios*.
- [169] cndrewdrvr8, «I Fear: Life [Le temo a la vida]», The Experience Project, agosto 24 de 2011, <http://www.experienceproject.com/stories/Fear/1739001>.